



AXEL BEINER

FRÍO  
EN  
VELESTA

# Frío en Velesta

Narrador:  
AXEL BEINER

Autor:  
JOAQUÍN PIQUER

1ª Edición: junio, 2017  
© Joaquín Piquer, 2017  
**ISBN: 9781521413081**

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización por escrito del titular del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos

*A Beatriz, Adriana, Ayumi y Sonia, ellas saben porqué.*

*A mis hijos Jokin, Aïsha y Nina.*

*Y a ti, Cristina. sin tu presencia, nada en mi vida sería posible. Gracias por estar a mi lado.*

## AGRADECIMIENTOS

A Eneko, porque gracias a su profesionalidad arrolladora esta novela ha salido a la luz. A Germán y a Lluís Pellicer por sus acertados comentarios. A Juan Chiveli, Manuela, Rafael, Sara, Pelayo, Emilio, Popi, Juan Antonio, Andrea, Irina, Asun, María, y Álvaro, por aportar, con gran acierto, una visión crítica de la obra.

*Ya no comerás más caramelos.*  
Axel Beiner

## PRÓLOGO

Hace dos años, me presentaron a Axel Beiner. El encuentro, fruto de la casualidad, no impidió que, en poco tiempo, intereses comunes, propiciaran un viaje con un destino común: Frío en Velesta.

—Joaquín—me dijo—he vivido historias que nadie—nadie— se podría ni tan siquiera imaginar. Me gustaría poderlas plasmar en un libro.

—¿Y quién te lo impide?

—Mi incapacidad para escribir, no tengo ni puta idea.—se puso a reír en silencio, socarrón. Sus manos subieron hasta la altura de sus orejas, la piel de su cara se contraía en un sinfín de arrugas.—Ni puta idea.—repitió con sarcasmo.

Durante un año nos reunimos en pequeños y silenciosos bares de Barcelona. El me contaba, yo escribía. Luego, en la tranquilidad de mi espacio, añadía y adornaba sus historias. Ordenaba y convertía en prosa todo un universo de personajes y ciudades del mundo, que a bien y sin concierto me narró durante más de un año.

—¿Y? ¿Qué te parece?—le pregunté, una vez acabada la obra.

—Bien, bien, bien.—por un momento pensé que iba a entrar en un bucle infinito de mediocridad.—Se lee rápido y está todo lo que te he contado.

Pero...

—Sin peros Axel.—le contesté impaciente.

—Quiero poner algo mío.

—Todo es tuyo Axel, es tu libro.

—No me has entendido, quiero escribir algo mío, sin tu supervisión.

¿Y qué le iba a decir yo? Al fin y al cabo, Frío en Velesta es su historia.

Joaquín Piquer



## LA CUNA

6 de julio 2002  
Barcelona

La escasa iluminación de la escalera provenía de una pequeña ventana de madera y cristales apagados. Un olor a patata guisada le recordó el frío de Burgos y la casa de su abuela.

Tras pulsar el timbre de la puerta, observó con cierta pesadumbre el austero rellano. Los mosaicos en el suelo delataban un desgaste natural. Una bombilla suspendida en la nada ocultaba la suciedad del techo. De fondo se oía el ulular de una sirena, lejana. Abrió la puerta un hombre de mediana edad. Sin invitarla a entrar le informó del precio de la habitación y de las pequeñas normas que regían en el piso.

Desde la puerta le avisó de que la única habitación disponible estaba comprometida desde hacía una hora.—Solo me falta la paga y señal.

La realidad se alejaba kilómetros del anuncio que había leído en La Vanguardia.

—Lo siento señor, creo que me he equivocado. Venía por el anuncio de un piso de estudiantes —se disculpó **Manuela** con una pierna inclinada hacia

atrás.

—Para estudiantes, no de estudiantes —matizó el casero —el piso es mío y no quiero gentuza o vagabundos que luego no pagan lo convenido. De los estudiantes me fío más. Mantenéis la habitación al menos un año.—Son treinta mil pesetas o ciento ochenta euros si lo prefieres.—añadió.

El hombre hablaba rápido, un discurso, tal vez, aprendido a lo largo de varios días. Tras un segundo para tomar aire preguntó:

—¿Tú eres estudiante verdad?

Manuela asentía con la cabeza mientras sopesaba la conveniencia de entrar en el piso o avisar a **Lluís**.

—Si te abre la puerta un tío ni se te ocurra entrar. ¿Vale?

Estaba cansada y otro vaso de agua, sentada en una vieja silla de cocina, le sentaría de maravilla. Lluís no tardaría en subir. En cuanto acabara de fumar estaría a su lado con su cara de bobo. Manuela no tenía miedo.

—¿Le importa si echo un vistazo a la habitación?—Este calor es asqueroso, pensó.

El hombre tras sopesar la pregunta durante unos segundos, se hizo a un lado y con un ademán la invitó a entrar. Le indicó con la mirada una puerta de color verde al final del estrecho pasillo.

—Es esa de ahí. Las primeras están ya ocupadas.—movía la mano semiabierta de izquierda a derecha. Ni un maestro de ceremonias lo haría mejor.

—Todos estudiantes. Aquí, una chica de Valencia que va para bióloga.—le indicaba hacia la derecha—En este cuarto de la izquierda, una chica en el último curso de derecho. Las dos muy juiciosas y puntuales con el pago. Y esta otra puerta da acceso a la cocina.—concluyó el hombre dando por finalizado el *tour*.

A Manuela le pareció oír un murmullo sordo.

—¿Podría hablar con alguna estudiante?—solicitó Manuela con prudencia.

—Imposible. En este momento no están. Además, ¿para qué quieres hablar con ellas?—contestó molesto.

—Perdón—se disculpó Manuela— simple curiosidad.

—Si has venido para curiosear, ya te estás marchando.

El hombre levantó suficiente la voz para dejar claro su carácter huraño.

—Ya le he dicho que lo siento—añadió, esta vez con firmeza—si le parece bien ¿me enseña la habitación?—Manuela pensó en su compañero y lo que tardaba en fumar. Tendría que tomar una decisión sin él.

La puerta verde daba entrada a un cuarto pequeño. Un armario blanco de dos cuerpos y una cama con la colcha del mismo color se estorbaban por ocupar el mismo espacio. Debajo de la ventana un escritorio permanecía desnudo a falta de una silla a juego. Una extraña sensación disparó todas las alarmas.

—¿Y bien?—preguntó el hombre—no parecía entusiasmado con la idea de alquilar la habitación.

El tono de su voz había cambiado. Igual que el volumen. Demasiado quizás. Manuela sintió la adrenalina en sus manos. El murmullo, que había escuchado antes, se convirtió en gemido.

—¿El baño?—la joven le miró a los ojos. Algo no estaba en su sitio.

—Es compartido. Aquí mismo.—le indicó el hombre señalando una puerta cercana, frente a la cocina.

Desde el pasillo, Manuela se adelantó y con un ademán de agradecimiento, se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta tras de sí. Tiró de la cadena del wáter y abrió los dos grifos del lavabo para mitigar el ruido de la comunicación.

Desenganchó el walkie de su cinturón.

—Lluís, ¿me recibes?, cambio.

—Alto y claro, cambio—respondió la voz de su compañero.

—Número siete, sexto segunda, cambio.

—Copy ¿Subo ahora?, cambio.

—Positivo, sí. ¡Rápido coño!—demasiado alto—Cambio y corto.

Manuela rechazaba el código peliculero que le obligaban a emplear cada vez que necesitaba hablar con su compañero; La comisaria **Pilar Brausse**, no.

La joven inspectora salió del baño con una mano en la espalda. No había señales del hombre. Las habitaciones de los estudiantes continuaban con las puertas cerradas. Quedaban la cocina y la habitación blanca.

—¡Señor!—gritó Manuela.

Intuía que no recibiría respuesta.

Caminaba, pegada a la pared del pasillo en dirección a la puerta de entrada. Retrocedió mientras desfundaba el arma y apuntaba hacia la habitación blanca. Vacía. Abrió el armario. Nadie.

La ropa que había en su interior pertenecía a una mujer mayor. En silencio y despacio asomó la cabeza por la cocina, vislumbró una mesa redonda con dos tazas humeantes de chocolate desecho. Sobre un mantel a cuadros, la

sangre roja y espesa indicaba el camino hacia el cuerpo de una mujer, tendido en el suelo, con un orificio de bala en la cabeza. De su boca salía un silbido. Se acercó al cuerpo lo suficiente para oler el hedor de la muerte.

Manuela escuchó un sonido de pasos. La puerta que daba al descansillo estaba abierta. Cogió el walkie y apretó la tecla con nerviosismo.

—¡Lluís!—gritó por el altavoz—¡Lluís! Varón blanco, cincuenta años, camiseta imperio y pantalón azul. —acertó a decir antes de levantar el dedo del walkie.

*A la mierda con los códigos.*

Salió de la casa con la mirada atrás en un último vistazo. Al voltear la cabeza, un fuerte golpe en la cara sacudió su cuerpo. Segundos más tarde, Lluís le ayudó a levantarse. Aturdida y cabreada se soltó de la mano de su compañero y subió a la carrera hasta el último piso de la finca. Una puerta metálica daba acceso al *terrat*.

Comprobó el espacio que la separaba del siguiente edificio. Casi al final le pareció ver la estela de un hombre que doblaba la esquina. El sol daba de frente. Aturdida por el golpe, se sentó en el suelo y vomitó.

El enfermero que atendía a Manuela le resultaba familiar. El pelo rizado y los ojos achinados le recordaban a su hermano. En la tarjeta enganchada al chaleco pudo leer su nombre.

—Me gustaría irme a casa. ¿Te falta mucho?—preguntó. Sentía un fuerte dolor en la ceja derecha y otro más intenso en el pómulo del mismo lado.

—No deberías tener tanta prisa. Vamos camino del Clínico. Si quieres, al salir, yo te acompaño donde me digas. Te han dado una buena hostia ¿sabes?

La sonrisa con la que acabó la frase la tranquilizó.

—¿Estás?—el joven asintió con la cabeza mientras daba por terminada la cura de la ceja—Creo que me voy a desmayar.—mustió Manuela. La sirena de la ambulancia ululaba con fuerza camino del hospital.

La comisaria Pilar Brausse acudió con su equipo a supervisar en persona el operativo. Varias manzanas estaban cortadas al tráfico y más de veinte policías registraban piso por piso en busca del sospechoso.

—Un disparo en la frente. Orificio de salida en la parte posterior del cráneo. No hay bala ni cartucho—el forense le hablaba de rodillas sin desviar la vista del cadáver. Palpaba con implacable profesionalidad las diferentes partes del cuerpo inerte que yacía en el suelo.

—Una mujer fuerte, aguantó unos minutos tras el disparo.

—Hola, sabiendo ¿No te habías jubilado?—Pilar sonreía, contenta de ver a su viejo amigo.

—Lo haré cuando aceptes mi invitación.

—¿Qué invitación?—preguntó con curiosidad la comisaria.

El forense continuó con su exploración, por un momento levantó la cabeza para añadir.

—La de los toros por supuesto.

—¿De verdad crees que acudiría a un espectáculo tan repugnante?—Pilar seguía divertida, la consabida discusión que mantenían desde hacía años.

—Si de repugnancia se trata, no sé por qué razón elegiste esta profesión.

—Para estar con hombres como tú—la comisaria se inclinó sobre el cuerpo de la mujer. Tantos recuerdos, y una escena que se volvía a repetir.

—¿Recuerdas el asesinato de una anciana en la Barceloneta? Ocurrió a mediados de los ochenta. Era la dueña de una pensión.

El forense la miró con desaprobación.

—¿Sabes la cantidad de muertos que escupe cada año esta ciudad en la morgue? ¡Cómo para acordarme de una vieja! Aquí te dejo otra para tu colección, comisaria.

—Aguarda ¿Cuándo murió?

—¿Hora de la muerte? Mira tu reloj y quítale noventa minutos. —el forense le lanzó un beso en el aire y se marchó.

En 1986 un asesinato marcó la vida de la entonces inspectora Brausse. Fue un crimen similar al que su forense preferido había olvidado. Nunca encontraron al culpable. Pilar no olvidaba.

Dudaba si debía escarbar en el pasado. Un lejano recuerdo aún mantenía abiertas algunas heridas. En su día supuso que algunas acciones completarían el círculo de la penitencia. Creyó que un clavo mata a otro clavo. Falso, habían transcurrido quince años y aún sentía dolor.

Coincidencias o no, tenía que centrarse en el hoy, no en el pasado. Algo poco probable. ¿Qué habría sido del sombrillero cojo? Recordaba vagamente su nombre. **Freddy.**

## DOS HERMANOS

6 de julio 2002  
Barcelona

Freddy se preguntó si debía llamar a su hermano. El empleado del banco mantenía la posición.

—No hay dinero en la cuenta señor.

—No puedes ser, tienen que haberme ingresado la pensión—insistía un agitado Freddy.

—Lo siento, ya le he dicho que no es nuestra responsabilidad. Diríjase a la Generalitat, al departamento correspondiente y allí le informarán. Nosotros no podemos pagarle algo que no le han ingresado.

Con más de ciento cuarenta kilos de peso y una pierna de plástico cada día más inservible, agarró la muleta y despacio se dirigió a la puerta. Iría a casa y llamaría a su hermano **Mariano**. Él sabría qué hacer.

A Freddy le gustaba el póker, sobre todo las partidas en El Samoa, un bar de siempre, de los de dominó y puros Farias. Al fondo del establecimiento, detrás de una cortina y enfrente del lavabo, se vislumbraba una puerta con la leyenda: *Uso exclusivo empleados*.

A partir de las diez de la noche, todos los jueves, sueldos, herencias,

préstamos, haciendas y billetes, cambiaban de manos en un:

— ¡Las veo!—o en un farol, al grito de tres mil más.

Freddy solía perder, y las pocas veces que ganaba se lo gastaba en putas y en invitaciones. Hacía tiempo que ya no le quedaba nada. El barrio había cambiado mucho. Desde las olimpiadas del 92 la Barceloneta ya no era la de siempre. Los precios de la vivienda habían subido tanto, que hasta se había planteado vender su piso. Su hermano Mariano le dijo que a dónde iría.

—Si han subido aquí, imagínate lo que habrán subido en otros barrios. Sin ir más lejos, en el Chino pagan hasta veintidós millones de pesetas por una mierda de vivienda.

Mariano siempre tenía razón. Además, en el colegio sacaba buenas notas y estudió FP. La vida da muchas vueltas y ahora tenía una constructora en Almería, un concesionario de coches y dos pisos en la zona alta de Barcelona. O eso decía él.

Cincuenta metros separaban la oficina de la Caixa de su casa. Una distancia insufrible desde que salió de la cárcel. Allí no tenía que andar, ni cocinar. No tenía que hacer nada. Durante siete años pagó su deuda. Hoy, todavía recordaba el olor de la cárcel, ácido, molesto desde el primer día que lo percibió. Un aroma que penetraba hasta el cerebro. Mezcla de sudor, drogas, humo y comida. Un hedor que se pegaba al cuerpo y no desaparecía con el sueño. Una pesadilla.

Freddy meditaba en el exterior de la caja de ahorros. Mientras, un camión cisterna sustraía detritus tóxicos almacenados en el pozo ciego de un antiguo bar, reconvertido en supermercado para turistas poco exigentes.

—¿A dónde irá a parar tanta mierda? Con lo que huele, eso no debe ser sano ni para las ratas—habló en alto sin que nadie le escuchara. Una idea brilló en su cabeza.

Aligeró el paso deseoso de compartirla con su hermano. El día que salió de La Modelo nadie le recibió.

*Menudo hijo de puta.*

Subió renqueando por la escalera que separaba el estrecho portal del tercer piso. Los escalones le asustaban tanto como la posibilidad de encontrarse con algún vecino. Llevaba varios meses sin pagar los gastos de comunidad. La pensión no le llegaba para nada más que comer y pagar alguna puta del Raval.

Abrió la puerta de su casa y dejó la muleta en un rincón. Con el auricular del teléfono sujetándolo con el cuello, marcó el número de su hermano.

Mariano estaba ocupado.

Freddy recibía monosílabos a su petición de dinero. Esperó unos segundos con el teléfono pegado a la oreja. Intentaba identificar el ruido de fondo, creyó que podía estar en el baño. No hizo falta recordarle lo que había hecho por él. Mariano le tranquilizó con un:

— Mañana te envío mil euros.

Freddy intentó hacer la conversión a pesetas. Tras un instante de frustración, dio las gracias a su hermano y confió en que fuera suficiente para pagar sus deudas y comer el resto del mes. Se despidió con ganas de haberle contado su idea. Mejor otro día.

Hubo un tiempo en que era algo más que un gordo tullido. Por sus manos pasaban billetes, verdes, de los de antes. Decenas de ellos cada día. En el barrio era respetado, le tenían miedo. En la playa era el rey de las sombrillas y la heroína. Tenía su enlace en la pensión Mallorca. Su dueña le suministraba la droga y le enviaba clientes. Añoraba a la anciana mujer y su exquisito *tumbet*. Ya no la volvería a ver, nunca más. A ella la mataron y él se pasó unos cuantos años en la cárcel por tráfico de estupefacientes. Mantuvo la boca callada. Aguantó en silencio y aún lo hacía, a cambio de un poco de dinero al mes. Con eso y la paguita, que le tramitó la asistente social del barrio, le daba suficiente para vivir. Su hermano Mariano siempre había sido un cabrón.

Las ideas le pasaban por la cabeza. Eso le molestaba. A Freddy no le gustaba pensar, prefería un buen plato de callos en el Jaica o una morcilla de Burgos con una caña, en la Cova Fumada. Disfrutaba con un paseo, de día o de noche, por las calles Sant Pau y Sant Ramón, donde las putas. Buscaba gordas y entradas en años. Cobraban menos y les avalaban, en algunos casos, más de cuarenta años de profesión.

Su preferida era con diferencia Margarita, una catalana guapa de ochenta kilos y piernas robustas. Sus ojos convertidos en maquillaje y sus pechos sujetos con goma resistente, la hacían joven en la oscuridad.

Freddy pagaba por adelantado con un *para tus niños que lo necesitan más que yo*. Margarita le contaba que sus niños ya tenían edad de ganarse el pan ellos solitos, mientras le bajaba la bragueta y con un vaivén aprendido con los años y una muñeca que para sí querrían algunos tenistas, se ganaba en pocos minutos su merecida reputación.

Necesitaba algo más de dinero para disfrutar de sus pequeños placeres. Hizo mucho por Mariano, le cubrió a riesgo de morir en silencio. Su hermano



siguió con los negocios mientras él soportaba el tedio y el frío de La Modelo. Mil euros al mes no eran suficientes. Por eso las ideas le molestaban; No ganaba nada con ellas. Se contentaba con leer el periódico por la mañana; Deportes y sucesos por ese orden, sin descartar el crucigrama, que aunque se le hacía cuesta arriba, acababa por terminarlo.

—Las letras se te dan bien Alfredo.— le confortaba su abuela cuando volvía de la escuela con un cero en cálculo.

Sus padres, al poco de nacer Freddy y en vista que no había trabajo en el pueblo, decidieron emigrar. En la textil necesitaban trabajadores. Una vez en Barcelona, su madre trabajó limpiando casas y su padre consumió su tiempo libre y su salud, con carajillos de DYC y Anís del Mono. La abuela cuidaba de los dos hermanos.

Mariano y Freddy conquistaron la calle. Formaron una banda. Entre semana, asaltaban a los niños pijos del barrio de la Bonanova. Freddy se metía con un grupito de niños bien y en el instante que le iban a pegar, salían de la nada toda la banda a defenderle. Relojes, patines, bicicletas y dinero. Siempre repartían el botín hasta que los doce integrantes de la banda estuvieran servidos. Los sábados y domingos se trasladaban a Santa Coloma a pelear con otras bandas.

Freddy recordaba con nostalgia la juventud de su hermano mayor.

Mariano era un líder nato, sabía obedecer, lo que le aseguraba el privilegio de saber mandar. Coincidiendo con el decimosexto cumpleaños, su padre llevó a Mariano al taller de un amigo suyo.

—Ya es hora que te pongas a trabajar.—le dijo.

Mariano aprendió a ir en moto y a moverse por la ciudad hasta hacerla suya. Abandonó la banda, no sin antes, reventarle la cara a su segundo, y dejar bien claro que el jefe seguía siendo él. Iba al instituto de ocho a seis, luego al taller. Ahí le esperaba el dueño, un leridano cabrón que le llenaba el cajón del ciclomotor, con un montón de latas vacías. En un papelito doblado, le indicaba las direcciones en las que debía rellenar los envases. No era mucho, no obstante, Mariano se sentía importante. Llegaba a su destino, la mayoría de los casos pequeños talleres *multimarca* parecidos al de su jefe.

Serio y con andar seguro, se bajaba de la moto con una o dos latas que entregaba al encargado. Éste, desaparecía un minuto y volvía con los recipientes cerrados y estancos. Así hasta en quince direcciones. Luego, de noche, Mariano recogía a Freddy y los dos hermanos se iban al río, al Besòs. Procuraban evitar a las ratas. Ataban con una cuerda todos los envases entre

sí a través de las asas. Los tiraban al agua y fijaban un cabo a una estaca clavada en la orilla del río. Cuando al día siguiente volvían, ya no había rastro de los envases. Aunque la curiosidad les picaba, no intentaron saber que contenían. Mejor ciegos y mudos que enterrados.

El trabajo de Mariano era sencillo y cobraba veinte mil pesetas a la semana, lo que su madre y su padre juntos. Cantidad más que suficiente para capar su curiosidad.

Un día, por la mañana, su padre le dijo a Mariano que ya no fuera a trabajar. Aunque había ahorrado más de doscientas mil pesetas, se sintió traicionado. Después de mucho pensar, Mariano le pidió a Freddy que le acompañara al taller de su jefe. Estaba cerrado.

Los hermanos se dirigieron al río. No habían pasado ni doce horas desde su última visita. Acudieron sin miedo. Con un poco de suerte, encontrarían algo más que una estaca solitaria clavada en la tierra.

*Con dos cojones.*

Escondieron en la casa, lejos de la mirada de sus padres, un montón de latas llenas de bolsitas de plástico. En su interior, un polvo similar al cemento les hizo erizar el pelo de la nuca. Mariano le confesó a su hermano que no sabía que era. Parecía droga.

Ninguno de los dos estaba seguro. Mariano era partidario de guardarlo y Freddy le aconsejaba que lo tirara por el retrete. Al final, Mariano habló con un colega del barrio, de esos que saludas sin saber muy bien de qué lo conoces, aunque confías en él. Éste le confirmó que era heroína sin cortar y que valía una pasta. Freddy le indicó la conveniencia de devolverla. Si no lo hacía los iban a descuartizar y luego matar, por ese orden. Mariano pensó en el dueño del taller y el negocio que tenía montado ese hijo de puta. Los hermanos se asociaron con el colega.

Esperaron unos días. La policía desmanteló la red de traficantes de droga, formada entre otros, por el antiguo jefe de Mariano y los encargados de los otros talleres que su hermano había visitado todos los días. Mariano había transportado la droga sin preguntar y descargado sin mirar. Su personaje era el mensajero mudo. Unos cuantos billetes de mil pesetas le bastaron para poner a dormir la memoria y la lengua. Nadie preguntó por el chico de la moto, ni la policía ni matones. Jamás le nombraron, nunca preguntaron por él.

Un día, el colega les presentó a un tipo que se encargaría de cubrirles y proporcionarles clientes. Algo más que un nuevo socio. Él y sus amigos,

cortarían la heroína y todo el barrio de La Barceloneta sería suyo. Querían un cuarenta por ciento de las ventas. También se ocuparían de las reposiciones. Mariano aceptó, no sin antes exigir más mercancía para abrir mercado en zonas circundantes. El tipo resultó ser un inspector de policía, conocido del barrio, un tal **Aguilar**.

Los años posteriores fueron increíbles para los hermanos. Freddy gastaba lo que ganaba. Mariano, por su parte, ganaba más y gastaba menos.

Freddy, recibió una pequeña parte del gran negocio, tuvo que ocuparse del menudeo en la playa. Mientras su hermano se compraba una torre en el selecto barrio de Pedralbes, él se fundía la pasta jugando al póker en el bar Samoa. Luego, todo se jodió, mataron a la vieja.

El día que le detuvieron habló de drogas, de trapicheos, de corrupción policial. Del asesinato de la dueña de la pensión Mallorca y de las actividades de su hermano, nada de nada. Freddy era legal.

*Chitón Freddy o te cortarán los huevos.*

Recordaba con claridad a la inspectora que le torturó. Nunca se le olvidaría su nombre y su cargo. Pilar, inspectora Pilar Brausse.

## UN MAL RECUERDO

1986

Dieciséis años antes del 6 de julio

Barcelona

El día que Pilar Brausse acudió por primera vez a la comisaría, el inspector Aguilar, cometió un tremendo error. Se precipitó en la bienvenida a una recién ascendida inspectora. Lo que sucedió, todavía se contaba en la brigada.

Aguilar, que iba al fútbol y creía que su mujer donde mejor estaba era con su madre; el día que Pilar Brausse llegó a la comisaría, alargó las manos, acompañadas de quince miradas de policías sorprendidos, y con torpeza agarró los pechos de una jovencísima Pilar.

—¿Estas son tus credenciales, inspectora?—exclamó entre carcajadas.

Lejos de amilanarse, Pilar agarró con decisión los dos meñiques, del inspector y dibujando un arco en el aire con los brazos, los llevó hacia un camino que jamás hubieran imaginado.

—Ahora ya sabes lo que pone en mi placa. —sentenció Pilar.

Al día siguiente, el inspector Aguilar volvió a la comisaría con los dos meñiques escayolados. Los miembros de la brigada ya no sonreían, aprendieron sin rechistar a deletrear el nombre de la inspectora Pilar Brausse.

Meses más tarde, Pilar iba sola, a ver el estreno de *El Público*, de García

Lorca. Tenía la noche libre y no le apetecía quedarse tumbada en el sofá delante del televisor. El patio de butacas estaba lleno, así como el gallinero, tan solo en los palcos se apreciaban unos pocos asientos vacíos, un triste reflejo de invitaciones a personalidades poco agradecidas.

Escuchaba, sin excesiva atención lo que se representaba en el escenario.

"—*Hay personas que vomitan cuando se vuelve un pulpo del revés y otras que se ponen pálidas si oyen pronunciar con la debida intención la palabra cáncer; pero usted sabe que contra esto existe la hojalata, y el yeso, y la adorable mica, y en último caso el cartón, que está al alcance de todas las fortunas como medios expresivos.*"

Pilar se preguntaba que quería decir el personaje con lo de hojalata, yeso, mica y cartón. Estaba perdida y la obra acababa de empezar. Además, dos princesas superferolíticas, como diría su abuela, sentadas delante de ella, no dejaban de cuchichear.

— Tengo la espalda devorada por los corchetes, los pezones aplastados, los pulmones a punto de reventar.—le confesaba una a la otra.

—A quién se le ocurre comparte un cruzado mágico. Haz como yo, mira —se desabrochó un botón de la camisa— como un guante, ya sabes lo bien que trabajan estos franceses, en moda no les supera nadie, tu te lo pruebas un día que no pienses en... ya me entiendes, y a ver como te encuentras, vuelves y me lo cuentas, estoy segura de que te comprarás también el blanco.

Si la obra de teatro duraba mucho más, Pilar moriría en su asiento. Los agudos pitidos del busca le hicieron salir de su ensimismamiento. Al incorporarse nadie protestó por la interrupción, todo lo contrario; Para la mayoría de la gente, el busca era patrimonio de médicos y cirujanos. Quién si no, querría ser localizado e interrumpido en su momento de ocio y disfrute. Toda la fila se levantó para dar paso a una Pilar Brausse agradecida.

Una vez en el exterior del teatro, se acercó a la cabina más cercana y marcó la extensión del inspector **Miravete**.

—Siento molestarte en tu noche libre pero, estoy colgado. Se han cargado a una anciana en la Barceloneta. En fin, si pudieras pasarte por comisaría.—la voz de su amigo era un intermitente y cansino susurro.— Te lo pagaré como quieras. Ya sé que es mi caso y que tienes el día libre, pero te juro Pilar que te devolveré el favor con creces. Al comisario le he dicho que tengo gastroenteritis.

El inspector terminó el discurso que, a buen seguro, había repetido y memorizado entre vapores de whisky. Cuando Miravete quería un favor

siempre utilizaba la frase estoy colgado. La triste verdad es que estaba con resaca o borracho. Desde que le dejó su mujer, no había día que no bebiera más de la cuenta.

—Tranquilo, ahora mismo voy para allá. Procura no vomitar en el despacho del comisario.—Pilar colgó.

El día de fiesta había llegado a su fin. Alargó el brazo y se subió a un taxi.

—A la comisaría de Vía Layetana.—indicó Pilar sin saludar.

En diez minutos atravesaba la puerta de la antigua sede de la Sexta Brigada, conocida también en su día como Brigada Político Social. En el año 1975 se disolvió. Pese al trascurso de los años y la llegada de la democracia, algunas cosas no habían cambiado del todo.

El suboficial de guardia miró sonriente a Pilar. Era viernes por la noche y la inspectora Brausse no tenía que trabajar hasta el domingo.

—¿No me digas que me echabas de menos?

—No me mires, no tosas y sobre todo no me toques los cojones.—le amenazó Pilar.

—Mujer, que no tienes.

—¡Quieres verlos!

Tras despachar con el comisario **Galván**, olvidó que era casi la una de la madrugada, así como el fracaso continuado de sus salidas nocturnas. Se acercó a Miravete que se encontraba apoyado en la máquina de café.

Con un gesto, le invitó a un cortado. Durante unos segundos el silencio les acompañó.

—¿Estás bien?—preguntó preocupada, Pilar.

—Siento haberte jodido la noche.—su amigo estaba de bajón.

—¿Demasiada presión?

—¿Sabes? Eres una tipa estupenda—el inspector contestó en un susurro. Miravete era un armario a punto de caer.

—Me voy a La Barceloneta. el comisario me ha dado una semana para solucionar el caso. —Anda, vete a casa, y duerme la turca.

—Lo siento Pilar... sé que te he pasado un marrón.—el estado de Miravete era penoso. Pilar le apretó con firmeza el hombro.

*Ya le devolverás el favor.*

En el coche, camino del barrio marinero de La Barceloneta, Pilar reflexionaba sobre su trabajo. Ni le gustaba ni lo odiaba. Existía una relación casi budista con su asqueroso trabajo de mierda. Siete años en el cuerpo no

eran suficientes para asumir la trastienda de la sociedad. Su trastienda estaba de limpieza.

En la pensión Mallorca, Pilar Brausse y dos subinspectores ya habían tomado declaración a todos los huéspedes. El forense había dado orden de levantar el cadáver. Tan solo una cinta de plástico indicaba que la puerta de acceso a la pensión no podía ser traspasada. Un joven de melena cuidada le gritaba a su novia que le esperara. Dos turistas alemanes, de avanzada edad, miraban la escalera de salida como si fuera el camino hacia el infierno.

*El infierno está detrás, señores.*

Eran los últimos huéspedes en abandonar la pensión. Todos habían declarado, todos podían largarse de una vez. Enseñó su placa consciente que hubiera dado igual que mostrara una galleta. Algo intangible, hace que los policías sean aceptados de inmediato como tal.

—¿Hablan español? —preguntó Pilar a la pareja de alemanes. A la inspectora le intrigaba la expresión de indiferencia en sus rostros. Con unos cuantos testigos de muertes a sus espaldas, sabía que no duraban mucho en la escena del crimen.

Por qué no se han largado ya.

—Yo hablo español, mi mujer no.

—¿Ya les hemos interrogado, verdad?

—Sí.

—¿Y bien?

—No entiendo.

—¿Por qué no se han ido?

—¿A dónde? No tenemos sitio donde dormir.

—Perdonen. ¿No les asusta dormir esta noche en este sitio?

—No—contestó el hombre.

La mujer del alemán sonreía como si estuviera colocada. Pilar decidió proseguir la conversación en comisaría. Necesitaría un traductor y un café con hielo.

Tras la declaración de la pareja de alemanes, Pilar, revisó las fichas de los camellos más habituales del barrio. Tenía una descripción bastante clara de su sospechoso. No tardó mucho en encontrar la ficha de Alfredo Santos, alias Freddy. Memorizó la dirección con la esperanza que no se hubiera cambiado de vivienda. Carrer de la Vila, muy cerca de la pensión Mallorca.

Llamó con insistencia golpeando con los nudillos, nadie abrió la puerta.

De dos patadas la débil cerradura cedió.

El piso de Freddy era de esas viviendas que uno desea olvidar. Olvidar que has estado allí alguna vez, que te han invitado a tomar algo o que puedes volver a mirar por los sucios cristales del balcón como única posibilidad de escape. Las pequeñas grietas alrededor de las jambas, que en su día fueron de madera, añadían incertidumbre sobre la seguridad del encofrado. Las termitas habían acabado con todas las existencias y las cucarachas estaban de fiesta permanente en la cocina y el baño. El hedor a putrefacción era asfixiante.

Pilar rebuscó en su bolso un pañuelo para taparse la boca y la nariz en un intento de recobrar la serenidad y descubrir que ese suavizante, que no acababa de convencerla del todo, tenía el mejor aroma del mundo. No sabía a ciencia cierta que buscaba. Tenía la vaga, pero firme creencia de que Freddy era algo más que un simple camello.

La casa del sombrillero era un cuarto de casa, así se llamaban las viviendas pequeñas de la Barceloneta. En treinta metros cuadrados se podían identificar tres piezas: cocina, alcoba y sala. La puerta del aseo estaba abierta. Era tipo armario, estrecho y angosto; Agujero en el suelo y una salida de ducha en el techo. Dos revistas de desnudos femeninos de baja calidad y hojas de periódicos colgaban de unos ganchos fijados con torpeza en la pared. Miró la alcoba esperando encontrar no sé qué.

El catre estaba desvencijado y hundido, cansado de soportar una mala fabricación y un peso excesivo. Un cajón de fruta parecía el único elemento nuevo. Encima encontró restos de comida, más revistas porno, un juego de llaves unidas con un trozo de cuerda, monedas sueltas y un repugnante orinal.

La salita no le ayudó en la búsqueda. Un sillón, una tabla de madera con ladrillos en sus extremos, e infinidad de platos de plástico llenos de porquería. Ni un puto libro.

Siguió buscando en la cocina, en los rincones. Miró al techo intentando fijarse en los más mínimos detalles, ¿alguna grieta más profunda de lo normal? Se asomó al pequeño e inseguro balcón y solo consiguió ver más balcones y bolsas de basura como la que casi pisaba. Volvió al aseo y sumergió la mano en el hediondo agujero. Una arcada le dejó un regusto agrio en la boca. Se tragó su vómito. Mierda, solo hay mierda. Necesitaba aire, salió por segunda vez al balcón.

Demasiado sucio Pilar, todo está demasiado sucio. Todo, menos la bolsa que tenía al lado de su pie derecho. El Carmen, con letras blancas, bien claro en el fondo negro de plástico. Que paria, que vive en una pocilga, que no le



importa dejar todos los desechos esparcidos por su piso, compra bolsas de basura de marca.

Decidió que el suelo era el mejor sitio para esparcir su contenido. Pesaba un poco, así que decidió tomárselo con calma. Las dos manos fuera de la bolsa, ya tenía suficiente con el agujero del retrete. Abrió la bolsa por la parte superior. Otra bolsa envolvía la primera, así hasta cinco.

—¡Joder si son papeles!

Leyó con atención todas y cada una de las hojas que reflejaban una contabilidad detallada de ventas y compras, ingresos y gastos; fechas, lugares, y nombres. Próxima estación, Freddy.

## UN MATRIMONIO ALEMÁN

1986

Dieciséis años antes del 6 de julio

Barcelona

Freddy pensó que no era de recibo, pobre anciana, las veces que le había preparado su exquisito *tumbet*, tanto tiempo mandándole clientes y de mutua colaboración. Todavía la oía recitar su cantinela:

—Ni se le ocurra ir al lado derecho que hay medusas, ustedes vayan a la izquierda, sí a la izquierda. Tienen tumbonas y sombrillas, las lleva un chico cojo, muy eficiente, ya verán.

Cuando la dueña de la pensión Mallorca aceptó trapichear. Aceptó para ganar.

—La vida es para los emprendedores—le decía a Freddy.

Que muertas estaban las palabras de la anciana. Tan muertas como ella. La policía le preguntaría seguro, ¿o no?, además, él no diría nada, no quería líos.

Tras colocar en el interior de la cisterna una bolsa con doscientos gramos de heroína, cerró la tapa del retrete, El cuerpo le pedía algo frío. Salió del aseo del bar El Museo y se sentó en la barra.

—¡Niño! Ponme una mediana bien fresquita y una de berberechos. ¡Ay, que vida!—pensó que una cerveza le ayudaría a tranquilizarse.

—Dime Freddy, cuéntame, tú que tratabas con la vieja, ¿quién la ha podido matar? Dicen que un tipo pasó por ahí preguntando por la pensión Mallorca. ¿Sabes algo?—al camarero del bar le gustaba hablar con los clientes. Recibió silencio por respuesta.

Mientras Freddy pagaba su consumición con un billete de cien pesetas y un hasta luego, la inspectora Pilar Brausse entraba en El Museo con la mirada baja. Sin saludar, se dirigió al fondo del establecimiento. Lo que encontró en los servicios fue suficiente para confirmar sus sospechas. Una vez en la calle no le costó ningún esfuerzo localizar al dueño de la coca.

Freddy caminaba despacio por el Paseo Borbón, sus pensamientos bailaban con un conocido vals. Con seis años su madre le llevó por primera vez al cine, su cojera le impedía correr detrás de la pelota como a los demás chicos de su calle. Se acomodó con el asiento de madera levantado, mientras el NODO daba paso a la película. A su madre le gustaba Sissy Emperatriz. A él también.

Una voz le despertó de su ensimismamiento.

—¿Alfredo? ¿Alfredo Santos?—todo el mundo le llamaba Freddy. En el colegio le llamaban por el apellido. La chica que le preguntaba era guapa y alta; sonriente y vestida con tejanos, camiseta y un bolso en bandolera, podía pasar por una universitaria de vacaciones, por una recién casada de luna de miel o por una secretaria, aburrída de la ciudad, con ganas de playa. La placa de policía le indicó que no era así. Sentados en un banco como padre e hija, Pilar Brausse le explicaba lo de la pareja de alemanes.

—Seguro que te acuerdas. No creo que tengas muchos clientes con más de sesenta años.

—Le juro señorita.

—Llámame inspectora.

—Por mi madre que solo alquilo sombrillas y tumbonas, mire. —Freddy le enseñaba un papel plastificado con el sello del excelentísimo Ayuntamiento de Barcelona, tan falso como él.

—De acuerdo Freddy. Háblame de tus turistas de playa.

—Bueno, no sé qué decirle. Hay lo que hay, ya me entiende.

—¿Tampoco quieres hablar de turistas? Muy mal, estás empezando a cabrearme.

—Es que no sé qué quiere que le cuente.

—Todo Freddy, todo.—la presión de Pilar iba en aumento—Tómame tu tiempo, no hay que ponerse nervioso. Mira, entiendo todo lo que me dices. Después de todo no dices mucho. Mírame a los ojos y dime, cuéntame, sorpréndeme, haz que me olvide de las papelinas que has escondido en la cisterna del bar El Museo—Freddy no pudo disimular la cara de estupefacción.

—Yo...

—Sí, claro. Tu falta de memoria es preocupante, casi cómo mi exceso de celo.

Pilar se recostó en el banco y rodeó con el brazo derecho la cabeza del cojo. Con dos dedos presionó con fuerza la carótida del asustado sombrillero. En un susurro casi erótico le dijo:

—Diez segundos y tu sangre no llegará al cerebro.—Pilar contó hasta seis, se levantó y empezó a dar vueltas alrededor del banco. Era como un tiovivo pero sin caballitos. De pronto se detuvo. Su mirada taladraba a Freddy, como la de una novia engañada, como la de una hija rebelde, como la de una inspectora trabajando.

Pilar se volvió a sentar. Su mano apretó con cariño el plástico de lo que antes fue una pierna.

—Te voy a contar el porqué de cómo eres. Eres un despojo humano porque estás sucio, no te bañas ni en el mar, eres gordo y fofo de tanto comer mierda, vives solo, no tienes novia, ni amigos, ni familia, tu casa está que da asco. —Pilar hablaba tan rápido que no permitía pensar a un apabullado Freddy.—Tu literatura no llega más allá del Interviú y el Clímax. Te importa un huevo matar poco a poco adolescentes con la venta de muertes dulces, sobre todo si son extranjeros. ¿Verdad Freddy? ¿Qué haces con el dinero? ¿Te lo gastas en putas?

El sombrillero movió los labios. Un sonido gutural con regusto a miedo salía de su interior. No quería escuchar más. Pilar continuaba inflexible.

—Asesinan a una anciana y es cuando Freddy, que no importa una mierda a nadie, me empieza a interesar. ¿Sabes por qué? Porque unos alemanes, clientes tuyos de sombrillas y heroína, resulta que duermen en la pensión Mallorca, ¿Te suena Freddy? Y claro, yo que soy policía hablo con ellos, y me cuentan, y me lo cuentan todo. Cómo eres, dónde estás, qué haces, con quién hablas. Me cuentan, que la vieja les recomienda que hablen contigo.—Pilar hizo una breve pausa premeditada.—Llevaban diez años sin meterse un pico. Cada día en la playa al lado de un camello, hace que o te cambies de

sitio o...

— *Sólo uno, ya somos mayores Klaus, venga.*

—Freddy, ¿sabes lo que es ser sospechoso de asesinato?—Pilar no le miraba, quería dejarle respirar.

—Yo no he matado a nadie. —el sudor le bajaba por el pecho.

—Igual no.—las pausas eran insostenibles, desesperaban a cualquiera que, como Freddy, tuviera algo que ocultar.—Lo que no puedes negar es que eres un mierda. Te dedicas al menudeo más cutre que puede haber. En la playa, asfixiado de calor. ¿Qué coño haces los días de lluvia? y ¿El resto del año? ¿Te la pelas con los recuerdos del verano?

—Señorita, no sé que quiere de mí, de verdad. —Freddy intentaba transmitir sinceridad.

—Inspectora, llámame inspectora.

—Inspectora, ya le he contado todo.—contestó sumiso.

—Inspectora Brausse, el apellido también es importante. —le interrumpió Pilar.

—Inspectora Bause, repitió obediente.—el sudor era una lluvia de olor a fritanga y roña.

—Brrrause, la erre es igual de importante. Repite conmigo Brrrauu-se.— insistió de forma maliciosa Pilar.

—Bauuuu-e.—Freddy balbucía.

Un fuerte y contundente puñetazo en la base del estómago hizo que perdiera el miedo de inmediato. No podía respirar, se ahogaba, los pulmones le iban a explotar. Unos ojos verdes le miraban, casi con compasión. Estiró el brazo derecho para pedir ayuda a su verdugo. Era guapa y con unos ojos increíbles. Le estaba torturando y él quería su protección.

Pilar descubrió por boca de un entregado Freddy, que un inspector de la brigada de estupefacientes, era un visitante habitual del barrio de la Barceloneta. Siempre iba en compañía de un joven con pinta de membrillo. Los dos solían pasarse todas las tardes por la calles Atlántida y Vinaròs. Saludaban a todos y todos callaban. Afirmó seguro que no les vio por la pensión, en cambio añadió que todos los viernes se reunían con la anciana en el bar del mercado. Compartían carajillos de ron y un intercambio de manos que rezumaba trapicheo. Todos los viernes, Freddy recogía en la pensión Mallorca varias bolsitas con polvo blanquecino y olor a yonqui. ¿El policía, era el testigo, el corrupto, o estaba trabajando? Pilar quería una respuesta.

—Freddy, ahora quiero que me escuches con atención.

—...

—Te voy a hacer una pregunta, una y te vas para tu casa. ¿Sí?

—... —Freddy no podía ni respirar.

—Esos dos tipos que se reunían los viernes con la anciana. ¿Eran policías?

—No... yo no...

—Tú no, Freddy, tú no.

—Creo que sí.

Pilar estaba apoyada en el respaldo del banco.

—Uno de ellos seguro, siempre tiraba de placa. Se llama Aguilar. El otro, el más joven, creo que no.—continuó, firme en sus argumentos.

—... —Pilar miraba al suelo.

—Tengo ganas de orinar.—una súplica que no encontraba respuesta en la voz de la inspectora.

—... —Pilar miraba al cielo sin desviar la vista.

—Le diré todo lo que sé pero déjeme ir a mear o me meo encima... por favor...

—... —Pilar seguía con la mirada fija en el cielo.

—... por favor.

Por la declaración de Freddy sabía que tenía por delante un camino tortuoso arriesgado y con inclinación al silencio. Un asesinato es un asesinato. Esposó al sospechoso y se dirigió a la comisaria de Vía Layetana, dispuesta a llegar hasta el final. Freddy pensó que la vida no se parecía a ningún vals.

Mientras Pilar disfrutaba de las carreteras francesas, a bordo de un Seat Ibiza nuevo de color azul, Freddy fue condenado a estar recluido en La Modelo siete años por tráfico de drogas. El asesinato de la anciana, dueña de la pensión, se perdió en algún sótano de los juzgados. Las declaraciones del único encausado que apuntaban, sin lugar a dudas, a la corrupción policial, ni siquiera llegaron a las manos del juez.

Su hermano Mariano siguió y creció en el negocio de las drogas, mientras él se pudría en la cárcel.

Barcelona aún no se había transformado. Faltaban seis años para las olimpiadas, alguno más para que la ciudad mirara de frente al Mediterráneo, dieciséis para que se volvieran a encontrar.

## UNA CUESTIÓN DE CONFIANZA

6 de julio 2002  
Barcelona

A Lluís le gustaban los hospitales, en especial ese olor característico a *Mercromina*. Un aroma agridulce que aspiraba de pequeño, con mocos de lloro, cuando su madre le aplicaba el líquido rojizo en su rodilla raspada y soplaba con infinito amor para calmar el escozor de la cura.

En urgencias del Clínico esperaba con un Winston entre los dedos, ver aparecer a Manuela recuperada y contemplar esos ojos marrones, iguales que los de una pantera a la caza de su presa. Tras aparcar el coche en la calle Villarroel, se dirigió a hablar con los enfermeros que la habían trasladado hasta el hospital.

—Igual tiene conmoción cerebral, lo digo por los vómitos. No te quiero alarmar, soy enfermero, mejor te informarán los médicos. Las heridas de la cara no son profundas. Cuatro puntos en la ceja. La del pómulo no la han cosido por lo de la estética ¿Sabes? Está en el box tres, mi compañera te guiará.

Lluís agradeció la información con un gesto. Le preocupaba el estado de Manuela más de lo que hubiera pensado. No hacía mucho que trabajaban juntos. Ella cumplía ya su segundo año en la ciudad del mar y la montaña.

Varios meses atrás, la comisaria le presentaba a una eficaz inspectora, formada en el País Vasco y con un expediente impecable. Encajaron a la

perfección y juntos se ocuparon de diferentes casos con un éxito sorprendente. Ninguno con tanta repercusión mediática.

Llevaban dos semanas detrás del violador del periódico. Con un *modus operandi* tan simple como publicar un anuncio en el diario, en el que se ofrecían habitaciones a estudiantes.

El criminal ataba y amordazaba a los propietarios del piso y esperaba durante horas la llegada de sus víctimas. Se le atribuían cinco agresiones sexuales cometidas en menos de un mes. La comisaria había sido muy clara.

—Nada de filtraciones a la prensa, silencio absoluto. Ese pájaro no se va a escapar por unas invitaciones a comer en el Vía Véneto o unas entradas para el Camp Nou. ¡Está claro! Prioridad en la escucha y buena caza.

Manuela despertó con un picor insufrible en el pómulo derecho. Con la mano, presionó lo que le pareció una gasa húmeda. En lugar de alivio sintió una punzada de dolor. Cien alfileres ardiendo se clavaron en su mejilla. Estaba en el box, tumbada en una estrecha camilla y cubierta con una minúscula sábana. Lluís estaba de pie, al lado de la puerta acordeón. Coqueteaba con la reina de las enfermeras, una morena pija de labios espumosos y risa convencional. La cabeza le iba a estallar.

—Lluís, ¿qué ha pasado?—intentó incorporarse. Un tubo enganchado a su vena se lo impidió.

—Hola, Manuela—la enfermera le hablaba, ya no reía. Con una celeridad sorprendente se había colocado a su lado. Manipulaba los instrumentos con profesionalidad. Olía a ropa limpia.

—Menudo susto me has dado. ¿Cómo te encuentras? —Lluís estaba a los pies de la camilla. Nervioso, se balanceaba de izquierda a derecha.

—Susto el que me he dado yo. ¿Habéis pillado a ese cabrón?

—La Brausse ha montado un operativo digno de la mejor película de acción. Nos quiere ver cuando te den el alta. No me he movido de tu lado desde que has llegado—Miss enfermera 2002 sonrió al joven inspector mientras revisaba el gotero —Tú tranquila Manuela, que ese hijo de puta no irá muy lejos—sentenció Lluís.

—Bueno, voy a avisar al médico —dijo la enfermera sin desviar la mirada de Lluís y añadió—Si necesitas cualquier cosa estoy por aquí.

Desapareció del box, sin que el inspector pudiera despedirse. Manuela se tapaba con la sábana. Empezaba a tener un poco de frío.

—¿En los hospitales ponen el aire acondicionado?—preguntó.



—No sé, si quieres pido una manta—respondió Lluís solícito.

—Quieto fiero, la gacela no se va a escapar. Yo, con un abrazo de un chicarrón, seguro que entro en calor—Manuela extendió los brazos a modo de invitación.

Lluís la ignoró. Manuela le atraía, no lo suficiente para mezclar trabajo con placer.

No tardó en acudir el médico de guardia. Le estiró la gasa de la herida y realizó una comprensión dolorosa en la cara de la inspectora para que se juntaran las paredes del corte. Una hora más tarde, con el parte del alta en su bolsillo, Manuela salió del Clínico con ganas de pegarse una ducha y dormir un poco. La cabeza la estaba matando. Antes tenía que informar a Pilar Brausse.

En el trayecto hasta la comisaría, habló con su compañero sobre el caso y la fatalidad del encuentro. Lluís no ocultaba su preocupación por las consecuencias de haber dejado sola a su compañera.

—No le des más vueltas. No tenía que haber entrado sola. Cometí un error. Yo te cubro con la Brausse.

—Manuela te agradezco tu oferta, sé defenderme solito—la inspectora no supo si debía molestarse.

—Tu mismo. ¿Entonces?

—¿Entonces qué?—contestó Lluís.

—Que cual es la versión que le damos a la comisaria.

—¡Joder, Manuela! No hay versiones. Subiste sola porque yo quería fumar. Entraste sola porque yo soy un imbécil y tú una inconsciente. El tipo se ha escapado porque lo hicimos de puta pena. Esa es la verdad. ¿Estamos?

—Estamos, Lluís. Pero, un matiz. Uno sencillo y muy importante. No habría recibido semejante hostia si hubieras subido más rápido. ¿Estamos, capullo?

## EL SEÑOR JOHN BARR

6 de julio 2002

Barcelona

Pilar se sentía la mujer más feliz del mundo. Hacía una hora, el ministro del interior le había confirmado que, en pocos días, anunciaría su nombramiento como jefa de la UA. Se convertiría en la primera comisaria de la nueva unidad de élite de la Policía Nacional; La Unidad Alfa. Por fin recibiría el tan anhelado premio. Muchos años de colaboración e información. Años de secretos desvelados y otros sin descifrar.

*Te lo mereces.*

Hoy era verano. Tenía delante de ella a dos competentes inspectores de su actual unidad, sin ganas de hablar. Un último caso que con toda probabilidad ya no podría resolver. Al menos, lo intentaría.

—Manuela, ¿vas a ser tu la que explique todo este despropósito?— preguntó con tono lastimero.

—Lo cierto es que...

—Lo cierto, inspectora, es que la habéis cagado del todo. No solo os pasáis por el forro todo el protocolo, sino que además dejáis escapar al hombre más buscado y odiado de toda España. Cinco chicas violadas. Y dos inspectores de mi unidad la joden.

Pilar estaba de pie, su voz era firme. No había rastro de nerviosismo en su hablar. Se encontraba de espaldas a los dos policías, mirando por la ventana

una furgoneta azul que entraba en el edificio.

—Asumimos nuestra responsabilidad, comisaria—Lluís intervino cauto.

—¿Responsabilidad? ¿Te atreves a hablar de responsabilidad?—preguntó Pilar.

—Hay una razón para lo que ocurrió—Lluís se había perdido, no había ninguna justificación. En su afán de salvarse, no hizo más que caer en barrena.

—Hablemos de razones, inspector. Hablemos de justicia, de amor, de comprensión. ¿Igual quieres hablar también de perdón?—el tono de Pilar era irónico.

—¿Eres religioso? ¿Católico? ¿Qué si no? ¿Razón, dices? Dame una razón, una sola para que no tenga que mandaros a los dos a casa. Dame una razón para que no tenga que explicar a cinco chicas y a sus familias, que dos imbéciles han dejado escapar a su única esperanza, la venganza de, al menos, ver a su violador sentado delante de un juez en el banquillo de los acusados. Dame una razón para que no te pegue un par de hostias, inspector.

Y así hubiera ocurrido si una providencial llamada de teléfono no hubiera interrumpido a la comisaria.

—¿En el *terrat*? ¿Y seguro que es él? —Pilar siguió con la conversación unos minutos. Separaba alterada el pelo de su cara.

Tras colgar el auricular, se incorporó de la silla y se quedó por un momento en silencio. Sus ojos verdes miraban al infinito.

—Inspectores, hoy puede ser vuestro día de suerte. No quiero ningún informe todavía, ni comentarios con los compañeros. De hecho, os venís conmigo—y dicho eso salió por la puerta sin esperarles.

Manuela y Lluís admiraban a la comisaria, a todos les fascinaba su capacidad para resolver caso tras caso. Se había ganado con creces el respeto de sus subordinados, y el de toda Barcelona. Por encima del respeto y la admiración, existía el miedo a su impulsivo carácter. Con temor, se levantaron raudos y la siguieron sin preguntar, casi sin respirar.

El Seat Toledo circulaba a toda velocidad por Gran Vía. El ruido de la sirena se unía a Pretenders y su Brass in pocket. Era un día de calor húmedo de ciudad, pegajoso. Pilar giraba el volante con precisión. Atravesaba los cruces casi sin mirar. Los coches tardaban en apartarse. Primero los bomberos, luego las ambulancias, la policía y por último los coches camuflados. Esa era la preferencia que los ciudadanos habían decidido otorgar a las luces y sirenas. Cuarenta años de franquismo habían hecho

mucho daño.

Pilar llegó al lugar del suceso. Se bajó del coche y con paso firme atravesó la calle tomada por todo un despliegue de uniformes, armas y caras serias.

—No te entiendo.—Pilar se dirigía a un suboficial de la brigada central—  
¿Que no estoy al cargo del caso? ¿No me jodas?

Con un suave ademán lo apartó de su camino.

—No lo digo yo, comisaria, lo dice el inspector jefe Aguilar. —le contestó el policía con la mirada en dirección al número siete de la calle Casanova.

Si algo le molestaba a Pilar era la desorganización. Supo que iba a disfrutar con la presencia de Aguilar. Éste, se acercaba altanero, como Manolito ante el toro, envalentonado por su género.

—¿Qué haces aquí?—le espetó Pilar.

—El caso es mío, comisaria.—contestó el inspector jefe sin inmutarse.

—Te lo voy a decir con palabras sencillas, imbécil. O me dices que coño haces aquí o te reviento la cara.

—Ya te lo he dicho, llevar la investigación. Órdenes directas del subdirector general, Pilar. Parece que te han apartado de la brigada. Estás fuera del caso. Además, este caso es demasiado duro para una mujer— Aguilar respondió desafiante con una sonrisa forzada. Disfrutaba sin complejos de la situación.

Todo recuerdo es una huella en la memoria. Quizás, la impronta que le dejó Pilar no fue muy profunda. Hoy la comisaria Brausse se encargaría de solucionarlo.

—Vale Aguilar. ¿Quieres discutir? —Pilar también sonreía. —No sé que te habrán contado, pero hasta que yo diga lo contrario estoy a cargo de todos los casos.

—Una mujer nunca debió llegar a comisaria —replicó Aguilar, bajando la voz.

*¿Empezaría a recordar?*

La comisaria Brausse, amparada en la penumbra del portal, con la planta de su pie derecho combado, golpeó con precisión cirujana, grácil y efectiva, los dos meniscos del inspector jefe: primero el derecho y de rebote el izquierdo. Su carácter se encargó de restituir la cara de sorpresa del inspector jefe por la de sumisión.

—Aguilar, eres un baboso de mierda, lame culos, no vales nada, eres lo peor, y me meo en tu puta madre.

Pilar se dio cuenta de la presencia de un incómodo, aunque inocente,

testigo uniformado. Se agachó sobre el cuerpo de Aguilar y con desprecio le escupió en la cara. Sin levantarse se acercó al oído del inspector jefe.

—Los hombres sois unos cobardes—le susurró—el miedo os hace huir, os bloquea. A mí me excita. Te vigilo muy de cerca, cabrón. Tarde o temprano, caerás.

Aguilar se retorció de dolor sobre el suelo del oscuro portal, con las dos manos agarradas a sus rodillas.

—Esta me la pagas —gimió.

—Seguro imbécil, seguro. —le contesto sonriente Pilar.

Ahora, sí estaba a cargo del caso.

—Inspectora, a mi lado ¡Ya! Lluís, le quiero coordinando a toda esta panda de mirones—Pilar aceleró el paso, con la mirada fija en las alturas.

Manuela se sentía orgullosa de estar bajo las órdenes de la comisaria. Se situó obediente a su lado hasta hacer unísono su andar con las grandes zancadas de Pilar. Observó como del portal contiguo salían dos hombres con una camilla y un cuerpo tapado por la muerte. Era la anciana.

Unos minutos antes, en el coche, la comisaria les había informado sobre todo lo sucedido en el piso, desde que Manuela había sido golpeada, con toda probabilidad, por el sospechoso. Subieron las escaleras del número nueve de la calle Casanova. No había ascensor, ocho pisos sin descanso. Las dos llegaron al *terrat* con una fingida frescura.

—¿Este es el cabrón? La comisaria introdujo el pie entre el suelo y la cara de un hombre, que bocabajo y con el cuello girado por la presión del empuje de Pilar, hacía rato que había dejado de respirar.

—Sí, este es—afirmó Manuela sin dudar.

Deseaba que la comisaria apartara el pie. No era agradable ver la expresión del hombre y menos el agujero que tenía en el centro de la frente. La pólvora había dejado unas sombras difusas con una singular simetría alrededor del orificio. No cabía duda. El que le mató deseaba justicia.

—¿Uno de los nuestros?—Manuela se atrevió a conjeturar sobre la identidad del autor del disparo.

Una pregunta, quizás para algunos, inapropiada. Manuela, era de la opinión que preguntas potentes, proporcionaban resultados igual de poderosos. La respuesta de su comisaria fue rotunda.

—No, por supuesto que no. Ilústrame otra vez, como ocurrió todo—Pilar, por fin retiró el pie de la cara del hombre.

Manuela le explicó que después de seleccionar los anuncios de los diarios,

decidieron empezar por el barrio de El Poble Sec. Eran las diez de la mañana y la temperatura superaba los treinta grados. Tras dos horas de visitas sin resultado, enfilaron la calle Casanova para seguir por el Eixample.

Era un anuncio parecido a los demás. Lluís necesitaba un cigarro y ella un vaso de agua. Entró sola y una vez los recelos se hicieron evidentes, ya era tarde. El sospechoso salió corriendo por la puerta y, antes de escapar, le golpeó en la cara con un objeto contundente, puede que una barra de hierro.

Manuela finalizó su informe indicando que aunque lo intentó y subió por las escaleras, le fue imposible alcanzarlo.

—¿Este es el desgraciado que te golpeó?

—Me imagino—Manuela miraba las moscas alrededor del cadáver.

—No me interesa lo que te imaginas. Quiero saber quién te golpeó. Tú crees que el violador en vez de salir corriendo como alma que persigue el diablo, ¿Se iba a quedar parado, en medio del rellano y exponerse a una inmediata detención? Aunque, si no fue él, quién si no.—Pilar se distraía con una goma de pelo que se enredaba entre sus dedos. —Y dime Manuela ¿Qué coño hacía, mientras tanto, el inspector Lluís?

—Subió corriendo las escaleras y me ayudo a levantarme. De inmediato siguió detrás de mí tras el sospechoso—a Manuela no le gustaba el cariz de la conversación.

—A ver si te he escuchado bien—la comisaria empezó a caminar hacia la portezuela que daba acceso a la escalera del edificio—Tu compañero te deja sola en una operación en la que intentamos detener a un hijo de perra, para que no siga violando a sus anchas y llevarlo ante el juez para que le caigan la pila de años de prisión. Tu sola te metes en lo que, con toda probabilidad, es el mejor escenario de un violador. Y lo haces porque tienes sed. Entras sola porque te entusiasma el cine de Disney, y en las películas a los buenos todo les sale bien. Y claro, tú eres policía, tú eres de los buenos. ¿Verdad, inspectora?

Pilar Brausse ya no miraba la escalera. Estaba detrás de Manuela, muy cerca del umbral permitido. La inspectora no intentó responder. La conversación inicial se había convertido en un interrogatorio en toda regla. Miró a su alrededor en busca de algún compañero que estuviera cerca. Nadie. ¿Dónde se habían metido?

—No tienes respuestas. Ni las tendrás, porque no existen—Pilar se había sentado en el suelo cerca del cadáver. Las moscas acudían raudas para un inesperado festín—Ven Manuela, siéntate a mi lado

La inspectora no se fiaba. Aunque el tono de la comisaria ya no era tan hiriente, el miedo la seguía atenazando. Todos temían a Pilar Brausse.

Manuela accedió a sentarse a su lado. Respiró hondo, pese al hedor a sangre que envolvía el ambiente. Relajó los músculos de la espalda y pensó que ella era de los buenos y que, en definitiva, no podía pasarle nada.

—No me gustan las películas de Disney comisaria—Manuela ya no tenía miedo.

Pilar apretó los labios con una mueca fingida. Poca gente la había visto sonreír y menos aún, reír. Encogió las piernas, hasta rodear con sus manos ambas rodillas. Parecía que estaba midiendo sus palabras antes de hablar. No era cierto, la comisaria no medía nada. Enlazaba a la perfección argumentos sólidos. Se trataba de ser eficiente. Controlaba los tiempos y la modulación de su voz de forma natural. Era su don.

—Ya que no te gusta Disney, me gustaría preguntarte sobre tus preferencias en otras artes, como por ejemplo la literatura, los libros, la letra aunque sea de canciones. ¿Te gusta leer?

—Sí—contestó Manuela.

—Un sí no es mucha lectura. ¿Cuántos síes al mes?

—Un libro.

—¿Y cual es el que te estás leyendo ahora?—la comisaria preguntaba con interés. Giraba la cabeza, de vez en cuando, para inspirar profundo y evitar el tufo a muerto.

—Los Pilares de la tierra—Manuela se alimentaba de normalidad. Imaginó que estaba con su amiga Anita charlando sobre la vida; sobre que harían este fin de semana, y sobre lo cerca que estaban las vacaciones.

—Un libro de peso, incómodo para leer en la cama ¿No te parece?—Pilar le devolvió a la realidad.

—No leo en la cama. Tampoco mido la calidad de un libro por su peso o por su formato—respondió Manuela con seguridad.

—¿Quién habla de calidad? ¿Tus últimas decisiones han sido por calidad o por comodidad?—la comisaria levantó la mano con la palma al frente.—No me respondas, ya lo hago yo. Un día decides darte un regalo y subir sola a aplacar tu sed en la guarida de un violador. ¿Qué pasa inspectora? ¿Los bares del barrio no tenían la calidad suficiente para una intelectual de tu nivel? Olvidas la profesionalidad que debe distinguir a un policía, la calidad que hace que te diferencies de un vigilante de seguridad. Prescindes de meses de formación y años de experiencia. ¿Dilapidas tu carrera por un vaso de agua?

¿Y tienes los huevos de vanagloriarte de tu ética literaria?

Pilar Brausse se levantó de súbito. Un ruido había llamado su atención.

—¿Puedo, comisaria?—Lluís asomaba la cabeza por la puerta de acceso. Con un guiño saludó a su compañera que permanecía sentada en el suelo. Por toda respuesta Pilar le preguntó por la situación en la calle. El inspector le informó que habían ampliado el perímetro y colocado unas mamparas para evitar las indiscretas cámaras de las cadenas de televisión que rodeaban el edificio.

—Averigua porqué no ha venido todavía el juez a levantar el cadáver. Este cabrón huele a muerto. Luego, ponte en contacto con todas las víctimas para que vengan a la morgue a verificar si este mal nacido es el que las violó. Necesito las declaraciones de las cinco. Quiero cerrar esta caso hoy mismo— y añadió—Lluís, no quiero fisuras ni excusas. Cuando termines me esperas en comisaría, tengo un trabajo para ti.

Manuela observó a su compañero irse sin rechistar.

*Cobarde.*

Pilar Brausse valoraba el excepcional trabajo que, hasta la fecha, había realizado la inspectora. Hasta en dos ocasiones había resuelto de manera magistral lo que, en un primer momento, eran casos idóneos para inspectores más veteranos. Era obediente, puntual, diligente y con instinto.

Por lo menos, lo había sido hasta ahora.

La comisaria volvió a sentarse en el suelo al lado de Manuela. Las moscas ya eran legión y el cadáver, hasta ahora a la sombra, empezaba a ser devorado por los rayos de sol.

—Sabes inspectora, os estoy agradecida a ti y al guaperas. Y ¿sabes por qué?

—No, ni idea—Manuela se estaba cansando de los juegos y del escenario surrealista.

—Claro, imposible que lo supieras. ¿Conoces El punto Jonbar?

Por primera vez, Manuela vislumbró una pequeña sonrisa en la comisaria.

—Si dispusiéramos de más tiempo te recomendaría la lectura de un interesante libro de ciencia ficción. El autor y el título no importan. Es, en uno de los personajes, dónde quiero que centres tu atención.

—Tiene toda mi atención comisaria.

Pilar estiró las piernas y prosiguió

— El tipo en cuestión se llama John Barr, y en un momento de la trama, tiene que elegir entre un imán o un guijarro. De ello depende su futuro como



científico o un ser un don nadie el resto de su vida.

La comisaria hizo una pausa.

—Dime inspectora. ¿Tú, que habrías elegido?

—Qué quiere que le diga. Me parece una estupidez.

—¿Sí, en serio?—la comisaria desbordaba ironía en sus preguntas—¿Es estúpido el personaje por obedecer al autor, o el autor por crear situaciones estúpidas? O igual piensas que la estúpida soy yo, por salvaros el culo a ti y a tu compañero.

—No sé qué decir.—Manuela estaba confusa.

—Te lo explicaré de forma sencilla. Presta atención inspectora, te va a gustar. El protocolo que deberíais haber seguido y que no habéis cumplido, era simple. Subís juntos, Lluís espera en el piso inferior con las orejas bien limpias. Si lo que oye es una voz masculina, deja que hagas de cebo, pendiente en todo momento del walkie. El objetivo: tender una trampa al violador. Ante tus sospechas, y ahora vuelvo a un supuesto lógico, Lluís hubiera acudido rápido, impidiendo la huida del sospechoso, la anciana no hubiera muerto y tendríamos una detención, un éxito compartido, palmaditas en la espalda del alcalde, fotos, entrevistas y alguna medalla del gobierno a fin de año.

Pilar sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el rostro. El calor era sofocante.

— La consecuencia—prosiguió— más irónica tras vuestra impecable y valiente acción, hubiera sido la de un violador asesino en prisión, que por buena conducta y otras mierdas de redención, en siete años, a lo sumo, estaría en la calle con un alto grado de probabilidad de volver a cometer los mismos delitos una y otra vez.

Realizó una pausa para guardar el pañuelo.

—Este escenario de una lógica aplastante, que no ha sido utilizado, es nuestro amigo John Barr. Es decir, el punto Jonbar es el momento, en el devenir de un acontecimiento, que hace a los sucesos posteriores, diametralmente diferentes, en función de una acción u otra. ¿Me sigues?

—No—Manuela padecía un horrible martilleo en su cabeza y la creciente e imperiosa necesidad de dormir y descansar. Tenía atravesado al tal John Barr y sus imanes y guijarros.

—Mira a este desgraciado. Un trozo de carne tirado en el suelo. No oye, no ve, no siente. Puede que le gustaran las películas de vaqueros o los culebrones venezolanos. El muy hijo de puta igual era un esposo y padre

ejemplar. Ahora, y gracias a dos ineptos policías, está muerto. Muerto. Si hubierais actuado de forma correcta estaría en pocos años libre para volver a violar. Es por eso, que te felicito inspectora. ¿A que ahora me entiendes?

—Qué quiere que le diga. Tengo náuseas.

—Vomita bonita, no te cortes. Y deja de quejarte como una princesa. Eres una inspectora que ha visto y olido la muerte. Me vienes ahora con remilgos de novata. Acepta tus errores y escúchame con atención. La justicia en este país es una asignatura que ni tu ni yo debemos aprobar. ¿Lo entiendes?

Manuela asintió con la cabeza. Prudente, no creyó que fuera necesario estimular más el discurso de su superior. Aún así, no pudo callarse y dejó su pequeña opinión a tan elaborada verborrea.

—Comisaria, le propongo un nuevo Jonbar. ¿Qué pasaría si este cabrón no fuera el violador?

## UNA OPORTUNIDAD

6 de julio 2002

Barcelona

Lluís bajó las escaleras con rapidez. Llamar a las víctimas era un marrón que quería quitarse cuanto antes de encima. El coche del juez acababa de aparcar, no tardaría en levantar el cadáver y llevarlo al depósito.

Ya en la comisaría empezó con las llamadas. Marcó el número de teléfono de la víctima número tres, veinte años, natural de Oviedo. Había venido a Barcelona a estudiar medicina, atraída por el prestigio de la facultad catalana. Dejó en el contestador, su número y el carácter urgente de la llamada.

Cansad esperó la llegada de la comisaria con los codos apoyados en la mesa y sus manos sujetando la cabeza. Recordaba las voces y algunas caras de las chicas. Padecieron una experiencia horrible. ¿Podría él, superar una violación? Una pregunta a la que no quiso responder. Distraído hojeó el periódico que había sobre la mesa. Nada de interés. Años atrás era incapaz de desayunar sin la compañía de un diario. Eran otros tiempos, otras preocupaciones. Ahora sin embargo le hastiaba su lectura. Aún así, siguió con la tradición, página tras página.

Recordó la última vez que disfrutó de un desayuno tranquilo. Estaba en compañía de una amiga que sacrificó una amistad por un polvo. El encuentro fue en la casa que compartía con su novia. La chica decidió dar una sorpresa a su amiga llevándole un sabroso croissant, relleno de chocolate y una

generosa ración de cotilleos y confesiones. En su lugar se encontró con un medio dormido y desnudo Lluís que le abrió la puerta y le invitó a entrar, no sin antes avisarle de que su amiga no volvería hasta la hora de comer. En la cama había sitio para dos.

La chica se olvidó de su amiga y del croissant. Lluís, no. Días más tarde las amigas se sinceraron y él acabó solo y en la calle.

*Imbécil.*

La comisaria no tardaría en llegar y aún no había comido. Descolgó el auricular y después de preguntar si alguien más quería una pizza, pidió una familiar con doble queso, piña, bacon y champiñones.

—En media hora.

Con la llegada de los euros no sabía muy bien qué propina darle al repartidor. Rebuscó en el cajón de su mesa y entre gomas y clips cogió una moneda de cien pesetas.

Eran las cinco de la tarde. Había dado buena cuenta de la pizza y dos latas de refresco. La comisaria acababa de llegar, sin saludar se encerró en su despacho. Lluís buscó con la mirada a su compañera. Ni rastro. Después se pasaría por su piso para prepararle una cena o sin más interés que hacerle compañía. Era lo mínimo que podía hacer.

Pilar Brausse le sorprendió por la espalda con un susurro.

—Inspector, me encantaría hablar con usted en mi despacho—la comisaria no apartó la boca de su oreja—Creo que tiene algunas cosas que contarme—respiró muy cerca de su cuello y añadió—Lluís, estaremos los dos, tú y yo.

Un estremecimiento recorrió la espalda del inspector mientras observaba a la comisaria entrar en su despacho. Pilar manipulaba con acierto las palabras. La seducción y la ironía las mezclaba a su antojo. Una transformación de seda a titanio que podía ser instantánea.

El inspector se levantó consciente que la cita prometida era la trampa de una Mantis religiosa. Y no se equivocaba.

—No se siente, inspector. Le quiero despierto y en estado de alerta durante los segundos, minutos, horas, días que considere oportuno para contarme una historia. La historia. ¿Sabe lo que quiero de usted, inspector?

—Creo que no—Lluís necesitaba parte del tiempo que le ofrecía la comisaria, por eso no debía contradecirla.

—¡Estupendo! Estupendo inspector. No hay nada como tener creencias y además certeras—Pilar se había sentado en su sillón. Lluís permanecía

obediente al otro lado de la mesa sin mover un músculo—Ya que me ha respondido con un verbo de fe, me gustaría que me contara sus creencias, las religiosas, las de vida, las de valores. En fin, elija usted—la comisaria no separó en ningún momento la mirada de su subordinado—Soy todo oídos.

No tenía tiempo, el silencio le convertía en un frontón, que acabaría por romperse, la comisaria empezaría con la artillería pesada. Ahora tan solo enseñaba los dientes.

—¿Qué quiere de mí, comisaria Brausse?—optó por una pregunta directa envuelta en inocencia.

—Con lo bien que habías empezado —pasó al tuteo para reforzar su posición—y resulta que no sabes lo que quiero.

—Si le soy sincero, no—Lluís eligió el frontón.

—De acuerdo, lo haremos a mi manera—Pilar se levantó y se situó enfrente del sorprendido inspector—Te voy a dar un regalo. Un presente para demostrar mi buena voluntad y lo mucho que valoro tu trabajo. Un minuto de reflexión. Sesenta segundos, si lo prefieres. Ya sabes para qué. Si no respondes, te ofreceré varias razones para que presentes tu dimisión irrevocable—Pilar Brausse permaneció impertérrita de pie frente al inspector. Los segundos pasaron y Lluís reflexionó.

—No tengo creencias religiosas. Me gusta vivir a mi manera y mis valores son la justicia y la honestidad—respuestas difusas, fabricadas en treinta segundos que no convencieron a la comisaria.

—Te quedan otros treinta segundos, inspector—Pilar respiraba fuerte.

—Es la verdad—mintió.

—Quince.

—Le gusten o no, estos son mis valores...

—Diez.

—...y mis creencias.

—Cinco. Piense inspector, dígame la verdad.

—...

—Cero.

## ANITA LA FANTÁSTICA

6 de julio 2002  
Barcelona

Cuatro de las cinco víctimas reconocieron, sin dudar, al hombre del *terrat*. La número tres, todavía no habían sido localizada. Todo hacía pensar que el cadáver era del violador.

Manuela, desnuda y con el cuerpo lleno de jabón, dejó sonar un pasodoble repetitivo, e intentó olvidar que un día fue el tema elegido para tono de llamada. Necesitaba esa ducha. El agua fría le calmaba el dolor. Eran las siete de la tarde y los sucesos del día habían superado su capacidad. Había entrado en estrés.

Pasó su mano por la herida de la cara, con suavidad. Sin aviso, empezó a sollozar entre temblores. Tenía varias cicatrices en su cuerpo, ninguna en el rostro. Se sintió débil, indefensa. No quería una marca en la puta cara, ni ponerse vaqueros todo el día, ni llevar el pelo recogido con una cola de caballo. Estaba harta de la comisaria y sus aires de diosa de la verdad. Anhelaba una vida en pareja y un trabajo de bibliotecaria o de maestra. Le encantaban los niños. Y tener hijos, porqué no.

**Anita**, su compañera de piso golpeaba con insistencia la puerta.

—Manuela, una llamada para ti ¿Me oyes? ¡Manuela!

Manuela cerró el grifo de la ducha y después de cubrirse con una toalla abrió la puerta del baño.

—¿Quién es?—preguntó, antes de coger el teléfono que le ofrecía impaciente su amiga, para asegurarse que no era de la comisaría.

—Ni idea—Anita siguió con el brazo extendido cubriendo el auricular con la mano—Un tío, no sé quién es. Se oye fatal, como si estuviera en la Conchinchina. ¿Bueno, qué? ¿Lo coges o no?—Anita insistía, mientras observaba con curiosidad el tatuaje, que asomaba cerca de la axila de Manuela. No sabía que tenía uno.

Al otro lado del teléfono Lluís le habló de lo mucho que deseaba pasarse por su casa y traerle algo de cenar.

—¿Y ese interés por mí? ¿Ya no te vas corriendo si me ves en apuros?—Manuela estaba dolida por como se había escabullido, unas horas antes, su compañero.

—Voy en media hora y te lo explico—Lluís intentaba ser amable.

—No tendrás argumentos. Mejor, compras una novela de aventuras y me la lees. No me apetece oír más estupideces. Ni te imaginas lo insoportable que es la Brausse.

—Lo siento. ¿Vale? Has tenido un día horrible y no me he comportado como tú querías. Para mí tampoco ha sido una jornada para recordar.

Manuela era fácil de ablandar. Quedó con su compañero en verse en una hora, no sin antes decirle, que sin una botella de buen vino y algo de picar, ni se le ocurriera aparecer por su casa.

Anita al enterarse que era Lluís el que iba a venir, fue veloz a cambiarse de ropa.

—¿A ti te gusta Lluís?—le decía a Manuela—está buenísimo.

—Ya... Lo que pasa Anita, es que a ti te van los uniformes.

—!Uf! Si viene de uniforme nos dejas a solas con una buena excusa. ¿Qué te parece este vestido? ¿O mejor de vaqueros y una camiseta?—Anita estaba en ropa interior frente al espejo de su habitación. En una mano sostenía un vestido de color rojo minimalista y provocador. En la otra, unos vaqueros de esos que hay que ponérselos tumbada en la cama—dime, tu que le conoces ¿Qué le gustará más?

—Anita, la que se va a ir de aquí eres tú, si sigues comportándote como una adolescente con *overbooking* hormonal. Lluís viene a cuidarme, algo que podías haber hecho tú, en vez de preocuparte en como excitar a mis amigos. No hay tío que atraviese esa puerta que no le enseñes las tetas o las bragas. Así que, o te comportas o te encierro en tu cuarto. Anita, mientras, se había puesto el mini vestido.

—¿Entonces? ¿Mejor el vestido?

—Vete un poquito a la mierda, Anita.

Lluís se presentó con una botella de Ribera del Duero y unas *delicatessen*, del Foix. Anita le abrió la puerta y le invitó a pasar. Se sentó en el sofá frente a él. Mientras esperaban a Manuela hablaron de la ciudad.

—A mí, es que me encanta pasear por Rambla Cataluña y Paseo de Gracia—lo decía despacio y con una pierna cruzada sobre la otra, en un intento de dirigir la mirada de Lluís hacia su sexo.

—Sí, a mi también me gusta—el inspector le siguió el juego y fijó sin disimulo la vista en las esbeltas piernas de la joven.

Anita, siguió con el coqueteo un rato más. Le gustaba provocar y sentirse deseada. Durante las nueve horas diarias que trabajaba en Grañé & Asociados recibía las miradas de decrepitos vejesterios. Entró por recomendación del socio principal del bufete, antiguo jefe de su padre.

—*Dile a tu hija que se pase por el despacho una tarde, así la conozco y veremos que se puede hacer.—el antiguo chófer de don Ferrán le daba las gracias con un humilde gesto.*

Anita soñaba con ser modelo o diseñadora, cualquier cosa menos estar en una oficina. Con veintiséis años, sus aspiraciones estaban desapareciendo y sus temores se convertían en realidad; Anita era la recepcionista de Grañé&Asociados.

—¿Sabes? Mis amigos dicen que podría ser modelo—se incorporó y con una ligero balanceo caminó hacia la ventana, de espaldas a Lluís. Con un suave movimiento giró en redondo y con la cadera inclinada hacia la derecha, sonrió, consciente de la excitación que provocaba su cuerpo en los hombres.

—Anita, cariño—Manuela entraba en el salón desde la puerta que daba al pasillo—deja de calentar al pobre chaval. Le acaban de operar de fimosis y ya sabes, un crecimiento desmesurado le produce un dolor increíble. ¿Verdad Lluís?

Lluís no supo si desmentir a su compañera o pasar de todo y concertar una cita con su exuberante amiga. Una noche con Anita, podría ser increíble.

*Ten cuidado, a Manuela no le gustaría.*

—Así es, y la verdad es que solo con verte me siento fatal—confirmó.

Anita no supo si tomárselo a modo de un cumplido. Sonrió y se retiró con una mentira cogida al vuelo.

—Bueno, os dejo solos que he quedado para cenar con unos compañeros



de trabajo y llego tarde.

—Hasta luego Anita, y no olvides saludar de mi parte a tu jefe, ya sabes que me pone un montón. Es tan rico.

Una perturbadora sensación invadió a Manuela. Su compañero estaba expectante.

—¿Has estado con la Brausse?—preguntó inquieta, en cuanto oyó cerrarse la puerta.

—Sí, y no ha sido agradable.

—Es una cabrona inteligente.—añadió Manuela.

—No sabría decirte. De momento, no me ha suspendido de empleo y sueldo.

Lluís, desde el borde del sofá, inclinó la cabeza en dirección a su compañera.

—Me han propuesto algo que no puedo rechazar. Un asunto que igual te interesa.

—¿De que se trata?—a Manuela no le gustaban los rodeos.

—Necesito que cambies de unidad.

Manuela se levantó en busca de una bebida que calmara una incipiente ansiedad.

La comisaria había ofrecido a Lluís un puesto en la UA como coordinador de equipos; un eufemismo, resultado de la conversación que mantuvo con él horas antes en comisaría. La oferta de la comisaria era arriesgada, un punto de vista forzado que Lluís obligado, aceptó tras confesar su afición al consumo de cannabis. No tenía otra opción. No había justificación por el retraso en ayudar a su compañera. La comisaria había apostado por una hipótesis y no se había equivocado. Lluís llegó tarde porque estaba bajo los efectos de la marihuana.

En manos de la comisaria, se encontraba transformar la sinceridad en hipocresía y viceversa.

—No te abriré ningún expediente Lluís y de ti depende que no despida a tu compañera—le aseguró la comisaria, horas antes— Hay una condición *sine qua non* para que no te mande a la puta calle, Manuela viene contigo a la UA. Ha demostrado tener agallas. Las pocas cualidades, que tú aún conservas, la potenciarás sentado tras una mesa de oficina. Tus días en la calle se han acabado. Quiero hoy mismo un sí de Manuela.

*Solo, no sirves para nada.*

Manuela aceptó sin dudar, su perfil encajó a la perfección. Las semanas siguientes fueron intensas.

## SICARIO

2002

Tres meses antes del 6 de julio

Centro penitenciario de Occidente, Venezuela

El día que **Telmo** entró en la prisión llevaba el dinero cosido a la pernera. El guardia encargado de recoger la ropa a los recién llegados, sabía dónde encontrarlo. El silencio y la colaboración tenían un precio.

No hicieron falta presentaciones, sin embargo, la comprobación era más que necesaria, un rito centenario al que los dos debían obligado cumplimiento. Nada complicado para el guarda de prisiones. Preso y guardián debían trabajar juntos, así lo habían ordenado desde México. El objetivo, asesinar a un importante narcotraficante.

Fijaron la fecha. Las instrucciones las condicionaba el dólar y no había nada que discutir. Lo primero, entrar el arma de la manera más segura. El guardia se encargaría de introducirla dentro de la prisión. Telmo sería el brazo ejecutor.

El lugar, el Centro Penitenciario de Occidente. Una prisión rodeada de espinos al más viejo estilo gringo. Estaba ubicada en los alrededores de Santa Ana del Táchira, un pequeño municipio venezolano situado en la cordillera de los Andes. Santa Ana mantenía todo el encanto arquitectónico de un pasado colonial. Telmo, jamás lo vio.

La adaptación a la cárcel no había sido fácil. Las cicatrices que le acompañaban a través de los años, auguraban una buena carta de presentación. No era suficiente. Tuvo que marcar rápido su puesto, mostrar su sello. Respeto, es la palabra clave en cualquier prisión. Debía ganárselo.

Se apuntó a los cursos de bachillerato, que un grupo de estudiantes voluntarios impartían desde hacía algunos años, de forma desinteresada. Contactó con un chico con mucho espíritu y poco agraciado. Fue un verdadero cicerón de la jerga carcelaria.

Le avisó de lo peligroso de no conocer algunos términos, y de los que debía evitar. Frases tan inocentes como siéntese aquí, voy al médico a inyectarme, pásame la taza o la pelota, eran una invitación a tener sexo anal. Telmo no quería que le dieran por el culo.

El sicario compartía celda con nueve presos más. La convivencia sin ser un dulce hogar, se mantenía en niveles adecuados de tensión y conflictos. No siempre.

Un registro, en apariencia habitual, encendió la chispa. Un chivato, había soplado a los funcionarios que en la doce podrían encontrar algo más que marihuana y crack. Les había asegurado que uno de los presos escondía un yerro y lo más importante, balas para disparar. Les hicieron salir rápido de la celda. Después de un registro corporal, tres guardias empezaron a buscar el arma; Iban acompañados por soldados del ejército bolivariano. La prisión estaba tomada y su celda revisada con celeridad. El objetivo estaba cerca y el día había llegado. Durante unos segundos, mientras los guardias tiraban al suelo todas las pertenencias de los internos, uno de los vigilantes y él cruzaron las miradas. Quinientos dólares a la semana era un excelente trato para un guardia de prisiones.

—¿Cuándo quieres que introduzca el arma?—le había preguntado días antes.

—Tranquilo que lo sabrás—le tranquilizó Telmo.

Las mellizas españolas eran una pieza fundamental para los planes de Telmo. Ambas, cumplían condena en el módulo de mujeres. Eran asesinas confesas, que llegaron a Caracas, en la década de los ochenta, para montar una distribuidora de material eléctrico, con sus respectivos maridos. Los acontecimientos que sucedieron a los pocos meses de arribar al puerto de La Guaira, sorprendieron por su brutalidad.

Puede que fuera una cuestión de herencia genética, esculpida a golpe de

historia. Malcocinado, pequeño pueblo de Extremadura y cuna de las hermanas, fue durante siglos lugar de paso de cuatros, prostitutas, bandoleros, borrachos y maleantes, consumidores de mal vino y peor queso. O puede, que la atrocidad que cometieron fuera por la buena vida que les dieron sus cónyuges. Lo cierto, es que al poco de llegar a Venezuela, los degollaron sin piedad. Por si no fuera suficiente, después de destriparlos, los colgaron de un gancho en la puerta exterior de la casa. Todos los medios de comunicación se volcaron en informar con fotos explícitas y morbosas declaraciones, los detalles de tan horrible carnicería.

Corría el año 1982, las entonces jóvenes viudas fueron condenadas a veinte años por asesinato. A punto de cumplir su condena y con varias prisiones a sus espaldas, justificaban sus actos por la falta de carácter de sus maridos. Su historia no era relevante para nadie, excepto para Telmo. Las mellizas eran el punto débil del Indio.

El día y la hora ya habían llegado. Mientras los funcionarios seguían con el registro, Telmo dio inicio a su actuación.

—¡Eh, tú, indio de mierda!—gritó Telmo a un enorme chamo que le miró sorprendido.

El indio era un gigante de ciento treinta kilos de peso y casi dos metros de altura. Llevaba tres años en la prisión por matar con sus propias manos a dos vigilantes en un supermercado de Caracas. Él siempre aseguró que lo único que quería era marcharse por la puerta equivocada y que esos idiotas no le dejaban pasar. El indio tenía mal café.

—¡Sí, tú! ¡No hay ningún otro indio cagón aquí!—Telmo siguió con las provocaciones. Mientras, el guardia corrupto esperaba su oportunidad.

Por el momento, la atención de sus compañeros estaba de traslado.

—Sabes, el otro día me tiré a tus putas—le gritó Telmo.

El indio ya no estaba sorprendido, en su cara y en sus manos se podía ver un futuro no muy halagüeño para Telmo. Toda la prisión sabía a quiénes se refería. Las mellizas, compartían amor, hombre y sexo cada quince días con él. Estaban muy enamoradas. El indio también. Llamarlas putas no parecía lo más indicado.

Un golpe sordo cerca del costado derecho hizo tambalear a Telmo. Pese a su agilidad, no pudo amortiguar el acertado puñetazo. El hígado le empezó a doler de inmediato. Intentó localizar con la mirada su celda. Una mano enorme le abofeteó con tal violencia que durante unos segundos perdió la visión. Se tiró al suelo, incapaz de zafarse del enfurecido gigante. Los demás

presos gritaban ansiosos.

Los funcionarios habían dejado el registro, y miraban expectantes un posible desenlace que evitara su intervención. La muerte de uno de los dos sería un buen final. Mientras Telmo se escabullía a gatas entre las piernas de su contrincante, el guardia corrupto, dentro de la celda, ajeno a las miradas de sus compañeros, introdujo entre las pertenencias de su socio, un revólver cargado y listo para su uso.

Telmo intentó calcular cuantos golpes se podían dar en tres segundos, el tiempo que estimaba necesario para acabar con su sufrimiento. Desde el suelo levantó su pierna derecha y con la precisión de un látigo golpeó en uno de los tobillos del indio. Incapaz de soportar el dolor, se inclinó hacia la derecha para sujetarse el pie con las manos.

Telmo, aprovechó el momento para huir a la carrera, empujaba a cualquiera que se interponía en su camino. La confusión creó desconcierto y éste incertidumbre. En pocos segundos las pequeñas venganzas y las grandes venganzas podrían darse cita sin previo aviso. Y así ocurrió. Los funcionarios fueron los primeros en reaccionar, sacaron sus defensas del cinturón para abrirse paso entre la marea de presos, que ya empezaban a pelearse entre ellos.

Cargarse a un tío en la cárcel. no era difícil. Matar a Osorio era harina de otro costal. Acercarse a Osorio, tenía su complicación. El primer obstáculo era el acceso al Restaurante. Un conjunto de celdas siempre abiertas, que incluía acceso a una terraza. En él, se encontraba el grupo selecto de los narcos. Un ente endogámico en el que tan solo podían entrar los elegidos.

Osorio estaba considerado uno de los mayores narcotraficantes de Venezuela. Su detención, en apariencia fortuita, fue el final de una larga investigación por parte de varios cuerpos policiales de distintos países. Osorio, había organizado y supervisado el envío de cientos de toneladas de pasta de coca por toda América, a lo largo de los últimos tres años. Su base se encontraba en Ecuador. En contadas ocasiones salía de su finca, situada en algún lugar de la provincia de Pastaza, más de cien acres en el que se podía jugar al frontón o cazar antílopes traídos de la estepa rusa. Los que querían negocios con Osorio, tenían que trasladarse a Ecuador.

Un aeródromo y varias casas completaban el Pueblito de Osorio, nombre con el que bautizó la hacienda el hijo de su hermana, al llegar de un largo viaje desde Venezuela, país de origen del clan de Osorio.

Su sobrino, de seis años, era su debilidad. Él, en persona, se encargaría de

que estudiara en la mejor universidad de Estados Unidos y se convirtiera en un excelente cirujano.

El niño volvió a Caracas y a la salida del selecto colegio Los Arcos, los miembros de su escolta, fueron reducidos y su sobrino, en apariencia, secuestrado. Osorio cayó en la trampa y se trasladó a Caracas para supervisar en persona el rescate de su ojo derecho. En pleno centro de la ciudad, a la salida del restaurante Las Mercedes, en la calle Monterrey, fue interceptado por todo un ejército de policías. Le detuvieron, fue juzgado y le condenaron. Mientras sus abogados negociaban su puesta en libertad con la DEA, Osorio, ya dentro de la prisión, se rodeó de guardaespaldas.

**Hugo**, otro narco, con corrido incluido, anhelaba el poder del venezolano.

Después de haber iniciado el caos y perseguido por el indio, Telmo se introdujo en su celda. Allí cogió el 38 que el guardia le había dejado escondido entre sus ropas y el colchón. No tenía marcas, serial, ni registro balístico. Telmo le mostró el *yerro* al indio. En un lugar, en que la violencia y la intimidación eran medidas por el tamaño de los músculos, un revólver era el ángel exterminador. Letal.

Telmo dejó a su perseguidor paralizado y sumiso. Mejor no meterse con el italiano, sus razones tendría. El indio no era estúpido.

El restaurante, no se encontraba lejos. Entre fintas y empujones, Telmo divisó los escasos escalones que conducían a la entrada de la reserva narco. La curiosidad pudo más que la prudencia y Osorio observaba divertido, desde las alturas, la batalla campal que sucedía a escasos metros. Su guardia de corps, formada por ocho voluntarios, le rodeaban. Los ojos curiosos de su jefe casi ni se distinguían.

Telmo se dirigió a la carrera en su dirección, con la mano derecha armada y escondida. Parecía un preso más, huyendo del conflicto en dirección errónea. Vestía camiseta de baloncesto y pantalón de chándal. Como calzado, llevaba una dura capa de piel, curtida a lo largo de los años. Telmo medía un escaso metro setenta, su cuerpo delgado y huesudo inspiraba más pena que temor. A escasos metros de las escaleras, esperó un segundo a que alguno de los guardaespaldas de Osorio, sintiera la necesidad de detener el camino equivocado del inconsciente paria, que osaba acercarse a la reserva narco. Y así sucedió. Uno de los guardaespaldas se adelantó y la cabeza de su objetivo apareció desnuda y sin obstáculos. Un blanco perfecto para un excelente tirador. En la cara del Osorio una expresión de asombro precedió a su muerte.

Un instante, y el cerebro de Telmo ordenó: apuntar, apretar el gatillo, matar a Osorio, arrojar el arma, y salir corriendo igual que una inocente gacela Thompson. Telmo sabía disparar. De poco sirvieron los gritos de los sorprendidos guardaespaldas, el ruido del caos ensordecía disparos y amenazas. Osorio cayó al suelo con una bala entre ceja y ceja.

En es mismo instante, su sobrino saboreaba un helado de pistacho en su casa de Caracas, ajeno al drama y protegido de los desmanes de su tío y su trágico final. De mayor quizás recordaría los días pasados en el Pueblito de Osorio, aunque nunca lo encontraría en el mapa

Lo que nadie pudo prever es que el día y la hora de la muerte de Osorio estaban previstos. Así lo había decidido Hugo, el narco mexicano y cliente de Osorio, quien tras la detención de su proveedor, vislumbró la posibilidad de escalar un peldaño más dentro de la volátil estructura criminal y pasar a controlar gran parte de la producción, elaboración y distribución de cocaína. Telmo, el mejor de sus sicarios y hombre de confianza de Hugo fue el encargado de facilitarle el camino.

La guardia bolivariana, se retiró en una maniobra estratégica. Se reagruparon junto a los guardias al otro lado de las rejas. Antes de permitir que el conflicto se extendiera por toda la prisión, volvieron a entrar, esta vez con dirección y doblando el número de efectivos. En menos de una hora habían reducido a los más reticentes y encerrado al resto de los presos del módulo en sus celdas. Dos funcionarios arrastraban el cuerpo inerte de Osorio. Un tiro a bocajarro le había reventado en la cabeza.

Telmo aguardaba en su celda. Repasaba el escenario que había construido para su huida. El circuito de salida no era complicado. La forma de conseguirlo sí. Debía dejar pasar el tiempo. Demasiada ocupación para el médico de la prisión después del pequeño motín. En tres horas a lo sumo, todo estaría controlado y le prestaría la atención necesaria. Cinco meses llevaban con la preparación del asesinato. Telmo había realizado un trabajo perfecto. Ahora, debía salir cagando leches.

Su cara estaba en la mente de todos los narcos del Restaurante. No tardarían mucho en sobornar a uno o varios funcionarios, por no contar la obediencia debida de una gran parte de los presos, deseosos de satisfacer a los auténticos dueños de la cárcel. Los narcos no perdonan y Telmo nunca necesitó el perdón de nadie. Después de todo, Osorio era un pobre diablo que pensó que la vida era para disfrutarla. Telmo saboreaba la muerte y eso le hacía implacable.



Un hilillo de sangre caía hasta el suelo, tras manchar sus dedos descalzos del rojo y oxidado líquido. Tras la carrera, se infligió un corte en la pierna, cerca de la femoral. En unas horas, la sangre sin limpiar, y la herida sin tapar, generarían la suficiente alarma para ser trasladado a la enfermería.

Necesitaba transporte para salir de la prisión. La propia cárcel se lo iba a proporcionar. Después de una semana de consumir anticoagulantes, en una hora la pequeña hemorragia se haría imparable. Una inyección de heparina preparada para su uso y escondida en uno de los extremos del somier, sería su pasaporte para el hospital.

Allí, los hombres de Hugo, le facilitarían la huida.

## COSAS DE SANTOS

6 de julio 2002  
Pamplona

La ciudad estaba preparada. La policía había llenado dos vagones de tren con carteristas, rateros de media melena, ladronzuelos y chorizos. Los expulsaba sin más dilación. Los hoteles, hostales, pensiones y campings, a cincuenta kilómetros a la redonda, estaban repletos de turistas venidos de todo el mundo. En las calles de la ciudad del Arga, miles de pañuelicos rojos envolvían cuerpos desenfadados, bailones profesionales y no tanto, adolescentes saltarines y pamplonicas orgullosos de su santo. Acababan de tirar el chupinazo con el habitual ¡Viva San Fermín! ¡Gora San Fermín! La pequeña plaza del Ayuntamiento, con miles de personas expandidas por las calles circundantes, parecía cuatro veces más grande.

Un efecto óptico solo perceptible a través del televisor.

Mariano era de Murcia, aunque él decía que catalán. Miraba sonriente desde un balcón justo enfrente de la plaza, ajeno al sudor y el pringue del cava.

Le gustaba el privilegio de las alturas y el status. Atrás quedaban su infancia con su hermano Freddy, su juventud y su miseria.

En pocos minutos, el rojo de los pañuelos, había sido sustituido por el verde de la brigada de limpieza. Con eficiencia, los empleados recogían con palas y grandes capazos miles de cristales y botellas rotas. Una ducha con

mangueras a presión, dejaba la plaza del ayuntamiento limpia y reluciente.

Los mozos y mozas la habían abandonado en busca de diez días de fiesta, imprescindibles para deshacerse una vez al año de la férrea mojigatería navarra.

Mariano seguía en el balcón, fumando un cigarro tras otro. Le acompañaba una mujer mayor que él, de unos sesenta años. No hablaron mucho, el ruido ensordecedor de la muchedumbre les sirvió para concretar la forma de pago y el lugar de la entrega.

Llevaban varios meses trabajando juntos. Nada debía cambiar.

**Adela** controlaba las chicas de la mayoría de clubs de alterne de la ciudad, que no eran pocos. En una población de menos de doscientos mil habitantes, la prostitución callejera era inexistente. Sin embargo, más de quince clubs del sexo abrían de luna a luna para dar servicio a comerciales de paso, a ingenieros de la Volkswagen venidos de Alemania, a políticos corruptos, a casados con la mujer equivocada y a jóvenes que, en cuadrilla, acudían para desflorar su inocencia a golpe de billetes.

Todos buscaban excitación extra para después de un día de trabajo, para un desengaño y algunos para esnifar, junto a la chica exuberante, unas rayas gratis de cocaína.

Adela traficaba con las chicas del Este. Las alquilaba a los clubs como rusas, igual que el caviar, aunque eran captadas en Ucrania, Moldavia y Bulgaria. Nunca fue a estos países, no le gustaba salir fuera de España.

Su yerno y su hija eran los encargados de traer a las jóvenes desde Italia, engañadas con la promesa de un trabajo digno y bien remunerado.

*Lo demás es historia.*

A principios de año contactó con Mariano. Un amigo común le insinuó la posibilidad de meterse en el negocio de la droga. Mariano era un tipo importante, un referente en el mundo de la heroína. Por lo visto, desde hacía poco más de un año se estaba haciendo con el mercado de la cocaína. El *caballo* ya no se vendía igual que antes. La coca era ideal para la clase media, ni muy cara ni muy barata. Su consumo era discreto, diferencial y masivo.

Adela conocía a la perfección el negocio de la prostitución, sabía que las chicas consumían; poco más. Le dijo a **Guillermo**, su yerno y mano derecha, que hablara con alguna puta, para que le informara de que manera iba el asunto.

—Es un buen negocio, Adela—le aseguró días después su yerno—las chicas en el club, se gastan más de la mitad en farlopa. Sin contar lo que

beben y fuman que es una pasada. Entre lo que pagan para recuperar el pasaporte y el vicio, no les queda nada.

—¿Quién se la vende?—Adela necesitaba saber contra quién iba a tener que competir.

—Cada día pasa un camello por el club. El dueño se lleva una parte por dejarle trapichear.

—¿Y por qué no se la vende él?—sabía la respuesta, aún así prefería que su yerno se ganara el sueldo.

—Mucho riesgo. De esta forma no tienen mercancía en el local, ni conexión. La policía lo sabe y les deja actuar.

—¿Quién suministra a los camellos?—Deseaba esa respuesta más que ninguna.

—Hay dos proveedores de cocaína. Tienen bien diferenciados a sus clientes. Unos se ocupan de la calle y otros de los clubs y grupos.

—¿Grupos?—Adela no comprendía que significaba esta distinción.

—Les llaman grupos a las pensiones, hostales, hoteles, universidad, etc.

—¿Me quieres decir que tienen camellos específicos para grandes clientes?—La mujer sonreía divertida.

—No exactamente. Tienen uno en cada centro. Una camarera de habitaciones de un hotel, un segurata en un centro comercial, un delegado de curso en la universidad. Las posibilidades son infinitas.

—Y en los clubs, son las chicas, ¿No?

—Para tener más clientes, ofrecen la primera raya gratis con el servicio—  
Aseguró Guillermo.

—Eso es perverso—Adela disfrutaba con su yerno. Tenía olfato para los negocios.

—Es perverso y rentable—añadió Guillermo—Podemos cobrar al club por las chicas, mantener los camellos, que sigan pagando al dueño del local la comisión. Así, con la venta de la coca, el beneficio de las chicas revierte casi en su totalidad en nosotros.

—El lunes me reúno con un tipo que quiere que distribuyamos nosotros su droga. ¿Cómo lo ves?

—El único problema que veo es la forma de quitarnos a la competencia. ¿Cómo se llama ese tío?

—Mariano.

—¿De dónde es?—preguntó Guillermo.

—¿Y qué más da?—Contestó Adela, impaciente por saber como abordar

lo que parecía un succulento negocio.

—Bueno, sería interesante que colaborara con nosotros en el tema de la seguridad. Él sabe quién es su competencia y de que manera se debe actuar. No se dejará quitar el negocio.

—¿Quieres ir tú, a hablar con él?—Adela solía tentarle, a veces, para comprobar su fidelidad.

—Sería una muestra de debilidad por tu parte, ¿no crees? No me pongas trampas Adela, con un poco de suerte seré el padre de tus nietos y no te imagino haciendo calceta con un gato en tu regazo.

Mariano rechazó la invitación de Adela de quedarse unos días para disfrutar de los sanfermines. No le gustaban ni los toros ni el vino.

La mercancía había llegado con éxito. El consumo de coca en estas fechas era brutal. Adela lo sabía y desde hacía unas semanas, también controlaba la calle, Un espacio que no se establecía en el acuerdo con Mariano.

No había traficante que no tuviera apellido y el primero era territorio. No se lo iban a poner fácil.

La vivienda de Adela pronto sería asaltada.

## EL SESGO DE LOS SENTIDOS

7 de julio 2002  
Barcelona

La investigación del caso del violador del periódico, había dado un giro de ciento ochenta grados, tras la declaración de la última testigo, quién aseguró que su atacante tenía un tatuaje en la mano izquierda; En concreto, unos puntos y dos estrellas cerca del pulgar.

Una observación certera, que corroboraron el resto de las agredidas.

El cadáver no pertenecía al violador.

—¡Joder! ¿Siempre tiene que haber un clon en todos los putos casos?— Pilar Brausse golpeó con rabia la mesa de su despacho. Los lapiceros saltaron algo más de lo habitual.

—¿Qué les pasa a los testigos?—dejó la pregunta sin respuesta, la sabía a la perfección. El sesgo de los sentidos.

Lo aprendió en la facultad, en las clases de Biología Social.

—Seguro que todos vosotros creéis que tenemos cinco sentidos. Por lo menos así nos lo han enseñado durante toda nuestra vida.—el profesor, miró a sus alumnos con fingida humildad.—Refresco la memoria para los más perezosos: la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto.—todos asintieron ante la obviedad.—Lo que igual no os acordáis es quién los catalogó. ¿No?, yo os lo recuerdo, Aristóteles. ¡Bien! Pues, he de comunicaros que durante

todos estos años nos ha engañado.—hizo una pausa mirando al suelo y con las manos entrelazadas cerca de su rostro.

Todos los estudiantes miraban al profesor. Sus clases eran entretenidas y ésta parecía que no les iba a defraudar.

—Os pondré un ejemplo sencillo: Equilibrio. ¿Verdad? ¡Ahí está!, el sentido del equilibrio. Tan importante que sin él estaríamos como babosas, todo el día arrastrándonos por el suelo.—risas.

—Propiocepción, termocepción y nocicepción. ¿Alguien sabría decirme para que sirven estos sentidos que acabo de nombrar? ¿Nadie?

¿Cual de ellos creéis que influye en el desarrollo emocional y en el comportamiento de las personas? ¿Qué tienen en común y que los diferencia del sentido de la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto? Si analizamos la etimología de cada uno de ellos podremos dividirlos en dos grupos. Un grupo formado por los sentidos mediante los cuales percibimos lo que hay en el exterior y un segundo grupo por el que percibimos lo que sucede en nuestro interior.—El profesor antes de dar por finalizada la clase, se dirigió a sus alumnos.

—Ya sabéis las preguntas, para mañana espero vuestras respuestas. Si queréis llegar lejos en la Policía Nacional, no gratificuéis vuestra ignorancia.

Gracias a las palabras del profesor, Pilar recordaba con claridad que los testigos se dejaban guiar por sentidos aprendidos, no por los que desconocen. Durante un asalto, la adrenalina actúa como un todo. Las pupilas se dilatan para ver mejor, la piel se eriza para retener el calor, los músculos se tensan para huir o atacar y el cerebro se queda en stand by.

La última orden que proporciona antes de entrar en hibernación, es la de sálvese quien pueda.

Pilar comprendía que la retención de las características del atacante es básica. Las preguntas que se realizan a los testigos, también. Versan acerca del pelo, las facciones, la altura, la ropa. Una batería de preguntas que las víctimas deben responder sin equivocarse.

Su tesis era que la voz y el olor corporal son los principales indicadores de identificación. Consciente que los muertos han perdido su olor natural y que por desgracia no hablan, insistía hasta la saciedad en la importancia de los detalles.

—Los detalles, siempre los putos detalles. Quién ha sido el cretino que ha entrevistado a las víctimas. ¿No se le ocurrió preguntar si el violador tenía alguna cicatriz o marca?

El tipo del tejado, carecía de tatuajes. Ese hombre no era el violador. Las víctimas querían un culpable y las marcas se olvidan. Nadie les había preguntado. Eran cerca de las cinco de la madrugada y la comisaria necesitaba descansar.



## SANS DIEU RIEN

7 de julio 2002

Barcelona

Media hora para poner la lavadora. Tiempo suficiente para cerrar algunas puertas y dejar que el camino del recibidor al comedor fuera un pasillo ordenado y limpio. Pilar vivía en un piso grande, casa regia le llamaban, de reyes o de reinas. Más bien de estirpe burguesa, con ganas de montar su pequeño palacio a semejanza de la nobleza. Su abuelo vivió de rentas y cuando se gastó todo el dinero se tiró desde un cuarto piso. Pilar fue la única heredera. Al sonar el timbre de la puerta, se sintió mejor.

Lucas hacía que su cabreo con el mundo se diluyera. Era sereno y divertido, una combinación poco habitual.

—¿Como van tus negocios Lucas? —apoltronada en una butaca orejona, Pilar intentaba que el detective le contara una de sus historias.

—Mis negocios, como tú los llamas, no van mal. El subdirector Galván me ha dicho que colabore contigo en el caso del violador.

—¿Cómo? —preguntó Pilar, sorprendida.

—Galván es un tipo peculiar, ya lo sabes. —esquivó Lucas.

—Espera.—Pilar se sirvió, sin invitar, un poco de Vat 69.—*Sans dieu rien* —murmuró.

—Dijo que era importante. —prosiguió Lucas.

—¿Qué es importante?

—El caso de la calle Casanova.—El detective empezaba a sentirse incómodo.

—¿Me estás diciendo que el subdirector Galván, mi antiguo comisario, te despierta de madrugada para decirte que era importante que hablaras conmigo?—la irónica carcajada de Pilar barruntaba tormenta.

El piso de Pilar se reducía a una instancia lúgubre cuando Lucas la miraba. Era su consejero, su amigo, el tipo que despertaba su curiosidad. Sabía que era un buen investigador. Por eso cuando un caso se le hacía cuesta arriba, él, solícito, le abría nuevas líneas de investigación. Esta vez era distinto.

—¿Qué coño pasa aquí Lucas? Cuéntamelo todo y rapidito que no estoy para hostias.

Lucas no contestó. Un segundo, una eternidad, un tiempo no medido. Con Pilar siempre era igual. Barría cualquier atisbo de iniciativa cuando se trataba de mentir o de ocultar. La cabeza de Lucas necesitaba una pausa.

Los recuerdos le relajaban.

Pilar era una niña de unos diez años, delgada y con dos coletas muy cortas. Parecían cuernos. Todavía guardaba en la memoria la tienda de Denis en la calle Menorca, los cambios de cromos en Pirulo, los juegos en el Retiro, en aquel Retiro salvaje de Madrid, sin cuidar, con los pinchaúvas atentos a cualquier desmán infantil.

—A policías y ladrones. Elijo equipo. Un, dos, tres, cuatro, cinco...

Elegir equipo significaba ser reconocido como el capitán y ser el capitán significaba poder elegir.

—Víctor, Jose, Pixi, Julio, Carlos—con Sito el capitán del otro equipo, y Lucas, faltaba uno.

—¿Podemos jugar?

—Sois niñas y las niñas no juegan. —contestaron todos en un coro.

Begoña y Covadonga montaban en una BH, iban a colegio de monjas y además eran niñas.

—Corremos mucho.

—¡Sois niñas, sois niñas!—gritaban todos al unísono.

Las niñas no jugaban, las niñas eran delicadas, lloraban si les pegabas, olían bien.

—¡Sois niñas, sois niñas!

Y Begoña lloraba y Covadonga olía bien.

—Si no nos dejáis jugar se lo diremos a Pilarcita.

No habían pasado tanto miedo desde que les persiguió el pinchaúvas un día que Pixi se había meado en la estatua. Esa que tiene un caballo y muchas cagadas de palomas. Y en eso apareció Pilarcita.

—Yo policia. —no hizo falta ningún otro argumento, Pilarcita sería el policia que no les faltaba.

—Lucas tu te vas con Sito.

—Eh, que yo quiero ser policia.

—Tu serás ladrón —sentenció Pilarcita.

Los años pusieron cada uno en su sitio. Los dos acabaron en la academia de Ávila. Compartieron estudios, prácticas y en una ocasión cama.

Luego vinieron los años de la distancia y la incertidumbre de los destinos. El entonces comisario Galván los captó para la brigada, los instruyó. Pilar salió a tiempo de su peligrosa órbita. Lucas permanecía, incauto, a la sombra del árbol más grande.

El descanso había terminado y Pilar no dejaba de fruncir los labios.

—¿De qué coño estás hablando Lucas?

—Déjalo Pilar, esto te viene grande.—soltó un órdago demasiado evidente. Empezaba a notar el vacío de estomago. El sudor frío. Una crisis de pánico.

—¿Qué es lo que quieres que deje? Vienes, me cuentas que vas a colaborar conmigo en un caso que no tengo intención de resolver —Pilar se percató de su error.

—¿No? —Lucas se sintió mejor.

—Todavía no—improvisó Pilar.

—Cuéntame. —las manos ya no le sudaban.

—No, cuéntame tú. Sigues sin responder a mi pregunta. ¿Qué coño pasa aquí? —el grito abofeteó al investigador.

—Nada Pilar, no seas paranoica.—la respiración era otra vez jadeante. El vértigo le empezaba a dominar.

El teléfono sonó. Pilar apuró el vaso de whisky.

—Aquí Brausse, dime.

—Soy Lluís, debería pasarse por el Excélsior.

—¿Otro fiambre?

—Sí comisaria y descartado el infarto.

—...

—Le falta la cabeza. No es por fastidiar, no tarde mucho, han llamado a la

prensa.

—¿Y el inspector jefe Aguilar? ¿No tiene tantas ganas de quitarme el puesto?

— Me han dicho que sigue en urgencias, un golpe en la rodilla. usted sabrá.

—¿Quién te ha dicho que me llames? —se sirvió otro whisky, mientras Lucas desaparecía camino del lavabo.

—El subdirector, la espera en el hotel.

Pilar se dirigió a la puerta de entrada. Miró de izquierda a derecha. Lucas ya se había ido.

El Hotel Excélsior estaba situado en Rambla Catalunya, entre Consell de Cent y Aragón. Resplandecía con un lujo barroco desfasado y anacrónico, cuadros enmarcados en oro, suelos con tupidas alfombras de color granate, techos altos y espacios poco iluminados por media docena de brillantes lámparas colgantes. Recuerdos de épocas pasadas, donde sus empleadas vivían en los sótanos y las limpiezas del cristal y la plata eran todo un arte. Atrás quedaron los tiempos de caviar y champaña. La Callas solía hospedarse en la suite presidencial y también **Pedro Salus**, reconocido joyero de Madrid.

El forense estaba arrodillado cerca de la cama. Manipulaba con lentitud y suavidad las piernas de un hombre desnudo de unos 60 años. Sus manos recorrían con suavidad las rodillas y los muslos.

Que pena que yo no pueda sentir las.—pensó Pilar.

El forense le gustaba, era de mediana estatura, no más de metro setenta y cinco, fuerte, con poco pelo, pero no calvo. Atractivo sí, pero con olor a cadáver.

—¿Qué tal sabiondo?, te creía en la Monumental. —Pilar se había acercado en sigilo y de cuclillas le hablaba cerca del oído.

—Muy graciosa.

—¿A dónde me hubieras llevado?—Pilar no podía evitar coquetear. Le veía fuerte, profesional, seguro.

—¿Cómo?

—Si hubiera aceptado tu invitación a cenar.

—El día que lo hagas, lo sabrás.—su mirada fue seria. Quizás, por lo que tenía entre manos, o porque no era el momento.

—¿La cabeza se la cortaron antes o después de matarle? —preguntó Pilar.

—Durante—el forense ahora sonreía y le miraba a los ojos

—¡Ya, seguro!—cortó incrédula Pilar.

Decidió enviar el coqueteo de vacaciones. Ya volverían a encontrarse.

—Una Katana, un corte. Limpio y certero.—el forense mantuvo su apreciación—dentro de unas horas te podré decir más. Mientras, habla con tus chicos, tienen un regalo para ti.

—¡Lluís! —Pilar se incorporó—El forense había recomendado que hasta la llegada de la comisaria nadie volviera a abrir el mini bar.

Pilar abrió la nevera y observó la toxicidad de la mente humana, la perversión, la locura. La boca del joyero sonreía sin dientes y con una fila de botellines de licor incrustados como una prótesis de cristales de colores. Los dientes, arrancados, formaban una pequeña montaña a modo de aperitivo.

Lluís le informó que el joyero había recibido la visita de su sobrino, a eso de las cinco.

—Un joven guapo y aniñado. Un chapero, seguro.

—¿Quién le vio entrar? —Pilar tenía el estómago revuelto, debía pensar en los vivos, no más muertos.

—El recepcionista.—contestó Lluís.

—¿Descripción del chapero?—solicitó Pilar.

—Está todo en mi libreta.

—Ya.—Pilar ojeó las notas a pie de campo de Lluís con interés y desgana al mismo tiempo. La opresión del estómago iba desapareciendo.

—Este recepcionista...

—¿Sí?—preguntó Lluís ante la indecisión de la comisaria.

—Describe muy bien al sospechoso. Demasiado bien.

—Igual era de verdad el sobrino.—bromeó Lluís.

—Igual.—eran casi las seis de la mañana y no había cenado

—Interroga otra vez al recepcionista. Llévalo a comisaría si hace falta, que se asuste. Coteja todo lo que te diga con los inspectores de guardia. Me voy con el Galván.

## JENNY

1986

Dieciséis años antes del 6 de julio

Barcelona

Cuando **Jenny** llegó a la estación de Francia la encontró enorme y opresiva, oscura y luminosa a la vez. Miles de pasajeros dejaban caer su tensión en lloros de despedidas y risas de bienvenida.

—Barcelona tiene puerto. —le había advertido su madre.

Ella, obediente, había tirado para arriba en busca de las Ramblas. Jenny se había ajustado los jeans. Sus caderas bamboleantes resonaban en los porches de la Plaza Real. Sus pechos pequeños de adolescente aspiraban el aire de los puestos de flores.

Jenny le había preguntado a su madre porqué tenía que irse hasta Barcelona para limpiar casas. Y su madre le hablaba de su problema.

—Tu tía trabaja en una casa que necesitan una interina de confianza. Así que te vas a Barcelona y te vistes como te de la gana.

El problema de Jenny había empezado con su partida de nacimiento. Carlos Domingo. Siguió en el colegio.

—Carlos juega con muñecas, es una niña.

Se agravó en la adolescencia.

—Carlos, no puedes salir vestido así, te van a meter en la cárcel.

Su madre pensaba que el problema venía de la ausencia de padre.

—Si estuviera aquí.

Su padre no llegó a conocer a su hijo. Al año de casarse le salió una oportunidad.

—Me voy para Alemania. Trabajo un año, busco casa y cuando nazca el niño nos vamos a vivir allí los tres. No puede ser peor que esto.

Su padre no volvió a Madrid. Dicen que se fue a Argentina, a montar un restaurante con los ahorros de su hermano y un préstamo de la Caja Postal que jamás devolvió.

Jenny, con quince años se había trasladado a Barcelona, y mentía a su madre a través del teléfono.

— Ya sé que trabajas de bailarín y que te pagan muy bien. ¿Ya sabrás cuidarte? ¿Y de comer qué te dan? Bueno, te dejo cariño, cuídate.

Jenny hizo la calle en Barcelona; de las Ramblas al Camp Nou, del Camp Nou a un garito, y del garito a un piso en la avenida Josep Tarradellas. Aparcaba su vespa a las once, enfrente del Gitanillos. Bailaba y bailaba hasta el amanecer si hacía falta. Entre soleares y apretones, entre seguidillas y contigo lo que quieras, entre fandangos y prueba de ésta Jenny que es de Colombia. Entre sonrisas y por menos de tres mil nada guapo. Y así día tras día, noche tras noche, año tras año.

Con el tiempo **María** se había convertido en su segunda madre. La cuidaba, la mimaba, la atendía con muchísimo cariño. María trabajaba de puta y estaba enamorada, o al menos eso decía cuando llegaba al apartamento puesta de *perico*.

—Jenny, hace ya un mes que no la pruebo, ¿sabes por qué?.

—Porque por fin has conocido al hombre de tus sueños, al que te va a sacar de la calle.

—No seas cruel Jenny, esta vez es diferente.

—Ya, un chulo que se acuesta contigo gratis.

—Que no, esta vez no es así.—insistía María.

—¿Quieres una raya? Es colombiana.—le invitó Jenny.

Su amiga se acercaba con con un billete de mil enrollado y aspiraba parte de su ansia.

A Jenny las cuentas no le salían, con treinta años cumplidos sus clientes cada vez eran más exigentes y ella no estaba dispuesta a morir.

—¿Sin condón? Ni hablar.

—Te doy cien euros. —le ofrecía un carnicero de Ávila.

—Ni por cien mil me juego yo la vida mamón. —y claro, un puñetazo

aquí, un navajazo en el costado. Jenny tuvo que pagar protección. A eso había que sumar los *chinos* que se metía en el cuerpo.

—Que eso no engancha, María. Eso lo dejo cuando yo quiera.

—Si Jenny, como yo la cocaína y la calle.



## EL GALOPE ASIÁTICO

2002

Tres meses antes del 6 de julio

Barcelona

Cuando Jenny, en plena luna de miel con el jaco, se había olvidado de la vida y en su cuenta bancaria no existía más que el color rojo, María le dijo:

—Tienes que hablar con **Salvador**. Él te puede ayudar.

—¿Quién es Salvador?

—Salvador, mi novio.

—¿Todavía sigues con ese chulo?

María le había explicado que el que le pasara doce mil duros al mes, no era por chulo, era por lo del interés.

—¿Interés de quién María?

—El dieciocho por ciento que le da un amigo de una financiera. Con los intereses pagamos la entrada de una torre en Palamós. ¿Te imaginas yo en Palamós como las ricas? Y de puta nunca más. Habla con él, sabe de todo, seguro que encuentra algo para ti.

Dos días más tarde, Jenny se había reunido con Salvador en la cafetería Zurich de la Plaza Cataluña.

—Mira Jenny, y entiende que esto lo hago por los dos, que yo soy sincero, ya lo sabes por María.

—Tu lo que eres es un hijo de puta, así que *achanta la mui* y escucha. No

lo hago por ti, lo hago por mí. Así que vete al grano o a la mierda.—le cortó Jenny.

Salvador fue al grano y al granero.

— Tu más que nadie sabrás como seducirlo, lo engatusas y luego te vuelves por donde has venido. ¿Entiendes?. De lo demás no te preocupes que está todo atado y bien atado. Eso sí, antes, dos meses de ayuno ¿Entiendes? Ni un pico.

—Yo no me pico, solo fumo chinos. —respondía Jenny.

—Como si quieren ser japoneses. O dejas el galope asiático o no hay trato. Jenny creía en el destino, y por el destino era capaz de todo.

Era muy aplicada. Sustituyó la heroína por el ayuno. Dejó el mundo de la prostitución. Volvió a sus clases de flamenco. Se puso a trabajar de camarero en una discoteca. Sus maneras le convertían en un mariquita con cara de niña. Los amigos le invitaban a sus casas, hoteles, apartamentos. Ahora se llamaba Carlos. Le hacían regalos, le mimaban. Ya no cobraba, ya no era un puto travesti. Era el chico guapo.

—¿Carlos, a qué hora sales? Hay fiesta en Llavaneras—le preguntaba su nuevo amigo **Ismael**.

—¿Iremos en moto?

—Como a ti te guste.

—Vale, a las tres y media.—confirmó.

Carlos apretaba con fuerza la cintura de su novio camino de Sant Andreu de Llavaneres. Al sentir el cuerpo de Ismael, se acordó de las noches que habían pasado juntos.

Jenny buscaba sustituto a su adicción a las drogas, Salvador se lo presentó una noche que salieron con María de copas. Estuvieron unos días tonteando, hasta que un día Jenny se cansó de la incertidumbre y le propuso salir juntos. Desde entonces no se habían separado. Ismael iba al gimnasio y su cuerpo era deseo. No sabía si iba en serio, aún así Jenny disfrutaba cada milímetro de su piel.

Además era rico, o eso creía. Ismael le colmaba de regalos, un anillo, una pulsera, todo caro.

—Un diamante es para siempre, tú eres eterna.—le decía.

Jenny tenía novio. Su vida cambió, el éxito la dominaba. No ganaba tanto dinero como antes, tampoco gastaba mucho. Su trabajo de camarero le permitía pagar el alquiler del piso y comer todos los días, del resto se

encargaba Ismael.

Su cara reflejaba felicidad; sonreía con dulzura. Sus dientes ahora resplandecían en la oscuridad gracias a su paso por el dentista. Ismael la quería brillante.

Le gustaba pasear como chica por las calles de Barcelona, flirtear, oír piropos y por la noche servir copas morbosas, como Ismael las llamaba.

—Jenny, cada vez que sirves un cubata, los clientes se enamoran de ti.

—¿Como tú, Ismael?

—Yo te tengo en exclusiva, eres solo mía.

—¿Me quieres?

—Te deseo.

—¿Como Carlos o como Jenny?—preguntaba mordiéndose los labios. Ismael participaba como nadie de su ambigüedad.

—Carlos es mi amigo. Tú eres mi novia.—le engañaba.

La moto se paró delante de la puerta de la torre. Una gran casa alargada de dos plantas, rodeada de césped y una piscina con baldosas azules y un querubín meón.

El dueño era un adepto a combinar el sexo con las drogas. Recibía a sus invitados vestido de faralaes. El tiempo de ocultación y fiestas secretas hacía años que formaba parte del pasado, sin embargo, el anfitrión añoraba las noches perversas en las que grandes prohombres de la burguesía catalana, se desmelenaban en la penumbra del sótano y bailaban hasta dos amaneceres, mientras sus abnegadas esposas esperaban su regreso de una convención en Lisboa, Madrid, Bruselas, o cualquier ciudad creíble para la categoría y buen nombre de la familia.

En la planta baja de la torre, se encontraba un espacioso y completo ropero, donde era costumbre que los invitados, que así lo desearan, se vistieran con ropas de mujer. Entre codazos y risas Carlos eligió para la ocasión una camisa de gasa transparente. Mostraba sin pudor sus pechos firmes desarrollados a golpe de hormonas. Completaba su transformación con una falda a juego. El dueño de la casa la miraba complacido. Sus ojos brillaban con un sesgo de locura.

Vestido de mujer, Jenny era la reina. Su ambigüedad embelesaba. Su baile enamoraba. En el tocadiscos sonaba *Suavecito* de Cachao. El anfitrión, movía las caderas y la cintura, miraba a todos y a ninguno. Sus ojos se perdían en un altar de absentia, cocaína, frustraciones, cinismo, recuerdos y odio. Heredó, a

la muerte de su padre, una fábrica de escobas que fundó el abuelo, con parte de la fortuna ganada allende los mares. Herencia de miijo y madera. No tardó mucho en liquidarla y dejar en la calle a todos sus trabajadores.

Varias generaciones de fieles empleados miraban con estupor como se quemaba hasta los cimientos su fuente de ingresos. La indemnización que recibió del seguro, el edificio Mare Nosturm en el centro de Barcelona y una cuenta corriente de más de cuatrocientos millones de pesetas, sepultaron las preocupaciones del *hereu*.

Solucionada la subsistencia para el resto de su vida, un gusano envenenado le torturaba sin perdón. Los celos y la envidia eran su penitencia. Sufría con gritos y furia las traiciones que nunca sufrió y siempre creyó.

Y ahí estaba Jenny, deslumbrante, luciendo sus hermosos pechos. Anhelaba su sabor, el gusto dulce de la crema en sus pezones. Jenny nunca se fijaría en él. Ni la terapia ni la medicación podrían hacer semejante milagro.

Mientras bailaba vocalizaba la milonga, movía sus finos labios con una sensualidad fingida. Algo brillaba en su cintura, un objeto largo y afilado.

—Por ti Jenny, esto lo hago por ti.—murmuró.

—Parece un cuchillo. —le decía alarmada Jenny a Ismael.

El aviso llegó tarde. Con un movimiento rápido e imparable, el anfitrión se rebanó el cuello. La sangre salió disparada en varias direcciones. La música continuaba sonando. Fueron segundos de miedo.

En un instante, Ismael agarró con delicadeza a Jenny y la protegió de la locura. A su alrededor, como en un círculo satánico, los invitados contemplaban los últimos estertores del dueño de la casa. Nadie le ayudó. El pánico era el rey de la fiesta.

Ismael mantuvo la calma. Una serenidad bajo cero.

—Vaya nohecita.—su voz era suave y firme.—No te muevas Jenny voy a ocuparme de este desaguisado.—sus ojos miraban el gorgoteo continuo en la yugular del anfitrión.

—Un corte limpio en el peor de los sitios.—sentenció Ismael.

—Habrá que limpiar todo esto.—Jenny intentaba aferrarse a una realidad sin más drama que una mancha en el suelo.

Ismael agitó el cuerpo del hombre. Nada. Ya estaba muerto.

—Lo mejor es jabón y espuma.—Jenny seguía en trance.—¡Iros todos!—gritó con un creciente temblor en su mano derecha.

Ismael se acercó a Jenny e intentó calmarla sin demasiado éxito. La cabeza de Jenny cayó hasta sus rodillas, los pulmones no aspiraban aire. Con

los ojos desorbitados Jenny sentía una angustia indescriptible.

—Vámonos de aquí.—le decía Ismael extendiendo su mano con decisión.

Jenny rompió a llorar. Desesperada corrió hasta el cuerpo inerte. En vano intentó cubrir con sus manos la profunda herida.

—¿Por qué lo has hecho? ¡Ay Dios!

## AMOR POR EL DINERO

6 de julio 2002

Barcelona

Carlos movía la pierna con nerviosismo de arriba abajo. La revista *Hola* y sus cotilleos no la distraían lo suficiente para disimular su inquietud. Vestido con un traje del Corte Inglés, parecía un empleado de banca esperando la llegada de algún jefe de la capital. Llevaba dos meses desenganchado. Salvador le había dejado en la puerta del Hotel Excélsior. No se habían vuelto a ver desde el día que se conocieron en la cafetería Zurich.

Las miradas del recepcionista del Excélsior eran inequívocas. Le había reconocido, no sabía de qué se conocían. Igual un antiguo cliente. Su instinto le gritaba que saliera corriendo. Huye.

¿Hacia dónde? Por primera vez tenía algo real, una oportunidad. Dinero fácil. Mucho dinero, más del que hubiera ganado en todo un año. Salvador, aquella tarde en El Zurich, le había prometido doce mil euros. Pondría el somnífero en el vaso, mientras el viejo cabrón se situaría en su asiento ventanilla, en el vuelo 2365 con destino a...

—Se trata de hacer teatro, Jenny.—le explicaba María.—Tú, disfrazada de azafata, acompaña al joyero a un supuesto asiento en clase ejecutiva del imaginario avión. Te acercas al mini bar. Te pones de espaldas a él, y te agachas. Tranquila que solo tendrá ojos para tus bragas. Luego... bueno... lo demás ya es cosa tuya. Es importante que se lo beba todo. Jenny no sabía si

María participaría en el reparto del botín. La traición se convertía en una posibilidad.

*Seguro que el hijo de puta de Salvador no le da ni un duro.*

Ismael la convenció, sin forzar, a realizar un cambio de plan muy goloso.

—¿Por qué conformarse con solo doce mil euros euros?—le tentó—El tesoro será para nosotros dos. Tu y yo, Miami, la playa, una suite de reina permanente para ti. Un mundo para los dos, Jenny.

—¿Miami? ¡Me encanta!—gritaba exultante— ¿No me dejarás verdad Ismael?—Ismael le hizo el amor como nunca, mientras le prometía fidelidad eterna.

El recepcionista había salido del mostrador y se dirigía a el con una expresión seria.

Huye Jenny, huye.

—Su tío dice que ya puede subir.—no hubo sorna ni complicidad en sus palabras. Su voz era respetuosa. Carlos se levantó despacio y se dirigió al ascensor.

## CADENA DE MANDO

7 de julio 2002

Barcelona

El subdirector Galván estaba en la barra, sentado al final de una hilera de taburetes, con sus cubiertas negras y brillantes, diseño años sesenta. Las piernas le colgaban a unos centímetros del suelo. Pilar, nunca le había visto beber otra cosa que no fuera refrescos.

*Un tío mierda que tampoco fumaba.*

—Buenas días, subdirector.—la ciudad empezaba a despertar.

—¿Y esas formalidades Pilar? —giró la cabeza en dirección a la cansada inspectora, le guiñó un ojo y siguió contemplando la barra de aluminio con olor a ginebra.

—Ya ves, jefe.—Pilar se sentó a horcajadas en un taburete, a la derecha del subdirector.

—Sí, dos asesinatos en un día, Pilar. Dos, ¿Te das cuenta?

—Puede que haya luna llena.—Pilar quería comer y Galván quería preguntar.

—¿Qué tienes del caso de la calle Casanova? —apuraba el agüilla del hielo con un último sorbo.

—Nada. —informó Pilar.

—¿Se llevaron joyas o dinero?

—Todo estaba en su sitio, doce mil pesetas, un billete de cincuenta euros,



un collar de perlas Majórica y una pulsera de oro con moneditas colgando, dos pendientes también de oro. Esto es lo que llevaba puesto. En un cofre hemos encontrado bisutería y poco más. Mañana veremos que tenía en los bancos de la zona.

Pilar gesticulaba para llamar la atención del barman.

— Una Fanta de naranja y un bocadillo de chorizo.—pidió.

No iba hablar con Galván no le diría nada más, nada en absoluto. Ella interrogaba. Galván se podía ir a la mierda con sus preguntitas. Se comió el bocadillo y tras una breve conversación, los dos se despidieron con un leve gesto de cabeza.

Llegó a su casa, nerviosa, inquieta y muy despierta. Eran las ocho de la mañana. Descolgó y marcó el número de su amigo.

—Hola Pilar. —una voz relajada le contestó de inmediato.

—¿Me puedes decir qué te ha pasado? Ni siquiera te has despedido.

—Te vi muy ocupada. —mintió.

—Lucas, tenemos que hablar, lo sabes, ¿Verdad?

—Lo sé. ¿Cuándo?

—Y dónde —matizó Pilar.

—¿Esta tarde en mi casa? —preguntó Lucas.

—Un momento.—Un sonido apagado hizo que Pilar rebuscara en el bolso. No le gustaba llevar el móvil en el cinturón.

Lucas respiraba pausado.

A Pilar le costaba comunicarse con mensajes de texto. Demasiadas teclas.

—Perdona, debo llamar a comisaría. ¿Dónde te puedo localizar más tarde?

—Donde siempre, ya sabes que no suelo salir.

—Lo siento, de verdad. Deberías mirarte eso ¿vale?

—Hasta luego Pilar.—Lucas colgó.

En comisaría, Pilar se reunió con los dos inspectores de guardia. **Pacheco** le empezó a dar el parte.

—Tenía razón comisaria. El recepcionista conocía al chapero. No hizo falta traerle aquí. El supuesto sobrino es un conocido travesti, un tal Jenny, estuvo imputado en el caso de Llavaneras, no sé si se acuerda. Bueno es igual. Parece que a uno de ellos le fue la cabeza o estaban jugando a chinos, yo que sé, estos maricones siempre están con sus juguetos. La cuestión es que el dueño de la casa se rebanó el cuello delante de sus invitados. Cuando

llegó la policía encontraron a Jenny limpiando la sangre con un vestido. Putos degenerados.

—Inspector Pacheco, ¿tú no juegas con tu mujer? —Pilar miraba al techo.

—¿Cómo?

—¿Esposas, mordazas, pañuelos? Ya me entiendes.

—Comisaria, no le consiento.... —empezó a decir, mientras se incorporaba en dirección a Pilar.

Pilar no le dejó acabar. Atacó como ella sabía. Provocó donde más duele.

—Me la imagino con la pistola en la boca, y tú susurrando chupa cabrona, chupa.

El compañero de Pacheco, medía casi dos metros y pesaba 118 kg. Le agarró por la cintura y lo elevó medio metro en el aire devolviéndole a su silla. Pacheco estaba descompuesto, Pilar le miraba divertida y siguió hablando.

—Mientras el inspector Miravete te apacigua te diré algunas cosas. Me caes de puta pena, eres un jodido homófobo. ¿No sabes ni lo que es eso? ¿Cierto?—Pilar realizó una pausa deliberada.

—Me cago en todo lo que se menea, suéltame. ¡Que me sueltes joder!—Pacheco gritaba, mientras se intentaba zafar del abrazo de su compañero.

El grandullón seguía en silencio. Pacheco continuó atrapado en su silla.

—Antes de entrar,—continuó Pilar—he tenido una conversación con Miravete. Sí, ya se que sois compañeros y todo eso. Resulta que el pequeñín y yo somos amigos desde hace tiempo, por eso me permito la licencia del adjetivo. De hecho, estuvimos saliendo una temporada y siempre hemos mantenido una relación de confianza. Tan profunda, que me cuenta lo que haces con algunos de tus testigos, sobre todo si son chaperos y claro, el que les pidas dinero vale, alguien tiene que pagar los vicios; el que les pegues de hostias para solucionar el caso pase. Ahora bien, ¿el que les pidas favores sexuales? Eso no me lo esperaba de un machote como tú.—Pilar necesitaba a Pacheco. Difama que algo queda le pareció la mejor opción.

—A mi no me vais a cargar esa mierda. ¿Qué coño pasa aquí?. Todos sabéis que es mentira ¡Suéltame, joder!

—Galván —aclaró Pilar.

—¿Galván? Qué pinta él en todo esto.—Pacheco frunció el ceño con expectación.

—Quiero al subdirector Galván o toda España sabrá lo maricón que eres.

—Putas, tú no puedes joderme y lo sabes.

*Un error, Pacheco, has cometido un error.*

Pilar se incorporó con rapidez. Una patada certera en la boca y dos dientes salieron volando envueltos en una baba de sangre roja y fresca.

Todo se complicaba; la vida era así, problemas y soluciones. Actuar o morir. Pilar respiraba porque actuaba. Era resolutiva, consciente de sus actos y de los efectos no deseados. Los hombres marcaban su territorio con vejaciones y demostraciones de fuerza. Pilar sin desearlo, se había convertido en una mujer fría y dominante.

—Vuelva dentro de una semana y a ver como van esos puntos. —le indicaba el médico a Pacheco—Solo zumos y batidos. En cuanto a los dientes, vaya al dentista.

De vuelta a la comisaría, su compañero conducía el Ford Focus, con la matrícula en el salpicadero y el faro derecho reventado. Ayudaba a Pacheco a ver las ventajas de colaborar con Pilar.

—Esto—señaló los hilos color ciruela, que cosían la boca de Pacheco— te los has hecho con un golpe en el volante.

*No tenías que llamarla puta.*

Una hora antes, mientras cosían el labio a su compañero, el grandullón había estrellado el coche contra un mojón de La Rabassada. Miravete no olvidaba cómo en 1986, la entonces inspectora Brausse, se comió ella solita el caso de la pensión Mallorca. Un asunto complicado del que tenía que haberse ocupado él, si no hubiera estado borracho.

Pacheco, por su parte, comprendió el poder de la comisaria. Su carrera en la policía había terminado. Lo mejor era colaborar y luego desaparecer. En seguridad privada siempre tendría trabajo.

## TREMENDA

7 de julio 2002

Barcelona

El recepcionista del hotel Excélsior frecuentaba Los Gitanillos, un local lumpen de Barcelona y al parecer reconoció al chapero.

—Vive con una prostituta, una tal María. —declaró durante el interrogatorio al que le sometieron en comisaría. —Él se llama Carlos. Aunque casi todos le llaman Jenny.

Pilar buscaba sin éxito a María y a Jenny en el número 125 de la calle Villarroel.

—Hará una media hora ha venido una ambulancia y se la han llevado a una de ellas. —una vecina informaba a Pilar de la tragedia.—Tenía la cara destrozada, pobrecita.

Pilar se dirigió al Clínico.

En ese mismo instante, Jenny acudía al hospital como si de ello dependiera su vida, y en cierto modo así era. Sus dedos manchados de nicotina delataban su adicción al tabaco.

*Que se joda el mundo, el tabaco no puede ser peor.*

—Habitación 143 —le había informado Salvador unos minutos antes a través de una llamada al móvil. Pobre María.

La cama estaba vacía. Una mujer atractiva la miraba desde el alféizar de la ventana. Jenny sabía reconocer cuando un cuerpo y una mirada superaban su

belleza.

—Comisaria Brausse —dijo con voz seca Pilar.

A Jenny le pareció que el mundo se acababa. La frente hacía caso omiso al frío del aire acondicionado, sus manos sudaban, su voz no la delató.

—¡Una poli! ¿Me vas a registrar? Igual te llevas una sorpresa.

—¿De que vas maricona? —Pilar no tenía mucho tiempo—¿Te estás quedando conmigo? ¿Tú eres Jenny verdad?

—¿Dónde está el fuego? —preguntó como respuesta.

—Tu amiga está en la UVI. ¿Quién la acaricia de esta forma? ¿Su chulo?

—Yo no sé nada —Jenny se mesaba el pelo con la mano abierta.

—¿Por qué sudas Jenny? No te voy a hacer daño, quiero hablar contigo de un amigo común.—Pilar se acercó a la puerta y la cerró. Jenny empezaba a temblar. Mejor la verdad que huir.

—¿Qué hacías ayer en el Hotel Excélsior, Carlos? No te molesta que te llame por tu nombre ¿Verdad?

—Puede llamarme Jenny.

—Ya, me gusta más Carlos. Es más, ¿cómo diría?, apropiado para el caso que nos ocupa.

—Como quiera.—contestó Jenny.

—Apropiado, porque ayer por la tarde el recepcionista del Hotel Excélsior, asegura que te vio, con una ropa más masculina que la que llevas ahora. También confirma que subiste a una habitación.

—Subí a una habitación, no me acuerdo del número.—Jenny se precipitó en contestar.

—No te he preguntado por el número, te he preguntado qué hacías en el hotel. El tono de Pilar subía de intensidad, medido, estudiado, implacable.

—Visitar a un conocido.

—Y qué más Carlos, cuéntame.

—Tuvimos un encuentro sexual.—los tembleques de Jenny ya eran visibles.

Pilar no pudo reprimir una sonrisa, si algo estaba fuera de contexto en esa habitación era la dicción tan estudiada de Carlos/Jenny. Parecía una chica. Llevaba una falda no muy corta, acabada en unos pequeños flecos, unas sandalias de tacón discretas y una blusa naranja de la que destacaba un pequeño escote muy atrayente. Su pelo largo y su cara de chica buena, picarona, confundía.

Pilar dejó de sonreír.

—Carlos, sabemos que llevas haciendo la calle y ejerciendo la prostitución desde hace algunos añitos. Eres una yonqui que se mete por los pulmones lo que no cabe por la vena. Y como final de fiesta, estoy aquí para saber por qué tienes todos los números para ser el principal sospechoso del asesinato de Pedro Salus, joyero y propietario de la empresa Delux.

—Me encuentro mal, quiero irme a mi casa.—Jenny no fingía, algo en su cuerpo se movía por dentro. Hacía rato que no escuchaba a la inspectora. Su corazón palpitaba a ritmo de merengue.

—Claro que nos vamos; a la comisaría. —exclamó Pilar.

No dio tiempo. Antes de llegar al vestíbulo del hospital, Jenny entró en coma.

Pilar, distraída, observaba sus manos. Una uña rota sin pintar le recordó que la manicura había dejado de ser una prioridad para convertirse en un olvido.

Dos horas de sueño no eran suficientes y además el estómago le pedía a gritos un desayuno. La cafetería del hospital estaba llena de caras hinchadas, legañosas, cansadas. Los tres camareros no paraban de moverse por la barra. El ruido era de tazas, cucharillas y platos. Porcelana contra porcelana.

Las únicas risas provenían del otro recinto. Separado por la barra y una enorme cafetera de cuatro brazos. Un puñado de batas blancas hacían suyo el bar “exclusivo para personal” que así rezaba en un cartel basculante, colgado del techo por dos finos y resistentes hilos de pita.

Como ella, el personal del hospital día tras día se enfrentaba con la muerte, la deseada y la inducida, la casual y la providencial. Todas las muertes tenían apellido. Les envidiaba. Su uniforme era limpio, blanco para el exterior, verde para el moribundo. Sus sueldos doblaban al de cualquier policía. Salvaban vidas, era normal. Ella no.

Un café con leche y un bocadillo de jamón le proporcionaron la suficiente energía para seguir pensando. Le quedaban unos días para pasar el caso del violador del anuncio, a su sustituto. Galván, aceptaría gustoso cualquier cosa que le dijera. En cuanto a la vieja y el hombre del *terrat*, Pilar tenía que calibrar muy bien sus pasos. La jefatura de la UA estaba en juego.

En el caso del Hotel Excélsior, lo tenía mejor. El principal sospechoso era un travesti con antecedentes y desde hacía una hora en estado de extrema gravedad en la UVI.

Con un poco de suerte la palma y caso cerrado—pensó Pilar.

La sangre de Jenny acompañaba el argumento. Así se lo había explicado su amigo el forense, un poco antes en la sala de toxicología del hospital.

—Es un veneno muy corriente.—le informaba a Pilar.

—¿Quieres decir que se utiliza mucho?—interrumpió Pilar.

—No, no me has dejado terminar. Es un veneno que se extrae de una planta de tallo leñoso que abunda por todo el planeta. En concreto de las coníferas. El veneno extraído se llama trementina.

—Me suena a pintura.

—Igual la conoces por su nombre común, resina. —matizó.

—Ese ya me resulta más familiar.

—Mediante un proceso de destilación se obtiene el extracto de trementina.

—Y la trementina es lo que le ha provocado el coma—apostilló Pilar como una estudiante aplicada.

—Sí, ten en cuenta comisaria, que la trementina es una toxina con un poder similar a la estriquina.

—Una última pregunta sabiondo.

—Tu dirás.

—¿Cuando me invitas a cenar?

Pilar decidió subir y echar un último vistazo a la habitación de María. Apoyado en el suelo un objeto llamó su atención. Pilar reconoció el bolso de Jenny. Debía tomar una decisión. Su contenido podía resolverle algunas dudas que no quería compartir con nadie.

Cuando salió de la habitación, una solícita enfermera la abordó.

—Perdón, haga el favor de dejar ese bolso en la habitación.

—¿Mi bolso? Ah, ya entiendo. Te cuento, pensaba que lo había perdido, con tantas idas y venidas. No te inquietes este bolso es mío. Soy comisaria de policía.

—Disculpe, no me lo creo.—aseguró nerviosa a enfermera.

—¿De que yo sea policía? o ¿Que este es mi bolso? —Pilar, sonriente, miraba con descaro sus medias blancas.

—Usted no parece policía y menos comisaria.—la enfermera no se lo ponía fácil.

—¿Quieres ver mi identificación?— Pilar metió la mano en el bolso de Jenny.

—Sí, eso facilitaría las cosas.—la enfermera pensó que lo mejor sería

llamar a seguridad.

—Un trabajo duro el vuestro.— Pilar desvió el tema, seguía repasando el cuerpo de la enfermera.

—Si, claro, pero a mí me gusta. —la mujer parecía turbada. Bajó la mirada y cruzó los brazos. Definitivamente avisaría a seguridad del hospital.

Pilar colocó, con un golpe de cadera, el bolso de Jenny en la espalda, cerca del bolsillo trasero de su pantalón.

—No lo dudo. ¿Sabes? Nos parecemos mucho. Seguro que a ti también te cambian el turno. Por cierto ¿a qué hora acabas? Me encantaría tomar una copa contigo, nada que ver con mi trabajo. Por placer, por puro placer.—Pilar se había acercado unos centímetros el bolso y con disimulo introducía su placa en él.

—Mi novio viene a buscarme a las seis.—la enfermera contestó con impaciencia.

—Ah, tu novio. Bueno, pues nada.—Pilar tenía otra vez el bolso delante y como si siempre hubiera estado allí, sacó la mano y con un rápido movimiento desdobló su identificación.

—¿Ves? Pilar Brausse, comisaria—un acercamiento sutil con un beso de despedida ruborizó a la sorprendida enfermera.

Menos tampones, había todo lo que se puede encontrar en un bolso de mujer. Pilar lo revisaba con profesionalidad. Tras unos minutos encontró un papel doblado en seis, con lo que parecía una relación de amigos, clientes, camellos. Al lado de cada teléfono figuraba un nombre y un icono. El símbolo del dólar correspondía a los clientes pensó, un punto rojo a los camellos.

Entre los teléfonos y nombres que Pilar identificó a priori como amigos, había varios símbolos que no supo descifrar y uno inequívoco. Un número de teléfono de Barcelona, a su lado, un corazón dibujado a la perfección. Pilar debía seguir la vía de investigación que su intuición le había abierto. De momento no iba a cerrar este caso. Le quedaba una semana para acceder a la jefatura de la UA.

Empezaría, como siempre, por lo más difícil. Para conseguirlo, primero tenía que dar respuesta a una pregunta.

¿De quién estaba enamorada Jenny?



## EL MEMBRILLO

1986

Dieciséis años antes del 6 de julio

Madrid

Una vez salió de la cárcel de Carabanchel, pensó que lo mejor era cambiar de aires, quería rehacer su vida en Argentina. Allí las cosas eran como a él le gustaban. Sin embargo, la policía opinaba que los mejores aires no eran los del otro lado del charco. Ya no vivía en la calle Narváez, ni siquiera en Madrid. Lo necesitaban en Barcelona.

Honrado lo que se dice honrado, Ismael no era. Con nueve años y fruto de un ligero despiste maternal se encontró por primera vez con la transgresión allá a principios de los años 70.

—Dile a tu madre que para la próxima vez te dé más. Para cortarse el pelo necesitas más dinero que para limpiarte el culo.

Entre risas, el barbero del barrio le recriminaba así, el que no hubiera traído dinero suficiente para sus servicios y sí para la compra de papel higiénico.

—Ahora vuelvo, vivo aquí al lado.

Ismael, futuro cachorro de Fuerza Nueva, le pedía dinero a su hermana.

—Es para la peluquería, que mamá solo me ha dado para limpiarme el culo.

—¿Qué dices del culo? —contestaba indiferente su hermana.

—Que me des cincuenta pesetas que no me llega para el barbero.—exigió impaciente un humillado Ismael.

Con quince años de edad aún cruzaba de acera por si el barbero se acordaba de la pequeña deuda. Hasta que un día se la pagó a su manera.

—Dale más fuerte, si no se entera, no ves que está medio muerto el comunista de mierda. Ismael pateaba con gusto y saña los testículos del dueño de la peluquería de la calle Ibiza.

—¡Rojo de mierda!—ahora cabrón, te vas a limpiar el culo con esto.

Ismael, le explicaba a su hermana, en un susurro de éxtasis fascista, la cara que se le puso al barbero cuando—le metí el palo de béisbol por el mismísimo culo.

Pobre Ismael, decía su madre cuando la policía le llevaba detenido. Cuatro días y una democrática transición incipiente hicieron falta para buscar en Ismael, un cabeza de turco apropiado y creíble.

—Porque, mira que eres animal.

—Yo no lo hice.

—Mira tarado, tenemos treinta testigos. Tú fuiste el que le metiste el bate por el culo.

—Yo no lo hice. —el joven Ismael continuaba aferrándose a una negación absurda.

—¿No me has oído bien?, cincuenta testigos.

—Yo no lo hice.

—¿Sabes tarado, por qué había cincuenta testigos? Porque yo, el inspector jefe Galván lo digo.

—Yo no lo hice. —la letanía se hacía insoportable.

—Explícale tú lo de la televisión.—y el entonces inspector Aguilar le explicaba al fascista sorprendido que lo de Tejero y el asalto al Banco Central había fracasado, que Franco hacía tiempo que había muerto y que se había legalizado el PCE.

—En resumen, tarado, que aquí como en casa, que todo eso pasa en la televisión, que tú nos cuentas y nosotros contamos, que tú te pasas en la trena cinco meses y nosotros te cuidamos, que sales y te buscamos trabajo.

Ismael firmó que había golpeado al peluquero de forma accidental, con un bate de béisbol de su propiedad. Rubricó que de forma fortuita dicho objeto se introdujo en el ano del finado, y que como consecuencia de todo esto falleció a las tres horas en la Residencia Doce de Octubre de Madrid, debido

a una hemorragia interna incontenible.

—A usted no le quiero volver a ver por los juzgados. Y arréglese ese pelo.  
—dictaminó el juez.

Ismael sabía que cinco años no eran cinco meses, que alguien le había engañado, que él había pagado el pato por todos los demás, que algo había cambiado en esa España tan recta, tan inmóvil, tan perfecta, tan suya.

—Mira Ismael, tú llevas poco tiempo encerrado, aquí las cosas no han cambiado tanto. —mientras su compañero de *chabolo* le aburría, Ismael vivía en el futuro.

—Dentro de cinco años tendré veintitrés. Y con veintitrés no tengo más que empezar de nuevo.

Ismael colaboró con el policía, en la Plaza Real, en el Zurich, en el barrio chino, sobre todo en la Barceloneta. Paseaba con el entonces inspector Aguilar. Imitaba su forma de andar. Se apropió de una pistola simulada y una placa de policía dorada, tan falsa como el arma. Juntos, controlaban el mercadeo del barrio, pegaban guantazos, con la mano abierta, sin señales. Al principio se quedaban con la droga, luego llegaron instrucciones.

Aguilar le informó que la pensión Mallorca sería un buen comienzo.

## PÁNICO

7 de julio 2002  
Barcelona

—¿Qué es lo que hace que un hombre pierda la fe? —preguntaba inquisitiva Pilar.

La tarde se presentaba tranquila y la cita prometida con su amigo Lucas cumplía con sus expectativas; Un buen café y una interesante conversación.

—¿Tienes respuestas a la pérdida de memoria?—miraba a Pilar con una sonrisa en la boca.

—No seas gallego.

La vivienda de Lucas estaba en la parte mar de Barcelona. Sirenas de policía y ambulancia recordaban al turista eventual que no era un buen barrio para souvenirs. Un pequeño balcón de no más de uno por dos era el mirador que había escogido para su charla con Pilar. Una pequeñísima mesa con dos sillas a juego les permitían disfrutar de un café italiano con vistas a la marginalidad.

—¿Fe en qué?—Lucas contaba absorto y sin aparente interés las ventanas del edificio de enfrente.

—En el trabajo, en tus amigos, no sé, en los valores.

—Fe es religión. Fe es confianza ciega en lo que no entendemos. Fe es asumir que la traición, la injusticia, la indiferencia y el olvido son acciones

curativas.

—Eso no es lo que pone en el diccionario.—contestó Pilar.

—Yo no soy un diccionario —respondió Lucas con la mirada perdida en la ventana diecinueve.

—¿Quién eres, Lucas?—Pilar observaba como una madre gritaba a su hijo desde el primer piso. Una ambulancia ahogó una frase amenazante.

— ¡Te voy a dar una paliza como no vengas ahora mismo a casa!

Lucas tuvo la primera crisis antes de coger un vuelo a París. Habían planeado su primer aniversario con poco tiempo y su mujer estaba impaciente.

—Siempre nos quedará París.— había dicho con entusiasmo.

—Sí, me encanta la idea, París.

Antes de conocerse su mujer había ganado una beca para estudiar psicología en la Universidad Autónoma de Barcelona. Salieron durante algunos meses hasta que decidieron vivir juntos y alquilar un pequeño apartamento en el barrio de Gracia. Al cabo de tres años se casaron y ella terminó la carrera.

—¡Ya tengo los billetes, Lucas!—estaba entusiasmada con el viaje.

—¡Estupendo! —gritó, con un ligero runrún en el estómago.

—No parece muy contento.

—Sí, claro que sí. —Lucas la cogió de la mano y la besó en los labios mientras el runrún se convertía en dolor.

—Ansiedad, un cuadro clarísimo de ansiedad.—diagnosticó el médico de guardia.

—Ya.

—Tómese tres al día. —el médico escribía el nombre del medicamento.

—Doctor.

—Dígame. —contestó golpeando con un sello la receta.

—No quiero tomar ansiolíticos.

—Usted mismo.—el doctor dejó caer las manos encima de la mesa.

Su mujer cuidó de Lucas después de la enésima crisis de pánico. Nunca fueron a París, ni a Roma, ni a Londres. Barcelona se convirtió en su prisión.

—Lucas, deberías tomar la medicación, necesitas ayuda. —le suplicaba.

Jamás volvió al psiquiatra. Y ella eligió la cordura del divorcio.

Pilar esperaba respuestas y Lucas iba por la ventana número treinta y

cinco.

—Soy tu amigo Pilar. También soy tu colaborador.

—Un amigo sin fe. Un colaborador molesto.—Pilar seguía con la mirada los movimientos de los coches y escuchaba molesta el pumba pumba bacaladero.

—Hablemos de Galván y de ti Lucas.—Pilar se levantó y cambió la expresión de su rostro.—No sé que os traéis el subdirector y tú entre manos, ni sé para que me has invitado a tu casa. Hoy,—Pilar se recostó en la barandilla dejando sus brazos detrás—hoy me vas a contar todo, o vas derecho a la calle sin pasar por las escaleras. ¿Me has comprendido Lucas?

—No puedo contarte nada Pilar. Y te aseguro que tus amenazas no me afectan en absoluto.—respondió con una ligera tensión en los hombros.

Pilar seguía mirándole a los ojos sin decir nada.

—Lo que pasó el otro día en tu casa es más complicado de lo que una comisaria, por muy hábil que sea, pueda resolver sola. Y como te dije, estoy para ayudarte. Necesito que compartas conmigo la información que tienes del caso de la calle Casanova.—sus hombros seguían tensos.

Pilar pensaba rápido.

—De acuerdo,—se giró de medio lado con el antebrazo derecho apoyado en la barandilla.—te contaré lo que he averiguado. Antes, mírame.

Pilar levantó su mano derecha y posó su dedo índice en los labios, a modo de silencio. Lucas siguió la dirección que le indicaban la mirada de Pilar. Ventana número veintitrés del edificio de enfrente. La comisaria ya los había visto. Un ligero movimiento, un ajuste de lente quizás o el humo de un cigarrillo imprudente. Lucas no debía alarmarse y sobre todo tenía que parecer sorprendido y ser muy cauto. Sin embargo, todos los pensamientos son banales cuando la comisaria Brausse está cabreada. Muy cabreada.

Pilar sacó de su espalda una pistola. Sin brusquedad, con la rapidez y precisión que proporcionan una hora diaria de prácticas de tiro. Vacío el cargador en la ventana número veintitrés.

*Placa, placa, placa, placa, placa, placa.*

Lucas no tuvo tiempo ni tan siquiera de levantarse de la silla. Estaba absorto viendo como Pilar limpiaba con un pañuelo la pistola y se la entregaba sin palabras. Pilar pensaba rápido.

—¿Reconoces tu pistola ?... Bien ya veo que sí. —la sujetó del cañón y con un ligero movimiento agarró la muñeca de Lucas y apretó la culata con firmeza en la palma de su mano.

Todavía estaba asimilando los quince segundos que habían transcurrido desde el primer disparo.

—No pongas esa cara de ababol Lucas. Mientras iba al baño me ha dado tiempo de pasar por tu cuarto y quitártela.

Lucas permanecía bloqueado con la pistola en la mano y sin saber que hacer. Los disparos habían resonado por toda la calle y el silencio rompía el ruido habitual. El sonido de ventanas y porticones cerrándose, acompañaban las palabras de Pilar.

—Hoy vas a tener un día agitado. Muchas explicaciones, igual hasta te acusan de homicidio, aunque no creo que le haya dado al imbécil que estaba fotografiando y grabando. Porque ¿nos estaban grabando, verdad Lucas? ¿Y quién aparte de algún sicario de Galván o de Aguilar podría saber que estábamos aquí?

Pilar no cejó en sus reproches.

— Y lo más importante, para qué te envían a ti a sacarme una información que ya tiene Galván desde hace tres horas en la mesa de su despacho.

Pilar le hablaba desde la entrada al balcón. Había desaparecido de las miradas de la calle en diez segundos, los vecinos curiosos recordarían a un hombre con una pistola en la mano, sentado en su terraza con la mirada perdida. Pilar pensaba rápido.

—Deberías preguntarte si todo este operativo de mierda ha sido para lo que yo podría contar o lo que tú me ibas a decir. Por que si algo sabe Galván es que hago cantar hasta a un mudo. Lucas, escúchame con atención, estás metido en un buen lío del que yo te puedo sacar, piénsalo. Lo que ocurrió en el pasado no tiene que determinar el hoy. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Pilar no puedes, no debes seguir con la investigación.— Lucas susurraba.

—Lo que no puedo es olvidar y tu más que nadie debería entender que sin principios los finales están muy cerca.

Pilar desapareció de su vista. Habían pasado dos minutos. El barrio retomaba su pulso. Dos niños salieron de un portal vecino con una pelota bajo el brazo. Un hombre sin dentadura bostezaba apoyado en el marco de su ventana. Los coches, seguían circulando despacio como si la ciudad, harta de contaminación y ruido les hubiera amenazado con un letrero de zona peatonal.

Sentado en la terraza de su casa, abatido y perplejo, Lucas esperó la violencia que precede al pánico.

## FRÍO EN EL INFIERNO

Enero 2002

Skopje. República de Macedonia

De niña vagaba descalza junto a su hermana, entre cartones y papeles sin dueño, en las calles vacías de su pueblo natal en Bosnia.

Esta noche, con quince años, **Felicia** estaba convencida que la inocencia se perdía en las fiestas del Casino Hotel Flamingo de Skopje.

Las fichas se movían nerviosas entre los dedos de fracasados. Cambiaban de manos, con un ritmo metódico y perdedor. Los crupieres recogían y repartían ilusiones que acaban en el cajón del casino.

En un espacio creado para optimizar el tiempo de juego, los camareros dejaban bandejas llenas de delicatessen.

**Pietro**, un italiano hijo de Nápoles, rodeaba la cintura a Felicia mientras recorrían las mesas de Black Jack. Felicia con una flor en el pelo, tenía un aspecto angelical.

Se habían conocido apenas unas horas antes.

Felicia pasaba unos días en Skopje con sus dos primas. Sentadas en el suelo de la Plaza de Armas, estrenaba medias de nailon. Sus primas también. Eran la atracción de la zona y lo sabían. Pietro las miraba desde un Toyota Celica justo enfrente, en el otro lado de la calle. Felicia reía y sus primas suspiraban. Pietro le prometió una noche de aventura y amor. No fue así.

El maletero del Toyota no era la cama king size del Flamingo, no había



sábanas de seda, ni una botella de champán en un cubo cubierto de hielo. El olor a sudor y sexo era sustituido por el de neumático y gasolina. Confundida y asustada, buscaba con la mirada algo familiar, cualquier objeto que le recordara la realidad que acababa de perder y que nunca recuperaría. Aspiraba con avidez, el último aliento de perfume de la pequeña flor blanca, prendida aún en su cabello.

El Toyota se detuvo, la voz de Pietro destacaba en la conversación que mantenía con un hombre de acento extraño. Ambos hablaban en lo que a Felicia le pareció inglés. Oía en la distancia que marca el hierro y la pintura. Las muñecas y los tobillos estaban atados con una cinta de plástico. La quemazón que le producía la mordaza en la boca le daba una pista del tiempo que llevaba secuestrada.

El coche retomó la marcha, con un balanceo suave y monótono. Tan solo escuchaba el ronroneo del motor. Felicia no quería pensar, estaba alejada de su cuerpo. Veía a una chica camino de lo desconocido, aterrada por la incertidumbre.

#### *Camino del matadero.*

Lo primero que haces cuando presencias un acontecimiento insólito es abrir los ojos de par en par. Luego, tienes varias opciones. Cerrarlos es la peor. Pietro no se encontraba en una situación inusual. Todo lo contrario. Circular por la carretera en dirección a la frontera sudoeste, era para él un paseo. Cada vez que paraba en el control fronterizo, el subidón de adrenalina se convertía en droga, y ésta, en euforia. Riesgo o rutina. Dos posibilidades de una sola ecuación. Dólares más rutina igual a seguridad. Siempre el mismo paso fronterizo, la misma comprobación.

#### *Dinero para todos.*

A Pietro Maceralli le gustaba dibujar. Su primo **Carlo**, que por edad podía ser su tío, le enseñó tiempo atrás, un truco para ganarse unas monedas en las calles de Nápoles. Con once años y sin pelo en el bigote, solía situarse en la Vía San Biagio, lejos de las estatuas del tétrico escarapate sacro de Rignore, donde solo iban monjas, beatos y algún curioso ávido de extrañas sensaciones. Vía San Biagio es una calle estrecha y turística, repleta de joyerías y pastelerías. La conexión del oro con los dulces era la idónea para mostrar a los visitantes su habilidad con el carboncillo.

Imposible no fijarse en un niño que en pocos minutos dibujaba el magnífico Castel Nuovo, o el Palacio Real con sus cuarenta y dos ventanas

con vistas a la Piazza del Plebiscito.

En lo que dura un invierno, Carlo le enseñó dos cosas. Una, que no era un artista, y dos, que los turistas tampoco. Así, que durante cuatro meses Pietro memorizó, estudió y aprendió a dibujar en exclusiva, el castillo y el palacio de su ciudad. Pietro se tumbaba al lado de las liras recogidas en billetes de mil. Contaba y guardaba. Quería salir de Nápoles. Deseaba un Maserati y una casa en la playa de Malibú.

*Suerte, Pietro.*

Llevaban un rato parados. Felicia sustituyó el miedo, por el frío húmedo del terror. La incertidumbre atenazaba su mente.

Unas voces se acercaban hacia el coche.

¡Eh!—gritó.

¡Ayuda!—volvió a gritar.

Ningún sonido salió de su boca.

No sabía más inglés que las letras de las canciones. Una mujer, recriminaba a un hombre, quizá al chico que la había atado y amordazado, puede que al mismo que le prometió una noche de princesa. Una voz masculina se incorporó a la conversación. El tono subía cada vez más, las palabras cambiaron de idioma. Ella seguía sin comprender. El miedo se convertía en esperanza. Tomó partido por la chica y el hombre de voz grave. Si discutían con su raptor, tenían que ser sus salvadores.

¿Policías quizás? Su imaginación le advertía que en la carretera, la gente discutía por un paso yo primero. Felicia seguía gritando murmullos de socorro. Intentaba mover su cuerpo. Esfuerzos inútiles, el maletero la había engullido. En el exterior, la lluvia y la ventisca acompañaban las palabras de Pietro.

El infierno de Velesta empezaba en la carretera sin asfaltar. Un pueblo pequeño, en el que los almacenes de grano se iluminaban con las luces de neón de los prostíbulos. Paso obligado de ladrones de coches, narcos, traficantes de armas y sobre todo de traficantes de mujeres. Lo mejor, pasaba por Albania hasta la Europa de los euros. El resto, se vendía o alquilaba en Velesta.

Branko, el albanés, se ocupaba de las mujeres. Papa Branko, dirigía los clubs The Colo-Colo, Beladama, el Night Club Rino's, y el Hotel Skluxe. Mama, era la amante obligada. Ya no se prostituía, a cambio, se encargaba de controlar a las chicas y en algunas ocasiones de traerlas de Moldavia o de

Ucrania.

El sexo no es perverso, la mente humana sí. Pietro lo sabía, por eso su mercancía era exclusiva. Sacaba un sobre sueldo alquilando las chicas a Branko. El trato era simple. Un cliente, dos horas, quinientos dólares. Una sola vez. Un alquiler de dos horas.

*Fifty- Fifty.*

La chica era de su propiedad, podía matarla, torturarla, violarla, abandonarla, venderla o alquilarla. Tantas veces como quisiera. El comercio es rutina. Quería la mercancía de vuelta en dos horas y en condiciones de ser subastada al mejor postor al otro lado de la frontera. Branko pedía una noche por el mismo precio. Algo inaceptable.

Las cosas se complicaban. Papa y Mama, como eran conocidos en la jerga de sus chicas, no tendrían reparos en pegarle un tiro en los huevos y dejarle desangrar en mitad de la nada. La mano de Pietro no se separaba de su Sig Sauer 9 mm oculta en su cintura. Mientras el hombre mantenía su postura con voz baja, la mujer alzaba la voz de manera preocupante. No sabía cuanto tiempo estarían solos en medio del aparcamiento del Club Beladama, de Velesta.

La frontera con Albania estaba a unos cientos de metros.

## UN ACERO RESISTENTE

6 de julio 2002  
Pamplona

La puerta se abrió despacio, la imagen de una mujer robusta se reflejaba en el espejo del recibidor.

—¿Hay alguien?—gritó.

Dejó las llaves en la consola, encima de un pequeño trozo de tela. Se abrió paso entre cachivaches esparcidos por el suelo. Trozos de metal retorcido, patines de cuatro ruedas sin botas, dos raquetas de tenis, varias cacerolas y docenas de trastos la acompañaron hasta el salón de la casa.

—¿Hay alguien?—insistió. El sonido del centrifugado avisaba de que el lavado estaba llegando a su fin.

—Mierda de gente—murmuró.

Entró en el aseo y sustituyó su vestido de arabescos granates, por una bata azul de trabajo. Con los años había perdido su figura. Las tetas miraban al piso de abajo y su cintura se había ensanchado más de lo deseable. Un resoplido le ayudó a ponerse los zuecos. Sus pies agradecieron el cambio.

—¡Señora Adela! ¡Soy yo!

Todos los días lo mismo. Recoger y limpiar. Tras el traslado, nada quedaba limpio. Las cajas vacías se acumulaban en la terraza. No pensaba tirarlas. Si la señora quería que las bajara a los contenedores, que su hija o el cabrón de su yerno las doblara como dios manda. Nido de cucarachas.

No había nadie. La mujer especulaba sobre la extraña relación que mantenían la madre y el yerno.

Canturreaba una jota navarra reclinada en el sofá. En su mano derecha sostenía un vaso con una generosa cantidad de *DYC*. Su relación con el *whisky* era un contrato que firmó en su juventud. Empezaría por limpiar la cocina, luego subiría a las habitaciones. Aún no.

Retrocedió en el tiempo. Un hombre joven y guapo, le metía mano en la trastienda de la zapatería mientras su esposa atendía el comercio. Cinco años perdió con ese desgraciado. Lo mismo le pasó con el dueño del restaurante y con el contable de la gestoría. Tan solo era carne.

La mujer dormitaba en el sofá de Adela, mientras balbucía gemidos de amante con aliento a *whisky*. Telmo se situó detrás de su cuello. Sujetaba con firmeza un hilo de acero. Observaba con atención las manos de la mujer, cómo acariciaban su sexo por encima de la bata.

Telmo esperó.

Cuando la mujer muriera por primera vez, recordaría la vida como un eterno orgasmo.

## DIFERENCIAS

6 de julio 2002  
Pamplona

—La policía se acaba de ir.—una pausa para respirar hondo.—No me gusta la falta de control Mariano. Me garantizaste seguridad. —otra inspiración profunda que resonaba en el teléfono como una interferencia.— No es agradable encontrarme, en medio del salón de mi casa, a la asistenta con el cuello abierto y la lengua fuera.—lo decía sin dolor.

Mariano escuchaba preocupado. No hacía ni dos horas que había aterrizado en Barajas procedente de Pamplona. Navarra era la punta de lanza para conquistar el norte. Atendía las quejas de Adela, mientras esperaba, en el Hotel Intercontinental, su tercer encuentro con el mexicano.

Conoció al narco gracias a su proveedor de heroína. Un turco afincado en España desde hacía muchos años.

—Los mexicanos quieren entrar en el mercado europeo. España es una excelente elección.— le había aconsejado en su día, el turco.—El mercado norteamericano está saturado. Aquí, un gramo vale el doble que en *Iuesei*— El turco arrastraba el inglés. Su castellano, sin ser perfecto, se asemejaba al de un emigrante español en Alemania. Mariano mantenía su alianza con él, para abastecerse de heroína, ahora necesitaba un proveedor de coca.

El turco, de nombre Abdullah, conocía muy bien los mercados. Él también quería participar del negocio. Le recomendó que contactara con Hugo, cabeza del cartel del Buey. Mariano, siguió su consejo.

Su primer encuentro con el narco mexicano fue en Lisboa y el acuerdo resultó muy beneficioso para los dos. El cartel de Hugo se introdujo en Barcelona, pasando en un año a controlar el 60 % de todo el tráfico de cocaína de la ciudad. Otros grupos secuestraban, y mataban a sus oponentes, Mariano y Hugo, controlaban a golpe de billetes, policías, jueces y políticos.

La consecuencia directa: los miembros de las demás organizaciones criminales eran interceptados en el aeropuerto de El Prat y devueltos a su país. Mientras, por la puerta de atrás, un ejército de ejecutores mexicanos establecían su cuartel general en Barcelona y creaban una sólida red de abogados y asesores financieros de origen catalán. Un objetivo, dos estilos diferentes.

El dinero se multiplicaba, incremento favorecido por las políticas municipales y autonómicas relativas a la construcción. Abogados de poca monta, astutos y acostumbrados a lidiar con delincuentes comunes en comisarías y juzgados, encontraron en algunos políticos y jueces la llave de entrada para camuflar el lavado de dinero negro del cartel. Formaban parte de la red criminal, negociadores y comisionistas locales, disfrazados de empresarios bajo nombres tan rimbombantes como: Cisoland Foundation, Mothan International, Hraienet Ltd. y muchas más. Una parte sustancial se repartía en sobornos, regalos y el financiamiento de partidos políticos apoltronados durante décadas en el poder. Dinero para todos.

Mariano se había convertido en el verdadero artífice del éxito mexicano en Barcelona y desde hacía poco tiempo también en Pamplona.

Miró el reloj con impaciencia. El mexicano se retrasaba más de lo acostumbrado, dos horas de espera eran algo más que una diferencia cultural.

Retomó la iniciativa con Adela. El teléfono móvil era poco discreto y práctico.

—Adela, tranquilízate. Puedo enviarte a uno de mis mejores hombres para vigilar tu casa día y noche.— sabía que su ayuda no era suficiente.

—Mira, Mariano, no me malinterpretes, tus chicos no me impresionan, hasta ahora me he sabido cuidar solita.—la ansiedad le destrozaba la respiración.

—Lo siento Adela, no quería ofenderte.—Mariano escogió el camino fácil.—Dime que necesitas.

—Necesito que cumplas nuestro acuerdo. Yo lo estoy ejecutando con creces.

Adela se había hecho con el mercado de la coca; en los clubes de alterne y en las calles de Pamplona. Demasiado rápido Adela.

—Soy consciente de la gravedad del asunto.—Mariano lo dijo en voz baja.

—¿Cuánto has ganado desde que estoy contigo?—Adela, seguía con los reproches.

—Insisto, tienes a mi gente para evitar un nuevo asalto.—Mariano se empezaba a impacientar.

*Gorda estúpida.*

—¡Quiero saber quién ha sido!—Adela subió el tono.

—Lo importante es que no vuelva a ocurrir. Seguir haciendo caja, con los menos riesgos posibles. ¿No te parece?—más que una pregunta era una recomendación.

—Me parece que tenemos que hacer algo más que hablar.

—¿Quieres revisar nuestro acuerdo?—Mariano cambió el tono de voz.

Adela no respondió a la pregunta. Se mantuvo en silencio.

—Si es así, no tienes más que decirlo.... —esperó unos segundos, aunque sabía la respuesta.—... Me alegro de que sigamos juntos Adela. Y colgó.

Guillermo y **Fernanda** bajaron del coche casi a la vez. Fernanda necesitaba comer algo. Las fiestas le daban mucho apetito.

Subieron rápido los cuatro escalones que daban acceso a su vivienda en el barrio residencial del Lago de Barañain.

Adela estaba sentada al lado del teléfono.

—¿Han venido a limpiar?... Ya veo que no.—Fernanda se contestó, después de echar una ojeada al salón.

—Si tanto te molesta, en la cocina hay trapos y detergente.—Adela ni tan siquiera miró a su hija. Seguía agarrada al auricular del teléfono.—Aunque, yo no me molestaría. He reservado dos habitaciones en el Iruña Park.

—¿Nos mudamos? —preguntó su yerno.

—El decorador no tardará en llegar. Le he dado carta blanca para rehacer todo el salón comedor.

—¡Joder mamá!—Fernanda le gritó desde la cocina con la boca llena de



restos de ensaladilla rusa del día anterior.—¡Con cambiar la moqueta y el sofá hubiera sido más que suficiente!

—¡Y a ti que más te da!—Adela cada día soportaba menos a su hija.

*Si no fuera por Guillermo.*

Guillermo, su yerno, era hijo de puta y de camarero. Dos profesionales que se conocieron en el Club Scandal de Pamplona. Su padre trabajaba en la barra. Su madre, en las habitaciones. Guillermo iba para futbolista. Los ojeadores del Real Madrid le captaron cuando tenía 12 años para La Fábrica. Estuvo tres años jugando en categorías inferiores para el club madridista.

En Madrid, compaginó su nula voluntad de estudiar con su habilidad con el balón. En tres años marcó casi tantos goles como suspensos. Sus padres en la distancia trabajaban para darle un futuro decente que nunca llegó. A Guillermo le gustaba fumar hierba.

—¿Cómo quieres enfocar el asunto?—hasta ahora, Guillermo había mantenido un prudencial silencio. Las horas pasaban y los negocios pedían una intervención.

—Mi cabeza está en Italia.—le contestó Adela.

—De chicas vamos bien.—Dijo su yerno con extrañeza.—Hasta dentro de dos meses no traeremos otra remesa.

—Pienso en Italia, no en las chicas.—necesitaba paciencia, para respirar y contestar.—He hablado con Mariano.

—¡No me gusta ese tipo!—gritó Fernanda, todavía en la cocina.

—¡Nadie ha pedido tu opinión!—Adela le respondió de inmediato.

—Hace unos minutos le he llamado. No tiene intención de buscar a los responsables.—miraba a su yerno en busca de indignación.

—La guerra es inevitable. ¿O esperabas que la competencia se quedara de miranda?—Guillermo tenía razón.

—La guerra. Eso es lo que el imbécil de Mariano no entiende.—Adela se reclinó en su asiento.

Guillermo pensó en la poca resistencia de las sillas plegables y en el considerable sobrepeso de su suegra.

—Una guerra que acaba de empezar, Adela. Por eso, tenemos que pensar antes de actuar.

—Yo ya he pensado. Mira nuestra casa. Violada. No llevamos ni una semana. La pobre Dolores, que en paz descansa.

—¡Era una borracha!—Fernanda mantenía el duelo de gritos con su

madre.

—¡Y tú, una ingrata! ¿Quién crees que lavaba tus bragas y limpiaba tu mierda del retrete? ¡Y sal ya de la cocina, que vas a reventar!

—¿Qué es lo que has pensado?—preguntó Guillermo, deseoso de cerrar el tema.

—Eso te lo diré en cuanto hable con Nápoles.

## VENDETTA

1986

Dieciséis años antes del 6 de julio

Nápoles

Si algo caracteriza a la capital de la región de Campania es el ruido, un sonido continuo de vecinos y conductores. Su sangre latina les hace vivir dentro y fuera. Las voces se fusionan con el petardeo de miles de motos y los niños de la calle.

La lucha entre clanes es habitual en barrios como Secondigliano, sin embargo lo que aconteció ese día en el centro histórico de Nápoles aún se recuerda como la matanza de San Jenaro.

El 18 de Mayo de 1944 tropas polacas y francesas ocuparon Monte Cassino. La 1.<sup>a</sup> División Fallschirmjäger resistió durante meses los ataques y bombardeos a los que fueron sometidos. Entre las cincuenta mil bajas que causaron a los aliados, no figuraba un sargento polaco de tan solo veintidós años.

Mientras esquivaba cadáveres y heridos, el joven sargento observó a un paracaidista alemán que apretaba el gatillo de una Maschinengewehr 42. De la bocacha de la ametralladora no salió fuego. Los ojos del alemán estaban abiertos sin color y algo opacos. Ojos de muerto.

La guerra terminó y el joven se quedó en Italia. Se casó con una

napolitana guapísima. Regentó junto a su mujer la carnicería que dejó en herencia su suegro. Los clientes eran hijos y nietos del barrio. El barrio y sus habitantes pertenecían a el clan napolitano de los Macellari. Excepto la carnicería.

A veces cuando llegaba a casa, al exsargento se le encogía el estómago y devolvía todo lo que había comido. Luego, subía al desván y engrasaba con mimo todas las piezas del botín de guerra. Su mujer le gritaba que se deshiciera de semejante armatoste. Mientras asentía con la cabeza, le explicaba a Telmo, su vástago, el funcionamiento de una Maschinengewehr 42. Nadie más sabía de su existencia.

Buen esposo y mejor padre, poseía un escrupuloso sentido de la honestidad y una inmensa capacidad de sufrimiento. La honestidad le hizo enfrentarse al clan mafioso dueño del barrio. Su abnegación le llevó al cementerio.

Él y su esposa se habían negado durante años a comprar la carne por el doble de su valor al clan Maceralli. El barrio necesitaba un castigo ejemplar.

Dos hombres del clan, empezaron a jugar con un cuchillo eléctrico, cerca de la cara de su hijo Telmo; Tan cerca, que acabaron desgarrando la piel, la carne, el hueso del pómulo y parte de su ojo izquierdo. El hijo del carnicero celebró su decimoséptimo cumpleaños en el *Ospedale Santobono* con una cicatriz irregular que le atravesaba media cara. Ni tan siquiera pudo soplar las velas del pastel. Al salir del hospital, soportó las gasas y el dolor con mucha dignidad.

El pasado condiciona el futuro y los Macellari cometieron un tremendo error.

Al amanecer de un viernes, ordenaron asesinar al carnicero y quemar su negocio. El establecimiento, que fundara el abuelo materno de Telmo en 1916, quedó oculto para siempre entre el humo y los escombros. Los cuerpos del exsargento polaco y su mujer quedaron carbonizados tras el incendio.

La familia Macellari volvía a su casa, tras ver el milagro en el Duomo di Santa Maria Assunta. La sangre se había licuado. Los augurios eran buenos. Telmo con las heridas aún por cicatrizar, calculó a la perfección su venganza. Desde un balcón situado cerca de *L'Orientale*, descargó en medio minuto más de doscientos proyectiles. Los Macellari, se fueron al infierno antes de tocar el suelo. Las ráfagas se dirigieron a la altura de los hombros.

Entre los caídos, figuraban dos turistas, cinco guardaespaldas y el clan

mafioso al completo. No se salvó ni la nuera del *boss*, embarazada de siete meses.

Un joven Telmo se frotó los ojos. Fijó la vista de nuevo y disparó otra caja de munición. Los cuerpos saltaban inertes. La calle cambió el gris por el rojo. Las caras ya no pertenecían a nadie, eran un amasijo de huesos y carne.

Los Macellari murieron haciendo honor a su apellido.

El joven Telmo abandonó el arma que su padre había escondido desde el final de la guerra. Nadie vio nada. La policía lo atribuyó a una lucha entre clanes, bastante frecuente en Nápoles. La nuera del *boss*, junto al resto del clan mafioso, entró sin vida al hospital. El vástago que llevaba en su vientre, quizás fruto de un milagro, sobrevivió. De inmediato fue bautizado. Una de las enfermeras de cirugía propuso el nombre de Pietro en honor de un paciente que acababa de fallecer.

Telmo se dirigió a la *Stazione di Napoli Centrale*. Ya en Génova se embarcó en un carguero hasta México. Aprendió español y a caminar por la calle. Ocultó su origen, buscó trabajo. Tenía dieciocho años. Trabajó de taxista, repartidor, camarero, recepcionista, camillero, mercenario, hasta que un día, se puso a las órdenes de Hugo.

## LA IMPORTANCIA DEL RESPETO

6 de julio 2002  
Madrid

El mundo del traficante de drogas no es muy diferente del de un marchante de arte, o al de un director comercial de una multinacional de detergente. Hay que tener un *savoir faire*, conocer los protocolos no escritos, para llevar a cabo una buena negociación. El respeto es la base, sin él todo se va a la mierda.

—Tienes toda la razón. El tiempo es dinero y siento que hayas perdido el tuyo. ¿Cómo puedo compensarte?—Hugo ofreció la mano a Mariano en señal de disculpa.

—Me gustaría estar presente cuando le digas esto mismo a tu mujer.— Mariano reía mientras aceptaba las disculpas del mexicano.

Se encontraban en la cafetería del Hotel Intercontinental en el Paseo Castellana. Confundidos entre eventos y congresos, su conversación no desentonaba con el entorno. Hablaron de vinos, mujeres y fútbol. Se contaron los chistes de rigor. Compartieron anécdotas de la infancia inventada y del presente imaginario.

Mariano quería más y Hugo darle menos. Ese, era el peor de los acuerdos.

—El precio es el mismo Mariano, tú sabes que estamos muy satisfechos

contigo.

—Sin embargo, no tanto con mi gente.

—Hay ciertos límites que no podemos sobrepasar. Límites que vienen de acuerdos previos al nuestro. Barcelona va muy bien, Mariano, mejor de lo que esperábamos. Dejemos que otros se ocupen de los peces pequeños.

—Sabes que el pastel del norte es casi tan grande como el de Barcelona y ¿quieres regalarlo a otros? Tenemos un buen negocio Hugo. No puede ir a menos.

—Parece que tengas veintiún años.—al mexicano le complacía el entusiasmo de su socio.—Todo llegará Mariano, no tenemos prisa. Ustedes los europeos siempre se pierden el presente. Disfruta del hoy amigo mío.

—Por supuesto, por supuesto. Mi gente del norte necesita expandirse. Crecer es instintivo Hugo.—Mariano se precipitó en los argumentos.

—Lo que es instintivo es el miedo.—Hugo lo dijo con frialdad. La expresión de camaradería que le había acompañado durante la conversación se borró de su rostro. —El miedo, amigo mío, a diferencia del crecer, no tiene límites. ¿No es cierto?

El mexicano se calló sin esperar una respuesta. Mariano aprovechó para escuchar un escueto mensaje en su móvil. Su expresión mudó de sorpresa a indignación para aterrizar en el pragmatismo. El Portugués asesinado; otro traspie.

¿Quién le está jodiendo?

—Si te parece, posponemos esta conversación para esta noche. Necesito solucionar de inmediato un asunto de suma importancia.—Mariano se incorporó dispuesto a marcharse.

—Por supuesto, Mariano.—aceptó Hugo.— Aunque siento comunicarte que mi vuelo sale en tres horas. De todas formas, no creo que de este tema necesitemos hablar más. Piensa en lo que te he dicho. Estoy seguro de que aceptarás mis recomendaciones. Ninguno de los dos deseamos que, asuntos de suma importancia, requieran de tu atención cada día. ¿Verdad Mariano?

## DIOS LOS CRÍA

1986

Dieciséis años antes del 6 de julio

México

Trabajar en las maquiladoras controladas por Hugo, significaba diez horas sin descanso, diez horas sin mear ni cagar, diez horas sin comer. Hugo no quería amigos. La oportunidad le había llegado y debía explotarla al máximo. Negociaba bien y los contratos se renovaban cada temporada.

Hugo no se había curtido en la calle ni era hijo de la pobreza. Su padre era mecánico y su madre empleada de la administración pública.

El odio y el tedio acompañaron su infancia y juventud. Era el gordito de la clase. Recibía golpes y burlas por el hecho de tener unos kilos de más. Todos los días un tipo de grado superior, le golpeaba con la mano abierta en la nuca y le tiraba al suelo.

—¡Álzalas Buey! Tan grandotas que tiene las nalgas el cabrón.

Entre las risas y gritos de sus compañeros, Hugo se intentaba levantar sin éxito. Así durante todo un curso. Día tras día. Siempre el mismo insulto, las mismas chanzas. El odio no le satisfacía, la venganza tampoco.

Su padre, harto de tanto abuso, denunció ante el director de la escuela la tortura a la que era sometido su hijo. El director le informó que don Bernabé, el padre del abusón, era un conocido empresario y que las peleas eran normales a esa edad.



—Don Bernabé hace mucho por esta escuela.

Hugo creció. Su cuerpo había cambiado. Ya no estaba gordo, tenía cierto éxito con las chicas y acababa de terminar los estudios de Contaduría y Finanzas en la universidad católica de La Salle.

Caminaba con prisa por la avenida Ejército Nacional. Al girar por Lafontaine se encontró con su antiguo acosador. Un sexto sentido le indicó que debía hablar con él. Hugo era un joven inteligente y paciente. En escasos minutos convenció a su excompañero de clase a que aceptara una invitación a comer. Se acercaron a la calle Lago Victoria. Bajo un letrero con la leyenda *Taxi seguro*, decenas de vehículos esperaban clientes.

Entre los coches y el muro de ladrillo rojo del Sanatorio Español, diferentes puestos de comida, ofrecían, entre otros manjares, un *Vuelve a la vida* grande y un *Caldo de camarón*, por menos pesos que un café con nombre, en el *Starbucks* de enfrente.

Su excompañero le dijo, que había abandonado sus estudios y que su padre le había enviado a trabajar en una de sus empresas en la ciudad fronteriza de Matamoros. Después de varias cervezas y algún tequila, Hugo le preguntó si su padre estaría dispuesto a apadrinar un proyecto de alta rentabilidad. El arrepentimiento y el alcohol ayudaron, al pusilánime inútil, a comprometerse y fijar un día y una hora para una reunión con su progenitor.

La idea no cayó en saco roto y don Bernabé apostó por el joven Hugo. Le ofreció diez mil dólares y una mesa con teléfono en un almacén que tenía en Avenida Longoria de Matamoros.

Hugo empleó parte de los diez mil dólares en dos viajes. Uno a Miami y el otro a Boston. Ofreció mano de obra barata y producción masiva. Un coste mínimo con una óptima calidad. Volvió con dos contratos.

En un mes tenía en marcha dos maquiladoras formadas por más de ciento cincuenta trabajadores.

Hugo trabajó duro dirigiendo las fábricas de don Bernabé. Formó a los mandos intermedios bajo una consigna.

—Aquí se viene a trabajar. El que no trabaje se va a la calle.

Cada año que pasaba, reducía el coste del producto final reduciendo el sueldo de los trabajadores. La competencia era dura y Hugo sabía cómo neutralizarla. Pagaba a alcaldes y a policías. Traía gente de Guerrero. Los habitantes de Alcalami, Palo Seco, Caxitepec o Escalerilla Zapata, esperaban la llegada de los camiones de Hugo.

Los trasportaba como si fueran animales, a lo largo de mil trescientos kilómetros que se los separaban de Matamoros. Al llegar, les proporcionaba cartones para que se acomodaran en el exterior de la maquiladora. Allí pasarían las noches, hasta que el agotamiento o la muerte, les echara del sueño industrial del TLC.

Hugo empezó a ganar dinero. A menudo, se preguntaba que ocurriría si se independizara de don Bernabé. Decidió abrir fronteras. Siempre había deseado conocer Europa.

Viajó a Liverpool, Nápoles, Marsella, Tarragona, nada que ver con U.S.A.; Los negocios eran inexistentes. Europa parecía crecer. En realidad, bailaba. Los clanes mafiosos dominaban el sector político más cercano al empresario.

La corrupción estaba muy arraigada. Nadie garantizaba los acuerdos. A veces había que sobornar al sobornador. Existía un entramado de empresas fantasmas igual o superior a las reales. Nunca sabías con quién negociabas.

Hugo se movía bien en el caos. Volvió a Matamoros con un contrato. Contactó con el jefe de seguridad de las maquilas. Un italiano curtido y peligroso llamado **Telmo**. Le pagó para que viajara a Ecuador y volviera con unos kilos de pasta de coca. Él sabría cómo hacerlo.

Telmo regresó con siete kilos y treinta hombres con sus respectivas familias. Esposas, amantes, niños, ancianos. Todos trabajarían en una narcomaquila a cambio de comida, techo y algunos pesos para caprichos.

Hugo se despidió de don Bernabé asegurándole que el inútil de su hijo sería un buen sustituto.

La narcomaquila producía día y noche, veinticuatro horas en dos turnos de doce horas, 365 días al año. Se estableció bajo la tapadera de Hornos Azzuil, empresa ubicada en Barcelona, bajo la tutela legal del bufete catalán Grañé & Asociados. Hornos Azzuil se dedicaba a la venta y distribución de piezas para hornos industriales, en concreto paneles sandwich rellenos de roca basáltica de alta densidad, que se fabricaban en la superficie de las narcomaquilas. En las profundidades de las naves, en un sótano de doscientos metros cuadrados, se elaboraban a diario miles de dosis de cocaína.

Los paneles terminados, repletos en su interior de droga, salían de Matamoros hasta el puerto de Altamira y de allí, tras dos semanas de navegación, hasta la república de Benin. Una empresa fantasma de distribución, afincada en Porto Novo, la trasladaba en camiones a través de la Trans-Highway hasta Argelia. La entrada a Europa se realizaba por los

diferentes puertos comerciales del Mediterráneo.

Hugo empezó a crecer como nadie lo había hecho. Desde avionetas Cessna caían fardos de pasta de coca provenientes de Ecuador y Argentina. Hornos Azzuil había crecido, ya eran cuatro las narcomaquilas y una población cercana a los cien empleados. Todos prisioneros del mexicano, sin pasado y sin dinero.

Telmo se convirtió en su mano de hierro. Cuando algún sindicalista, periodista o curioso, husmeaba por los alrededores, Telmo y su equipo lo secuestraban. Sus cuerpos aparecían a los dos días colgados del Puente Viejo, sobre el Rio Grande.

La policía mexicana tardaba varias horas en retirar tan macabro espectáculo, preferían el dinero de don Hugo que la soga de Telmo. Los precios empezaron a caer y fiel a su política empresarial, Hugo ordenó a su lugarteniente buscar otro proveedor. Volvió con un nombre y una dirección. En unas semanas Hugo aterrizaba en el Pueblito de Osorio.

Hugo sabía negociar, y pese a la prepotencia de Osorio. Aceptó de buen grado alguna que otra incorrección, propia de un ignorante. Consiguió un buen precio por kilo. No tan bueno como el que hubiera deseado. Osorio dirigía una excelente organización. Hugo, tendría su oportunidad.

*Algún día todo esto será tuyo, cabrón.*

Corría el año 2002 y Telmo, su fiel guardián, fue el designado para acabar con Osorio. Con su muerte Hugo conseguiría hacerse con la producción y el corte. Mariano en España, se encargaría de la distribución.

*De momento.*

## DERECHOS ADQUIRIDOS

Enero 2002

Velesta, República de Macedonia

Felicia temblaba cuando Pietro abrió el maletero del Toyota. Las medias rasgadas y sus ojos negros hablaban de desesperación. Su secuestrador le ofreció la mano con la misma sonrisa con que la sedujo. Salió del vehículo mientras la protegía con un abrazo del frío de Velesta. Pietro no iba a ceder ante Branko. Engatusar a la adolescente no había sido difícil. Pietro era guapo y con estilo. El típico italiano bajito y con cara de travieso. Un chulo putas dispuesto a prostituir a niñas, a violarlas si así le apetecía.

Felicia estaba suspendida en un espacio que ya no era el suyo, su vestido cargado de inocencia, estaba manchado de grasa y polvo.

—¿La ves? Esta chica vale más de quinientos y ¿tú quieres regatear? Mírala bien.—La joven giró sobre sí misma bajo el impulso del brazo de Pietro.— ¿La quieres? Branko miraba con media sonrisa el cuerpo de la joven. Él mismo pagaría hasta mil. No pudo hacer su oferta.

La sangre le salpicó en la cara.

Pietro guardó la pistola, con el cañón aún caliente, entre el pantalón y su espalda. El cuerpo adolescente y virgen de Felicia yacía en el suelo del estacionamiento del Club Beladama con un agujero en la sien.

—¿Ves, Branko? Ya no vale nada.

Pietro Maceralli abandonó Velesta sin mirar atrás.

Pietro, *boss* honorífico de una familia extinta, llevaba su apellido con orgullo, sin embargo, lo único que permanecía en pie era un mausoleo en el cementerio de Poggioreale.

Su primo Carlo pertenecía a un clan menor, una familia dónde la explotación de la mendicidad y los hurtos a turistas eran su sustento. La familia de Carlo, acogió a Pietro, tras ser arrancado con vida del cadáver de su madre, acribillada a balazos junto a toda su familia. Carlo se encargó de enseñar al *non nato*.

Cuando Pietro cumplió los dieciocho años dejaron que escogiera su camino. Aburrido de engañar y robar a turistas, durante unos años coqueteó con la extorsión, bajo la tutela de diferentes bosses de Nápoles. Nada parecía satisfacer al inquieto Pietro, hasta que otro clan lo reclutó.

Ahora se dedicaban al tráfico de personas, en concreto con mujeres provenientes de los países de la llamada Europa del Este. Pietro se convirtió al poco tiempo en un experto embaucador. Llevaba un año trayendo con éxito, chicas para el mercado alemán y español. Pese a tener treinta años, no aparentaba más de veinte.

El *boss* del clan lo veía con mano y cabeza para los negocios. El matrimonio con su hija fue una buena inversión para la familia. El clan necesitaba crecer y al mismo tiempo protegerse de la creciente expansión de los grupos del Este. Pietro parecía que era el hombre indicado.

Después de una ducha, Pietro volvió a la cama. Se tumbó desnudo rodeando el cuerpo de su mujer.

—¿Qué habrías hecho tú?—puso su mano en su sexo mientras admiraba *Le Peintre* de Pablo Picasso, colgado en la pared de la habitación.

Su mujer, retiró la mano de Pietro con brusquedad.

—¡Eres un imbécil!—se levantó de la cama mientras intentaba calmarse. —Esa chica valía miles.—cerró la boca con rabia.

Desde la cama, Pietro continuaba observando el cuadro. Por mucho que le dijera, no cambiaría de opinión. Aún así debía intentarlo.

— Esa chica no valía nada. Hay cientos, miles como ella en los pueblos y las ciudades de Moldavia o Ucrania.—replicó.

—Ya no podrás volver a por más.—su mujer le hablaba a través del reflejo del espejo. Su media melena necesitaba más arreglos que los que le había asegurado su peluquera.—Mi padre no lo autorizará.

—¿Tu padre?—Pietro se levantó. Mientras se ajustaba los pantalones, evitó pensar en su suegro. Se acercó a su esposa. La abrazó con firmeza mientras le retiraba el pelo de la cara.

—Olvida a tu padre. Tengo otros planes—sentenció Pietro.

*Y ni tú ni él, estáis en ellos.*

Unas semanas después, Pietro se encontraba con su primo en el Caffè Elena. Pese a ser el más joven de los dos, Pietro siempre había mantenido una visión de la realidad más cercana al suelo que su primo. El juego y las drogas le estaban consumiendo. Carlo volvía de su segundo viaje a los lavabos. Eran las doce del mediodía y su nariz, blanca por dentro, aspiraba los aromas de un *whisky* sin hielo.

Hablaba con rapidez, moviendo los brazos de un extremo al otro de la mesa. Las manos se deslizaban de izquierda a derecha sin descanso.

—¿Qué te parece? Los ingresos son brutales.

—Me parece arriesgado.—Pietro subió las cejas para acentuar su opinión.

—Por supuesto, arriesgado y peligroso.—aceptó Carlo— ¿Acaso lo que hacemos ahora no lo es?—un argumento difícil de rebatir.

—Lo que propones duplica los riesgos.

—Míralo de esta manera.—contestó Carlo.—Lo que propongo triplica los beneficios.

Pietro mantenía sus dudas, aunque las propuestas de su primo eran tentadoras, también sabía que las deudas de juego hablaban por él. Carlo siempre necesitaba dinero. Los días de protección de su padre estaban llegando a su fin.

—No me importa que te metas media Colombia por la nariz. En realidad, creo que tu cabeza piensa mejor con la puta coca.

—Te escucho Pietro.—sabía que iban a llegar a un acuerdo.

—Quiero un socio vivo, no un cadáver en un callejón de la ciudad. Si te veo apostar un solo euro, yo mismo te liquido.

—Hecho. Tienes mi palabra. Se acabaron las apuestas.

La propuesta de Carlo era algo más que un negocio, era el gran negocio, la posibilidad real de formar su propia familia. Don Pietro, el hijo de Nápoles. El único sobreviviente de la matanza de San Genaro. El hijo *non nato*. El último Maceralli.

## EL VIAJANTE , EL TAXISTA Y ...

1986

Dieciséis años antes del 6 de julio

Madrid

Fabián nació en el barrio de Lavapiés, pleno centro de Madrid. Vivía de lo que vendía. Su muestrario, a diferencia de otros representantes, no se limitaba a fotografías mate. Su maletín, repleto de joyas, pertenecía a Delux.

—De un valor incalculable —le dijo el dueño.

Fabián mataba el rato mientras hablaba con el camarero de La Mundial.

—España no es tan grande, y en ciudades como Madrid y Barcelona es mejor coger el metro. El coche es una locura, gasolina, seguro, impuestos, averías, revisiones, y eso sin contar la inversión inicial, total a los cuatro años vuelta a lo mismo.—Fabián argumentaba su posición con una gran dosis de lógica.

Y el camarero, le hablaba de:

—Y la libertad que le da un coche Fabián, la industria del automóvil, los puestos de trabajo que da, el prestigio, el estatus Fabián, un hombre como usted y sin coche. La gente va a pensar que no gana lo suficiente o, peor, que no tiene carné de conducir. Porque tener tiene, ¿no?. —y Fabián pagaba su corto de café por favor y se despedía con una sonrisa y un hasta mañana.

Fabián empezó a trabajar, allá por la década de los cincuenta como

aprendiz. en esto de la pedrería, oro y plata. Fabián era el limpiezas, el correveidile, el rápido a que esperas, el ayudante, el sujeta aquí, envuelve esto.

Su jefe tenía su propio taller de pedrería, oro y plata allí mismo, en la calle Princesa.

—¿Cómo le va jefe? —Le saludaba con confianza Fabián.

Y el joyero sufría en un susurro.

—Señor, delante de los clientes, llámame señor.

Tras quince años de ahorrar y dueño de una céntrica joyería, Pedro Salus, sabía escoger a las dependientas, nada de bellezas esculturales, nada de jovencitas voluntariosas; ante todo seriedad y porte, buenas manos, delgadas y finas, sin rastro de friegues, cortes o durezas. De lo demás se encargaba él mismo.

Cada noche cerraba las persianas, puntual. A las ocho y cinco efectuaba el arqueo de caja y entraba en el taller, armado con un reluciente escobón; acariciaba el suelo de izquierda a derecha, de adelante atrás, y recogía entre otras porquerías y entre recuerdos, el fino y brillante polvo que, hora tras hora de trabajo, la gravedad había escupido sin impunidad al suelo. El polvo de oro, que año tras año había recogido en su bolsillo y guardado con celo en bolsitas de papel para luego mandar a refinar. El que le permitió comprarse una cartera de piel de cocodrilo, hacerse socio del Real Madrid y tras quince años, abrir su propio taller de pedrería oro y plata, Delux.

Y cuando su empleada seria, con porte, buenas y finas manos, le decía por decimocuarta vez que:

—A ver señor cuándo contrata a alguien para la limpieza, que usted con su posición, digo yo, que no debería.

El joyero sonreía orgulloso y al lado de las pulseras de oro, colocaba un cartelito con la leyenda: Oro de18K.

Fabián con el paso de los años ascendió a vendedor. Se iba hasta Tolosa con un insuficiente porcentaje de las ventas, a descontar gastos e impuestos. De la zona norte a la del este, de ahí al sur, del sur al centro y vuelta al norte.

Existía un mercado paralelo que algunos joyeros trataban, unos por necesidad, la mayoría por ambición. El mercado de joyas robadas era lucrativo y muy rentable.

Pedro Salus no quería contacto directo con peristas ni delincuentes. Sin embargo le interesaba lo que compraban y sobre todo lo que vendían. Fabián fue el designado para tratar con ellos.



Salvador era el perista más habitual, su pantalla como taxista, le proporcionaba un conocimiento extraordinario de la ciudad y de los trapicheos que ocurren entrada la noche. Tras muchos años, Fabián compartía con Salvador el valor de un pulsera o de unos pendientes. El regateo no existía, Fabián ofrecía un precio y Salvador lo aceptaba o no. El precio siempre era un 15% del valor real. Y el valor real lo ponía Pedro Salus, el joyero.

## ... LA PUTA

Tres meses antes del 6 de julio  
Madrid

—No seas imbécil Fabián, la cosa no tiene ningún misterio y además es sencillísima. Tendrá la caja fuerte llena, todo lo mejor para la nueva joyería. Tienes que decirme donde está, cuando tiene previsto llevar la mercancía, como son las llaves de la entrada, que tipo de combinación tiene la caja. De lo demás me encargo yo. Son detalles Fabián, detalles que no te comprometen y te llevas un buen pellizco.—Salvador intentaba convencer al pusilánime comisionista para que participara en el robo.

—No, no y no. —el tono de Fabián era infantil.

—No tienes elección, hace un año que no vendes ni un anillo, Delux te va a quitar la representación, tu jefe es un hijoputa y te va a dejar tirado, en la puta calle.

— ¿Y la policía?—replicaba Fabián.

—Fabián...

—Y a dónde voy yo...

—Fabián...

—¿Cuándo me darías el dinero?

—Así me gusta, Fabián.

Salvador, volvía a Barcelona con la promesa de su amigo.

—Solo por joder a tu jefe ¿me oyes?, por joder.

—¿Y por la pasta?

—Y por la pasta, Salvador.

Salvador era perista, chulo y taxista. Se conocía Barcelona como la palma de su mano. Trabajaba las noches, por eso de que no hay tráfico.

—Tampoco hay muchos clientes, Salvador.

—Ni demasiados taxis, Fabián.

Había dejado el alcohol. No le fue difícil, los entretenimientos son reemplazables. El taxi, la noche de Barcelona y María. La conoció años atrás en el exterior del Camp Nou.

*A la derecha las prostitutas, a la izquierda los travestís.*

Era una de las zonas más concurridas al ponerse el sol. Confundidas entre estudiantes, deportistas y funerales, trabajaban de luna a luna. Un circuito improvisado que iba desde la Avda. Diagonal pasando por el cementerio de Les Corts y dando la vuelta por el Camp Nou.

El cliente, un comerciante salmantino, ya retirado, con más años que erecciones. Quería un poco de morbo. Unos amigos le habían dicho que cogiera un taxi y se diera una paseo.

—Por donde las putas, el taxista ya sabrá.

Habían dado ya tres vueltas y subían los grados. De mirar a pagar quedaban unos minutos. Salvador miraba al frente.

—Aquí, aquí, donde ésta. ¡Pare, pare!.—exclamaba excitado el anciano.

Y allí, entre el tanatorio y el semáforo, conoció a María. Salvador no se lo pensó dos veces. Invitó a la chica y mientras María se metía en el taxi, el cliente era abandonado a su suerte en mitad de la avenida. El anciano no olvidaría esa noche.

## UN COLLAR DE ESMERALDAS

Tres meses antes del 6 de julio  
Barcelona

Ismael era un ex presidiario, colaboraba con la policía, daba chivatazos con cautela, prudente y conocedor de su situación de soplón, alternaba sus colaboraciones con el robo de joyas. Parte de las ganancias iban para los policías corruptos. Del tema de la droga, entendió que él era la última mierda del gran estercolero en el que estaban implicados jueces, políticos, policías y narcos. Él, tenía un trono oculto que le garantizaba placer y reinado por muchos años. Las sensaciones que sintió en su primer asesinato, todavía le proporcionaba una potente erección.

Las pocas veces que entraba en la comisaría, no podía evitar una sonrisa al ver su retrato robot, poco acertado, en la brigada de robos. Al inspector jefe Aguilar, tan solo le importaba la *mandanga* y llevar toda las operaciones en paralelo y en silencio. El subdirector Galván consentía. Con el dinero de la droga el subdirector podía financiar a los diferentes grupos de ideología fascista, esparcidos por los campos de futbol de toda España. Ismael necesitaba cubrir sus gastos, que eran muchos. Su infancia en el barrio de Salamanca de Madrid le habían dejado huella, y nada de dinero.

Había echado el ojo a una joyería del Paseo de Gracia. Cada día, a las doce, el dueño junto a una de las empleadas salían a tomar un café y a las doce y media en punto estaban de vuelta. Todos los días menos los jueves.

Ese día sustituían el café y el croissant por un polvo rápido en la pensión Edén. Hasta la una no volvían. Tiempo, más que suficiente para distraer a la única trabajadora que quedaba a cargo de la joyería. A las doce y cinco minutos Ismael entró en la joyería. Se interesó por un juego de anillo y pendientes para regalar a su mujer.

—Es nuestro primer aniversario y quiero que no lo olvide.

—¿Cuánto se quiere gastar? —animaba la dependienta.

—Unos trescientos euros.

Mientras observaba los distintos anillos y pendientes que le mostraban, Ismael iba chequeando los de más valor. A las doce y cuarto entraba una clienta en la joyería. Era el momento de subir la apuesta.

—No sé. Igual si me enseña alguna pulsera. No me importa si sube el precio.

A las doce y media el mostrador estaba lleno de pendientes, pulseras, anillos, gargantillas. Otra clienta, pululaba por los distintos mostradores reclamando con su porte de rancio abolengo atención inmediata. La servicial empleada empezaba a impacientarse. Las cosas nunca salen como uno desea y, para bien o para mal, ocurrió algo que cambiaría el destino de Ismael.

A las doce treinta y cinco, un conductor borracho circulaba en su recién estrenado Ford Fiesta por Paseo de Gracia a más de 100km/h. Al girar por la calle Mallorca no tardó en perder el control.

Tras dos vueltas de campana, voló a un metro de altura para empotrarse en el blindado escaparate de la joyería. El descontrol fue tal, que hasta Ismael pensó en salir corriendo y olvidarse de su trabajo. Su instinto de supervivencia no era tan fuerte. Echó mano de lo que pudo y cuando se disponía a salir como si con él no fuera la fiesta, entre cristales y escayola, hizo suyo un collar de quince esmeraldas.

Años atrás, Salvador el perista oculto en el mundo del taxi, le había animado a dedicarse al robo de joyas.

—A diferencia de las obra de arte, las joyas no son consideradas un valor cultural; Excepto, claro está, las que los llamados expertos deciden documentar. La mayoría de este tipo de robos son por encargo de un coleccionista encaprichado o de un millonario con amantes exigentes. Un trabajo de difícil seguimiento por parte de la policía.—Salvador se incorporó para aclararse la garganta. Vació el pequeño botellín de golpe.

—Una vez robadas, las joyas jamás saldrán de la intimidad de una estancia

cerrada. Evita, eso sí,—puntualizaba Salvador—las joyas de gran valor económico. Las compañías de seguros no tardarán en encontrar al comprador. Actúan rápido y conocen el gremio.

Ismael no trabajaba por encargos. Se nutría de cadenas de oro, anillos, pulseras, brazaletes. Era un negocio limpio, las alhajas las fundían otros joyeros, y con el oro confeccionaban otras joyas que vendían a precios rebajados. Las clientas de primera comunión, bautizos y bodas eran las grandes beneficiarias.

La policía y las ambulancias todavía tardarían en llegar. El accidente había congregado enorme grupo de mirones, la mayoría turistas. Tenía que salir rápido de la zona.

Una vez se escabulló entre curiosos y heridos, ocultó en sus calzoncillos el botín. No tardó en llamar a Salvador y quedar esa misma tarde. El sabía de estas cosas, sabía como colocar un collar así.

—Tú dile que vas de parte de Fabián.—le decía su amigo cuando Ismael le contaba lo del collar de esmeraldas.

—¿Quién es Fabián?—preguntó receloso Ismael. Si lo haces tú, estoy dispuesto a darte un porcentaje.—Ismael despistaba. La información que le había dado el perista valía más. La policía y la empresa de seguros estaban tras cualquier pista.

—De verdad te crees que te va a salir gratis. Tengo un golpe cojonudo y tú vas a ser parte de él.

—¿Y si paso de ti? —preguntó desafiante Ismael.

—Primero que el joyero no te compra ni la mayor esmeralda del mundo.

—Puedo ir a otro.—Ismael continuaba disimulando.

—Prueba —respondió con absoluta tranquilidad Salvador.

—Puedo tirar del hilo.

—Sé que no lo harás, no por mí, que te importo una mierda. No lo harás porque necesitas la pasta. ¿Verdad Ismael?

—Como todos, amigo.

Salvador le explicó con todo detalle las funciones de cada uno y la importancia de su intervención.

—Una vez te compre el collar, que lo hará; Te encargas de traer al joyero a Barcelona. Jenny es un gancho excepcional. El joyero, se pondrá en contacto con Fabián, un empleado de confianza que esta en el ajo, éste lo confirmará todo. El joyero creará al que ha sido su fiel empleado durante

años y que jamás le ha escamoteado un céntimo. Lo demás corre de vuestra cuenta.

—De acuerdo.—aceptó Ismael.

—Una cosa más. No se te ocurra jugar sucio. Me la trae floja quien te cubre cuando vas con tu amigo el policía. Aquí no hay trampa ni cartón. Te corto los huevos como nos la pegues.

*Ni lo dudes.*

## LA DIVINA

6 de julio 2002  
Barcelona

El clan napolitano, que controlaba las prostitutas traídas del este de Europa, era el encargado de alquilarlas o venderlas a los proxenetas callejeros o a los llamados gerentes de los clubs de media Europa. Cuando cumplían treinta años, las vendían o subastaban al mejor postor. La prostitución generaba mucho dinero. Un negocio rentable que Pietro había abandonado.

Llegó al aeropuerto del Prat pasadas las doce del mediodía. Disponía de dos días para encontrar una nave industrial. Su contacto era un abogado catalán de cierto renombre, que defendía los intereses de algunas familias napolitanas en España.

El taxi le dejó en la entrada de un lujoso edificio, situado en la Diagonal, cerca del centro comercial L'Illa. Decidió acercarse a la zona de restauración y picar algo antes de reunirse con el abogado en su despacho. Eligió, lo que parecía, el mejor bocado para un turista. Tostadas cubiertas con jamón de Jabugo, un exquisito manjar difícil de encontrar fuera de España. El vino dejaba mucho que desear, una lástima. Cerró su tentempié con un café.

Grañé & Asociados carecía de estilo propio, el mobiliario y la distribución eran una imitación de los bufetes americanos. Una espectacular recepcionista le acompañó hasta el despacho del socio fundador. Ferrán le recibió con un apretón de manos.



Pietro le informó de su interés por encontrar un socio español que quisiera trabajar para él.

—Más que un socio, necesitas un empleado, Pietro.

—Sería mi socio porque recibiría una sustancial parte de los beneficios.

—Y tú serás el jefe.

—Así es, ya sabes cómo funciona.

La conversación debía sostenerse con un lenguaje, a veces críptico, otra redundante, que caracteriza cualquier negociación. Un prólogo, un tanteo previo para medir fuerzas y alcanzar un acuerdo beneficioso para ambas partes.

—Tengo a varios candidatos, todo depende del riesgo.—dijo el abogado.

—Necesito una empresa española, un administrador único español, sin antecedentes y una nave industrial.

—Nada que no pueda conseguir en unas horas.—aseguró el abogado.—¿Y la nave?

—¿Qué pasa con la nave? Una nave industrial de cualquier polígono. Me vale cualquiera.

—Te lo preguntaré de otra manera, ¿Cuál va a ser el objeto de esta nueva empresa?

—Importación, exportación y distribución de hierbas aromáticas.—contestó Pietro con aplomo.

—Pietro, ¿por qué has acudido a mí? Esto te lo puede facilitar cualquier asesor.—Ferrán se reclinó hacia atrás.

—No, si se trata de una inversión de tres millones de euros.

Era inusual oír esas cifras. Ferrán, calculó que serían unos quinientos millones de pesetas.

—No sé en Italia, Pietro, pero aquí la gente todavía se confunde con la conversión al euro.

—No sé en España Ferrán, pero en los dos países, tres millones de euros son tres millones de euros. ¿O no?

—Una cantidad muy respetable, difícil de encontrar.

—Como has dado a entender, no eres un asesor cualquiera. Confío en tu capacidad para encontrar inversores.—Pietro se levantó.

—Me han informado que ya no perteneces a ningún clan napolitano.—Afirmó el abogado.

—¿Eso supone un problema?—Pietro volvió a sentarse.

—Ninguno, en absoluto. Sé que estás formando el tuyo.—Ferrán se acercó

a la mesa de escritorio, tecleó con agilidad en el teclado del ordenador durante unos segundos.—Acabo de enviar un mismo correo electrónico a tres de mis mejores clientes.

— Ya estás buscando inversores.—indicó satisfecho Pietro.

—Lo que significa que tu flamante empresa de hierbas aromáticas les proporcionará un veinte por ciento de interés el primer año y un treinta el segundo. En dos años habrán convertido sus tres millones de euros, en 5.400.000.

—Quince por ciento el primer año y un veinte el segundo.—Pietro cerró los párpados con fingido cansancio.—Se levantó con decisión y desde la puerta del insípido despacho se despidió. El trato estaba cerrado.

Necesitaba el acuerdo, su futuro como *boss* estaba en manos de un abogado sin escrúpulos, en el que no confiaba del todo. Aún así necesitaba su experiencia.

Anita esperó la salida de Pietro para echarle un último vistazo. El italiano tenía algo. Ese algo le gustaba.

Una mirada y un número de teléfono fueron la invitación a una noche de sexo.

Pietro había quedado con su primo Carlo en el Chino Hoy, un pequeño y excelente restaurante en el barrio de *Les Corts*. Tras mirar el reloj. Decidió que tenía tiempo de dar una vuelta y acercase a las instalaciones del Camp Nou.

Mientras caminaba, no dejaba de darle vueltas a la misma idea. Carlo y él habían elegido Barcelona por dos razones; Alejarse de la influencia de las familias italianas y buscar inversores catalanes. El bum inmobiliario, junto a una endémica cadena de corrupción que salpicaba a instituciones autonómicas y municipales, había generado mucho dinero.

Dinero sin justificar que necesitaba salir de las bolsas de plástico y crecer. Si algo había aprendido Pietro durante todos estos años, era que la corrupción tenía como límite la muerte. Mientras esta no llegara, ni la cárcel ni la deshonra, serían capaces de frenarla.

Tras una visita guiada por el campo del Barça, Pietro disfrutó con Carlo de un excelente menú: sopa agripicante, pato y *won ton* frito.

—El producto está acabado.—Carlo lo decía con seguridad.

—¿Se acabaron las pruebas?

—Ya no más pruebas, Pietro. Necesitamos empezar a producir.

—Esta mañana he hablado con el abogado. Quería demasiado.

—Cambiemos de intermediario.—dijo Carlo.

—Ya está arreglado.

Carlo no sabía nada de negociaciones, la coca mandaba sobre él. El ansia le dominaba.

—¿Tú lo has probado?—preguntó Pietro.

—Estás loco—mintió. El experimento lo han pasado voluntarios que se meterían hasta matarratas. Se lo efectos que produce y te aseguro que será un éxito.

—¿Con una planta cuantas dosis podemos sacar?—pese a que hablaban en un dialecto napolitano, Pietro bajó el tono de voz.

—Si evitamos las plagas, cada planta sana podría servir para unas mil dosis.—Carlo sintió que el pelo se le erizaba. Sabía el dinero que iban a ganar y le gustaba compartir la noticia.

—Eso es, eso... es más de lo que esperábamos, mucho más.—Pietro reía de alegría. Una euforia desconocida le invadió todo el cuerpo.

Todo comenzó unas semanas antes del encuentro que tuvieron los dos primos en el Caffè Elena. Carlo, frecuentaba ambientes alejados de las esferas de la familia; Un falso bohemio que frecuentaba ambientes universitarios para acostarse con chicas jóvenes y de paso experimentar con sustancias psicotrópicas más naturales.

**Dana**, una estudiante de Sociología de origen bosnio, le invitó a una fiesta en el pueblo costero de Mondragone, a unos cincuenta kilómetros de Nápoles. Decidió meterse unas cuantas rayas antes de recoger a la chica.

Dana y Carlo se conocieron en la calle. Ella le paró sonriente y le preguntó sobre la contaminación y las aves muertas. Él contestó a la encuesta mientras miraba sus tetas sin disimular.

Llegaron a un caserón cercano a la playa. Un grupo jugueteaban en el exterior con una rata muerta. Dentro de la casa, Carlo buscaba el estímulo que Dana le había prometido. Un enorme salón con vigas de varios metros, atravesaban el apagado resplandor de un pasado señorial. La música simplona acompañaba a la tribu de niños/bien. Un grupito sentado alrededor de un vaporizador se pasaban la bolsa. Por turnos, aspiraban el humo de la marihuana. La estancia estaba invadida por un olor repugnante, camuflado entre aromas de todo tipo.

—Estos, por lo menos, se han metido LSD.

El olor era cada vez más intenso. Carlo miró con atención por si algún cojín se estuviera quemando. En su lugar vio a uno de los chicos calentar unas hierbas en un bong acrílico.

—Una aspiración profunda, aguanta, hasta quedarte morado, aguanta.

Nunca había visto nada parecido. El efecto no duraba mucho, dos o tres minutos. Carlo era el siguiente.

En casa de Dana, hizo el amor por primera vez sin su amiga la coca. El efecto de las hierbas se le había pasado al instante, sin embargo la paz y la tranquilidad se mantenían pasadas las horas.

—¿Qué coño hemos fumado con tus amigos que olía a mierda?

Dana, rio con ganas, aunque despreciaba a Carlo, le gustaban sus ojos grises y sus piernas.

—¿Te ha gustado, eh? No me digas que es tu primer viaje con la divina.— Dana le abrazó por detrás.

—Un nombre acertado.—como adicto quería más.—¿De dónde traen esta hierba?

—Si quieres divina puedes acercarte a la Sierra Mazateca, en el estado de Oaxaca México.—Dana masajeó los testículos de Carlo—O puedes comprármela a mí.

Carlo apartó con cierta brusquedad la mano de Dana. El sexo no le proporcionaba nada más que un orgasmo.

—¿México? ¿Tú la traes de México?—desde la cama intentó alcanzar el paquete de Winston.—Y una mierda.

—Claro que no la traigo de México, imbécil —Dana se había levantado y arrojó con fuerza una bolsa de plástico a la cabeza de Carlo. Un gesto que iba a provocar un efecto no deseado en el tráfico de drogas en Barcelona.

Dentro, había una generosa cantidad de hojas secas. Carlo olfateó con decepción el interior.

—No huele mal.

—Prueba con esto.—Dana le acercó un bubbler—En cuanto empieces a quemarla notarás ese olor que tanto buscas, cerdo. Y para que lo sepas, la divina no tiene nada que ver con el cannabis.

Dana desapareció de la habitación. El ruido en la cocina indicaba que estaba preparando un desayuno. Carlo lo pensó mejor y se dirigió a la ducha. Ya tendría tiempo de colocarse. Al salir, esnifó una raya y se dirigió a la cocina canturreando una Tarantela.

## EL REENCUENTRO

7 de julio 2002  
Barcelona

Intentó levantarse con rapidez. Imposible, su cuerpo y su cojera no aceptaban de buen grado los movimientos bruscos.

—Hola Freddy, cuanto tiempo. Te veo un poco más grasiento de lo habitual.—con la mano izquierda apretó con cierto cariño su pierna de plástico.—Seguro que te acuerdas de mi.—Pilar se sentó a su lado sin esperar invitación. Levantó la mano en dirección al camarero.

—Inspectora...—no alcanzó a recordar el apellido.

—¿Inspectora? No, Freddy ya no soy inspectora.—por un momento el cuerpo de Freddy se relajó.—Ahora soy comisaria. Que subidón ¿eh?

—Comisaria Bouse.—creyó recordar.

—Br-a-us-s-e, Freddy. El apellido también es importante.—Pilar le miraba con cierto cariño. El gordo cabrón había envejecido más de la cuenta.

—Comisaria Brausse, se pronuncia así ¿verdad?—contestó obediente. No quería molestar a la comisaria.

—Las preguntas las hago yo. ¿O te habías olvidado?—¿Te apetecen unas bravas?—el camarero estaba de pie a su lado.—Dos medianas bien fresquitas y una de bravas.

—¿Qué desea de mi, comisaria Brausse?—esta vez pronunció las palabras

despacio.

Sin incorporarse, Pilar le propinó una bofetada en la cara. Un golpe seco. Una humillación premeditada. La comisaria exigía obediencia en los interrogatorios.

—Te olvidas de las normas Freddy. Yo pregunto, tu contestas. Tu preguntas, yo te doy una hostia.—Bien, Freddy, mientras nos traen el aperitivo me gustaría que contestaras a unas preguntas.

—Usted dirá.—La sumisión estaba en nivel seis.

—¿Te acuerdas de tu amiga la de la pensión Mallorca? ¿Esa anciana tan adorable que te proporcionaba la droga que distribuías en la playa? ¿La que apareció con un agujero en la cabeza?

Pilar preguntaba rápido sin dejar de mirar a un sorprendido Freddy. ¿Cómo no se iba a acordar? Su vida cambió a partir de ese día.

—Bien, pues ayer apareció muerta. ¡Otra vez! Quince años después, esta vez en la calle Casanova, en el número 7. ¿Te suena Freddy? Y por si eso fuera poco, en el edificio de al lado le vuelan la cabeza a un tío mierda. ¿Y tu me preguntarás? ¿Qué me preguntarás Freddy?

—Nada.—Las sumisión estaba en el nivel máximo.

—¡Exacto! Porque a ti no te sorprende el que una mujer mayor, aparezca muerta en las mismas circunstancias quince años después. ¿Y por qué no te sorprende? Porque Freddy, me va a contar quién cojones está matando a las putas viejas. ¿Verdad?

Freddy no podía hablar, su mundo se tambaleaba otra vez. El pasado volvía, se repetían escenas.

—Le juro comisaria que no se de que me habla.

—Sí que lo sabes, por supuesto que lo sabes. ¿De qué vives Freddy? ¿Quién te mantiene?

—Cobro una pensión.—la respuesta le proporcionó un respiro.

Que le importaba recibir una bofetada más. Estaban en la calle y ella no sabía nada.

—Pobre, que pena me das, con la pasta que ganabas hace unos años y ahora, el gordo tullido cobra una paga de mierda que no le llega ni para putas. ¿O sí? Según me han contado, la Margarita se gana muy bien la vida gracias a un cliente generoso y habitual.

Freddy prefería no hablar, el silencio le protegía de la iracunda comisaria.

—Y parece, que al mecenas del sexo le gusta que se la sacudan en los portales. ¿No es así, Freddy? ¿Quieres que yo te la menee?

La comisaria apretó con fuerza los testículos de Freddy.

—Así es como veo yo el asunto. Tu me dices quién se dedica a matar viejas y yo dejo que Margarita te siga exprimiendo la polla. ¿Qué opinas?— Pilar no dejó de apretar ni un segundo.

—Váyase a la mierda.—lo dijo con miedo y dolor.—No tiene nada, no puede acusarme de nada. La denunciaré por brutalidad policial.

—Con lo bien que nos estábamos llevando.—Pilar retiró la mano de la entrepierna de Freddy.—Lástima que tengas que volver a la cárcel.

En la mesa contigua, dos jóvenes pasaron de la curiosidad a la acción. Manuela le acercó la placa a la altura de los ojos mientras su compañero movía con fuerza los brazos de Freddy a su espalda y le colocaba las esposas.

—Quedas detenido por tráfico de drogas, capullo.—Lluís le informaba, mientras le introducía en el bolsillo del pantalón cien gramos de cocaína sin cortar.

—Yo no tengo nada. ¡Suéltame!—Freddy se resistía bajo la mirada de la comisaria.

—Manuela registre al sospechoso. Y usted,—dirigiéndose al camarero.—observe cómo efectúa el registro la inspectora.—el camarero obedeció.

Se mantuvo de pie con la bandeja en la mano. No le gustaban las bofetadas.

Manuela encontró el paquete. Tras introducirlo en una bolsa hermética se lo entregó a Lluís. Los tres abandonaron el lugar en un coche camuflado. El camarero, se vio liberado y sirvió la comanda. Pilar Brausse disfrutó de un delicioso tentempié en la terraza del bar Costa Brava. Las mesas se empezaban a llenar, eran las siete de la tarde. La mejor hora para disfrutar de una cerveza fría.

## ALQUILER DE POR VIDA

7 de julio 2002  
Barcelona

Manuela disfrutaba de la calle y su movimiento. El olor de Barcelona en verano era molesto. Aún así, cuando los respiraderos de las cloacas no estaban cerca, la ciudad olía a mar y montaña. Siempre vio similitud entre las ciudades portuarias y las fronterizas. La combinación y la variedad las hacen apátridas. Barcelona avanzaba.

Manuela solía pasear por el Raval. Prefería llamarlo el Barrio Chino. Los tiempos de prostitución y mala vida no habían quedado del todo atrás. Sus calles estrechas y escasas de luz, favorecían el trapicheo. La suciedad característica y habitual en un pasado no muy lejano, había desaparecido. Brigadas de barrenderos se afanaban por lavar la cara a un barrio atractivo para un turismo cada vez más creciente. Paseaban por Las Ramblas. Visitaban ensimismados el llamado barrio Gótico. Fotografiaban el Mercado de la Boquería sin descanso y sin comprar. Llenaban el centro de Barcelona con paraguas cerrados en alto, mapas extendidos en el aire, botellas de agua



sujetas a mochilas recién estrenadas. Compraban de forma compulsiva extrañas figuras que ningún barcelonés se atrevería ni tan siquiera a mirar. Todo el mundo sabía de la existencia de la Sagrada Familia, una impresionante obra de arquitectura proyectada por un demente. La plaga foránea dejaba beneficios y contaminación visual. El alcalde estaba encantado.

En el coche, Manuela conversaba con Freddy.

—Dime, tu que vives en La Barceloneta, ¿Qué opinas del Barrio Chino?

—Y a usted que le importa.—respondió con dureza Freddy.

—Es por hablar de algo. Mi compañero, este jovencito que conduce, es un soso de cojones. No sabes lo aburrido que llega a ser. Tu por lo menos respondes.

Manuela compartía el espacio trasero de un Seat León de color blanco. Freddy miraba por la ventanilla de la derecha. Su casa se alejaba, su barrio, su vida. Antes de reingresar en la Modelo se tiraría por una ventana. No, ahora no podría volver a la cárcel. Ya había cumplido.

—A mi en particular, me gusta más el Chino, no me digas porqué. La Barceloneta está bien para picar algo, por la playa. Seguro que en el barrio te conoce todo el mundo. Eso está muy bien, te da seguridad. Yo, con el sueldo de mierda que cobramos vivo de alquiler. Toda la pasta para el dueño. ¿No has pensado en alquilar tu piso? ¿Por que el piso es tuyo, no?—preguntó Manuela.

—Déjeme en paz—Freddy ya no alcanzaba a ver nada, las lágrimas le empañaban los ojos.

—Podríamos llegar a un acuerdo. Mira, si me das precio, te alquilo el piso. Soy de la pasma, no te voy a engañar. Los funcionarios estamos muy cotizados por los caseros. Sueldos bajos, pero seguros. Trabajo de por vida, alquiler de por vida. Además, Freddy, yo soy de las que le gusta quedarse años en la misma vivienda, y tu no tienes hijos ¿verdad?. Quiero decir, que hasta que salgas del trullo, me tienes a mi de inquilina. ¿Cuanto por cien gramos sin cortar?—Manuela miró a su compañero.

—Eso son muchas dosis en la calle. En prisión no baja de diez.—Lluís calculaba desde el asiento del conductor.

—¿Solo diez meses?—preguntó Manuela.

—Años, diez años o más. Perdona a mi compañera Freddy, en la academia siempre suspendía derecho penal.

—¿Entonces, Freddy? ¿Por quién votas? ¿Por El Chino o por la

Barceloneta?

Freddy cerró los ojos. Algo en su cabeza se apagaba. Un ruido molesto que durante años no le permitió vivir.

—Dígale a la comisaria Brausse que lo se todo.—el ruido se convirtió en murmullo y por fin desapareció.

—Dame un adelanto Freddy. No puedo molestar a la comisaria con un farol. ¿Me entiendes verdad?

—Juana, así se llama la mujer .

—¿De qué mujer me hablas? Dime, Freddy.

—Ya lo sabe, de la vieja muerta de la calle Casanova.

—¿Y el otro, Freddy? ¿Quién era el otro fiambre?

—Ya le he dado lo que me ha pedido. Ahora quiero hablar con la comisaria.

El Seat León estalló en un compendio de luces, sirenas y velocidad.

## LA CUNA A TRAVÉS DEL ESPEJO

6 de julio 2002  
Barcelona

—La mujer alquilaba habitaciones.

Los vecinos del número siete de la calle Casanova, poco más sabían de la señora del sexto primera.

La investigación, posterior a su asesinato, indicaba, sin embargo, que la anciana era una vieja conocida de la policía, doña Juana.

Al final de la década de los setenta, doña Juana regentó varios pisos. Guapos efebos ofrecían sus servicios a caballeros solventes bajo el control de la Madame. Nada ilegal, si no fuera por la edad de los jóvenes. Doña Juana, pasó dos días en el calabozo y salió sin cargos. Prosiguió con sus negocios, esta vez con la falsificación de perfumes. Montó una red de mujeres que, casa por casa, vendían aromas de marcas carísimas a precio de saldo.

Fue detenida meses más tarde por suplantación de identidad, cuando intentaba cobrar una pensión de viudedad. Estuvo en la cárcel tres años. Hasta la fecha de su muerte, nadie sabía de su paradero o actividad.

Juana Fuentes, más conocida como doña Juana, tenía una pasión que no ocultaba. Por la mañana, acudía a la Granja Catalana, situada en la calle Enrique Granados.

Una de las camareras de la conocida cadena de cafeterías barcelonesas, tenía preparada la bolsa con un surtido de bollería y algunos pastelillos.

—Aquí tiene usted. Como hoy es jueves también le he puesto cuatro ensaimadas rellenas, para sus chicas. ¿Todavía tiene una de las habitaciones libre? Se lo digo porque mi sobrina viene el mes que viene a trabajar a Barcelona.

—Reina, sabes que solo cojo estudiantes—Doña Juana, extendía el brazo y con una sonrisa recogía la bolsa.

—Qué manía tiene usted con los universitarios, ni que los trabajadores fuéramos malas personas.

—Ay, si tú supieras con la gente que he tenido que lidiar, no te lo puedes ni imaginar. ¿Cuánto es, reina? ¿Todavía coges pesetas?

—Ciento diez, cariño.—la camarera se alejó de la barra para atender dos mesas que se acababan de ocupar.

—Aquí te dejo, justo.—Doña Juana salía por la puerta de la cafetería ansiosa por llegar a su casa y degustar su desayuno.

Vivía cerca del mercado de Sant Antoni. La algarabía de la plaza le molestaba, por eso acudía a hacer sus compras a establecimientos alejados del olor a pescado y carne cruda. No salía mucho; lo necesario.

Desde que trabajaba para Mariano, siempre le pedía que buscara un primero o un edificio con ascensor. Cada día le costaba más subir los seis pisos que separaban el portal de su vivienda.

Más de treinta grados y la grasa se convertía en sudor. Subía despacio, resoplaba cada vez que levantaba la pierna derecha. No le gustaba su olor, los kilos la habían hecho perezosa. De la limpieza diaria pasó a la mensual. No tenía familia, ni marido ni amante. Le hubiera gustado tener un hijo. ¿Para qué? Al final te abandonan y te dejan tirada como un perro en cualquier parte. Aún así pensó que su madre se lo merecía. De pequeña la pegaba con la hebilla de un cinturón que algún cliente había dejado olvidado. Al final de sus días, la vieja puta olía mal.

*Tendría que ducharme más a menudo*, reflexionó.

Pensó en el contenido de la bolsa y en una taza de chocolate recién hecho. El agua y el jabón podían esperar. Abrió la puerta de su casa y dejó caer las llaves en una pequeña repisa roja anclada en la pared.

Oyó el sonido de la cisterna del retrete. El Portugués siempre dejaba gotas de pis en el suelo.

—¡Lávate las manos!—gritó desde el recibidor.

A doña Juana le incomodaba que se quedara a dormir. Su trabajo era llevarse el dinero. El Portugués conocía muy bien el negocio. Él mismo

empezó como casero para luego, por órdenes de Mariano, pasar a controlar los pisos.

Los números tenían que cuadrar, de las viejas no se fiaba.

Siempre me la quieren meter doblada.

—¿Quieres desayunar? He traído unos cruasanes.—preguntó desde la cocina.

Calentaba un cazo con chocolate desecho. Su aroma entró por la nariz de El Portugués. No se pudo resistir. Vestido con un pantalón azul y una camiseta imperio se dirigió a la cocina. Sentados uno frente al otro, parecían madre e hijo en actitud cordial antes de un día de trabajo.

—Las cuentas no me salen, Juana.—El Portugués se introdujo medio cruasán en la boca. Las gotas de chocolate caían en el mantel.

—Eso, es que has contado mal.—doña Juana, lo miraba con desagrado.—Ayer puse otro anuncio, ya sabes para disimular, igual es lo que te falta. Podrías comer con más cuidado—añadió—las manchas de chocolate son difíciles de quitar.

—Siempre he tenido una duda que seguro que tú, una mujer con experiencia igual me puedes resolver.—los cruasanes desaparecían en su boca con la misma rapidez que inundaba el mantel de chocolate.

—Tú dirás. Si se trata de algún tema relacionado con el amor o el sexo, te aseguro que no te defraudaré.—de su boca dejó para el recuerdo una sonrisa pícarona.

—Pues, no. Lo cierto es que mi duda es sobre un tema de limpieza.—El Portugués seguía con el chorreo de chocolate.

—Pues de limpieza no sé mucho. Siempre he tenido servicio. Yo de limpiar poco.—Juana pensó en lo desafortunada que había sido su respuesta .

—La pregunta que me corroe desde esta mañana, es la siguiente—se secó con una servilleta de papel los labios.—Qué manchas son más difíciles de quitar ¿las de chocolate o las de sangre?—con celeridad sacó de su cintura una Beretta con silenciador. Disparó en dirección a la cabeza de doña Juana en el mismo instante que se oía el timbre de la puerta.

## UN CADÁVER QUE HABLA

7 de julio 2002

Barcelona

Dos jóvenes, con bata blanca y con las manos cubiertas con guantes de látex, mantenían una distendida conversación en espera del siguiente cadáver.

—Elías Portugal, alias El Portugués. Todo un historial desde los quince años. Robo, intento de asesinato, tráfico de drogas... Estuvo casi más tiempo en la cárcel que en la calle.

—¿Y tú como lo sabes?

—Mi primo es el conductor de la forense y siempre se entera de todo. A este se lo cargaron en un tejado, por lo visto estaba a pleno sol rodeado de moscas cuando se lo llevaron.

—Pues, lleva desde ayer en la nevera, en pelotas y frío. Qué vida más asquerosa le tocó en el sorteo.

—¿De qué sorteo hablas?

—Del sorteo chaval, del sorteo. ¿A ti que te tocó? Tío feo y además pajillero.

—Muy gracioso.

—Sin embargo, mírame a mí. Un joven guapo, alto, ojos azules, pelo rubio, una casa en Pedralbes y una mujer que se gana la vida como modelo.

—Sigue soñando nene. Yo te veo como una mezcla de Gabino Diego y la Caballé. Y de tu novia mejor ni hablar. He visto nutrias más guapas.

—Cómo se nota que la envidia te corroe. En fin, esto ya está. Con corbata y todo.

Suerte de la parroquia.

—¿Directo al cajón?

—Todavía no. Parece que tenía una novia que quiere darle un último adiós.

Pilar entró acompañada de Freddy.

El Portugués estaba tendido sobre una camilla, vestido con una mortaja ajustada. Los pantalones le quedaban por encima de los tobillos. Su expresión no podía ser otra que la de un muerto.

—¿Vosotros sois los autores de esta obra de arte?—preguntó Pilar a los dos estudiantes en prácticas.

—Hemos hecho lo que hemos podido.—respondió molesto uno de ellos.

—Pues yo sigo viendo el agujero en la frente. ¿A qué escuela de maquillaje vais?

Freddy miraba con tristeza la cara de El Portugués. Las veces que habían coincidido tenía el detalle de agradecerle su silencio. Podía ser un apretón en el brazo o una imperceptible inclinación de cabeza. Era un buen tipo.

—No vamos a ninguna escuela de maquillaje. Somos estudiantes de Tanatoestética.—un de los jóvenes lo dijo con orgullo y cierta soberbia juvenil.—Y usted quién es para hablarnos así.

—Lo mejor es que se vaya antes que avisemos a seguridad.—amenazó su compañero.

La comisaria hizo caso omiso a los estudiantes. Observaba con sorpresa la expresión de Freddy. Sin lugar a dudas conocía al Portugués.

—Solo te falta ponerte a llorar.—Pilar tenía la sensibilidad guardada bajo cien candados.

—Sí es él. Sin duda.—Freddy notó la mano de la comisaria en su hombro. Pilar le susurró al oído.

—Un capullo. Mira donde acaba la basura como tú.

Freddy no tenía el valor para enfrentarse a la comisaria. Le resultaba imposible pensar cuando ella estaba cerca.

—Quiero que me digas quién le ha matado.—terminó la frase agarrando a Freddy por la parte de atrás del cuello.

Empujó con decisión su cabeza hacia el cadáver. El agujero, pese a las críticas de Pilar, era casi imperceptible.

—¡Mira bien!—gritó. Una puta bala en la cabeza, en el centro. A

quemarropa.—Freddy tiraba para atrás en un intento de alejarse.

—¡Oiga! Deje de hacerle daño.—Uno de los estudiantes decidió envalentonarse ante la pasividad de su compañero.

—No te metas—le recomendó el otro.—vámonos.

Desde la puerta le indicaba la cercanía del ascensor.

Pilar Brausse siguió oprimiendo la nuca de Freddy.

—¡Sigue mirando! No tienes más que decirme quién disparó. Quiero que me lo digas ahora.

Pilar soltó la presión. Freddy retrocedió como un resorte hacia atrás.

—Puede que alguien de la competencia.—habló sin pensar.

Pilar Brausse agarró la mano del cojo. Separó con fuerza el dedo índice y se lo introdujo en el agujero cubierto de maquillaje.

Freddy sintió repugnancia y asco. Tenía un puto dedo dentro de la cabeza de El Portugués.

Una sustancia húmeda y viscosa recubrió su dedo.

Quiso gritar. Imposible. Una arcada le vino a la garganta antes que cualquier palabra.

Los dos jóvenes habían abandonado la sala y subían al ascensor. Lluís se encargaría de ellos.

Pilar tuvo tiempo, entre arcada y vómito de escuchar un nombre.

—Mariano.—mintió.

—¿Ves? Conmigo sabes que tarde o temprano me cuentas la verdad. En el fondo te aprecio. No hay mejor soplón que un gordo sucio y paria como tú.

Pilar subió con Freddy hasta la planta baja. Lluís conversaba con los dos estudiantes. Al ver a la comisaria, alzó la mirada atenta a las instrucciones que pudiera darle.

—Inspector, lleve al testigo al búnker y vosotros dos—añadió con la vista fija en atemorizados jóvenes—A ver si hacéis bien vuestro trabajo. Ese cadáver ha vomitado y tiene un agujero en la frente.



## SECRETOS

8 de julio 2002  
Barcelona

Freddy retrocedió a lo largo de varias décadas en su confesión. Entre Pilar y Lluís le sonsacaron todas las verdades disfrazadas de mentiras.

Dormía en una celda de una sola pieza. El camastro, las estanterías, incluso en retrete y la ducha estaban integrados en las paredes. Nada podía ser movido. Una plancha de algún tipo de plástico duro, transparente e irrompible le separaba del pasillo.

La celda estaba situada en la segunda planta subterránea del búnker. Un búnker vacío, en el que Pilar, Lluís y Manuela constituían la avanzadilla de la que iba a ser la sede, de una de las mejores unidades de la policía. Faltaban pocas semanas para inaugurar de forma oficial la UA y sus instalaciones. Todavía pertenecían a la brigada. La comisaria también.

El interrogatorio empezó a las cinco de la mañana. Pilar se sentó a su lado, le habló de la vida y la muerte, de filosofía, de un tal Simmel; un sociólogo alemán que estudió los secretos. Le llenaba la cabeza de preguntas, cuando él, lo único que deseaba era soltarlo todo, no tenía problemas en decir la verdad.

—¿Sabes por qué los secretos son importantes? ¿Tienes idea por qué razón son el descubrimiento más grande que ha hecho la humanidad? Ni idea. Yo te lo voy a explicar. ¿Ya te has lavado las orejas?

—¿Las orejas?—contestó un olvidadizo Freddy.

Pilar le propinó un sonoro bofetón en la cara que le dejó marcados cuatro dedos.

—¡Yo hago las preguntas! ¿Te has lavado las orejas?—repitió Pilar, esta vez en un susurro cerca de su cuello.

—No

—Lávate las, necesito que me escuches con toda tu atención, y veo que no te estás enterando de nada.

Pacheco le había contado todo lo relacionado con la organización de Mariano y la implicación de Aguilar y de Galván. Más que una colaboración parecía una cadena de mando extendida fuera de los despachos oficiales. Formaban, lo que un fiscal denominaría una organización criminal. Pilar tenía que atar demasiados cabos para no quedar expuesta. Contaba con Freddy, el hermano inútil que no había dudado en culpar a su hermano de un crimen que no había cometido.

¿Venganza o cobardía?

Freddy obediente se lavó con esmero los oídos. Cuando terminó se volvió a sentar al lado de la comisaria.

—Bien, te decía que los secretos son uno de los descubrimientos más importantes de la humanidad. Y tú me dirás, que es una exageración, que seguro que hay otras cosas que el hombre ha descubierto y que son mucho más importantes. A ver dime algún descubrimiento más importante.

Freddy se quedó en silencio. ¿Por qué no le preguntaba sobre la vieja? Le contaría todo ¿A qué estaba esperando?

—¿Nada? No se te ocurre nada. Eso es que no me has entendido. Quizás deberías lavarte mejor las orejas.

Freddy seguía mirando con asombro.

—Venga, no tenemos todo el día.

Se levantó y volvió a limpiarse los oídos, esta vez con más fuerza y más jabón.

Volvió a sentarse al lado de la comisaria.

—Vamos Freddy que esta es fácil, dime algún descubrimiento importante que haya realizado el hombre.

—No sé, estoy nervioso.

—¡Piensa coño!—Pilar aumentaba la presión.

Freddy pensaba en gris, a veces en colores, la mayoría de sus pensamientos no pasaban del blanco.

—¿La rueda?—fue un reflejo de la época del colegio—No, no es una

pregunta...

Pilar ya le había dado otra bofetada, más fuerte, más intensa, con más rabia que la anterior.

—La rueda, el molino de viento, la polea, la ley de la gravedad, fíjate si hay descubrimientos importantes. Sin embargo, un alemán del siglo XIX, alega que el secreto es igual de importante o más. ¿Qué te parece?

—Bien, me parece bien.—mintió Freddy.

—¿Y por qué te parece bien?

Freddy no sabía que contestar, tenía hambre y ganas de ir al baño. Los retortijones eran un rumor molesto y doloroso que iba en aumento. Necesitas cagar.

—Continuas sin entender mis preguntas. Hala, vete a lavarte las orejas otra vez.

—Si sigo lavándome los oídos me va a salir sangre.—se atrevió a decir Freddy.

Pilar se recogió el pelo con una goma hasta formar una coleta.

—Lluís, el inspector que conducía el coche que te trajo hasta aquí, me indicó que soy un poco dura contigo, que debería utilizar otros métodos menos agresivos. ¿Y sabes que le contesté? Que sí, que a partir de hoy sería más condescendiente. Te dejaría hablar y contar todas las mentiras sobre tu sucia vida. Permitiría que me engañaras con medias verdades. Dejaría que el hermano del mayor traficante de cocaína y heroína de Barcelona, me recitara poemas de amor y cantara milongas.—Pilar estiró las piernas.

Freddy no aguantaba la presión. En cualquier momento iba a estallar.

—No te cortes, ve a lavarte las orejas. Mientras, te contaré un secreto. Será nuestro secreto. La verdad, es que he engañado a mi compañero. Voy a hacerte sudar sangre, aunque sea por los oídos. Pilar se recostó en el camastro de piedra y añadió.

—Tú, yo y toda la humanidad destacamos por aquello que ocultamos. ¿Entiendes ahora, lo importante que son los secretos?

La comisaria abandonó el Búnker. Tenía una cita con Galván, Pilar todavía estaba al mando de la brigada. Le quedaban asuntos pendientes con el subdirector que esperaba despachar rápido.

Su nombramiento oficial como jefa de la UA no tardaría en llegar.

## ENTRE TURCOS Y PIRATAS

7 de julio 2002

Barcelona

Llevaba todo el día intentando localizar a su hermano. Tendría que comprarle un teléfono móvil. Los problemas se le acumulaban. Tras el asesinato de El Portugués, Mariano reforzó la seguridad en todos los puntos de venta que tenía en Barcelona.

Lo formaban un total de veinte pisos, desde ahí distribuía toda la coca y heroína de gran parte de la ciudad. Necesitaba un hombre fiel y de confianza para que fuera sus ojos. Freddy se había esfumado cuando más lo necesitaba. Inválido o no, era sangre de su sangre. Hasta que encontrara un sustituto, su hermano era la mejor opción.

Contactó con Abdullah, su proveedor de heroína.

—No ha sido gente de aquí—le aseguraba Abdullah.

—¿Entonces? ¿Quién coño se mete conmigo? Sabiendo para quién trabajo ¿Los rusos?

—Mariano, los rusos vienen a España a blanquear el dinero. Como mucho son clientes, no competidores. Yo miraría más al oeste, que al este.

—Otro cartel.—Mariano temía lo peor.

—¿Por qué otro?—Abdullah sonrió.—No desestimes la capacidad de Hugo para hacer negocios.

—Conmigo ha vendido más coca en un año que con cualquier otro

distribuidor.

—Quizás has vendido demasiado.

Mariano sabía hasta donde quería llegar.

—¿Quieres decir que lo de Pamplona y lo del Portugués está relacionado?

—Lo que ocurre, es que si yo te proporciono heroína a ti y a los gitanos, lo que vendáis cada uno por separado no me preocupa. Si no llegáis a mis previsiones, busco más distribuidores, no os sustituyo. No tendría sentido ¿No crees?

—Continúa.—Mariano necesitaba respuestas

—Si alguno de los dos atraviesa la frontera de su zona. Para evitar una guerra yo mismo te rebanaría el cuello con un Kiliç.

—¿Por qué a mí?—preguntó Mariano con extrañeza.

—Porque a diferencia de los gitanos, tu no tienes una familia que te respalde. No te ofendas Mariano. Sé que tienes un gran número de hombres, pero tú y yo sabemos, que la familia no es fácil que nos traicione.

Abdullah tenía razón, el dinero, era lo único que mantenía a sus hombres en la organización. Si alguien les ofreciera más, no tardarían ni un segundo en abandonarle.

—Que me aconsejas.—Mariano confiaba en Abdullah.

—Armas. Cuantas más mejor.—Contestó sin dudar.

—Ya tengo armamento Turco. Y no quiero una guerra.

—No se trata de lo que tú desees. La situación es complicada. Más de trescientos grupos estamos repartiéndonos un pastel que ya no es inagotable. España va a explotar tarde o temprano. Demasiada gente Mariano. Y aunque el consumo no para de crecer, como en cualquier economía, una vez alcanzado el cenit, la caída es inevitable. Los solitarios no van a poder sobrevivir.

—Es la primera vez, desde que nos conocemos, que tu lenguaje se parece más al de un político que al de un traficante de drogas. ¿Qué es lo que quieres?

—Una alianza.—Abdullah se incorporó para sentarse al lado de su amigo.

—Escúchame con atención Mariano. No tardará mucho en producirse una guerra. Las alianzas son fundamentales para salir airosos.

—¿Alianzas? ¿Guerras? No sé en que mundo vives, en el mío todo eso son gilipolleces. Si tengo un problema con los mexicanos hablaré con Hugo, si quiere que vaya más despacio, negociaré con él. No tengo miedo a las negociaciones. ¿Guerra? Yo prefiero la diplomacia.

—Tu diplomacia ya se ha cobrado dos víctimas.—sentenció Abdullah.—Y por si no lo recuerdas las dos pertenecían a tu bando.

Mariano se reclinó en su asiento. Necesitaba un trago. Se levantó y se sirvió un vaso de agua fría con raki.— Abdullah siempre cuidaba de sus invitados.

—Tus palabras siempre han ido destinadas a mejorar nuestros acuerdos y hacerlos duraderos.—Mariano bebió un sorbo del líquido lechoso.— Compraré armas. Me protegeré más. Pondré más vigilancia en todas las casas. Por ahora, olvídate de alianzas.

—Necesitarás algo más que revólveres.—le aconsejó Abdullah.

—Y tú me dirás quién es el mejor proveedor.

—Los holandeses y los checos. Te puedo poner en contacto con cualquiera de los dos.

—Me fío más de los holandeses. ¿Puedes concertar una reunión esta semana?

—Lo intentaré. —Abdullah abrió su teléfono móvil y marcó un número.

—*Wat heerlijk voor je, een nieuwe job. Alweer wat dicht bij de top.*— recitó con cierto tufo a poema y colgó.

—Hoy mismo.

## EL MONGO DE GALLINAS

7 de julio 2002

Barcelona

Gerrit se miró en el espejo. Extrajo un pequeño alfiler de una cajita. Eligió el azul. Mi color.

Para su visitante escogió el verde con una franja amarilla. Gerrit necesitaba identificativos auxiliares. A veces, era el color del pelo. Sabía distinguir entre más de cuarenta tonalidades. Otras, el peinado o la textura del cabello. La voz y el olor también le ayudaban. Prefería mirar al rostro, aunque todos le parecieran el mismo, incluido el suyo. La primera vez siempre utilizaba el distintivo, un alfiler con colores que indicaba el objeto de la conversación y la cualidad de la persona que lo portaba. Verde y amarillo el color del dólar y el oro. Un cliente recomendado. Un buen cliente.

Gerrit vivía en la Carretera de les Aigües. Una zona privilegiada de Barcelona, situada más arriba del selectivo barrio de Pedralbes, donde las viviendas se miden por su extensión, nunca por su altura.

Rodeado de bosques y con la ciudad a sus pies, Gerrit disfrutaba observando a los despreciables habitantes de una ciudad a la que sin embargo adoraba. Barcelona se había llenado de moros, indios, negros y sudamericanos. Una mezcla insoportable para un holandés bisnieto de traficante de esclavos.

Su bisabuelo se unió a Pedro Blanco, el Mongo de Gallinas, el mayor

traficante de esclavos del mundo. Los descendientes del holandés, supieron invertir los beneficios.

La familia de Gerrit poseía acciones en una gran parte de las empresas y los bancos del Reino Unido y Holanda. Gerrit heredó de su padre una gran intuición y un próspero negocio.

Miró con aprecio una foto de Brad Pitt. No lo conocía en persona. Un amigo le afirmó que padecía su mismo trastorno.

A Gerrit le pareció increíble. Puede que fuera un invento de la prensa de Hollywood, o no. Cogió un vuelo para Los Ángeles con la intención de concertar una cita con el actor. Un pretexto perfecto para disfrutar de una semana en California. No tuvo suerte, Brad Pitt estaba inmerso en el rodaje de su próxima película.

En el cruce de Hollywood Boulevard con Highland Avenue, compró por veinte dólares una foto con una dedicatoria universal.

*Dedicated to my Best Friend, Brad Pitt.*

Aprovechó para hacer su aportación anual a la compañía de aguas de la ciudad de San Francisco. Sus asesores le habían recomendado hacer donaciones periódicas a esta entidad municipal. Un proyecto de gran envergadura se estaba fraguando en Suiza.

—La diversificación es fundamental y las nuevas tecnologías son un activo extraordinario.—palabras acomodadas a la oportunidad, pronunciadas por un experto al que pagaba demasiado.

Gerrit siguió las recomendaciones. Invirtió en empresas del llamado sector emergente. Todas relacionadas con un mundo al que él no pertenecía. La muerte era su gran negocio, también alimentar a los vivos.

Acomodó a su invitado en un confortable sillón que obligaba al descanso y a la tranquilidad. Las doce del mediodía era una buena hora para un aperitivo.

—Estas almendras son de la variedad Largueta, horneadas con sal en fuego de leña. La sal se queda en la piel e impregna de sabor toda la almendra.—Gerrit sujetaba con dos dedos el fruto seco—El mediterráneo posee aromas únicos como el de estos frutos o el del aceite de oliva. ¿No le parece?

Mariano estaba incómodo. Aceptó colocarse ese ridículo alfiler en su camisa, Lo que no estaba dispuesto era a mantener una conversación sobre las virtudes de los frutos secos..

—Yo prefiero las nueces. Gracias de todos modos.—rechazó con un gesto el ofrecimiento de su anfitrión.—Le aceptaría de buen grado un poco de ese



*whisky.*

Mariano señaló una botella de Knockando 25 años.

La combinación le gustó. Al fin y al cabo, los ricos siempre destinaban parte de su tiempo a reconocer el valor de la escasez.

—¿Cuánto desea aportar a su nuevo negocio?—preguntó Gerrit.

—No le entiendo.

*Este holandés es gilipollas.*

—Si va a iniciar una nueva actividad, necesito saber cuanto va a invertir en ella.

—¿Invertir?—Mariano estaba cansado—Vengo a comprar armas, armas de guerra.—se dirigió a Gerrit amenazante.— Estoy aquí, porque un turco mal nacido, al que le temo más que a mi difunta madre, me indicó que esta era la dirección correcta.

Mariano intentó calmarse. Apoyó las manos en una gran cristalera. Contempló su ciudad adoptiva mientras llenaba sus pulmones de aire. Tranquilízate Mariano

Realizó tres inspiraciones profundas más. Cogió un puñado de almendras.

—¡Métase sus almendras por el culo!—gritó mientras las arrojaba al suelo —Y hablemos de una puta vez de armas.

## PERCAL FINO

6 de julio 2002  
Barcelona-Sitges

Al joyero le costaba soltar prenda y eso que Ismael era un maestro con los alicates. Tras varios dientes arrancados. Pedro Salus no cantó como los niños de San Ildefonso.

—Percal fino, percal fino.—el joyero no hablaba, suplicaba.

Jenny empezó a toser.

—Esa no es la combinación Jenny, tienen que ser números.—le insistía Ismael. —No te quedes mirando maricón de mierda, revisa su cartera ¡Mira en sus bolsillos joder!

A Jenny le temblaban las manos. Ismael le pasó la petaca de absentá.

*Bebe Jenny, bebe.*

Mientras Ismael torturaba, Jenny temblaba. Se fue al baño a vomitar varias veces. Cuando volvía, el joyero seguía escupiendo sangre con los ojos desorbitados.

—Dime cabrón, dime la combinación.—Ismael con una mano sostenía los alicates y con la otra le daba bofetadas de izquierda a derecha.

—Percal fino.—murmuraba.

Pedro Salus, sentado desnudo en su cama de la habitación del Excelsior, no sentía nada. Tampoco recordaba los números.

—¡Qué coño es eso! ¡La caja fuerte no tiene letras!—le gritaba impaciente

Ismael.—¿Es la contraseña de la alarma? ¿Es eso?—Ismael le arrancó otro diente.

El joyero empezó a asentir con la cabeza. Hacía mucho tiempo que no podía hablar, estaba en estado de shock. Una pesadilla. Todo era un mal sueño, despertaría enseguida empapado en sudor en su casa, en la plaza Manuel Becerra. Se tomaría un baño caliente con un poco de aceites, de esos nuevos que había traído de la India.

Ismael le cercenó la cabeza de un tajo. No le dio tiempo a vivir más.

Jenny encontró un papel doblado con una palabra escrita: Cofre.

—¡No me vale, joder!—Ismael se quedó unos segundos pensativo—  
Vámonos. Iremos de todas formas. Tenemos las llaves. Unos pocos kilómetros antes de llegar a Sitges, Ismael paró en una gasolinera. Mientras Jenny dormitaba, aprovechó para llenarle la petaca con un poco de absenta y unas gotas de Tremetol.

—Lento y seguro—le confió en su día un farmacéutico de la calle Avignon, adicto al ácido. Arruinado y desahuciado, intercambiaba recetas magistrales por cualquier tipo de droga más allá del alcohol y la marihuana.

—Mata rápido, prueba antes con una rata de esas de laboratorio, las venden en una tienda del Chino como comida para serpientes.

Jenny daba pequeños sorbos a la petaca que Ismael le había regalado. Un gusto amargo y fuerte parecía un buen sustituto.

—Van a ser días muy duros, no quiero que vuelvas al *jaco*.

Ismael le gustaba, le excitaba. Le prometió amor, ternura, cariño, algo de lo que desde su infancia no había disfrutado. Atacó su punto débil y cayó en sus brazos como un corderillo. Era la mujer más feliz de la tierra.

*Bebe Jenny, bebe.*

Pedro Salus quería dar el salto, uno pequeño, sin grandes gastos y rentable. Eligió por recomendación de un cliente la población de Sitges, situada a pocos kilómetros de Barcelona, deseaba abrir su segunda joyería y quizás establecer allí su residencia.

El establecimiento tenía dos entradas, la principal con un pequeño escaparate reforzado con cristales anti balas y una persiana automática cubriendo la puerta central. Ismael sabía de la existencia de la otra entrada. Se accedía por el portal colindante e iba a dar al taller. La abrió sin complicaciones con dos llaves de sierra circular. Una vez en el interior, el

olor a madera barnizada y moqueta por estrenar le acompañó mientras pensaba como acceder a la caja fuerte. No había cerradura, no había un resquicio, ni una abertura milimétrica. Se trataba de una puerta acorazada con un único acceso a través de una clave de seguridad.

—No tengo números, cabrón, ni uno. Ni un puto número. Y tu no toques nada, ¡Joder!

—Lo siento Ismael, miraba estas figuritas, son preciosas.

—Mierda, mierda. ¡Haz algo útil, hostias!—Ismael le lanzó una bolsa de deporte—Vete metiendo todo en esta bolsa, todo lo que tenga valor. ¿Entiendes?

—Claro, Ismael, todo lo que valga mucho. No te enfades, yo no entiendo de joyas—Jenny estaba temblando, nada estaba saliendo como le habían prometido. Mientras Ismael se peleaba con la combinación, le gritaba.

—¡Mira el precio joder! ¡Todo lo que valga más de doscientos euros, a la bolsa!

Jenny miraba la etiqueta con un bonito hilo dorado atado a cada objeto a la venta. Unos pendientes doscientos veinte, una cadena trescientos cuarenta, un anillo ciento sesenta y cinco. Mientras Ismael maldecía, ella recogía pequeños tesoros. El precio estaba grabado en un lado de la etiqueta y por el otro unas letras. Número y letras variaban con cada objeto a la venta. Anillo de oro con un diamante, trescientos cuarenta y cinco y en el otro lado *cal* escrito a mano, con letra bonita. Y así en todas la joyas. Distintos precios, distintas letras.

Las letras bonitas estaban en todas las etiquetas, como en la tienda de la Paca.

—¿Cuánto vale esto Paca? Qué manía tienes de no poner el precio.—preguntaba su madre levantando en el aire una figurita de alabastro del tamaño de un vaso de vino.

—Pues me preguntas y ya está. Ciento cincuenta pesetas.

—¡Uf! Pues más te valdría ponerlo en los artículos y no estas ridículas letras que tú sabrás qué significan. Porque ya me dirás que tontería, poner en una etiqueta unas letras. ¿No sabes escribir números Paca?

—A ti te lo voy a decir. —y la Paca le guiñaba un ojo a un despierto Carlitos.

Siempre le daba caramelos de esos de masticar. Le hizo señas y mientras con una mano le metía un puñado en el bolsillo del pantalón, le susurraba al oído.

—Las letras son para saber lo que me ha costado, ¿sabes?. Que tu madre siempre me pide descuento.

Carlitos se rascaba la oreja y con una sonrisa asentía con la cabeza.

Jenny buscó dos piezas del mismo valor. Transcurridos unos minutos, nerviosa comprobó que a precios iguales, iguales letras.

—Ismael, escucha. —Jenny le explicó lo de la Paca y que cal se parecía mucho a percal.—No es una coincidencia. ¿Sabes?. Percal Fino es un código y cofre la combinación.

—Serás hijo de puta. Igual hasta tienes razón.—a Jenny no le gustó la expresión. Bebió otro sorbo de absenta.—¿Entonces tú lo entiendes? ¿Sabes cuál es la combinación?—Ismael la miraba impaciente y de un manotazo le quitó la petaca de la boca.—¡Escúchame coño!

—Sí, sí, Ismael, no te enfades. A cada letra de Percal Fino le corresponde un número. A la *p* el 0, a la *e* el 1 y así hasta la letra *o* que le corresponde el número 9.—Jenny hablaba pausada bajo el efecto del licor.

—¡Al grano joder! ¿Cuál es la combinación?

—Si *cofre* es la clave, solo hay que sustituirla por sus respectivos números. Hay que seguir el patrón.—Jenny estaba flotando. Nunca se había sentido tan lúcida. En realidad estaba borracha.

Ismael no quería o no podía contar. Abofeteó a una sonriente Jenny.

—¡El número maricón, dime el número!—Una risa nerviosa le impedía responder.

*Ya te llegará la hora cabrón.*

—Tres, nueve, seis, dos, uno.—susurró por fin.—No es tan difícil.

Ismael ya no la escuchaba, saboreaba unos *Peta Zetas*, mientras contaba un fajo de los recién estrenados billetes de cincuenta euros. Después de escoger las piezas más valiosas, cerró la caja fuerte y juntos abandonaron la joyería.

Él y Jenny habían llegado a Sitges desde Barcelona en un Renault 25 propiedad del joyero que abandonarían más tarde en Bellvitge.

El día anterior, Ismael hacía el trayecto Madrid-Barcelona, sentado en el mismo coche, de copiloto.

—El coche lo llevo yo. Espero que no te moleste.—le decía el joyero .

—Tranquilo, así me dará tiempo a echar una cabezada. Nos espera una jornada movidita.—un guiño y Pedro se excitó con las promesas, de su nuevo socio, de una noche en exclusiva con la mejor travesti de Barcelona.

Con el joyero todo fue miel sobre hojuelas.

Ismael se presentó como un íntimo amigo de Fabián, su empleado fiel. El joyero entró al trapo, Fabián estaba en el norte y ya le había insistido en que ofreciera lo que ofreciera el tipo lo iba a vender. Negociaron la compra del collar por mil euros. Mucho menos del 15% de su valor real. Aún así, Ismael quiso mostrarle su agradecimiento y le ofreció el ir juntos a Barcelona y presentarle a una amiga con sorpresa.

—Los amigos de Fabián son mis amigos. Y si además tenemos los mismos gustos mejor que mejor.—aceptó el joyero.—¿Quieres que hagamos un trío?. Le gustaba Ismael.

—Tengo una reputación. Fuera de Barcelona lo que quieras.

—Nadie tiene que enterarse. Me hospedo en el Excélsior. Reservo una habitación para ti y te unes a la fiesta en cuanto llegue tu amiga.

—Perfecto, así da gusto hacer negocios.— Ismael reclinó el asiento y se puso a dormir.

# MASONES, COMUNISTAS, JUDÍOS Y MARICONES

1986

Dieciséis años antes del 6 de julio

Barcelona

El nuevo estado democrático había dado entrada a gente nueva, pescadores novatos con ansía de riqueza. La corrupción ya no estaba centralizada. Ayuntamientos, agrupaciones, gobiernos territoriales, todos marcaron las fronteras a golpe de historia. El ciudadano pensó que sería por fin libre.

*Ilusos.*

El dinero y la corrupción se encontraron de nuevo. Un reencuentro que ningún parlamento o gobierno demócrata iba a impedir.

Corría el año 1976 cuando Miguel Galván ascendía a capitán en el cuartel de Cazadores de Montaña América 66, en la localidad Navarra de Estella.

La ciudad, cuna del carlismo y paso obligado del Camino de Santiago, se distinguía por sus numerosas iglesias románicas y una montaña llamada Montejoyra de poco más de mil metros de altura.

Cada año, siguiendo la tradición, los seguidores del heredero al trono español por parte francesa, Carlos H. de Borbón, hacían un ascenso de carácter reivindicativo y contra el régimen dictatorial del general Franco.

A la muerte del dictador, la ascensión mantenía su espíritu crítico con

clara ideología de izquierdas. La sorpresiva aparición de Sixto de Borbón contrario a su hermano y candidato al mismo trono, acompañado por reconocidos pistoleros de grupos fascistas italianos, españoles y argentinos, hizo que la fiesta se convirtiera en una tragedia.

El asesinato se produjo en la falda del monte, con un disparo a bocajarro a un partidario de Carlos H. de Borbón realizado por un fascista italiano. La ametralladora perteneciente al cercano cuartel del ejército, situada desde la noche anterior en lo alto de la montaña, no tardó en descargar sus balas contra el numeroso grupo que pretendía alcanzar la cima. Una ataque con arma de guerra difícil de olvidar.

Un día antes, el capitán Galván había dado la orden de colocar la ametralladora en lo alto de la cima para realizar unas supuestas maniobras. Un mes de permiso silenciaron durante muchos años a los inocentes soldaditos. Su militancia en Fuerza Nueva y su acercamiento a Sixto de Borbón hicieron de la evidencia una religión.

Dejó el ejército para ingresar como inspector jefe en la policía nacional. Con esfuerzo y tiempo no tardó en ser nombrado comisario. Sus ideología no había cambiado y desde su nuevo cargo en la policía, intentó que las arcas de los grupos de extrema derecha siempre estuvieran llenas.

Galván fue puesto al frente de un ambicioso plan, elaborado para financiar a los grupos fascistas de España; Controlarían parte del tráfico de heroína, cocaína y hachís de Barcelona.

—Escúchame bien Galván, España está llena de masones, comunistas, judíos y maricones. Y estos son los que compran la droga ¿A quién? A los negros, moros y a los gitanos. ¡Vaya país de mierda! Tenemos que controlar el mercado.—el dirigente de una organización fascista, oculta a los ojos de la nueva democracia, le explicaba al comisario la oportunidad de convertirse en los nuevos salvadores de la nación.—Para lograrlo necesitamos dinero; y esos miserables drogadictos nos lo van a dar día a día, año tras año. ¡Entiendes lo que te digo Galván!

El plan empezó a funcionar con éxito. Galván sabía a quién y dónde exprimir el dinero suficiente para la causa. Extorsionaba por igual a gitanos, moros y negros. Su lugarteniente Aguilar, junto a Ismael, pisaban la calle. Y la pisaban fuerte.

En la Plaza Real les mandó observar, vender y recaudar. Todo oficial y justificado con alguna detención, para equilibrar el competitivo mundo del menudeo. Eran tiempos de transición para todos. Río revuelto ganancia de



pescadores decía el refrán. Frases simples para hombres simples. Los anquilosados monopolios empezaban a despegar tras cuatro décadas de letargo y engorde.

Galván, hasta ahora había mamado del Estado y no sería la democracia la que le quitara sus privilegios.

## LA IMPORTANCIA DE SABER CONTAR

8 de julio 2002  
Barcelona

En su despacho escuchaba a Pilar. Nunca le gustó tener bajo sus órdenes a una mujer, y menos a Pilar Brausse. La comisaria se acercaba demasiado.

—Mis felicitaciones por el caso de la calle Casanova.—Galván era un cínico convencido.

—¿Me felicita? Hasta un cadete habría llegado hasta... la nada. Porque eso es lo que he averiguado, nada. No tenemos el arma, no sabemos el móvil, no hay testigos.

—Por eso te felicito Pilar, por eso. —Galván se reclinaba saboreando un puro habano.

—¿Es una broma? —a la comisaria no le gustaban.

—Te he retirado del caso, Pilar. Estás fuera, *out*. ¿Te gusta mi inglés? Ahora resulta que quieren que aprendamos idiomas, como si el español no fuera suficiente. ¿Sabes que los muy cabrones quieren que también recibamos clases de catalán? Ese dialecto medio francés que hablan los pueblerinos. Seguro que tú lo hablas. ¿Eh, Pilar?

Pilar no se movía, no parpadeaba, la adrenalina estaba en niveles peligrosos, sin posibilidad de descenso.

Respira con el estómago, la sangre oxigenará mejor el cerebro.

—Veo que no tienes respuestas, ni para el caso del violador ni para el del

Excelsior. Otro nada para nuestra brillante y exitosa comisaria. Pilar controlaba las provocaciones del subdirector.

—Dale a Aguilar todo lo que tengas. Hasta que ocupes tu maravillosa jefatura de mierda, tengo otro trabajo para ti. —la expresión del subdirector cambió de súbito.

—Tienes que ir al cementerio de Montjuïc. Parece que han profanado algunas tumbas hebreas. La comunidad internacional es muy sensible cuando se trata de judíos. Y ya que dentro de unos días vas a codearte con lo mejor de la clase política, es bueno empieces a ganarte a la prensa. Lluís te espera en el lugar. Pilar no quería contestar, ni mirar.

Se levantó sin esfuerzo de la incómoda silla de madera y sin girarse cerró la puerta del despacho dejando atrás a un satisfecho subdirector. Aguilar la miró pasar a su lado. Pilar decidió dejar las cosas claras.

—Aguilar, ¿Tienes un momento? Vamos a hablar.

Aguilar odiaba a la comisaria. Alguien tenía que pararle los pies o todo el negocio se iría al carajo. Pilar, lo sabía todo y callaba.

—Claro Pilar. ¿En la cinco? —una vez había sido amonestado por la excesiva dureza hacia dos sospechosos de tirones en la Avenida Tibidabo. Uno salió con un tímpano reventado y el otro con el hígado a punto de explotar. La sala cinco, era la preferida del inspector jefe.

Dos horas más tarde, la comisaria Brausse franqueaba la entrada del Cementerio norte de Barcelona.

Pilar dio un giro de 180 grados en el mismo sitio, en busca de Lluís. Enfiló la vista hacia la caseta del vigilante. Vacía.

Procedió a examinar los alrededores en busca de nuevos desmanes en el cementerio judío. Aparte de dos cruces gamadas en una tumba, no apreció nada más.

Pilar sintió el ruido de pasos acercarse por su espalda. Se giró y vio al guardia de seguridad que se dirigía hacia ella. Arrastraba una pala en su mano derecha. Un hombre de estatura media, un hombre común como muchos, no distinguía su rostro, la gorra y la cabeza baja se lo impedía.

—Soy la comisaria Brausse ¿Aún no se ha presentado ninguno de mis compañeros?—preguntó a punto de incorporarse.

El hombre la rodeó en dirección a un nicho. Pilar no se sentía segura sobre el suelo de grava. Seguía sin verle la cara. La situación empezaba a ser peligrosa.

A una incómoda distancia no le daba tiempo a desenfundar el arma. Intentó un giro veloz para posicionarse en guardia, de medio lado y proteger su cabeza con ambos antebrazos.

La pala le golpeó en todo el espinazo y le hizo tambalearse hasta caer al suelo. Pilar intentó levantarse. Apenas logró mover su cuerpo. Antes de perder el conocimiento, atinó a ver el rostro de su atacante.

Su cuerpo fue arrastrado con impunidad por las escaleras de la entrada hasta el interior de un panteón; Estatuas y criptas, construidas con hierro y arcilla del infierno, que adornan con extravagancia la última fiesta del rico. En el exterior comenzó a llover con fuerza. La espalda le dolía cada vez más, solo era dolor, tenía que prepararse para lo que venía a continuación. No iba a ser difícil ni fácil, no se trataba de resistir. Ismael iba a llegar más lejos.

Le observaba sin pestañear, tan cerca, que su boca masticaba el aliento seco de un limpio y educado Ismael. Se encontraba tumbada de lado con las manos atadas a la espalda. Sus piernas encogidas se apretaban, inmovilizadas por una cinta de plástico. La pared de la cripta a su espalda y un muro de unos veinticinco centímetros enfrente, le impedían cualquier movimiento más allá de los dedos o un ligero vaivén con la cabeza.

Él, de rodillas, la observaba muy de cerca. Quería preguntar, jugar con las palabras para entretenerle, pero no estaba segura. El manual le decía que él debía ser primero. Ella, cuanto menos hablara mejor. Sería una sesión larga y el silencio era su mejor aliado.

Pasaban los minutos e Ismael seguía mirándola sin hablar. Respiraba pausado, mostrando una exultante relajación. Las muñecas se le empezaban a dormir y su cadera estaba gritando un cambio de postura.

Trascurrió lo que a Pilar le pareció una hora. Las manos eran lo de menos, ya no las sentía, sus hombros reventaban por el peso de su cuerpo sobre la dura y fría piedra. Empezaba a experimentar un dolor lento, cada segundo que pasaba iba creciendo. Pilar decidió almacenar segundos.

Un Misisipi, dos Misisipi...

Ismael cambiaba de postura, se incorporaba y escogía varias piedras sin pulir, pedruscos sin forma, los más pesados. En el mausoleo había docenas, esparcidos por el suelo. Restos de los fracasados intentos de ladronzuelos, empecinados en encontrar tesoros ocultos.

Se acercó al cuerpo de Pilar y con delicadeza vertió unos pequeños cristales verdes y marrones, restos de botellas rotas. Con las dos manos cogía las pesadas piedras y las colocaba: una encima de sus tobillos, otra sobre sus

rodillas, una más sobre sus hombros. Así varias veces hasta cubrirla. El vidrio marcaba sus aristas a fuego lento, penetrando en la carne de Pilar.

Ismael la observaba curioso. Acercaba su cara hasta casi besarla, como si en vez de torturarla la estuviera arrojando. Su respiración seguía pausada y profunda.

Tres mil uno, tres mil dos, tres mil tres...

La boca la tenía seca, empezó a pensar que las criptas mantienen la humedad. El agua también se absorbe por la piel. Ahí había mucha humedad. Un problema menos, aguantaría la sed, su cuerpo no necesitaba agua. Empezó a manipular el dolor. Lo trasladaba de lado a lado, de arriba abajo. Lo convirtió en una pelota de ping-pong que movía a su antojo. Ismael continuaba cubriéndola de piedras, sin prisa, sin descanso, sin hablar.

Cinco mil veinticuatro, cinco mil veintiséis...

Contaba rápido, cada cuenta debía ser un segundo. Cada piedra un periodo y cada suma un antes para el final. Los calambres eran continuos, sus esfínteres soltaron la presión y dejaron escapar un chorrito de orina.

Dejó de contar, abandonó al llegar a los ocho mil. Ya habrán pasado más de dos horas, pensó. Ismael seguía con el juego del silencio y la improvisación. Pilar se percató de que estaba probándose a sí mismo. Era su peor escenario, no había otro mejor. Pilar escupió una baba blanca y pastosa en dirección a esos labios silenciosos. Ni siquiera se despegó de los suyos.

Galván está detrás de toda esta mierda.

Pilar cerraba puertas e intentaba manejar su odio con la razón.

Estás en la playa, respira. El agua está helada. Sin gritar, respira, no hables, no hay dolor. Soy un perro, los perros aguantan el frío y el dolor.

*Ladra Pilar, ladra.*

Que suerte morir de un infarto o un tiro en la frente, sin preguntas, sin aviso, sin médicos agoreros de un final académico. No quería morir confinada en una vejez de paseo y críticas de patio.

Duele mucho, mucho. No grites, no le hables. Sin embargo, sabrá algo, debes interrogarle.

Un relámpago iluminó su mente, se marchaba sin saludar, no debía dejarle ir. Ismael era un sádico, disfrutaba con el dolor de los demás con la dominación. Absorbía los gritos y la desesperación como un cocainómano. Otra habría gritado, suplicado, gemido, habría alimentado a Ismael hasta saciar a la bestia.

La imagen de la cabeza del joyero le vino a la mente. No sentía nada, no le

importaba el dolor, ya no. Moriría sin gemir, tenía una sola oportunidad y debía aprovecharla.

Ismael no pensaba lo mismo. Frustrado por el irracional silencio de la inspectora, pasó de la diversión al ansia. No podría aguantar mucho más. Decidió subir el nivel de daño. Con cuidado, extrajo un afilado estilete de su estuche. Se lo mostró a Pilar y con provocada lentitud comenzó a retirar todas las piedras que le cubrían y a cortar su ropa. Cada jirón y cada pedrusco eran separados y amontonados con elegancia en el suelo. Al cabo de unos minutos, Pilar estaba semidesnuda, las piedras habían realizado su trabajo de forma eficiente. Decenas de heridas recorrían la parte visible de su cuerpo. Ismael utilizó ahora, el estilete para aumentar el fluir de la sangre. En pocos minutos, pequeños y finos riachuelos rojos cubrían todo su cuerpo.

A un lado de la entrada, Ismael extrajo una botella de una bolsa de deporte. Pilar se fijó en la etiqueta pegada en el cristal, Agua de mesa Solares. ¿Para qué era el agua? Un olor característico hizo que la adrenalina se desbocara.

Ismael derramó la gasolina en el cuerpo de la inspectora mientras la cripta se iluminaba de pronto por la llama de un *Zippo*. Pilar empezó a aullar.

Ismael la miraba sin sonreír. Ella había claudicado. Su grito de pavor era la mecha que él necesitaba para disfrutar.

—¿Te asusta el olor a quemado? Me has ignorado todo este rato y ¿un simple mechero te hace gritar?

—¿Quién te envía? —la voz de Pilar sonaba débil.

—No hagas preguntas de las que sabes las respuestas.

—¿Qué quieres de mí?

—Lo cierto es que poca cosa. ¿Verte sufrir?

—Parece que te está costando. Eres un mierda que ni siquiera sabe torturar.—Pilar tenía la boca llena de baba blanca, pastosa. Le costaba pronunciar las palabras.

—Esto no ha hecho más que empezar, comisaria.

—No parece que tengas prisa.

—¿Prisa? Y yo que te creía más inteligente.

—No tardarán en venir a buscarme.

—¿Quién? ¿Aguilar? ¿Lluís? ¿Tu querido Lucas? Todos han sido informados de que la comisaria Brausse se encuentra disfrutando de un merecido día de descanso. El subdirector siempre ha sido muy generoso con sus comisarios.

Pilar necesitaba tiempo, cuanto más mejor. Hablar con Ismael, alargar la agonía si fuera necesario. Tragó la poca saliva que le quedaba. No se iba a rendir.

—Te conozco Ismael. Toda una vida de membrillo con el mierdecilla de Aguilar ¿Eres un maníaco torturador? ¡Cabrón! ¡Suéltame y te daré de hostias hasta hartar! —Pilar forzaba la voz, estaba exhausta, aún así tenía que parecer fuerte—¿Qué pasa nenaza no te atreves con una mujer? ¿Tu mamá te pegaba porque eras un mariquita llorica? ¡Venga cabrón!

—No te esfuerces comisaria, ya sé lo dura que eres. —Ismael sonreía con indiferencia—Mientras sigues gritando, piensa en lo que le vas a decir al diablo. Eres una puta que va a llegar quemada al infierno. —Ismael extrajo una botella de detergente líquido y empezó a rociarlo por el cuerpo de Pilar— Esto hará que la gasolina no se evapore tan rápido y mantenga la temperatura. El asado estará en su punto.

—¿Vas a quemarme viva? ¿Ese es tu maravilloso plan? Esperaba algo más original. —sus palabras se perdieron en un pensamiento.

Pilar había dejado de luchar, no sentía su cuerpo. Es un sueño Pilar, es un sueño. Cuenta hasta diez y todo habrá acabado.

*Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez.*

## INSTRUCCIONES

8 de julio 2002

Pamplona

Adela saboreaba una deliciosa tostada de jamón serrano con queso fundido. Estaba sentada en una de las terrazas de la Plaza Yamaguchi.

Pamplona crecía. Un planetario, un jardín japonés, una plaza de nombre oriental, varios cines y un nuevo barrio eran el colofón de la siempre bien orquestada urbanización de la capital de Navarra.

Mientras degustaba las exquisiteces de la cafetería El Escalón, recordaba la conversación que mantuvo con su yerno y su hija años atrás.

Adela les explicaba, en aquel entonces, con palabras sencillas, los entresijos del negocio. Necesitaban instrucciones precisas antes de que partieran a comprar sus primeros kilos de carne.

—La mercancía humana tiene muchos intermediarios y pocos riesgos. Nuestra empresa está situada en el punto final de venta. Primero está el recolector, luego un distribuidor, un transportista y un vendedor. Esto, en la primera fase.

Su hija la miraba con la boca abierta.

—Es en la segunda fase, donde entramos nosotros.—prosiguió Adela— Somos los compradores. La venta va por terneras, terneras o vacas y a veces por kilos. No es broma, es la jerga y hay que conocerlo.



Fernanda soltó una estridente carcajada.

—Negociamos con Nápoles,—Adela ignoró a su hija—a los rumanos ni os acerquéis. Solo negociamos con los napolitanos, ellos se encargan de coordinar toda la primera fase. Los recolectores captan a las chicas a través de falsos contratos de trabajo. Los albaneses se encargan de la distribución y el transporte, los napolitanos retoman el control y nos venden la mercancía.

—¿Y que compramos? ¿Vacas para sacarles la leche? Vaya mierda de jerga.

—Fernanda. ¿Y a ti que más te da como se les llame?

*Un padre le habría venido muy bien.*

—Putitas, putas y reputas viejas. Ni palabras en clave ni hostias. Son putas, que al final van a estar con las piernas separadas todo el día.

Adela hizo caso omiso del sarcasmo de su hija.

—Nosotros compramos terneras, chicas de dieciocho a veintitrés. Nada más. ¿Está claro?

—¿Valen lo mismo las de dieciocho que las de veintitrés?—preguntó Guillermo.

—La mayoría no pasan de veintiuno. Hay una criba en las fronteras, la mercancía más pesada no llega donde los euros.

—Entiendo que no todos vamos a comprar el mismo género.—Guillermo quería más información.

—No, claro que no. Saca tus propias conclusiones de la edad de las terneritas. Es un género que ni tocamos ni nos acercamos. Todas han sido secuestradas.

—Cómo cerramos el trato.—a Fernanda le gustaban los números.

—El trato lo he cerrado yo una semana antes.

—No te entiendo. ¿Entonces para qué coño vamos?—preguntó Fernanda, molesta por no saber de cuanto dinero estaban hablando.

—Para asegurarnos que la mercancía está en óptimas condiciones. Sin cicatrices, sin tatuajes y con una dentadura impecable.

—¿Quieres que las inspeccionemos como a animales?—Fernanda sonreía satisfecha.—Ahora entiendo lo de las terneras.—y añadió—Creo que me voy a divertir.

—Necesito saber el escenario, Adela—Guillermo exigía seguridad.

—Mañana voláis a Nápoles vía Barcelona. Un taxi os llevará a este hotel.—Adela le dio una tarjeta.—Esperáis en la habitación hasta que se pongan en contacto con vosotros.

—¿Cuánto tiempo? Yo quiero ir de compras.—preguntó Fernanda.

—El que haga falta. Os vendrán a buscar y os llevarán a un centro médico, o lo que parece un consultorio médico.—Adela respiró hondo—Ahí es dónde tu—miró a su hija—entras en acción.

—¿Yo?—Fernanda estaba sorprendida.

—Pruébatela—Adela le acercó una bata blanca—Quiero saber si es de tu talla.

Mientras Fernanda se ponía la bata por encima de la ropa. Su madre continuó con las instrucciones.—Tu trabajo es conseguir que se desnuden y observar las tres cosas que te he dicho.

—Perdona, Adela—interrumpió Guillermo—lo de los dientes lo entiendo, pero ¿Tatuajes y cicatrices? ¿Te refieres en la cara? o en todo el cuerpo.

—¡Doctora de putas, doctora de putas acuda a la planta dos!—Fernanda estaba entusiasmada.

—¡Cállate imbécil!—Adela estalló—¡Maldita la hora en que te parí! ¡Idiota! ¡No te aguanto más! ¡Un día de estos te voy a pegar un tiro!

Fernanda se puso a llorar. Su cuerpo temblaba. Guillermo la cogió entre sus brazos y la tranquilizó con palabras bonitas y voz baja. Los temblores cesaron y los sollozos se convirtieron en mocos.

Adela sostenía un cigarro con su mano derecha y un *whisky* sin hielo en la otra.

—Lo siento Fernanda, no me hagas caso. —se acercó a su hija y le dio un beso en la frente.—La bata te sienta de maravilla. ¿Quieres saber la verdad? Pareces un médico.—le secó las lágrimas con la mano desnuda.—No te preocupes lo harás muy bien, mamá confía en ti. De la misma manera tienes que estar atenta a lo que te digo ¿Vale?

Fernanda asintió con la cabeza.

Adela, enseñó a su hija que una cicatriz debajo del pecho o en la aureola significaba silicona o silicona más droga. Los tatuajes indicaban agujas; y éstas, contagio. Fernanda tenía que marcarlas con rotulador en rojo y descartarlas.

Guillermo haría cumplir el trato.

La llegada de Mariano había hecho crecer su negocio. Adela se veía capaz de aumentar su territorio. El crecimiento era exponencial, sin embargo su socio siempre le ponía trabas para su expansión.

Adela, habló con Nápoles. El negocio de las drogas parecía el más rentable, más limpio, es un simple polvo blanco. Las putas siempre tienen

problemas, lloran y hay que darles de comer.

*Son animales.*

Necesitaba otro proveedor y la ciudad italiana no era un supermercado dónde puedes comprar lo que quieras y cuando quieras. La respuesta fue un silencio perturbador.

Su negocio era el de la carne. No había más que hablar. *Prendere o lasciare.*

Pese a ser muy temprano, pidió otra copa de vino, la tostada de jamón pedía más caldo riojano. Su yerno estaba a punto de llegar. Era el hombre indicado, siempre lo había sido. Se casó con Fernanda por error.

Levantó el brazo para indicarle dónde estaba sentada. Guillermo la vio desde el otro lado de la plaza y acudió sin prisa a su encuentro.

—¿Dónde has dejado a Fernanda?—preguntó nada más verle.

—Está en la peluquería. Le gusta que la peinen.—se sentó enfrente de su suegra—¿Me has llamado para saber en que ocupa el tiempo tu hija?

—Necesito que vayas a Nápoles.—le indicó Adela.—y no me interrumpas.—Guillermo asintió con la cabeza.—Tenemos un problema.—apuró media copa de vino.—Los italianos no nos quieren en el mercado de la coca. Les gusta como trabajamos en lo nuestro y seguirán proporcionándonos todas las chicas que necesitemos. No sabían nada de nuestro acuerdo con Mariano. Saben sumar y han sumado, restado, multiplicado y dividido.—Adela hizo una pausa para respirar hondo.—Deberíamos romper nuestro acuerdo con Mariano y buscar alternativas.

Guillermo no movió ni un músculo, siguió expectante, como un perro que ha señalado la presa y está a la espera de la orden de su amo. No le gustaban las matemáticas, no le gustaba Mariano y no veía donde estaba el problema.

Para él, seguir como antes, era una buena noticia. Viajes a Italia, buenos hoteles, Fernanda contenta por llevar una bata blanca. Nápoles le gustaba.

—¿Puedo hablar ya?

—No, claro que no Guillermo. No puedes hablar, porque tienes que escuchar con atención lo que vas a hacer los próximos días—Adela buscó al camarero, necesitaba otra copa de vino.—Lo primero y más importante es viajar hoy mismo a Nápoles y ver a tu querida amiguita Dana.

*Te han pillado chaval.*

## TRADICIONES

Tres mese antes del 6 de julio  
Nápoles

Dana nació en Planinica, un pequeño municipio de Bosnia de mayoría bosníaca. Con veintitrés años cantaba canciones compuestas por ella; Melodías elaboradas y a veces provocativas. Se reunían, una vez por semana, en casa de sus padres y allí con otras familias huidas de la guerra, mantenían las costumbres de transición.

Las chicas solteras mayores, animaban a las adolescentes a formar parte del espectáculo de baile y canto. Su madre, como tantas otras, se mantenía sonriente y en silencio. Cumplidos los cincuenta su voz cantarina que tanto le agradaba a Dana desapareció por mandato cultural. No estaba bien visto.

La comunidad bosníaca en Nápoles era escasa, sin embargo, suficiente para mantener, aunque fuera de forma simbólica, las viejas costumbres que todavía perduraban en su Bosnia natal. Dana había renunciado en silencio al Islam. No tenía más religión que su familia y su trabajo. Adoraba la combinación de riesgo y tranquilidad que le proporcionaban ambas cosas.

Vivía sola en un pequeño apartamento del barrio de San Giovanni. Compartía cama con amantes ocasionales o amigas que preferían su colchón a una caminata de madrugada por las calles del peligroso barrio. Solía acostarse con Carlo Radighieri, cocainómano y ludópata. Recibió una llamada en su nuevo teléfono móvil.

Carlo le comunicaba que necesitaba hablar con ella de un asunto importante. Quedaron en encontrarse en la Piazza Nolana.

Una hora más tarde esperaba en la barra del bar Roma. Carlo se acercó y entre turistas y jubilados con sonotones, le contó el gran negocio que iban a montar él y su primo Pietro.

Carlo pensaba que Dana era algo más que una amiga, a veces se olvidaba de su nombre. En momentos de lucidez, presumía delante de sus amigos de la novia universitaria, joven y guapa que había conseguido. Dana era su trofeo, una pieza única que le gustaba exhibir.

Bajo los efectos de la cocaína, las palabras de Carlo eran un torrente de ilusión, acción, felicidad y éxito. Todo era maravilloso y fácil.

—Es algo sensacional Dana, y quiero que estés a mi lado. Quiero gastarme contigo todo el dinero que vamos a conseguir. Sin ti, no lo hubiera podido hacer. Es tu idea, es también tu negocio.

Dana sonreía con timidez, estaba asimilando toda la información. Oficialmente Dana era la chica de Carlo rey de la mendicidad en Nápoles. En ámbitos policiales, era conocida como la novia del príncipe Mendigo.

Semanas atrás, al poco de conocerse, Carlo le invitó a una fiesta en Chez Moi, un famoso local de copas napolitano. Allí coincidió con su primo Pietro y un matrimonio español. Pietro, por aquel entonces, no trabajaba en la trata, ya no se encargaba de raptar adolescentes en Ucrania, Moldavia y Macedonia. Tampoco negociaba la entrega de la mayoría de las prostitutas a los alemanes y españoles.

*Un chulo guapo y atractivo.*

Contactar con Pietro no era fácil y menos si estaba en compañía de algún comprador. Dana se interesó por el español. Deseaba conocer a los ex socios de Pietro, sobre todo si eran extranjeros. Aprovechó la oportunidad. Se presentó como una estudiante de último curso de sociología que quería ampliar su horizonte con un posible doctorado en España. Se dirigió al matrimonio con desparpajo.

Carlo y Pietro enseguida se pusieron a hablar en ese dialecto, que solo ellos comprendían.

Dana contactó primero con la mujer, mientras era observada con interés por su marido. Se presentaron como Fernanda y Guillermo, dueños de una pequeña empresa dedicada a la limpieza y mantenimiento de fachadas.

—Queremos ampliar nuestro mercado.—se justificó Fernanda.

—Y que mejor sitio que Nápoles. Podrías empezar por el barrio español, está hecho una mierda.—Dana intentó provocar.

De Fernanda recibió un distanciamiento físico. Se fue directa a la barra sin preguntar. Guillermo era distinto, podría mantener un silencio incómodo durante horas antes de entrar en una discusión. Dana era inteligente y constante. Quería y necesitaba conocer de cerca el laberinto criminal. Más que ambición era una cuestión de familia.

Dana tenía unos minutos para cambiar de táctica. Se lo jugó todo a una carta. Escribió su teléfono en un posavasos y lo introdujo en el bolsillo delantero de un sorprendido Guillermo.

—Si vienes otra vez, llámame.

Fernanda estaba coqueteando con el camarero, tardaría en volver.

—¿Para qué quieres que te llame?

Guillermo no tenía mucha experiencia con las mujeres. Fernanda había sido su segunda novia. La primera le dejó por un tío con moto.

*Hasta luego, pringado.*

Conoció a Fernanda en una discoteca de Pamplona, entró en el lavabo en el instante que se estaba subiendo las bragas. Se quedó parado, mientras Fernanda cerraba la puerta y le hacía una felación. Fernanda la chupaba muy bien.

Dana no pudo más que sonreír ante la inocencia de Guillermo.

—¿Tú para que crees que una tía buena te da su número de teléfono?

Fernanda le hacía señas en la distancia.

—No lo sé, dímelo tú.

Dana acercó su boca al cuello de Guillermo.

—Me gustaría que me la metieras hasta dentro. Hasta muy dentro.—le susurró.

La invitación de Dana le excitó. No sabía si solo era sexo o había algo más. No la conocía de nada, sin embargo, al verla y sentirla de cerca pensó que merecía la pena arriesgarse. Al mes siguiente, Guillermo volvió a Nápoles a por otro cargamento de carne y mientras su mujer quemaba la Master Card en Monetti, él hacía el amor en el apartamento de Dana.

Guillermo estaba entusiasmado con su amante. Dana era sexo puro y duro. Sus viajes a Nápoles aumentaron. Dos veces al mes se escapaba con cualquier excusa. A veces no estaba ni tres horas con Dana.

Para Fernanda, su marido había ido a pasar el fin de semana con sus

amigos del fútbol. Nápoles no estaba tan lejos.

## UN PLATO QUE SE SIRVE FRÍO

8 de julio 2002  
Nápoles

Guillermo sabía que este viaje era diferente. Tras la conversación con su suegra, en la plaza Yamaguchi de Pamplona, estaba claro que Adela les había espiado, desde el primer día que él y Fernanda habían llegado a Nápoles. Adela quería droga y él volver a estar con Dana. No iba a ser fácil.

—Quiero que me hables de la nueva droga.—Guillermo estaba desnudo, tumbado a su lado.

—¿Sabes cómo me siento, imbécil?—Dana se giró ofreciendo su espalda —Te presentas cómo siempre sin avisar, acudo a tu lado como una perra en celo, hago el amor contigo sin descanso, saboreo cada segundo, cada gota de sudor que sale de tu cuerpo. Y tu respuesta a mi entrega es una pregunta de mierda. —Dana se levantó con furia en sus gestos.—¡Que te jodan! ¡Que te jodan a ti y a tu puta madre!

Guillermo siguió mirando el cuerpo de Dana, era maravilloso.

—¿Quién te ha hablado de una nueva droga?—Intentó tranquilizarse, era una oportunidad caída del cielo.

—Las noticias vuelan, sobre todo si hablamos de viajes fantásticos a precios irrisorios.—contestó Guillermo.

—¿La has probado?—cuanto más preguntas menos respuestas.



—Yo no me drogo Dana, tú lo sabes.

—Pues a mí me han contado que tu futuro como futbolista se truncó porque tocabas la trompeta más que el balón.

—¿Podemos hablar en serio? Tengo un problema y necesito información.

—¿Un problema? Tengo la solución. —se dirigió al salón y desapareció de la vista de Guillermo.

Volvió con una bolsa llena de divina.

—Siéntate, Guillermo, esta va de mi cuenta.

Guillermo no sabía qué decisión tomar. Por una parte quería olvidarse del mundo del trapicheo y volver a la trata de mujeres. Por otro lado, sentía curiosidad por probar lo que a todas luces parecía la auténtica máquina de fabricar billetes.

—Yo te lo preparo.—Dana prendió las hierbas.—Inspira, inspira, aguanta, aguanta.

Sintió la baba que le caía a chorros por la boca, igual que una catarata, su cara empezó a plegarse y su piel se despegaba del cuerpo como una camisa. Estaba soñando despierto, muy despierto. El pánico empezó a asomar por su cerebro, lo cerró con un candado atravesando el cráneo. Un candado demasiado grande y pesado que le impedía levantar la cabeza. La baba seguía cayendo al suelo. Por fin pudo mirar al frente. La pared estaba curvada, figuras de personas, empujaban para salir, algunas lo conseguían para desaparecer al instante. Guillermo pensó que los fantasmas existían, habló con ellos un buen rato y despertó.

—¿Y bien?—Dana le miraba sonriente.— Ha sido un buen viaje por lo que veo.

—¿Engancha?—Guillermo había recuperado la lucidez de inmediato.

—No hay mono. ¿Otro viaje?—Dana se estaba divirtiendo.

—¿No tendría que descansar?—Guillermo se sentía relajado y tranquilo, más de lo habitual.—El viaje dura mucho como para estar machacando el cuerpo tan rápido.

—¿Mucho?, no ha llegado a dos minutos. Puedes hacer tantos viajes como quieras.

Guillermo quería más y Fernanda no tardaría en llamarle. No se olvidaba de las indicaciones de Adela.

"—Nápoles no nos deja traficar más con cocaína, tienen acuerdos previos con grupos muy poderosos. No hay espacio para nosotros en este mercado. O encontramos algo nuevo o nos centramos en la trata. Me han informado que

Pietro Maceralli está formando su propia familia. Ya no es nuestro contacto con los clanes de la trata".

Respondió a Dana con una inclinación de cabeza. Dana desapareció para volver con un vaso de agua y un maletín Shwayder Bros de piel.

—Has probado la divina de los pobres. Ahora quiero que pruebes la que nos va a hacer ricos. Abrió el maletín. Dentro, escondía lo que a Guillermo le pareció una batería; Un bloque de plástico con unos bornes de acero.

## EL RUSO

8 de julio 2002  
Barcelona

Carlo abrió los ojos y miró el reloj. Tarde para ducharse, pronto para desayunar. Acercó la nariz a la mesita de noche y esnifó dos rayas que la noche anterior había dejado preparadas.

*No hay mejor despertador.*

Desayunó café frío y una magdalena seca. Sobre la mesa de la cocina, un cuaderno le recordó que tenía deberes pendientes. Le asqueaba estudiar. Pietro le había insistido en que la mejor manera de vender la Divina, era adelantarse a la clase media y dar un plus único a la élite económica.

Su objetivo, los aburridos niños bien, los ejecutivos cansados del sexo fácil, el empresario senil que ve con temor la llegada de la muerte. A todos ellos, había que proporcionarles una nueva distracción *high tech*.

Carlo se sentó en la silla de la cocina y repasó con desgana los gráficos y el texto que definía los efectos de la dopamina. Un neurotransmisor que activa la motivación, el deseo y el placer. Resaltado en rojo y con varios signos de admiración, le advertían de su valor.

Pietro unificó tres evidencias; Una, que la dopamina es legal, a pesar de lo cual no se vende ni se compra. El cuerpo humano la produce para sí mismo. Dos, que la cocaína, es ilegal, se vende, se compra y que es un bloqueador

sintético que procura hasta un 150 por ciento de sobreabundancia de dopamina. Tres, aquel que consiguiera una sustancia capaz de incrementar un trescientos por ciento los efectos de la dopamina, triplicaría sus beneficios. Si además, el coste fuera casi cero, se haría rico en un día. Su trabajo era averiguar como.

Contaba con la ayuda de **Maks** un brillante químico y farmacéutico. Había nacido en una pequeña localidad del centro de Rusia. Fue seleccionado para estudiar en la Universidad con trece años. Su prodigiosa memoria y capacidad de concentración no pasó inadvertida para sus maestros. Celebró sus veinte años en el tren, mientras viajaba a la isla de Sajalin, en el extremo oriente de Rusia, contratado por una importante petrolera.

La vida le sonreía y la noche le sedujo. El vodka castigó su hígado y el mahjong agujereó sus bolsillos. Gastaba más de lo que ganaba. Su juventud no entendía de medida ni prudencia. Su prodigioso cerebro tampoco. Demasiado dinero para un joven que había pasado su juventud, dedicado en exclusiva al estudio y al silencio de las bibliotecas.

En poco tiempo, sus amigos le empezaron a reclamar el dinero prestado. Sus compañeros de trabajo también. Pequeñas deudas que irritaron a demasiada gente. Empezó con dos mil rublos y el abismo se abrió cuando la deuda alcanzó los cuarenta mil. En la empresa, el rumor se transformó en un hecho. Su carrera como químico estaba en peligro. Sin amigos y sin recursos contactó con un prestamista. Lo tenía todo calculado. Con diez mil rublos se dirigió al Casino y apostó todo al rojo.

La ruleta giró. Las fichas se duplicaron. Veinte mil rublos. Las dejó en el mismo sitio. La ruleta giró. Cuarenta mil. La suerte estaba de su parte. El crupier recibió autorización. Ochenta mil rublos. No podía parar. Ciento sesenta mil.

Eufórico, guardó las fichas en sus bolsillos. Dejó una de mil en el tapete, sobre el número veintisiete. Se dirigió a la ventanilla de cambio. Todas sus deudas serían canceladas. Maks respiraba tranquilo.

Uno de los crupieres le hacía gestos para que se acercara. La bolita estaba en su casilla. 36.000 rublos más. Estaba en racha. Entusiasmado, colocó fichas al azar sobre el tapete. Otro pleno, esta vez con el número dos. Ya no pudo parar.

Comenzó a colocar fichas y billetes en la mesa. Los rublos reconvertidos en plástico volvían tras unos segundos al cajón del crupier. En menos de una hora, sus ganancias se habían disipado. En la mano sostenía su última

oportunidad.

—Fichas—reclamó, extendiendo los billetes sobre la mesa.—Todo al rojo —una vez más.

Cincuenta por ciento. Un riesgo que debía correr.

La bola se arrastró fuera de las casillas, por un borde pulido de esperanzas y vicio. Tropezó con los números; una, dos, tres y hasta diez veces. Saltaba sin control, ejecutando cabriolas propias de la suerte. Por fin se detuvo. Del rojo al negro en un tic.

— Treinta y cinco, negro, impar.

*Nada, no tienes nada.*

Sí, le quedaba algo. Tenía una deuda con la Khangpae, patrona de la extorsión y la usura en la isla de Sajalín.

Tras derrotar a Japón en la segunda guerra mundial, la isla pasó a ser territorio Ruso. Los japoneses fueron expulsados, no así unos cincuenta mil coreanos que se encargarían durante una década de las labores de reconstrucción. Los coreanos fueron ocupando importantes puestos de control. Sobre todo en las plantas de explotación de gas, principal fuente de riqueza de la isla. La repoblación por parte de Rusia, llegó tarde y mal. La llegada de familias rusas supuso una excelente oportunidad para la Khangpae, que se había instalado sin oposición en la capital de Sajalín.

*Maks, te tienen pillado por los huevos.*

Los coreanos le llevaron a Seúl. Un químico siempre es aprovechable. La falta de libertad, dio rienda suelta a su imaginación. Alcanzó el estrellato con una droga sintética a la que los niños del barrio de Gangnam denominaron Hanai; una mezcla de clorhidrato de metanfetamina, nitritos de amilo y fósforo. Una pastilla que alcanzó su cenit no tanto por sus efectos vigorizantes sino por la posibilidad de que explotara en la faringe. Era la nueva ruleta rusa, Made in Korea.

Tras dos años elaborando drogas sintéticas para la Khangpae, le enviaron a Europa fruto de un acuerdo con la Camorra.

Carlo lo conoció en una sala de apuestas de mala muerte y peor reputación, en el barrio Secondigliano de Nápoles. Maks seguía teniendo un don para la química. Sus manos no paraban de mezclar líquidos y pulverizar sólidos con habilidad. Su afición al juego tampoco había variado. Seguía alimentando por igual a casinos, casas de apuestas y a tahúres profesionales.

El coste del nuevo fichaje de Carlo valió la pena. Para satisfacer a los más exigentes, Maks tenía el poder de transmutación. El químico encontró la

combinación perfecta para comercializar la Divina. Se podía esnifar, inyectar en vena, introducir por los ojos como un colirio o untar por el cuerpo en forma de aceite. Las posibilidades eran múltiples, tan solo hacía falta imaginación; La Divina se convertiría en la droga más versátil de la historia. Faltaba la guinda.

Maks entró en el apartamento. Dejó en el suelo una batería de coche y un maletín de plástico duro.

—¿Quieres desayunar? Un poco de alegría para esa cara de póker.—Carlo absorbía la euforia de la cocaína.—con la mano extendida, le mostraba al ruso una magdalena cubierta de chocolate.

—No me apetece Carlo, yo no como esas porquerías.

—¿Porquería? Le llamas porquería a esta maravilla. Prueba un poco.

—Métetela en el culo.—Maks lo dijo con una sonrisa.—Necesito que te quites la ropa y los zapatos.

—¿Cómo dices?—El italiano preguntó sorprendido.

Maks, sin insistir, le indicó que cuando estuviera desnudo se tumbara en la cama. Carlo no discutió. A veces amanecían colocados, uno al lado del otro en la misma cama y abrazados. Se querían y se apoyaban. Amigos, nada más. Se sentía un poco ridículo estirado bocarriba mientras el Ruso manipulaba cables cerca de la batería.

—¿Estás acojonado verdad? ¿Piensas, que este ruso hijo de puta te va a electrocutar?—le preguntó con ironía.

—¿Con una batería de coche?—Carlo observó el cable y una posible conexión con sus testículos.—Te pego un tiro como te acerques con esos putos cables en la mano.

—Tranquilo, amigo mío. Lo que vas a probar es el mejor viaje que has tenido en toda tu vida.

Maks colocó en un extremo de los cables unas almohadillas húmedas. Depositó en la mesita de noche, dos pastillas, un vaso con un líquido verdoso.

—Carlo, bebe.

Carlo obedeció, no tenía nada que perder. El Ruso nunca le había fallado.

## INFINITUM

8 de julio 2002  
Barcelona

—Es lo que se conoce como terapia electro convulsiva.—le explicó Maks.

—¿Un electroshock?—Pietro quería una respuesta clara.

—Sí, aunque ese, es un término antiguo. Ahora se conoce por su siglas TEC. De hecho, está recuperando popularidad.

—¿Y eso?

—Se ha demostrado que son efectivas para aumentar los niveles de dopamina.

—Dime Maks, ¿Qué es la dopamina?

—La dopamina es un neurotransmisor que se relaciona, entre otras funciones, con el placer.—Respondió con paciencia.

—¿Cómo se aplica un electroshock? o como se llame ahora.—insistió un curioso Pietro.

—Se aplica unos electrodos en el cuero cabelludo, la cantidad de corriente debe de ser suficiente para provocar la convulsión. Se recomienda una

potencia entre noventa y ciento treinta voltios, durante un máximo de medio segundo. El sujeto manifiesta una convulsión epiléptica, le sigue una fase con movimientos espasmódicos que desaparecen en pocos segundos.

—¿Y después?

—El sujeto entra en coma.

—Y la dopamina se le dispara.

—Sí.

—Gracias, Maks.

—A sus órdenes *boss*.

—Una pregunta más. ¿El sujeto no sufre en todo ese proceso?

—No, siempre que con anterioridad se le suministre un relajante muscular y un anestésico de acción corta. Sin embargo, pese a ser una técnica indolora no está exenta de riesgos.

—Dime uno.

—Amnesia. Aseguró el químico.

—Gracias de nuevo Maks, has sido de gran ayuda.



## TAMBORES DE GUERRA

9 de julio 2002  
Pamplona

Guillermo volvió a su ciudad. Tenía buenas noticias para Adela. El descubrimiento de Carlo, Pietro y Dana era una bomba de dinero. Necesitaba con urgencia hablar con su suegra y planificar una estrategia, ante una oportunidad única para enriquecerse.

—En resumen, Guillermo, que después de follarte a la zorra italiana crees todo lo que te dice. Cuánto necesitas aprender, criatura.—Adela le hablaba con condescendencia.

—¿Por qué no voy a crearla, Adela? Necesitan distribuidores y apoyo logístico.

—Mira, lo tuyo son las putas y tu sitio el norte. ¿Quieres enfrentarte a la Camorra, a los mexicanos y vete a saber a quién cojones más, que esté metido en esta mierda?

—Sí, Adela. Claro que sí. Me mandaste a Nápoles a indagar sobre una nueva droga. Un producto inédito con un proveedor reciente, fresco, recién

salido del horno. Después de localizarlo me sales con que mejor nos quedamos como antes. ¿Qué te ha pasado?

—Fernanda está embarazada.—palabras de luto más que de alegría.

Guillermo no supo qué decir. Los dos permanecieron en silencio. Cada uno con sus incógnitas. Fernanda y Guillermo iban a ser padres.

Ninguno estaba preparado. Adela sí.

—Me voy mañana a Nápoles.—dijo Adela.

—¿Tú? ¿No acabas de decirme que lo nuestro es la prostitución? Adela, tu hija te necesita más que nunca. Vas a ser abuela.—a Guillermo le temblaban las manos.

—Lo que mi hija necesita es un esposo que esté con su mujer y con su hijo y no follándose a una buscona en Nápoles. Me voy por una temporada Guillermo. Te paso el control del negocio. Sabes cómo funciona y el relevo tenía que producirse tarde o temprano. Ahora vas a tener una familia y por desgracia mi hija es una inútil, a la que tú vas a cuidar siempre o te mataré con mis propias manos.

—No sé qué decir.—por primera vez, Adela vio a su yerno inseguro y confundido.

—¿Eso mismo le decías a mi hija mientras te follabas a tu amiguita?

—¿Embarazada? No puede ser.—Guillermo intentaba que las cuentas le cuadraran.

—¡Despierta Guillermo! ¡No me jodas!—los gritos de Adela le hicieron reaccionar.

En unos instantes recobró la compostura.

—Está bien, Adela. ¿Quién rompe con Mariano?—Guillermo necesitaba instrucciones.

—Yo, por supuesto.

—¿Y las chicas? ¿Cómo negociamos con Nápoles?

—Eso ya está en marcha. No tienes que preocuparte.—le aseguró Adela.

—¿Quién tratará con los clanes de trata a partir de ahora?—Guillermo deseaba volver a Nápoles cuanto antes, volver a sentir el cuerpo de Dana.

—Están informados. La versión, es que me retiro del negocio y que ya no movemos la coca de Mariano, ni de ningún otro. Tú eres mi relevo y mantendrás los acuerdos como hasta ahora. Busca a alguien de confianza que vaya a por la carne.

—¿Y tú?—Guillermo apreciaba a su suegra.

—Mejor que no sepas nada. Me he jubilado en Marbella, Miami, Costa

Rica o dónde quieras ubicarme. Estaremos en contacto, pero no nos veremos en unos meses.

—¿Qué sabe Fernanda de todo esto?

—Tu mujer está preparando una fiesta para comunicarte tu futura paternidad. A partir de ahora. Todo serán compras y más compras. Tu mueve el negocio. Ella estará entretenida. Os he comprado una casa en un nuevo barrio residencial. He contratado una cocinera por horas y una mujer interna que se encargará de todo. Ocúpate de tu mujer y preocúpate del negocio.

*Ella, va a iniciar una guerra.*

## PISTOLAS Y NOSTALGIA

1959

El Somorrostro, Barcelona

La procesión arrancaba de la barraca de José el Olivero. Un grupo de vecinos mandó esculpir una réplica de la Virgen de la Sierra. La tierra reclama a sus hijos y la pequeña colonia de egabrenses, del barrio barcelonés del Somorrostro, rendía homenaje cada ocho de septiembre a la patrona de Cabra, su pueblo de origen.

Las comadres cuchicheaban, y Adela con trece años, agarrada del brazo de su madre, intentaba entender quién era el payo Francisco y porqué ya no habría procesión el año que viene. Por la boca de una vecina, que servía en casa de unos señores de Sarriá, se enteró que el Francisco no era del barrio y que no les quería ni ver. Por lo visto los guarda marinas del ejército iban a crear una cabeza de puente justo en la playa del Somorrostro. Maniobra naval le llamaron.

*Como si no hubiera más playas.*

Preguntó a su padre si el payo Francisco Franco ese, tenía permiso del patriarca de los gitanos. Juan, hombre de poca pierna y mucho andar, le contestó con una frase dirigida a su madre:

—¡Venga a hacer las maletas mujer! Mañana cogemos el tren.—Su padre tenía cierta visión de futuro.

La mayoría de los casi veinte mil vecinos del Somorrostro, fueron

realojados en un nuevo barrio, que la Obra Sindical del Hogar construyó en los humedales del río Besos, en la vecina población de Badalona. San Roque que así se llamó al nuevo suburbio, sufrió con el paso de los años el deterioro de sus edificios, construidos con cemento aluminoso.

Adela y su familia se instalaron en Berriozar, una población cercana a Pamplona. Su padre entró a trabajar en la Super Ser y su madre limpiaba en un acuartelamiento militar del cercano pueblo de Berrioplano.

Adela cumplió los dieciséis años virgen. Acudía a la parroquia cada día a ayudar al párroco con sus quehaceres. A mediodía colaboraba con Cáritas en el cuidado de ancianos desatendidos. Les hacía la compra y a veces la cama o la comida. También limpiaba las habitaciones y el baño. Controlaba todo lo que encontraba de valor. Anillos, pulseras, dinero mal escondido, monedas antiguas, plata y oro, todo era memorizado por Adela. Tenía inspeccionadas varias casas. Sabía de los pequeños tesoros que ni los hijos o sobrinos pudieron encontrar. Todos los días, repasaba los objetos y comprobaba que siguieran en su sitio. Seguía buscando.

Un día, mientras limpiaba el dormitorio de doña Josefina, encontró un revólver. La intentó coger con una mano; no pudo, pesaba demasiado. Lo sujetó con las dos. Las armas las carga el diablo.

Apuntó con picardía a su imagen, reflejada en el espejo del armario. La anciana desde la cama, miraba sin luz. Las cataratas le habían obstruido toda posibilidad de ver algo más que sombras.

—Señora Josefina, que hace usted con un revólver en casa, mujer.—Adela gritaba.

*Está medio ciega no sorda.*

—Yo no tengo ninguna pistola niña. Acompáñame al baño que me orino.

Intentó bajar de la cama, con recato. Mantenía sus manos sujetando el camisón por debajo de las rodillas. El mismo camisón que utilizó en la noche de bodas.

—Espere, no se vaya a tropezar. —Adela dejó el arma en el suelo y corrió para evitar una caída segura.

—Es que me orino, niña. ¡Corre, corre!—Ahora, la que gritaba era la anciana.

Un chorro de líquido amarillento acompañó hasta la taza del retrete.

—No se preocupe. Luego lo limpio todo. ¿Tiene ganas de hacer más?—preguntó Adela.

—No sé.—la anciana se quedó adormilada sentada en la taza y con las

bragas puestas.

Después de pasar la fregona y acostar a la mujer. Adela seguía pensando en la revólver. Quería disparar. Un ansia desconocida le animaba a querer investigar sobre las armas. Dejó el revólver en su sitio.

Habló con su madre de la vida del cuartel, de si había visto pistolas o fusiles, que si disparaban y a dónde.

—Adela, ¿No me digas que te has enamorado de un soldado?

—¡Qué va! No se lo digas a papá. Es que me gustan mucho las armas.

Adela recibió un bofetón de su madre.

—¡Anda a la parroquia! Y que te confiese el párroco. Que no me entere yo que vas diciendo por ahí esas idioteces.

La señora Josefina, murió un jueves a las doce del mediodía. Adela acababa de prepararle una infusión de Melissa. Al acercarse a la mesita de noche, observó su primer cadáver. La muerte se ve en blanco y negro.

Recogió todos los objetos que había seleccionado durante meses. Los introdujo en su mochila junto al revólver. Bajó corriendo las escaleras y llamó, desde una cabina, al párroco. Adela estuvo velando el cadáver toda la noche. Tres plañideras y dos vecinas la acompañaron entre letanías y ronquidos. Su único hijo, Félix, fue el último en llegar.

## FÉLIX

9 de julio 2002  
Pamplona-Nápoles

En el aeropuerto, mientras esperaba el anuncio de su vuelo, Adela respiraba pasado y nostalgia. Muchas cosas habían pasado desde aquel día. Demasiadas para recordarlas todas.

*Lo estás haciendo de puta madre.*

Con este viaje, aseguraba su futura alianza con Nápoles en el tráfico de drogas y traspasaba a Guillermo y Fernanda el próspero negocio de la prostitución con los clanes de trata. La gran ventaja de negociar con Nápoles es que cada clan era independiente. Podía negociar con cualquier otro el tráfico de drogas. Y así lo iba a hacer con la reunión de hoy.

Por mucho que le hubieran explicado, no acababa de entender el funcionamiento de ese nuevo alucinógeno. En realidad no entendía por qué la gente se drogaba.

*Imbéciles.*

Según le contó Guillermo, la divina era el extracto de una planta.

—Una planta legal que se puede cultivar sin problemas en cualquier casa o jardín.

—Entonces, ¿para qué vender algo que es legal, dónde está el beneficio? ¿Quieres que montemos también una plantación de manzanilla y otra de tila?

— Adela no pudo contener la ironía.

—El verdadero negocio de Pietro no son las plantas, ni semillas, ni extractos. La grandeza de estos cabrones es hacer de algo legal, algo ilegal.

—Te escucho.

—Mezclan extracto de la planta original *Salvia Divinorum*, con Dietilamida de ácido lisérgico, ladrillo, arena, disolvente, yodo y bicarbonato sódico. El resultado final es una droga parecida al cristal. El coste es irrisorio, el precio en la calle asequible y lo más importante proporciona un beneficio brutal.

Su vuelo llegó con una hora de retraso al aeropuerto de Capodichino. No llevaba equipaje, no lo necesitaba. Se dirigió a la cafetería. Un hombre más o menos de su edad, se levantó sonriente y la abrazó.

Dos décadas sin vernos.

—El Mediterráneo Adela, es una gran muralla de agua que separa a las dos penínsulas.

—Existen aviones, como puedes comprobar. Veinte años Félix, son muchos años, por mucha agua que nos separe.—Adela lo dijo con cariño.

Félix le apretaba con fuerza la mano.

—Estoy viejo Adela, sin embargo, tu estás fabulosa.

—Y una mierda. Estoy gorda y llena de arrugas.—Adela rio con ganas.

Hablaron poco del pasado. El presente era antes y el futuro un buen negocio.

—¿Qué opinas Félix? —Adela pidió una cerveza y un plato combinado.

—Los Maceralli han vuelto de la mano de Pietro. No es bienvenido en Nápoles. Es indignante que un *boss* se instale fuera de su ciudad. Desde lo de Velesta, macedonios, rumanos, búlgaros, ucranianos, todos quieren su cabeza y él se refugia en otro país. Para Nápoles es un traidor que no merece el título de *boss*. Además, en España no hay sitio para nadie más.—sentenció Félix.

—¿Cuántos hombres tiene?—Adela añadió un poco de ignorancia a la conversación.

—La información llega un poco confusa. Ha reclutado gente aquí. No sé decirte la cifra exacta, no menos de veinte. Es lo mínimo para no ser aniquilado. ¿Y tú? ¿Has llegado a un acuerdo con Mariano? Tiene hombres valiosos en sus filas pero es un hombre muy peligroso.

—Estamos juntos en esto. Hugo, su proveedor de cocaína, no aprueba su expansión.—respondió Adela.

—Lo sabemos. El mexicano tiene un acuerdo con diferentes socios y ni



Mariano, ni tú, debéis meter las narices. Lo que igual tú desconoces es que Pietro se ha puesto en contacto con él. Ha ofrecido a Hugo la distribución de la Divina en Estados Unidos. Por otra parte, Mariano se está quedando sin coca. Ahora mismo, Nápoles se la proporciona. La calidad no es tan buena, tiene que añadir un corte para sacar beneficio y eso la hace menos competitiva. Mariano es un hombre impulsivo, ansioso y peligroso—insistió Félix.

— Hay un nuevo producto en el mercado, todos partimos de cero. A la mierda con Hugo. ¿Has tomado ya una decisión?

Adela quería una respuesta clara. No quería más consejos paternalistas. Ella sabía cómo negociar con Mariano.

—¿A la mierda con Hugo? Adela, no tienes ni idea lo que ese tipo es capaz de hacer. ¿Crees que desconoce el potencial de la nueva droga? ¿Realmente crees que no va a actuar? Ahora mismo debe estar cediendo algún hombre a Pietro Maceralli si no lo ha hecho ya. Hugo es un hombre tranquilo y paciente, controla el mercado de la cocaína, enviará a alguno de sus sicarios a colaborar con Pietro, y si confirma que el negocio es rentable, se apoderará de él.

Félix se recostó en la incómoda silla del bar. Extrajo un cigarro de su pitillera, lo agarró por la boquilla anaranjada. Le gustaba el olor de las cerillas. El gas mataba el aroma del tabaco, la madera quemada lo potenciaba. Aspiró con placer la primera calada del día.

—Recuerdo el día que nos conocimos. La chica más guapa del mundo. Sería como un tribunal, con un revólver apuntándome. Nunca olvidaré tu aplomo.

—Félix, por favor. No chochees.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste? Seguro que sí.—Félix miraba al frente con los ojos brillantes.

—Por supuesto. Me acerqué a un chico alto y apuntándole con un revólver le dije: ¿Eres tú, el hijo de Josefina? ¿El que mata gente?

—Estaba acojonado Adela. Pensaba que iba a acabar mis días asesinado por una adolescente a la que ni siquiera conocía.—Félix sonreía.

—Después de todo, no fue así.

—No Adela, las cosas fueron por otro camino.

—¿Y bien? ¿De qué lado estás, Félix?

—Te dejaré treinta hombres, suficientes para controlar Barcelona y enfrentarse a los matones de Pietro y Hugo. Son mis hombres, aunque sigan

tus instrucciones. Si me traicionas te matarán. Si me engañas te matarán. Si les intentas comprar te matarán.—cualquier resto de nostalgia había desaparecido por completo.

—¿Cuánto?

—Un diez por ciento más los soldados.

—¿Y eso es?—Adela repasaba con rapidez.

—Un 0,3 % por cada hombre.

—En total, un diecinueve por ciento.—los porcentajes siempre se le habían dado bien.—¿Cuánto te quedas tú, Félix?

—¿Qué más te da? Te doy un ejército y te aseguro la no intervención de Nápoles.

—¿Y Pietro?

—Ese es tu trabajo.—Félix pidió la cuenta.

—¿Cuándo te volveré a ver?—Adela no podía esperar otros veinte años.

—Algún día, Adela.—Félix, dejó cincuenta euros en la mesa y se levantó con una agilidad sorprendente.

—No me has preguntado por Fernanda.—Adela continuaba sentada.

—No Adela, no te he preguntado.—Félix desapareció entre un grupo de turistas.

# INTELIGENCIA

12 de Octubre, 2002

Barcelona

Como analista de inteligencia, Adrián padecía jaquecas intermitentes. Hoy, era uno de esos días en los que deshacía de forma compulsiva cubitos de hielo en su frente. Podía estar horas observando el panel. Dibujos, fotos, marcadores, recortes de periódicos, chinchetas, mapas, todo tenía un valor *per se*. Buscar la interrelación entre, un alfiler rojo en un mapa y una servilleta, era su ocupación. Trabajaba veinticuatro horas, 365 días. *Full-time*.

Comenzó su carrera en el recién renombrado Centro Nacional de Inteligencia. Allí descubrió una España diferente, oculta, llena de engaños y manipulación. Una realidad que le quitó el sueño y le produjo pesadillas diurnas. Al cabo de un año le ofrecieron entrar en la UA. Llevaba semanas recopilando información sobre posibles escenarios de actuación. Le gustaba trabajar aquí.

—Hola, Adrián. Siempre tan ocupado, te vas a dejar los ojos con tantos ordenadores a tu alrededor.—Angus entró en el santuario, con una bolsa de patatas fritas y doce latas de Red Bull metidas en un cubo lleno de cubitos de hielo.—Traigo tu merienda, enano.

Adrián no levantó la vista de la pantalla. Estaba analizando lo que él creía iba a ser un espantoso escenario. Levantó su brazo izquierdo a la altura de su cabeza. Con el dedo índice señaló la esquina de su mesa.

—Déjalo ahí mismo.

Angus ni se movió. Intuía que hablar con Adrián era casi tan difícil como encontrar mesa un sábado por la noche en El Bulli.

—Si quieres tus patatitas deberás hacer algo más que mover la mano.

—Así que eres tú.—Adrián giró su silla hasta situarla en la visual de su compañera.—La chica guapa de la que todos hablan. ¿Qué hace una mujer tan interesante metida en la policía?

—Eso dímelo tú, que eres el inteligente. —Angus acercó una silla y se sentó a su lado.

—Analista de inteligencia. Inteligentes somos todos, hasta un pez tiene un grado de inteligencia.—respondió distraído.

—Dicen que los peces no tienen memoria.—Angus quería conversar.

—Saben escoger, lo que los hace inteligentes.—hizo una pausa.— No creo que hayas venido a hablar de peces. Qué quieres.

—Quiero saber cómo haces tu trabajo.

—¿Eso es todo? —Adrián abrió una lata y la vació de un trago. —Mira el panel y dime qué ves.

Angus se levantó para tener una perspectiva más amplia. Parecía el tablón de anuncios de una universidad, cientos de papeles puestos en una aparente anarquía.

—Un montón de papeles pinchados en un corcho en la pared.

—Esa es la respuesta. No ha sido tan difícil, deberías venir a trabajar conmigo.

Adrián abrió otra lata.

—No me tomes el pelo. No tengo ni idea que significan todas esas fotos y recortes.

—Ya somos dos. Yo tampoco lo sé.—respondió con seriedad.

—¿Entonces?

—La clave no está en mirar sino en escoger. ¿Te acuerdas del pez? El pez escoge cual es la línea más recta para llegar a su objetivo.

—¿Eso es todo? Si busco un criminal ir al sospechoso principal. ¿Ya está? Y para eso tanto misterio.—Angus bromeaba. Al fin y al cabo Adrián tenía dieciocho años.

—A veces, detrás de un buen bocado hay un enorme anzuelo. Mi trabajo consiste en descubrirlo. Evitar que os desgarré los labios—Adrián abrió la bolsa de patatas de golpe—Y lo que es peor, que os atrape y después os devore.—se introdujo casi todo el paquete en la boca.

—Muy gracioso. Ahora en serio.—no se iba a ir sin una respuesta clara.

—Si me prometes que saldrás conmigo una noche te explico los misterios del santuario.

—No quiero ofenderte, me gustan los hombres, no los jovencitos.

—No sé si tomármelo como una halago.

Adrián apuró su tercer Red Bull. Se dirigió al panel y escogió un recorte de periódico.

—Esta noticia es muy similar a otras que, en el último mes, han aparecido en los principales periódicos.—se acercó a Angus para darle el papel.

—Trata sobre la cantidad de coches viejos que circulan en España.—dijo Angus tras leer la noticia—¿Qué tiene de relevante?

—Nada, todavía —cogió otro papel del tablón y se lo acercó a Angus. — mira esta hoja de Excel y dime que ves.

Angus no estaba familiarizada con los programas informáticos. Algunas palabras le producían urticaria. Tras un largo minuto comprendió la tabla.

—Veo que han disminuido la frecuencia de los anuncios de coches en los medios de comunicación. ¿Y?—Angus quería resultados.

—Paciencia, enseguida llegamos a los postres—Adrián se volvió a situar delante de su ordenador.—Estos ítems construyen un escenario, en el que un nuevo plan Renove está próximo a aprobarse.—Adrián, iba de un lado al otro moviendo los brazos en círculos.—La ausencia de anuncios de fabricantes afincados en España, muestra además el trato de privilegio del que gozan algunas marcas de coches.—concluyó.

A Angus le habían avisado de su verborrea espontánea.

—Muy interesante y muy hilado, felicidades. Ya sabemos que tenemos que esperar para comprar un coche. Lo que me gustaría saber...

—Tengo mucho trabajo.—le interrumpió Adrián.—Para saber, antes has de observar. Mi consejo es que te compres unas gafas de inteligencia.

Adrián señaló con el brazo la puerta y se sumergió en las imágenes del panel.

El método de investigación que utilizaba Adrián, se basaba en la observación. Herramienta y método se unían en busca de una exclusiva constante, el marcador. Analizó las entradas de urgencias de los hospitales de Barcelona sin encontrar demasiadas variaciones. Su hipótesis le mostraba un escenario de violencia y salvajismo. Repasó por tercera vez las incidencias del Clínico. Rastreaba el marcador maestro. Nada.

Decidió llamar a Fátima. Llevaba en urgencias más años que cualquier médico. A Fátima le gustaba el sexo. El turno de noche, le proporcionaba el dinero necesario, para pagar todas las semanas una prostituta. Amor, sexo, cariño, ternura, placer. Ningún compromiso.

Dos años atrás, Adrián no pudo soportar la angustia ante un escenario apocalíptico en Europa, cuyo porcentaje de probabilidad sumaba casi tres dígitos. Decidió ingerir una cantidad aleatoria de medicamentos. Vacío el botiquín. Fátima le cuidó y atendió durante las veinticuatro horas que estuvo en la UCI. Cuando le trasladaron a planta, al finalizar su turno, le despertaba con el periódico y un beso. Fátima era curiosa y Adrián una fuente inagotable de información. Hablaban del bien y del mal, de la felicidad y la amargura. Coincidían en que la vida era una mierda. Decidieron taparse la nariz.

Estaba ocupada. Volvería a llamar. Un runrún le mantenía intranquilo. Quería eliminarlo. No había pasado ni un minuto y su teléfono móvil vibró. Conversaron sin frases hechas ni supuestos. Intercambiaron los papeles. Adrián preguntaba y Fátima, en esta ocasión, respondía.

—Puede que tengas tu marcador en otro centro hospitalario.

—No, tiene que ser en El Clínico. Además, ya he visto las estadísticas de todas las entradas de urgencias de otros hospitales. Algo está ocurriendo.— insistía Adrián.

—Pregunta, observa, haz de mis ojos los tuyos.

—Eso ha sonado muy cursi.—Fátima rompió a reír.

—Vale, vale. No te lo tomes como un poema y si ves algo me llamas.— cortó sin esperar respuesta.

Tras colgar, repasó el tablero. Agrupó fotos y dibujos. Trazó líneas imaginarias en el aire de su santuario. Se durmió durante horas, o minutos. La vibración le despertó.

—Amnesia. Ahí tienes tu marcador, Adrián. Me debes una.—desde el otro lado del teléfono, su amiga le regalaba una de las llaves necesarias para evitar la catástrofe.

Fátima le informó que durante los últimos meses, varias personas acudían desorientadas al hospital. La mayoría acompañadas de desconocidos que les habían encontrado vagando. No se reconocían. La información provenía del mostrador de entrada a urgencias. Tras una hora o dos de espera. Habían desaparecido.

—Algunos usuarios se van si la espera es muy larga. En el registro consta que han solicitado un servicio de urgencia. Al no ser atendidos, solo se cuantifica la entrada. No hay alta. Se convierten en un número para las estadísticas.

Tres latas de Red Bull desaparecieron en su garganta. En su cerebro se unieron las neuronas necesarias para construir una imagen. La imagen ansiada.

—¿Una nueva droga?—más que una pregunta fue una muestra de contrariedad.

## KILIÇ

Un día cualquiera de septiembre 2002  
Barcelona

Reunir a todos sus hombres, en un mismo espacio, le incomodaba. Les convocó en una nave vacía que mantenía en el polígono El Port, entre el paseo de la Zona Franca y Ronda del Litoral.

Acudieron los veinte. Era la primera vez que estaban juntos. Mariano, los atendió uno por uno con aparente respeto.

Hacía de guía en el pabellón, que un empleado de El Holandés había montado al mejor estilo *Shot Show*. Ofrecía armas ligeras, de asalto, ametralladoras, lanzagranadas y lanza misiles.

La estrella era una camioneta blindada. Una Suburban militar con una ametralladora con cañón de 30 mm. Los hombres de Mariano, eligieron un cargamento de rifles AK 103, semiautomáticas Ruger LCP, subfusiles FN P90 de fabricación belga, misiles FIM-92 Stinger y un largo etc., de complementos militares.

En el otro extremo de la nave, una mesa para veintidós comensales, esperaba a sus invitados. Un bufé, con deliciosas exquisiteces mediterráneas pondría punto final a una agradable jornada. Y así fue.

Tras un aplaudido brindis por el honor y la muerte. Mariano se dirigió con cierto recato a un saciado público.



—Espero que os haya gustado la comida y hayáis disfrutado eligiendo el mejor armamento que se puede ofrecer a un soldado.—le costaba hablar en público.

—Os he reunido porque los tiempos cambian y nuestra organización también. Deseo comunicaros ciertas modificaciones que vamos a realizar en breve. Variaciones importantes que estoy seguro os van a gustar.— hizo una pausa. Demasiado larga quizás.

Un poco de suspense Mariano y sueltas la bomba.

—Quiero que vuestra participación en el negocio sea de socios, no de empleados. Barcelona ha dejado de ser nuestro límite, vamos a ampliar nuestro campo de acción. Diversificaremos nuestras operaciones y eliminaremos a la competencia. Hay un nuevo producto en el mercado y debe ser nuestro.

Abdullah desde un extremo de la mesa, observaba absorto. Las consecuencias de las palabras, que acababa de pronunciar Mariano, eran impredecibles. Sus hombres se mantenían entre la ignorancia y la ambición.

Abdullah había acudido, como convidado de piedra, para supervisar la operación de venta de armas y a disfrutar de una exquisita comida. No acababa de entender muy bien hasta dónde quería llegar su amigo.

Los hombres estaban atentos y absortos en el discurso de su jefe. Sus palabras eran sencillas, dirigidas a hombres sencillos.

Abdullah no era un hombre sencillo.

—Si alguien no quiere formar parte de esta renovada organización ya sabe dónde está la puerta.

Ninguno de sus soldados movió un músculo.

—Bien, necesito hombres fuertes a mi lado, hombres con capacidad de mando y de acción.—dirigió la mirada a su amigo—Os quiero presentar a Abdullah. Nos ha proporcionado toda la heroína que hemos vendido. Es un hombre íntegro y un excelente consejero. Para mí es un honor regalarle este presente como prueba de mi agradecimiento.

Mariano depositó encima de la mesa un Kiliç con su característica hoja curva de un único filo que Abdullah conocía muy bien. Se incorporó para alcanzar el alfanje.

—Un momento Abdullah. Permíteme que antes, les explique a mis hombres la razón de mi regalo.

Mariano cogió la afilada arma con ambas manos y la blandió en el aire con dos movimientos certeros.

—Hace no mucho, alguien insinuó que mis hombres podrían traicionarme. Y yo le creí.—sin dejar la espada, bajó la cabeza.

—Os pido perdón por pensarlo. Y os ruego que me disculpéis sin en algún momento no he sido un líder más cercano.—levantó la cabeza.

Sonreía en blanco y negro.

—Hoy, no os he reunido para lloriquear como una mujer. Hoy quiero demostrarle a este amigo—señaló a Abdullah con el Kiliç— que estaba equivocado. Hoy, quiero ofrecer un sacrificio en prueba de mi confianza en vosotros.

Abdullah levantó los brazos a la altura de su rostro. Intuyó el siguiente movimiento de Mariano.

Demasiado tarde. La hoja del Kiliç le atravesó el corazón.

Mariano miró a sus hombres. Les gustaba la actitud de su patrón. Acciones sencillas para hombres sencillos. Hombres deseosos de acatar órdenes.

El impacto de la muerte de Abdullah le afianzó en su liderazgo.

—Necesitamos más poder.—dirigió la mirada hacia sus tres hombres de confianza.—Marco, quiero que contrates a veinte soldados. Estarán bajo tu mando.—Marco asintió complacido.—Alfonso, te encargarás de su formación.—el puertorriqueño sabía enseñar.

Mariano se dirigió por último al serbio.

—Iván, quiero que reclutes voluntarios. Serán los encargados de abrir mercado. Carne de cañón.

—Los que no sean derribados en el control de zonas, los eliminas tú. Me da igual que sean yonquis, estudiantes, parados o jubilados. Conocía las debilidades de Iván.

—Ya podéis recoger vuestro equipo de asalto. Mañana empieza un gran día para todos. Los ojos abiertos del Turco mostraban el principio de la guerra.

Mariano tardó en encontrar un hueco para aparcar. Barcelona envejecía muy rápido. Quizás debería pensar en comprar una moto. Añoraba sus años de recadero, no era obligatorio el casco. Ahora era impensable ver a un motorista sin él.

*Vaya mierda.*

Desconocía el verdadero nombre de la cafetería dónde había quedado con Adela. Para él siempre sería MM, acrónimo de Muntaner/Mallorca.

—Y bien, Adela, cuéntame. —se sentó y apoyó las manos en la mesa, en

posición de rezo.

—Sé contar hasta treinta. Espero que sea suficiente, no me gustaría tener que volver a la escuela.—Adela se mantenía cauta.

—¿Dónde te vas a instalar?—no era la pregunta adecuada.

—En el coño de la Bernarda. ¿Qué pregunta es esa?—Adela olía el miedo. Te voy a llamar Mariano el cagado.

—Treinta, de acuerdo.—Mariano parecía indeciso.—Suficientes para empezar.

—Me interesa el presente y el futuro.—Adela quería un acuerdo duradero.

Mariano, estaba absorto. La muerte del Turco, le estaba pasando factura. Nunca había matado a nadie. Juntaba sus manos para ocultar el constante temblor, las apretaba hasta dejar los nudillos blancos. No era un buen momento para pensar en el futuro. Adela se percató que algo no iba bien.

*Ahora no puedes tener un infarto, cabrón.*

—¿Mariano? ¿Te encuentras bien?—Adela empezó a inquietarse.

Quizás un revólver hubiera sido mejor, menos contacto, pensó. Notaba, en la palma de su mano el ruido de la carne al ser atravesada. Aún sentía el último latido de Abdullah en sus dedos. De pronto comprendió la mente del asesino. La hizo suya. Tenía que elegir entre dolor o placer. No tenía tiempo para intermedios. Por suerte, eligió la opción más adecuada.

—Por supuesto, nunca he estado mejor.

—Entonces respóndeme a esta pregunta: ¿Cuándo empezamos?

Mariano no tardó en responder.

—Yo, ya he comenzado.

## LA CULPA ES DE LLUÍS

6 de julio 2002  
Barcelona

El pitido de una camioneta circulando marcha atrás, distrajo por un momento su atención. Era la cuarta vez que Telmo intentaba orientarse. Un mapa de la ciudad se abrió ante él. Había marcado con un rotulador rojo las posibles rutas de escape. Todas confluían en el laberinto de infinitas plazas simétricas que configuraban l'Eixample.

Llevaba unas horas en Barcelona. La algarabía de las calles de Pamplona contrastaba con el silencio del apartamento que ocupaba en la calle Murillo. El recuerdo de la mujer con el cuello cercenado, volvió a su memoria como un viento frío y desagradable. Habían transcurrido pocas horas y la escena debía repetirse. Otra mujer, otra ciudad, el mismo cable de acero.

Hugo mandaba. Telmo obedecía. No había discusión.

Miró por la ventana abierta. Aborrecía el barrio del Poble Sec, le recordaba a su ciudad natal. Olores, rancios y húmedos, hermanaban dos culturas que compartían mar y algo de historia. Sus calles estrechas le recordaban su infancia y su juventud anulada.

*Su tormento.*

Sin doblar el mapa se dirigió al lavabo y en la taza del retrete lo quemó hasta convertirlo en cenizas y un humo gris. A veces, pensaba que le gustaría

poder hacer lo mismo con su ciudad. Eligió la ruta más corta. Quince minutos a paso normal, paso de turista, paso de paseo.

Pantalones largos de cuatro bolsillos, estilo safari con cremallera debajo de la rodilla. Calzado tipo sandalia pero ajustada, con suela dura y flexible. Camiseta interior blanca. Camisa de algodón de manga corta y dos bolsillos. Gorra con visera, gafas de sol de marca. Mochila rellena de cartones. Un mapa sin estrenar sobresaliendo de uno de los bolsillos y una botella de agua mineral.

Enfiló Blasco de Garay hasta Avenida el Paral·lel. Hacia la derecha se encontraba el teatro Condal y un poco más abajo el Molino. Como buen turista debería ir a su encuentro. Sin embargo, cruzó la avenida hasta Campo Sagrado para llegar a Ronda de Sant Pau.

Turistas y vecinos caminaban juntos. Al llegar a la Ronda Sant Antoni se sentó en la terraza de la cafetería Els tres Tombs. Las mesas estaban pringosas. Los bocadillos riquísimos. Pidió uno de lomo y queso y una caña. Observó con detenimiento a la pareja de secretas que estaban sentados en la mesa de al lado. Telmo no creía en las casualidades, sin embargo era imposible que le siguieran. Solo Hugo sabía dónde estaba.

Ella miraba el cristal de la cafetería, mientras él descansaba la vista viendo a las chicas que pasaban por delante.

Muchos años de sobornos y mordidas le otorgaban el poder de identificarlos y hasta, en alguna ocasión, también el de matarlos. Se relajó con la combinación tan española y tan sabrosa de pan francés, lomo de cerdo, queso de vaca y cerveza fría.

—Manuela, vámonos.

Una frase, una orden o una sugerencia. La chica dejó de mirar al infinito.

—No me jodas Lluís, con lo bien que se está a la sombra. Si aún no me han traído la Coca-Cola—el chico aprovechó la presencia del camarero para pedir la cuenta. Le adelantó un billete azul.

Telmo observaba a través de sus gafas de sol. Y lo que vio le gustó. El camarero volvió con la mano cerrada y Lluís recogió la piedra, envuelta en papel de aluminio, con la mano abierta. Un trapicheo rápido y profesional, discreto y limpio.

Los policías se levantaron sin arrastrar las sillas de aluminio. La chica miró alrededor para orientarse y marcó el camino hacia el centro. Los dos desaparecieron en la calle Sant Antoni Abat.

Telmo subía las escaleras del edificio, mientras notaba su pulso acelerado. Podía correr cien metros sin resoplar, pero desde que volvió de Venezuela le incomodaba un tembleque intermitente que anulaba, sin previo aviso, su pierna izquierda. La pierna del Diablo le decía su padre.

En pocos minutos todo habría acabado. Un muerto más, una pesadilla menos. Tenía miedo, siempre lo tuvo. Matar sin inquietud era de cobardes o de locos. De su padre heredó la valentía, de su madre el temor; la imposición de la razón ante el caos.

*El miedo te hace ser prudente, Telmo.*

Tres escalones le separaban del piso y la puerta elegida; Sexto segunda. Escuchó los pasos de alguien que subía detrás de él, con soltura. Una persona joven, quizás. El roce del calzado con suela de goma rechinaba como en un partido de baloncesto. Decidió no arriesgarse y en pocos segundos subió al séptimo piso.

Desde la distancia reconoció la voz de la policía, era increíble que fuera la misma chica de la terraza. Telmo, no podía permitirse el lujo de la cautela. Imposible improvisar sobre la marcha, modificar estrategias, reflexionar sin tiempo y ajustar movimientos no valorados. Oía la voz de la chica, su tono de velada inocencia. El hombre la dejó pasar.

*Iluso.*

Oyó cerrarse la puerta. El otro policía que le acompañaba no debía estar lejos. Con agilidad descendió hasta el portal. A través de los vidrios y los hierros de la puerta exterior, observó como, apoyado en el capó de un coche, el joven policía disfrutaba de una inconfundible trompeta de cannabis.

*Ahora sí que vas de incógnito.*

Sin salir del edificio volvió a subir las escaleras hasta el quinto piso y esperó. Pasados unos minutos, todo sucedió en un instante.

Un hombre salió a la carrera hacia la terraza del edificio. Telmo saltó de dos en dos los escalones, hasta llegar al dintel de la puerta abierta y esperó. La chica no tardó en salir y Telmo le incrustó en la cara la culata de su revólver. Sin mirar atrás, oyó como el compañero de la policía subía corriendo. Telmo era muy rápido. En un minuto abrió la puerta que daba acceso a la terraza superior del edificio. Siguió a la imagen diáfana de pantalón azul. El hombre había llegado hasta el edificio colindante, no tardó en alcanzarlo. Mariano siempre le advertía.

—Portugués, algún día el exceso de grasa te va a pasar factura.

Una factura que no pudo pagar. El Portugués dejó de pisar la tierra, en el

momento que Telmo, con el antebrazo izquierdo y la palma de la mano hacia afuera, le alcanzó en el cuello. Ya en el aire, un golpe certero en la ingle le adelantaba un peligroso escenario. Telmo no tenía tiempo. Ese hombre no era su objetivo. En el suelo, le arrebató el arma que llevaba en la cintura. Con delicadeza le puso en la frente el cañón del revólver.

—¿Dónde está Juana? ¡Contesta!—ordenó.

—Con tu puta madre, cabrón.—Balbució El Portugués.

Telmo apretó el gatillo.

## ESTRELLAS NEGRAS

1962

Isla de Mallorca

Su madre, conoció a H. Brausse en la entonces desierta playa de Santa Ponsa la pequeña. Ella conducía una furgoneta de helados, al más puro estilo norteamericano. El color naranja de la carrocería y el enorme cucurucho ondulado en el techo hacía que los niños corrieran a su encuentro cada vez que escuchaban el reclamo musical , tintirín tirín tirín tititín.

H. Brausse quería un helado para su sobrino y ella un marido. A los tres años nació Pilar, una niña preciosa con el carácter de su padre y el físico de su madre.

La primera vez que recordó haber llorado, fue en el tejado de sus tíos. Tenían una casa bonita, apartada de la playa de Cala Mayor, en la carretera que llevaba a los turistas a las cuevas de Génova. Subidos en el *terrat*, tíos y sobrinos rezaban el rosario para orgullo de los mayores y obediencia de los niños.

Pilar disfrutaba de la letanía en latín, *ora pro nobis*, la cadencia, el *tempo*. Alzaba la cabeza y veía las estrellas nítidas, resplandecientes. La invitaban a subir y descubrir qué había más allá del blanco y negro del espacio.

El grito de su tía le bajó a la tierra como un rayo en plena tormenta de verano. El rosario estaba a un costado del cuerpo inerte del tío, la silla de



lado, los ojos abiertos, y un rictus en la boca, que nunca olvidaría.

*Ora pro nobis.*

Lloró por su madre, por su tía. Pero sobre todo por ella. Ya no miraría al cielo con la misma ilusión.

—Una de esas estrellas es tu tío—le dijeron.—Está en el cielo, tranquilo y feliz, disfrutando de la eternidad.

Desde entonces y durante muchos años, cada vez que miraba al cielo, veía un cementerio repleto de estrellas negras.

Después dejó de mirar arriba. Supo que tener los pies y la mente en la tierra era aburrido y a veces doloroso. Eligió la firmeza del presente a la esperanza del más allá. Descubrió que una pequeña manipulación producía grandes cambios. El mundo transcendental lo dejó para los ignorantes. Ella pertenecía a la tierra y sin condiciones aceptó que había sido su principio y sería su fin.

## SALA CINCO

12 de octubre, 2002  
Barcelona

Las heridas iban desaparecieron de su cuerpo como un mal sueño. Las de la mente no cicatrizaron. El médico le recetó Tryptizol y Lorazepán, para tratar el estrés postraumático. Obedeció sin rechistar. Lo sucedido modificó su forma de sentir.

Meses atrás, la conversación que mantuvo con Aguilar en la sala cinco, salvó a Pilar de morir como una rata. El objetivo era Galván, aunque nunca pensó que padecería la tortura de un psicópata durante horas. Pactó con Aguilar un acuerdo beneficioso para ambos. Pilar sabía que Galván no le iba a permitir seguir investigando. Su única salida era eliminarla. Necesitaba protección y apoyo. Aguilar era un cabrón ambicioso, más allá del dinero deseaba el poder de desempeñar un cargo de prestigio. Además, su propio estatus peligraba. Pilar se había acercado lo suficiente para hacer caer a toda la organización. Le ofreció el puesto de Galván y el silencio. A cambio, él colaboraría con Pilar y le asignaría protección. No tardaron en llegar a un acuerdo.

Los movimientos de su cuerpo ahora eran forzados, como si llevara una carga pesada que le impidiera correr y a veces andar. En esos momentos de anomía, en los que deseaba aislarse de la sociedad, era cuando demostraba

que nada, ni nadie podría con ella.

Recitaba a Machado, mientras se destrozaba las manos y los pies golpeando sin descanso el saco de boxeo en el gimnasio del búnker.

*Está la plaza sombría; muere el día.  
Suenan lejos las campanas.  
De balcones y ventanas  
se iluminan las vidrieras,  
con reflejos mortecinos,  
como huesos blanquecinos  
y borrosas calaveras.  
En toda la tarde brilla  
una luz de pesadilla.  
Está el sol en el ocaso.  
Suena el eco de mi paso.  
¿Eres tú? Ya te esperaba...  
No eras tú a quién yo buscaba.*

Tras cada estrofa golpeaba el saco, cada vez más fuerte. Sacudía al hijo de puta que le había torturado y al cabrón de Aguilar por esperar hasta el último momento para intervenir.

Luego, mientras se duchaba y limpiaba la sangre de sus nudillos, sonreía satisfecha. Miguel Galván estaba en la cárcel en espera de juicio por pertenencia a organización criminal, tráfico de drogas y unas cuantas acusaciones más. El pacto con Aguilar había sido fructífero, salvo por un detalle.

¿Dónde estaba Ismael?

## GENTE DURA EN EL BÚNKER

12 de octubre, 2002  
Barcelona

Angus salió del santuario con remordimientos. Adrián poseía una mente brillante, repleta de inmadurez emocional.

¿Coches?

Tenían una posibilidad única de acabar con una importante red de traficantes de droga.

—...y Adrián me sale con lo del plan renove. ¿Tú te crees?

—Que quieres que te diga. Yo me iba a cambiar el 205. La información me ha venido de perlas.

—¿Qué opinas? ¿Crees que el asunto es de los gordos?

—¿Estamos con lo de los coches o con lo del soplón?—bromeó.

Angus rio con ganas. Jaime parecía un tipo interesante.

—Tal y como yo lo veo, va a caer toda la red.—contestó, esta vez con seriedad.

—Tu vienes de los TEDAX, ¿cuántos años estuviste?—preguntó Angus.

—No los suficientes, me hubiera gustado seguir unos años más.

—Aprendiste mucho, supongo.—Angus miraba a Jaime.—Tendrías buenos maestros.

—Los mejores. Compañeros curtidos con los años. La veteranía es más

que un grado, aunque suene a tópico militar. Gente que sin medios, formaron una unidad de élite a base de esfuerzo y sacrificio. Eso no se paga con nada. Es pura vocación.

—¿Y el riesgo?

—Todos nos enfrentamos a él.—Jaime se apoyó en la pared de la escalera con un pie en cada escalón.

—¿Con qué resultado?

—Algunos ganamos. Otros murieron.—se deslizó por la pared hasta quedar sentado.

—¿Amigos?

—Angus, deja de preguntar. Estoy siendo educado y me siento molesto con tantas preguntas.

*La has fastidiado Angus.*

—Perdona, de verdad. Lo siento, a veces soy así, me lanzo por el ansia de saber y no me doy cuenta. Lo siento Jaime.

—Vale, te propongo una tregua.

—Tú dirás.—respondió aliviada.

—Te recojo en tu casa y te invito a cenar. ¿A las siete te va bien?

—Claro—contestó Angus.

—Perfecto, así tendremos tiempo de quedar con mis antiguos compañeros y les puedes preguntar todo lo que quieras.—Jaime se había levantado, la reunión iba a comenzar.

—Eres un capullo engreído.—explotó tras unos segundos de indecisión.—tu y tus Tedax os podéis meter vuestros secretitos por el orto.

*Su mamá es argentina.*

## GENTE DURA EN EL BÚNKER II

12 de octubre 2002  
Barcelona

La UA, acrónimo de Unidad Alfa, estaba formada por sesenta y cuatro miembros, bajo el mando de la comisaria Pilar Brausse. Se creó tras un consejo de ministros, en el que se designó al máximo responsable de la cartera de Interior, como mando único. La UA pretendía ser la unidad de intervención más eficiente de la policía española.

La comisaria Brausse observaba como los policías ocupaban sus asientos en silencio. Hombres y mujeres de un reconocido valor y vocación. Pilar no quería robots, prefería los errores a la prepotencia. Valoraba la flexibilidad por encima de un chaleco antibalas. Conocía a cada uno de los miembros de su unidad. Ellos no.

—Buenos días a todos. Hoy es un día de reconocimientos. No os entusiasméis, no voy a repartir medallas.—risas y algún tímido oh.

—Vamos a programar las actuaciones de las próximas semanas.—realizó una pausa—Espero que todos os hayáis estudiado y memorizado el expediente que tengo en mi mano y que desde las siete de la mañana estaba

encima de vuestras mesas. Algunas cabezas asintieron. Todos lo sabían de memoria. Alzó en lo alto un cuaderno. En la tapa destacaban las iniciales UA en blanco sobre fondo azul.

—Estáis aquí de forma voluntaria. Vuestra unidad ahora es la UA. A partir de hoy, este será vuestro hogar. Vuestro distintivo es Alfa.

El edificio se encontraba situado en la calle Iradier de Barcelona. Lo formaban tres plantas, dos de ellas subterráneas. La entrada principal permanecía siempre cerrada, Un timbre en el exterior marcaba la distancia máxima de aproximación. Lo acompañaba una verja de menos de metro y medio de altura. El timbre es mudo.

La única entrada operativa estaba en la rampa de acceso al garaje. Un lector de matrículas, un identificador dactilar y una clave mixta, proporcionaban tres niveles de seguridad.

—Estáis familiarizados con las instalaciones y espero que durante estos últimos días habréis podido descubrir cada rincón del búnker.—bebió un sorbo de un vaso opaco, situado en un extremo del atril.

—Vamos a efectuar una importante operación contra el narcotráfico. Es nuestro estreno. Así que, todos vamos a participar y todos lo vamos a hacer de puta madre.—pausa y silencio.

—Para conseguirlo, a partir de ahora mismo—prosiguió la comisaria—nadie y cuando digo nadie, me refiero a todos vosotros, va a salir de estas instalaciones bajo ningún concepto.—silencio, murmullos, interrogantes, aceptación.

Pilar se dirigió al pasillo central de la sala.

—Para tener éxito, soy de la opinión que debemos profundizar más allá del nombre y las conversaciones costumbristas. Hoy, vamos a dedicar parte del día a conocernos un poco más.

Algunos intercambiaron miradas y risas. Los más veteranos, veían en las palabras de la comisaria una pérdida de tiempo que no hacía más que retrasar la operación. La mayoría esperaba su turno para pasar el trámite lo antes posible.

La comisaria Brausse se acercó a una Alfa.

—María de las Angustias, puedes levantarte por favor.—Pilar salió de su campo visual para darle el mayor protagonismo posible.—Eres la primera, así que no te cortes.

Valor y al toro.

Cuando despertó, la habitación estaba repleta de ositos y ramos de flores. Su madre le agarraba la manos y movía los labios en un ejercicio de letanía religiosa.

*Ora pro nobis*

—Mamá, vas a aburrir al cielo de tanto rezar.

—¡Ay, Ay! ¡Mi niña!—gritó con emoción—Gracias Dios mío, gracias.

Angus acertó a apretar el timbre de la enfermera, mientras su madre sin soltarla, agradecía al todo el santoral su milagroso despertar.

Lo primero que le vino a la memoria era su coche en llamas y un picor insoportable en los ojos.

—Para los que todavía no me conocéis, deciros que me gusta más Angus que el nombre que figura en mi carné de identidad. Vengo de la UCRIF. Estuve en Ceuta dos años y luego me destinaron a Almería.—hizo una pausa—La comisaria ha dicho que debo,—una pausa—debemos profundizar más en nuestra presentación. Os confieso que no es fácil. Adoro a mi madre porque siempre ha estado conmigo en los momentos difíciles, que dicho sea de paso han sido pocos e intensos.

El morro del coche era un amasijo de hierro y calor. Un desconocido le agarraba por las axilas en un intento de sacarla por la ventanilla. Sintió un desgarró en el brazo izquierdo, como si le estuvieran clavando un cuchillo. El hombre estiró con todas su fuerza y la arrastró lejos de las llamas. Distinguió algunos cuerpos, que caminaban en silencio sin rumbo. Un chorro de agua alivió por unos segundos el horrible picor. Agarró con fuerza la botella y la vació de un sorbo. La adrenalina empezaba a trabajar. Necesitaba hidratarse.

—Me gusta lo que he visto hasta ahora, instalaciones de lujo. Buena comida. Y el equipamiento, es brutal. Aunque lo que me importa de verdad es como voy a estar con el grupo. Quién va a ser mi compañero o compañera. Para mí sois lo más importante.

Desenfundó su arma y se dirigió al coche. Imposible acercarse, era una pira de fuego y humo. Reconoció la cara de su compañero Haddaoui, entre jirones de carne y virutas de piel suspendidas en el aire. La sangre hervía en lo que antes fue su rostro. Se giró en busca de venganza. El hombre que la había salvado estaba asustado con los brazos en alto. Angus se percató que lo



estaba apuntando con su arma.

Días más tarde, circulaba por la carretera N13 camino de Fnideq, una turística ciudad marroquí a pocos kilómetros de Ceuta. Le acompañaba Khalîl, un inspector Des Renseignements généraux. El intercambio de favores entre la policía española y la marroquí era algo legal y habitual. No era el caso.

Angus y Khalîl tenían sus razones para ir, juntos y de incógnito, en busca de venganza. Su objetivo era el capitán de la mafia franco-argelina, dedicada al tráfico de personas y droga. Empleaban de una extremada violencia contra otras bandas criminales y contra cualquiera que quisiera impedir alguna de sus operaciones. Una llamada anónima le situaba en un apartamento del Barrio Nuevo, en la Avenida Ibn Rochd.

Khalîl perdió a sus dos sobrinos en una ataque dirigido a él. Había regalado a su hermano su viejo Renault 12. Un día, a primera hora de la mañana, se presentó en su casa con sus dos hijos para recoger el vehículo. Sus sobrinos estaban entusiasmados y tras unos minutos de euforia se despidieron desde el asiento de atrás con besos y carantoñas. Adherida con un imán, debajo del depósito de combustible, una bomba lapa de accionamiento por péndulo, estalló a cinco metros de su vivienda.

El olor a carne quemada todavía perduraba en el recuerdo de Khalîl. Sabía quién había sido. Pasado el shock, la locura se apoderaría de él.

El vehículo había llegado a la zona turística de Fnideq. Cambiaron el Renault 25 por un sencillo Citroën Visa. Un joven se hizo cargo del Renault. La vuelta de Angus a territorio español no sería por tierra. En la Avenida Ibn Rochd tres hombres charlaban sentados en la acera, uno de ellos arrojó una colilla a su paso.

Primera señal.

Aparcaron unos metros más adelante. Angus portaba en su cuerpo material de asalto. Una Star 28 Pk reglamentaria, un Ruger 38 y un cuchillo de caza para un probable cuerpo a cuerpo. El francés prefería una Beretta y un Python Hunter con mira telescópica. Su contacto, un policía marroquí, llevaba un año infiltrado. Con dos disparos reventó los cráneos de sus compañeros de acera.

Segunda señal.

Los tres policías entraron en el portal y subieron de dos en dos los escalones, hasta llegar al primer piso. El marroquí colocó una cantidad de plástico en la puerta, suficiente para reventar una de acero. Tras la explosión,

arrojó cuatro granadas a la vez, dos con cada mano. El edificio retumbó tras las explosiones. Fuego y humo, un escenario familiar para todos.

Angus vislumbró entre la humareda un cuerpo en movimiento. Extrajo su revólver y apuntó a la cabeza. Con un único disparo basta. Oyó dos disparos más a su espalda.

En el suelo tres hombres se retorcían de dolor. Destrozados por las granadas, se acercaban a una muerte lenta. Angus se acercó. Uno por uno les disparó en la boca, con el cañón en dirección a la nuca. Su marca.

Los tres buscaban al capitán, o lo que quedara de él. La policía marroquí no tardaría en llegar. Para entonces tenían que estar lejos. Hicieron recuento; Seis cadáveres sin contar los de la calle. Ningún cuerpo pertenecía al traficante.

En una asalto, todo sucede en un instante.

El policía infiltrado cayó al suelo tras recibir un disparo que se le incrustó en el estómago. Mal pronóstico.

Desde atrás, el capitán apuntaba a Khalíl con el cañón todavía humeante. Angus reaccionó con una precisión innata. Con su mano derecha remató de un disparo en el pecho al policía marroquí que agonizaba en el suelo. Sin testigos, sin heridos, sin compasión para nadie, aunque sea de los nuestros.

Con su mano izquierda disparó con el 38 a bulto, en dirección al capitán. El inspector marroquí tuvo suerte y la bala impacto en el hombro del traficante. Khalíl y Angus descargaron sobre él toda la munición de sus armas. La española sacó de su funda el cuchillo. Ocho minutos más tarde, la policía marroquí encontró la cabeza cortada del jefe de la mafia franco-argelina, clavada en lo que parecía los restos de un palo de billar.

—Podría contaros como perdí a mi compañero en Ceuta o porqué solicité el traslado Almería. Pero, como ha dicho nuestra comisaria, eso son conversaciones costumbristas.

—Gracias María de las Angustias. Puedes sentarte.—Pilar volvió a su atril —La parquedad en el discurso es una cualidad incómoda de escuchar. No es el caso. Angus, como le gusta que la llamen, posee un don, la fidelidad.—La comisaria vació de un trago el contenido del vaso.

Uno tras otro, los miembros de la nueva unidad, relataron experiencias, anécdotas. Algunos se disfrazaron de valientes y otros de cobardes. Todos los artificios fueron desenmascarados con sutileza por Pilar Brausse. Conocía hasta el más íntimo detalle de cada uno de los Alfas. La mayoría de sus

pecados eran pequeños y fáciles de perdonar. Su valor estaba fuera de toda duda.

## UNA MALA NOTICIA

Enero 2002

República de Macedonia

Dana recibió la noticia a través de su tía. El cuerpo sin vida de su hermana Felicia había sido localizado en un bosque cercano a Velesta. La policía macedonia seguía la línea de un rapto, con un fatal desenlace. Interrogaron a toda la familia para saber si los secuestradores se habían puesto en contacto con ellos.

La policía afirmó durante todo el proceso, que la familia negoció a espaldas de la policía la liberación de la adolescente; como resultado, los secuestradores le pegaron un tiro en la cabeza y la abandonaron en el bosque después de cobrar en efectivo. Así lo aseguraron, Papa y Mama Branko, dos testigos que, según el fiscal, presenciaron el intercambio con toda claridad desde la habitación de un motel cercano. Jueces sobornados, testigos falsos, policías corruptos; Todos comprados y bien pagados.

Las actividades que se desarrollaban en Velesta no debían ser cuestionadas. Inculparon a dos vendedores de flores de haber urdido el plan.

Los dos hermanos recogían ramilletes de silenes campion rojas y blancas que crecían en los parques del centro de la ciudad y en el bosque Čaršija del barrio de Gazi Soul. Las vendían a los escasos turistas que visitaban la capital. En los hoteles y restaurantes les conocían y les dejaban pasar. Fueron vistos en el Hotel Casino Flamingo con Felicia, la noche que desapareció.

Los dos hermanos eran de inteligencia límite, fáciles de embaucar. Fueron condenados a cuarenta años.

Dana quería saber más, habló con sus primas, tenían buena memoria. Una matrícula y un amigo en la jefatura de tráfico italiana le condujeron a un nombre, Pietro Maceralli.

## LA MATERNIDAD

12 de octubre 2002  
Barcelona

Pilar Brausse recopiló toda la información en un expediente que contenía las declaraciones de Freddy.

Lluís y Manuela se encargaron de confirmar todos los datos. Tenía ante sí un auditorio expectante, con hambre de acción.

—La organización creada y dirigida por Mariano Santos, está formada por cuarenta hombres y mujeres. Se dedican al tráfico de heroína y cocaína, su territorio es Barcelona. A falta de fotos, tenemos una descripción, facilitada por nuestro informador. El dibujante la ha plasmado en este rostro perfectamente definido.

Lluís mostró una ampliación en una pantalla situada detrás de él.

—Distribuyen, el 75 por ciento de la cocaína que se vende en Barcelona y el 40 por ciento de la heroína. Sus proveedores, sin confirmar, serían los mexicanos y turcos. Su crecimiento este año ha sido espectacular. Han pasado en pocos meses a dominar el tráfico de coca de toda la ciudad de Barcelona. Lo que nos indica el poder de esta organización.

—Muchas gracias inspector.

Pilar recuperó el atril por unos segundos.

—Para los que han visto mucho cine norteamericano, indicaros que nuestro objetivo no son los proveedores. Está en marcha otra operación de

magnitud internacional en la que no podemos ni queremos intervenir.—Manuela os hablará ahora de la organización. Ha visitado todos los centros de distribución. Los datos que os va a proporcionar son fundamentales para llevar a buen término nuestro objetivo. Adelante inspectora.

Pilar Brausse se desplazó a un lado mientras Manuela ocupaba su sitio.

—Como ha dicho la comisaria, nuestro foco de atención es Mariano y la organización que lidera.

Se giró para señalar el organigrama que estaba expuesto en la pantalla.

—La Maternidad, que es el nombre que a partir de ahora identificará a esta organización criminal, está formada en la actualidad por un total de cuarenta y dos miembros más un número indeterminado de parias cuya función es estética. Como observaréis, la jefatura la ejerce Mariano; detenta el poder absoluto de su organización.

Señaló con el puntero láser, veinte rectángulos numerados.—Estas son las cunas, los centros de distribución de droga. Están diseminadas con una precisión matemática. Más adelante veremos su situación exacta y las áreas que cubren. Cómo avance, informaros que cada una de ellas está regentada por una mujer. Son las encargadas de mantener la cuna en perfecto estado. Extienden una pantalla creíble para los vecinos, mujeres de unos sesenta o setenta años, solteras o viudas. En realidad, son mujeres cuya reputación en el pasado les aleja kilómetros de las abuelitas simpáticas que aparentan ser.

La comisaria miraba con aprobación. Estaba orgullosa de los dos inspectores que rescató de su antigua unidad. En la pantalla se reflejaba el mapa de Barcelona con veinte puntos verdes y círculos concéntricos alrededor de cada uno. Cubrían todo. No había calle o plaza que no estuviera coloreado. Mariano hilaba fino.

—La figura del recaudador/reponedor, es el único puesto de confianza que se permite Mariano. Hace unos meses el hombre que ocupaba ese puesto, El Portugués, apareció asesinado junto a una de las matronas. No sabemos, quién eliminó a los dos empleados de La Maternidad. La mujer apareció muerta en una cuna de la Calle Casanova de Barcelona, con un disparo entre ceja y ceja. El Portugués igual, pero en el tejado del edificio colindante. Es un caso abierto que no debe interferir en nuestro objetivo.

Manuela descansó un momento la voz con un débil carraspeo.

—Vamos a por los camellos. Si alguno de vosotros está pensando en un joven en un Hyundai cupé o en un Seat Ibiza tuneado, olvidaros. Como cebo, para las fuerzas del orden, emplean a desgraciados llamados *dedés*, que por

diez euros al día, realizan un menudeo mísero en cualquier punto de la ciudad. No nos interesan.

Son carne de cañón.

—Los auténticos encargados de repartir la droga son profesionales de la muerte, verdaderos mercenarios. Mariano tiene en su nómina a veinte soldados, muy bien pagados y mejor armados. Uno por cuna, en turnos rotatorios de una semana. Cubren su territorio como militares que han sido, con disciplina y precisión. A la menor sospecha desaparecen del escenario y no vuelven a salir de la cuna hasta transcurridos varios días. Controlan toda su área, la Maternidad no duda en usar la violencia si lo cree necesario. Distribuyen la droga por su zona y eliminan a los que se atreven a invadir su terreno. Para los trabajos más importantes están los Socios, una sección dentro de la Maternidad formada por diez hombres, cuya función es proteger a sus miembros y tratar con los clientes más importantes. Es la guardia de corps de Mariano. Empecemos por los más peligrosos.

Manuela apuntó a la pantalla. Un hombre, con un traje de camuflaje y armado hasta los dientes, mostraba un collar al cuello hecho de orejas humanas.

—Iván, serbio 38 años, ex Beli Orlovi grupo paramilitar que participó en la guerra de Croacia, más conocido como los Vengadores, fue uno de los asesinos en la matanza de Voćin, un experto en explosivos y en sadismo.

Los miembros de la UA, mostraban en sus caras recelo ante tantas siglas y grupos que no conocían, alguno ni siquiera recordaba con claridad la guerra de Croacia.

Pilar Brausse, intervino con material de acoso y derribo.

—Los Águilas Blancas o Beli Orlovi o Los Vengadores, era un grupo paramilitar formado por voluntarios serbios a principios de los noventa. Unos grandísimos hijos de puta que entre otras matanzas de población civil, cometieron la de 43 civiles croatas en un pueblo llamado Voćin. Nuestro amigo—señaló la imagen del exsoldado serbio—fue uno de los asesinos de esta matanza. Su sadismo le llevó al empleo de hachas y sierras mecánicas para mutilar y torturar a gran parte de las mujeres y niños de Voćin. Lo que le encumbró en el top ten de los asesinos más hijos de puta, fue lo que hizo con los pocos supervivientes que, con premeditación, había reservado para el final. Colocó uno en cada pilar del edificio del ayuntamiento, en total cinco. Les rodeó de explosivos atados a sus cuerpos. Encerró en el edificio cadáveres, restos de seres humanos, perros, gallinas, cualquier ser que tuviera



corazón fue introducido con palas y un bulldozer. Luego, todo explotó. La ONU tardó años en identificar los cuerpos. El auditorio volvía a palpar. Manuela retomó la palabra

—Marco, 36 años ex Iwa, unidad militar de élite perteneciente al ejército de Ecuador.

La foto de un joven de baja estatura, con la cara pintada de verde y uniforme militar se reflejó en la pantalla.

—Marco participó en la guerra contra Perú, el llamado Conflicto del Alto Cenepa. Es un experto en armas blancas, camuflaje, infiltración y su territorio es la selva amazónica. Se licenció hace tres años. Se le atribuyen las muertes de siete miembros de la MS 13, en venganza por el asesinato de su hermana, miembro de la pandilla y confidente del FBI. ¿Peligroso? Se cargó a un grupo de siete pandilleros armados con AK-47. No llegaron a disparar ni un tiro. La policía encontró los cuerpos empalados de los siete miembros de la Mara Salvatrucha. La MS 13 le sigue buscando. Angus no pudo evitar sonreír.

—Alfonso, puertorriqueño, exmarine. 43 años, combatió en la guerra de Irak. Abandonó el ejército y entró en Blackwater. Estuvo dos años como instructor en el campo de entrenamiento de Carolina del Norte. Por razones que ignoramos abandona la empresa. Antes de entrar en La Maternidad, pasó por Ruanda.

—Instruyó a los Interahamwe, grupo paramilitar responsable del asesinato de un millón de ruandeses de la etnia tutsi y hutus moderados.

Manuela señaló la pantalla.

—Esta imagen, es parte de un video, encontrado en el registro de la casa del director y editor de la Revista Rugkhan, publicación, que junto a la emisora Radio Mil Encinas, organizó la propaganda racista contra los tutsi.

En la imagen se veían decenas de cabezas cortadas de hombres, mujeres y niños, extendidos en el suelo de una iglesia. Debajo del altar, destacaba la cabeza sonriente de un hombre blanco que se intuía en un excelente estado de salud. Él mismo confeccionó el macabro escenario.

—Según declaraciones de un sacerdote español, cientos de tutsis se refugiaron en su iglesia ante el avance de los Interahamwe.

El relato de este clérigo, testigo de la matanza, es estremecedor. Esta es su declaración transcrita de una entrevista concedida a una cadena de televisión francesa:

"—La columna, se detuvo en el centro del poblado. Sus hombres, bajaron

de los vehículos y entraron en la iglesia. Les hicieron salir del templo y separaron a los negros de un pequeño grupo de blancos. Este grupo lo formábamos, dos italianos, un periodista belga y yo. El resto eran tutsis, y si no demostraban lo contrario, serían aniquilados."

Subido en un Toyota armado con una ametralladora NSV, un hombre blanco no paraba de gritar:

—*Umugore, umugore, abagore. Bana! bana! Tugende aho hantu umugore bana!*

Apuntó con la NSV a uno de los hombres. Disparó una ráfaga, a la altura del estómago. El cuerpo quedó partido en dos.

—*Tugende aho hantu umugore bana!*— gritó otra vez.

Todos sabían lo que quería. Nadie estaba dispuesto a hablar. Uno por uno, el mercenario mataba a los hombres del poblado. Los que intentaban escapar, eran descuartizados a machetazos por sus hombres.

—*Tugende aho hantu umugore bana!*—se convirtió en una letanía, después de cada ráfaga. El fin era inminente.

De los más de sesenta hombres del poblado, quedaban un grupo de quince. El hombre blanco bajó del vehículo con un machete de grandes dimensiones sujetado al cinturón. Mandó atar a los supervivientes y los colocó de rodillas, con las manos atadas a la espalda. De un golpe certero cortó el brazo derecho de uno de los hombres. Un corte eficaz a la altura del hombro, dejó su brazo en el suelo. Su mano izquierda continuaba atada a su compañera inerte.

—*Tugende aho hantu umugore bana!*

Durante más de dos horas torturó a los últimos supervivientes.

El premio de una confesión era anhelado por todos sus hombres. Estaban ansiosos. Algunos habían empezado a decapitar los cuerpos y almacenar las cabezas.

El hombre blanco se dirigió a nuestro grupo. Tenía el cuerpo lleno de sangre y sujetaba en la mano derecha un machete manchado de terror.

"—Puede que fuera uno de los italianos, trastornado por el horror que acababa de contemplar, o el periodista belga, deseoso de volver a ver a sus hijos. Lo cierto, es que no supe quién traicionó el heroísmo de todo un pueblo. La única verdad, fue que uno de ellos miró hacia la iglesia y asintió."

Escondidos en el sótano del templo, con un acceso secreto debajo del altar, cuarenta y cinco mujeres y niños fueron el premio de los hombres del hombre blanco.

Manuela borró de su cara cualquier expresión que demostrara sensibilidad.  
—El resultado, es la foto que veis en la pantalla.

La temperatura de la sala había subido varios grados. La adrenalina estaba rozando la contención. Todos querían hablar con Alfonso.

—Este, es un ejemplo de lo que nos vamos a encontrar. No se ocultan, a pesar de lo cual son discretos. No frecuentan más zonas que las que controlan, no consumen, no tienen familia. Todos viven en España con un contrato de trabajo como escoltas de una empresa de seguridad con delegación en Barcelona y sede en Gibraltar. En la pantalla aparecieron las fotos de los diez Socios de la Maternidad.

Uno por uno, Manuela habló de ellos, en qué ejércitos habían servido, cuanto tiempo, en qué unidad, que armamento solían usar, que características fijas tenían, dónde comían.

Horas después, Manuela se sentó entre sus compañeros mientras la comisaria dejaba la pantalla en blanco.

—Preguntas.—no preguntó, afirmó Pilar Brausse.

—¿Qué más sabemos de la empresa de seguridad que les contrata?— preguntó un Alfa.

—No nos interesa. No es de nuestra competencia. Más preguntas.

Otro Alfa de la última fila, levantó la voz.

—¿Cuándo va a ser el operativo?

—Una excelente pregunta. Más preguntas.

—¿Con qué apoyo contamos?

—Por fin una pregunta inteligente. Gracias.

Silencio

—Por último, y antes de terminar, Adrián, nos deleitará con una exposición de los riesgos a los que nos vamos a enfrentar y que todavía desconocemos.

Adrián puso las manos sobre el atril. Un político no lo hubiera hecho mejor. Miró de izquierda a derecha y fijó su mirada al frente en un punto perdido, entre la seguridad y la conveniencia. A veces, parecía mucho más mayor.

—El Asno de Buridán es una paradoja que nos muestra la muerte por inanición de un burro, debida a su pasividad, ante la disyuntiva de elegir entre dos fajos de heno exactamente iguales. —bajó la mirada y prosiguió.—Como toda paradoja, esta, ridiculiza un hecho real en el que la indecisión ante dos elementos iguales nos paraliza. Tiene que haber una razón diferencial para

que algo pueda suceder.

Un público escéptico, dejó de prestar la suficiente atención a Adrián.

—Ahora se pondrá a hablar de coches—le susurró Angus a un Alfa sentado a su lado.

## EL PETISO OREJUDO

12 de octubre 2002  
Barcelona

Pilar Brausse conoció a Adrián como ponente, en un posgrado de la UB dirigido a mandos de los cuerpos de seguridad del Estado. Sus argumentos le parecieron extraordinarios. Afrontaba la labor policial desde una perspectiva sencilla, con unos ratios de efectividad altísimos. Recordó el aplomo con que un imberbe de diecisiete años se dirigía a un público tan experimentado.

—Cuando me percaté que el fundador del FBI era sobrino nieto del emperador Napoleón Bonaparte, supe que las casualidades son improbables y que la genealogía posee una esencia de pragmatismo, poco utilizada fuera de la curiosidad ancestral. Adopté el método y lo traspasé a la investigación policial.

Bebió una lata de Red Bull y prosiguió.

—Todo acto criminal proviene de unos ascendentes y provoca unos descendientes, los dos se producen por la existencia del acto criminal. Si no existe el acto criminal tampoco los actores, sean verdugos, víctimas o meros comparsas. Para que lo entiendan mejor les pondré un ejemplo. Parte del público que abarrotaba la sala, se removió en sus asientos.

—Cayetano Santos Godino, conocido por su apodo El Petiso Orejudo, fue un asesino en serie al que se le atribuyeron la muerte de cuatro niños, al menos siete intentos de asesinato, y el incendio de varios edificios. Fue

condenado y murió asesinado con cuarenta y ocho años en la cárcel. Todos estos acontecimientos ocurrieron a principios del siglo XX en Argentina. La relevancia del caso es la edad del sujeto; Su primer acto criminal lo realiza con siete años y es procesado por cuatro asesinatos con apenas quince años cumplidos. La pregunta es ¿Podrían haberse evitado estas muertes?

Estaban esperó unos segundos a que cada asistente respondiera para sí mismo.

—Por supuesto, claro que se podía haber evitado. Todos los actos criminales pueden ser evitados, el interrogante se sitúa en el cómo no en el qué. ¿Cómo consigue un niño de siete años acceder a un niño de dos? Su primera víctima, fue un niño más de la calle. Sus padres, originarios de Calabria, decidieron que la educación de su hijo correspondía a la calle y a las brutales palizas de un padre sifilítico y alcohólico. El Petiso Orejudo reconocía la miseria del barrio y de ese niño en cuestión. Hoy en día y tras casi cien años, todavía se producen actos de similar naturaleza. La investigación criminalística pasa por el análisis de la comunidad donde se produce el hecho y de las personas que participan en él. El estudio de los grupos sociales nos proporciona un conocimiento macro que lo convertiremos en específico en el momento de indagar sobre cualquier acto criminal. Les pondré un ejemplo, si observamos con detalle el comportamiento de los adolescentes, y su interacción con el entorno, podremos prever los posibles escenarios que se producirán en la comunidad los fines de semana y también en todo el territorio, objeto de nuestro interés. Ahora bien, si antes no hemos analizado, de igual manera, a todos y cada uno de los grupos sociales de todas las comunidades, la resolución de un conflicto o delito será costosa y muchas veces confusa.

La conferencia se alargó una hora más de lo previsto. En los ruegos y preguntas Adrián lidió con arte y sin amedrentarse.

No fue difícil arrebatárselo a los servicios de inteligencia. Pilar contactó con el ministro de interior y en dos días imponía sus condiciones en el búnker.

—Red Bull, comida de catering, habitación individual con cuarto de baño y una sala de veinticinco metros cuadrados a la que solo yo tenga acceso.

Fue el primero en llegar y todavía no había salido. La vitamina D disminuía en su cuerpo. Pálido y delgado miraba despacio.

En el cuartel de la UA su discurso sobre la paradoja del Asno de Buridán empezó a reducir algunos bostezos.

—Mi trabajo, es analizar lo que diferencia un acontecimiento de otro. Si no encuentro la distinción entre dos acontecimientos, es que son iguales. La igualdad produce parálisis diferencial. No podemos elegir, nos bloqueamos como el Asno y en vuestro caso estáis muertos.—Adrián hizo una pausa necesaria.

Los Alfas levantaron la vista. No querían morir.

—Los miembros de La Maternidad, son un universo social muy homogéneo. Las diferencias entre ellos son mínimas. Las matronas son sesentonas, con un pasado delictivo y un disfraz de abuelita cortado con el mismo patrón. Las analizaremos en último lugar. Adrián empezaba a recuperar su auditorio.

—Los distribuidores y los llamados Socios, como habéis observado, son todos mercenarios, de edades comprendidas entre los treinta y los cuarenta y cinco años. Comparten un pasado como militares en diferentes cuerpos de élite. Todos sin amigos, familiares o pareja. Nos centraremos en sus diferencias, y en sus similitudes. En las primeras encontraremos sus puntos fuertes, en las segundas sus puntos débiles. Otra lata de Red Bull desapareció en la boca de Adrián.

— Empezaré por sus puntos débiles.

Una segunda lata se desvaneció.

—Actúan bajo un mismo patrón, obediencia y disciplina. Una cualidad envidiable para cualquier grupo criminal. Por lo tanto, son predecibles. Primer punto débil.

—Llevan las mismas armas. Un grupo armado entrenado para matar y hábiles con las armas de fuego. Sabemos cómo contrarrestarlas. Segundo punto débil.

—Trabajan por dinero. No existe lealtad, valores ni ética, más allá de la muerte, su auténtica pasión. Tercer punto débil.

—De las fortalezas hablaremos más adelante. La comisaria me indica que es la hora de comer. Media hora y nos volvemos a encontrar.—todos se levantaron aliviados.

*Necesitas descansar.*

Adrián no tenía hambre, se dirigió al santuario. Se sentía triste. Añoraba las conversaciones con la doctora.

## UN REGALO SORPRESA

1986

Dieciséis años antes del 6 de julio

Barcelona

—¿Por qué crees que la gente te ve más joven?

—Tengo mi propia opinión, aunque me la reservo.

—Yo también tengo mis opiniones. ¿Quieres saber cuál es la mía?

—¿Sobre qué?

—Con relación a tu edad.

—¿Mi edad? No me interesa tu opinión. Sé la edad que tengo.

—Edad, que difiere de la que los demás consideran que tienes.

—Totalmente.

—¿Cuándo cumples los veintiocho?

—Un doce de septiembre. ¿Por qué?

—Para tener un detalle. Me gustaría regalarte alguna cosa.

—No hace falta que esperes a mi cumpleaños.

—¿Qué te haría ilusión?

—Una sorpresa.

—De acuerdo. Lo mantendré en secreto.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta el día que lo crea oportuno.

—Me gustaría saber que es.



—Es un secreto.

—No me gustan los secretos.

—¿Por qué crees que la gente te ve más joven?

—Yo también tengo mis secretos.

—¿Que te parece si los intercambiamos?

—¿Crees que me vas a convencer con una sorpresa?

—Es lo que intento.

—Depende de la sorpresa.

—Es una sorpresa, las sorpresas no se pueden cualificar.

—Pero sí cuantificar.

—Está bien. Es una pequeña sorpresa.

—¿Y me va a gustar?

—Claro.

—Si mi secreto no te gusta, quién me garantiza que recibiré mi regalo.

—Lo tengo en mi bolso.

—¿Qué es?

—Ya te lo he dicho, una sorpresa.

—Vale.

—¿Por qué crees que la gente te ve más joven?

—Porque su visión es ocular. Se basa solo en el sentido de la vista. Son incapaces de ver más allá de unas facciones o estatura. Se sienten realizados si aceptan los constructos culturales. Valoran el cumpleaños como un periodo de tiempo, cuando también deberían valorarlo como la suma de un todo; Experiencia, capacidad, actitud, resistencia, salud, aceptación, socialización y un conjunto de variables que sumadas. se alejan de la edad temporal.

—¿Cuántos años tienes?

—Alrededor de veintiocho, más o menos. ¿Mi sorpresa?

—Y si los convertimos en años temporales. ¿Cuánto serían?

—Preguntar algo que ya conoces es de necios. Quiero mi sorpresa.

—Aquí la tienes—la doctora depositó encima de mesa una pequeña cajita con un lazo azul en forma de flor.

—¿Qué hay dentro?

—Ábrela y lo sabrás.—empujó con suavidad el regalo en su dirección.

—Bonita presentación —abrió la caja y extrajo una piedra del tamaño de una goma de borrar. Incrustado en el centro se podía observar el fósil de un trilobites.—Gracias doctora, me gustan tus sorpresas.

—Y a mí tu sinceridad.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

—Eso depende de tus padres, Adrián. Al fin y al cabo, ellos piensan que tienes cinco años.

## TODOS A ESCENA

12 de octubre 2002

Barcelona

La comisaria Brausse entró en el santuario sin llamar. Adrián se encontraba adormilado con la cabeza hacia delante, a punto de caer.

—¡Despierta!—le gritó cerca del oído la comisaria.

Adrián saltó sobre su asiento y recuperó la compostura con un bostezo tapado. Extendió en alto los dos brazos hasta que la columna crujió.

—La delicadeza no es lo suyo, comisaria.

—Por supuesto que no.—Pilar se sentó en el suelo—Anda ven aquí a mi lado, desde abajo todo se ve mejor.

Adrián, obediente, se deslizó hasta el suelo y apoyó la espalda en la pared. No tenía esa flexibilidad de muchas mujeres de cruzar las piernas como un scalextric.

—¿Y bien?—preguntó la comisaria.

—De bien, poco.—contestó Adrián.—alguno de los escenarios que había previsto le provocaban un trastorno digestivo molesto.

Sustituyó su habitual Red Bull por una lata de cola.

—¿Cómo te encuentras?

—Me duele el estómago.—antes que pudiera seguir, Pilar le interrumpió.

—Vamos a dar luz verde al operativo para dismantelar La Maternidad, no me cuentes como está tu estómago; está podrido, con tanta mierda que bebes.

Cuéntame lo relevante.

—¿Conoce la teoría de escenarios? Se trata de una serie de complejos análisis para prever acontecimientos futuros.—Adrián mostraba su lado petulante.

—Te conozco a ti.—contestó impaciente la comisaria.

—No lo suficiente, creo.

—Te cuento Adrián, naciste en Segovia, hijo de Jacinto y de Mercedes. En tratamiento psiquiátrico desde los cinco años con la doctora Lucena, una eminencia en psicopatologías infantiles. Tus padres contactaron con ella, tras repetidos episodios, en los que asegurabas estar muerto. Descartada la psicosis infantil, la doctora te trató como si tuvieras el síndrome de Cotard. Con posterioridad, tras muchas pruebas y tratamientos fallidos, concluyó, que debido a tu nivel de inteligencia, activaste un mecanismo de defensa para no enfrentarte al aburrido mundo real. Tus padres te apartaron del circuito escolar. Estuviste un año en un centro para superdotados de Madrid del que, en tres ocasiones, escapaste. El último episodio, tuvo como resultado la intervención de la guardia civil. Con nueve años habías robado cien mil pesetas a una anciana senil. Soy un pobre huérfano viviendo en la calle—Pilar imitaba la voz aflautada de un niño llorón.—Durante una semana, la anciana samaritana te acogió en su casa y mientras te cocinaba sopas de ajo y sabrosos guisos, tú vaciabas su cartilla de ahorros en el cajero, tecleando del uno al cuatro. Te detuvieron mientras intentabas sacar un billete para Nueva York. ¿Quieres que siga?—Pilar esperó la respuesta.

—No, no hace falta comisaria. Observo cierta limitación en su historia, carece de imaginación—Adrián se levantó del suelo—y le sobra dogmatismo; un exceso, herencia de algún antepasado anglosajón.—Adrián daba vueltas sobre sí mismo, despacio.—La disciplina que exige, oculta su tendencia a evitar las opiniones del grupo. Si no es la líder no es nadie. Sin su cargo no es nada. Es usted una francotiradora de las ideas, comisaria.

*Adrián, no la conoces una mierda.*

—Aún así—prosiguió Adrián—le voy a explicar lo que vislumbro sobre acontecimientos futuros, más allá de su escasa visión.

Pilar dudaba en como terminar la conversación. Consideró, que algo de razón tenía el pequeño hijo de puta. Le dejaría disertar sobre el futuro.

—Adrián, tú eres el experto. Adelante, soy todo oídos.

— Necesitamos un líder comisaria.

—¿No me reconoces como tal?—preguntó sorprendida Pilar.

—¿Va a participar en el asalto a las cunas?

—Dirijo la operación.

—Desde el Búnker.

—Por supuesto. Igual que tu y el inspector Lluís.

—Comisaria, si quiere que el operativo sea un éxito. Si desea continuar al frente de esta unidad, necesita un líder en la calle. Y la mejor forma de identificarlo, es realizando un *test in basket*.

—Y tú me vas a explicar que coño es eso, ¿Verdad?

—Verdad.

Manuela y Lluís aguardaban en la sala de descanso. La comisaria les había asegurado que no pasarían más de unas pocas semanas para el pistoletazo de salida.

Pilar abrió la puerta y volvió a cerrarla por fuera, con cuidado para no despertar a Adrián.

—¡Manuela! ¡Reúne a todo dios!—gritó con fuerza—al que no aparezca en tres minutos le pegas un tiro.—Manuela esbozó una sonrisa cómplice de negación.

—No es broma, inspectora. Si no lo haces tú, te liquido a ti también. Pilar Brausse no mentía.

## VIAJES LOW COST

Verano del 2002  
Barcelona

La nave cumplía todos los requisitos que Pietro había solicitado al abogado. Dos excavadoras perforaron siete mil metros cuadrados de suelo para construir una planta subterránea oculta, futuro laboratorio y plantación de salvia.

En la planta baja, secadero, almacenaje, y cinco muelles para camiones. Dos hectáreas en una zona colindante, de invernaderos de manzanilla, menta y tila. Un letrero y un nombre, Herba, la convertían en una tapadera legal. Treinta y nueve hombres y un *boss*, Pietro Maceralli.

En pocas semanas la empresa Herba, con productos a un precio más que competitivo, se introducía en las pequeñas superficies y herbolarios de Cataluña.

En la planta subterránea, la producción de divina empezaba a generar ingresos. Barcelona era la prueba piloto. Pietro impuso el sistema de distribución.

—Internet ofrece más probabilidades que la calle, le decía Carlo.

Sin embargo, Pietro prefería las manos y el contacto piel con piel. La amistad, el engaño, la confianza, un batiburrillo de emociones que la tecnología nunca podría superar. Empezaron con adolescentes de trece y

dieciséis años. Un euro, un cristal. Un viaje de tres minutos alucinante. Un relámpago en el hipotálamo que teletransportaba a experiencias cercanas a la magia y a la fantasía onírica. Viajes *low cost*.

El cristal, una lámina minúscula, transparente y semirígida de escasos milímetros de espesor, se introducía debajo de la lengua, se deshacía al contacto con la saliva y su efecto era inmediato.

El Ruso tenía tres productos más en la casilla de salida. Un lipstick, un colirio y unos taponos para los oídos. Podían esperar.

De mil cristales, pasaron a cinco mil. Una dosis, un euro al día, sostenible para un colectivo cargado de hormonas e inconsciencia.

Las tribus poligoneras, de cuerpos y coches tuneados, no tardaron en asumir, con avidez, su condición. Arrasaron con las existencias. Desplazaron a los adolescentes fuera del circuito. El precio había subido un quinientos por ciento.

Escenas fantasmagóricas y surrealistas sucedían de madrugada en los alrededores de las principales discotecas de Cornellà, Badalona y Poblenou.

Los más desfasados se tomaban dos o tres de golpe. El efecto era más intenso y duradero. Así lo describía uno de los hombres de Pietro.

—Un tío sin camiseta, fibrado al máximo, se tomó diez cristales de golpe. A los dos segundos fue hacia su coche y del maletero sacó un revólver. La mara se apartó por instinto. El tipo se quedó mirando el arma unos minutos, sin moverse. La baba le caía por la boca mientras acercaba su dedo al gatillo. Levantó su brazo hasta ponerse el cañón a la altura de la sien. La peña le animaba a que disparaba. Yo me alejé sin dejar de mirar.

—¿Se mató o no?—preguntó Pietro con preocupación. Una droga que te llevaba al suicidio inmediato, no era negocio.

—No, *boss*. Pasados unos minutos rato dejó el revólver en la guantera. Al día siguiente le vendí cinco dosis y le pregunté si había tenido un mal viaje. Ya sabe *boss*, por eso de cuidar al cliente. Me contestó que todo lo contrario, que había sido lo mejor que le había pasado en su vida.

—¿Te explicó por qué?—Pietro ahora sentía curiosidad.

—Sí y me acojoné un poco. El tipo estaba convencido que era Dios.

## SAFAREIG

12 de Octubre 2002

Barcelona

Pietro mandó construir dos laboratorios más. Se alejó de la gran ciudad. Compró diez hectáreas de terreno y a los alcaldes de Vilafont y Palardell, dos localidades de no más de diez mil habitantes, a la sombra de la montaña de Montserrat.

Alquiló dos plantas de oficinas en la zona alta de Barcelona. Herba crecía en facturación y cultivo. Contrató personal para los invernaderos de manzanilla y tila. Empezó a vender por palés. La policía municipal le traía la comida los días que se acercaba a Vilafont y Palardell para inspeccionar sus naves.

—Gracias agente, que tal los tres días en París ¿Le gustó a su mujer?— Pietro recalcó la última palabra. El policía municipal, asentía agradecido mientras volvía con su compañero a hacer la ronda.

Pietro degustaba el menú que le había traído del restaurante El Brou. Una antigua casa de comidas a la vieja usanza, a pie de carretera. Su dueña, preparaba la comida como su madre y su abuela. La antigua fábrica de escobas hacía años que estaba abandonada. Tiempos aquellos, cuando el fundador de la fábrica y amo del pueblo, acordaba menús de veinticinco pesetas de tres platos más café, copa y puro, para sus treinta empleados. Transportistas y viajantes esperaban en la barra, mientras los empleados de



don Tomás se levantaban, puntuales, a las dos.

La fábrica destruida por el incendio provocado por el Hereu tras la muerte del patriarca y la construcción de la autopista, condenaron a la casa de comidas Brou a una lenta agonía.

Pietro negoció con su dueña la gestión del restaurante. Renovó todas las instalaciones. Contrató camareros, cocineros, jardinero, personal de mantenimiento y limpieza. Un aparcamiento restaurado con líneas pintadas de color azul, indicaban al visitante que su coche no estaba en un descampado. Realizó una costosa campaña publicitaria en prensa, televisiones locales y revistas especializadas. Invitó a directores de empresa y gerentes de fundaciones.

El menú degustación constaba de siete platos e incluía caldos de Ribera del Duero. El jefe de cocina aprendía de la antigua dueña los secretos de la mal llamada cocina de autor. El Brou estaba de moda.

Dos negocios boyantes y un laboratorio produciendo al cien por cien le proporcionaba ingentes cantidades de euros. Herba y El Brou jamás tendrían competencia, eran un lavadero increíblemente eficaz.

Pietro se consideraba un hombre feliz. La familia Maceralli volvía a renacer. Había abandonado Nápoles, una ciudad desagradecida; En Barcelona la gente le respetaba. Los sábados acudía al casino y dormía en el hotel Ars. La suite japonesa, un apartamento de doscientos metros cuadrados, era la elegida para follar sin descanso con Anna.

## IMPROVISACIÓN

12 de octubre 2002

Barcelona

—La primera hora es fundamental.—la comisaria se dirigía a un auditorio expectante.—La intervención de los equipos será simultánea, ni un segundo, antes ni uno después. La inspectora Manuela asignará las parejas.—la comisaria se alejó del atril.

—Alfa uno con el dos. Alfa tres con el cuatro...—y así hasta que Manuela los agrupó en veinte unidades de ataque.—Tenéis un único objetivo: Las cunas.

Manuela se desplazó a la izquierda para dejar paso a la comisaria Brausse.

—Las instrucciones son claras. Eliminar cualquier amenaza. Dos por cuna, suficientes para cargaros a cualquier persona, animal o cosa que se mueva después de los obligatorios avisos de ¡Policía! ¡Al suelo! ¡Policía!—los Alfás no deseaban cabrear a la comisaria.

—No quiero pretextos. No quiero fallos. La sincronización está a cargo del inspector Lluís. Estar en contacto con él o yo misma os reviento a hostias.—tras una pausa añadió—¿Alguna pregunta? ¿No, verdad? Pues, a ganaros el sueldo.

Angus y Jaime formaban la unidad tres. Fue la primera en salir. Su objetivo era la cuna situada en la calle Enrique Granados.

Circulaban despacio en un Ford Mondeo del 94 de color azul oscuro. El reloj del salpicadero marcaba las cinco cero seis. Barcelona ni amanecía, ni oscurecía; dormía.

El cielo sobre la ciudad tenía un matiz más apagado, los colores se difuminaban con la luz de las farolas y la humedad. La radio estaba en silencio, debían esperar casi una hora para recibir instrucciones.

A Angus, el inspector Lluís le caía muy mal.

—Unidad tres, indique posición.—la voz de Lluís surgió de la emisora.

—Calle Muntaner, entre Bigai y Reus—respondió Jaime.

—Unidad tres, al llegar a la Diagonal, detenga el vehículo y manténgase a la escucha.

Angus continuó con el pie en el acelerador, a medio gas.

—.... un carro pasa muy despacito por la avenida, no tiene marcas pero to'os saben que's policía.—Jaime tarareaba la conocida canción.

—Muy oportuno Jaime. No sé por qué me entristece el final. No debería morir así.

—¿Cuál de los dos? ¿El chulo o la prostituta?—preguntó Jaime.

—Qué importa. Dos desgraciados que en vez de estar unidos se matan entre ellos.

—Ya, sin embargo el protagonista es Pedro Navajas. Un poco de consideración a la estrella.—Jaime prosiguió con la canción—... Usa un sombrero de ala ancha de medio la'o y zapatillas por si hay problemas salir vola'o, lentes oscuros pa' que no sepan que está mirando, y un diente de oro que cuando ríe se ve brillando.

No cantaba mal.

*El rey del karaoke, seguro.*

Angus detuvo el vehículo en la esquina indicada por Lluís. El reloj marcaba las cinco cero nueve. El operativo se desarrollaba con lentitud. Sincronizar veinte equipos en distintos puntos de la ciudad, sin apoyo, no era fácil.

Un golpe en la luna trasera pilló de sorpresa a los dos Alfas. Angus fue la más rápida en salir del vehículo. Jaime se situó delante para cubrir el frontal. Alguien había lanzado un rollo de papel higiénico mojado. Angus apartó sin mirar los restos de papel y agua. Jaime comprobó, con la mirada en las ventanas del cercano Hotel President, cualquier movimiento.

Algún turista borracho.

No se molestaron en informar. Angus adelantó unos metros el coche.

—Joder con los guiris.

—Jaime, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Tú dirás.

—¿Por qué dejaste tu antigua unidad?

—¿Y eso? ¿A qué viene?—Jaime estaba molesto, la broma del papel higiénico le había hecho desperdiciar adrenalina. No estaba dispuesto a volver a alterarse y menos con su compañera.—Lo siento Angus, preferiría no hablar, me ayuda a estar concentrado.

—Jaime, ponme con la comisaria—Angus miraba por el retrovisor.

—¿Qué ocurre?—preguntó su compañero.

—Que no creo en las casualidades. Mira el cristal.

Jamie giró el cuello para observar una marca azul donde había impactado el rollo de papel. Esa marca no estaba antes. Agarró con rapidez el micro de la radio.

Lluís permanecía sentado frente a Manuela. Debían controlar las cámaras correspondientes a las rutas que tuvieran preestablecidas los vehículos.

Observaban la unidad tres.

—La unidad está marcada, comisaria. Han salido del vehículo en posición correcta tras el impacto.—Lluís visualizaba la escena a través de las imágenes que captaba la cámara de seguridad del Hotel President.

—¿Tiempo de reacción?—preguntó la comisaria.

—Trece segundos Alfa 5, quince segundos Alfa 6.—respondió Manuela.

—La unidad tres, solicita hablar con usted.—Lluís esperó instrucciones.

—¿Tiempo?

—Seis segundos, comisaria.—Manuela controlaba con precisión el cronómetro digital.

—Comunica a la unidad tres que no es posible.

Lluís obedeció. La respuesta llegó tras doce segundos.

—La unidad tres, confirma impacto y marca.—comunicó a la comisaria.

—Lluís, silencia la unidad tres hasta las seis cero cero.

Pilar se reclinó en su asiento. El amanecer no tardaría en llegar. Angus mantenía su posición nerviosa.

—¿La radio no funciona?—preguntó a su compañero.

Jaime manipulaba los diferentes botones como un experto.

—Sí funciona, pero la comunicación está rota. Es como si se hubiera caído el repetidor. Tendremos que esperar, seguro que en unos minutos

recuperamos la frecuencia.

—¿Y con las otras unidades?—insistió Angus.

—La frecuencia es la misma, aún así no podemos hablar entre nosotros. Toda comunicación debe pasar por el Búnker.

—Vale, les damos diez minutos, si en ese tiempo no hemos recuperado la comunicación tomaremos una decisión.—Angus se mostraba satisfecha con tomar la iniciativa.

—¿Diez minutos?—Jaime iba a cuestionar cualquier acción que no viniera de un superior.—¿Y por qué no quince o treinta? Esperaremos a recuperar el control de las comunicaciones. Nuestras órdenes han sido claras. Esperar aquí y manteneros a la escucha. Y eso es lo que vamos a hacer.

—Muy bien, Jaime. Sin embargo, existe una orden anterior y más importante que indica que a las seis debemos entrar en la cuna y desmantelarla. Crees que la comisaria estará de acuerdo en que la avería de una radio sea justificación para mandar a la mierda toda la operación.

—No se trata de joder nada ni a nadie. Somos policías Angus, ni gestores ni mandos. Obedecemos órdenes y hacemos el trabajo lo mejor que sabemos y podemos.—Jaime intentaba evitar un enfrentamiento más allá de la dialéctica.

—¿Y quedarnos esperando, en una esquina donde nos han marcado como a cerdos que van al matadero, es hacer bien el trabajo? ¡No fastidies!—Angus empezaba a perder la paciencia.

—Si tienes miedo, salgamos del vehículo, seremos más visibles y más fáciles de eliminar. La marca que ves en el cristal es producto de tu imaginación. No es una marca Angus, lo más probable es que sea una mancha, provocada por la acción de algún producto de limpieza de la taza del retrete.

—Pero...—Angus pareció dudar.

—No hay marcas, ni nadie que nos esté siguiendo o sepa de nuestra situación. Se trata de una broma de algún niño o de un borracho, o ambas cosas.

Angus respiró hondo. Los argumentos de Jaime no carecían de lógica.

—Aún así, creo que pasados esos diez minutos debemos retomar la conversación. Mientras, si no te importa voy a limpiar la mancha del coche.

Ambos bajaron del vehículo.

Jaime vigilaba y Angus intentaba sin éxito eliminar el tinte azul del cristal. Volvieron al interior del coche.

—¡Cago en la puta! Puta tinta de los cojones, no se va. Se ha extendido por toda la luna trasera. ¡Joder!

Jaime observaba a su compañera. Decidió no intervenir. Cualquier palabra podría romper la rutina Frustración-Explosión-Aceptación.

Se mantuvieron en silencio durante unos minutos. Angus mascullaba entre dientes y Jaime, sin perder de vista los dos lados de la calle, repasaba los países de Europa. Retenía en su memoria la ruta que algún día recorrería en moto. Barcelona, París, Ámsterdam, Berlín, Varsovia, Praga, y Atenas. Quince días de los que no disponía, una moto que no había comprado y dinero que jamás ahorraría. Los sueños son para no cumplirlos. Demasiado bonito Jaime.

Retomó el control de la radio.

—Nada, esto no funciona.—lo dijo en alto. Intuía que otra frustración no era lo más adecuado, pero los hechos hay que afrontarlos.

—De acuerdo, Jaime, tienes razón. Esperaremos nuevas órdenes.—Angus se mostraba tranquila y razonable. No era así.

Sin mediar palabra salió del coche. Se dirigió a la parte de atrás. En la mano derecha sostenía, en posición kubotán, su bastón extensible. De un salto se situó encima del maletero. Con su rodilla izquierda apoyada, golpeó el cristal con la punta del bastón, una sola vez. La luna se resquebrajó en cientos de cristales, unidos por alguna ley física. Ya incorporada y sin bajarse del maletero, golpeó con su pierna izquierda hasta desplazar el bloque de vidrio al interior del coche.

Jaime observaba atónito la escena. Había descendido del vehículo atento más al entorno, que a los movimientos de su compañera, pese a que era imposible no admirar la rapidez, la fuerza y el silencio con que Angus había destrozado la luna trasera del coche.

—Ahora ya podemos esperar órdenes. Si nos quieren identificar no será por una puta marca.

Jaime, intranquilo ante la impulsividad de Angus, recelaba de una compañera tan explosiva. que sin embargo, ahora se mostraba relajada.

—Entonces, que propones.— le preguntó Angus sonriente.

—Nada, ya te lo he dicho.—contestó Jaime, molesto.

—Algo tendremos que hacer, digo yo. Los minutos pasan y aquí nadie da señales de vida. Deberíamos movernos. Llevamos mucho tiempo en la misma posición y el reloj avanza.

—De aquí tan solo nos mueve Dios o la comisaria. ¿Has entendido?

—Yo sí, pero tú no. Primero que Dios no mueve ni el culo para ayudar, y segundo que la comisaria nos va a freír a hostias como no asaltemos nuestra cuna.

—¡Angus!—gritó Jaime —¡Cállate o el que te va a pegar una hostia voy a ser yo!

No pudo evitarlo. Intentó disculparse. Ya era tarde. Angus había desenfundado su arma. Apoyaba el cañón junto al cuello de su compañero. El hierro estaba frío y los ánimos no.

—La próxima vez que me amenaces, te meto una bala en tu puta cabeza de cabrón.—la voz firme y el tono, demostraban experiencia. No era la primera vez.

—Vale, vale. Tranquilízate.

Intuía que no iba a disparar, después de todo, había quedado claro que su compañera sabía manejar las agresiones.

—Lo siento, de verdad. Estoy nervioso y la he pagado contigo. Perdona si te he gritado.—hablaba sin miedo, lo que no impedía, que el cañón apoyado en su garganta, le atenazara la voz.

Angus guardó su arma. Respiró hondo. Puso las manos en el volante y apretó el acelerador a fondo. A ella, nadie le grita.

Las ruedas chirriaron sobre el asfalto. Jaime miraba al frente en aparente sumisión.

—¿Dónde vamos?—preguntó nervioso.

— En cuanto te lo diga lo sabrás. Mira la radio a ver si ya funciona.— Angus habló bajo, sin resquemor.

Jaime comprobó por enésima vez que la comunicación por radio estaba muerta. No había instrucciones específicas para esta situación. Le disgustaba la improvisación, en su antigua unidad, todo estaba medido y calculado. Hasta el vuelo de un mosquito podía inclinar la balanza hacia el desastre.

—A riesgo de que me vuelen los huevos, te diré que debo saber a dónde nos dirigimos.—insistió Jaime.

—¿Por qué tendría que decirte nada?—Angus no apartó la mirada de un Citroën blanco que circulaba delante.

—Soy tu compañero, te guste o no.

—Fíjate en el coche que tenemos enfrente y deja de decir estupideces. Ya sé quién eres y ahora ya sabes quién soy yo.

—No veo nada extraño.—Jaime intentó descubrir que tenía de inquietante un utilitario conducido por un hombre normal y corriente.

—¿No ves nada? Pues yo tampoco. Saca la cereza, vamos a pararlo.

—¿La cereza? No te entiendo.—Jaime permaneció sin moverse, desconcertado.

—La cereza, el pirulo, el rotativo. ¡Las luces, coño!—gritó Angus impaciente.

*Su mamá es argentina.*

Adelantaron al coche y mientras Jaime ponía en el techo la torreta de luz azul, Angus de un volantazo se situó delante del coche de un sobresaltado conductor. Los dos Alfas bajaron del vehículo. Mientras Jaime se situaba en el exterior de la calzada, Angus con la placa visible colgada del cuello, indicó al conductor que abriera la ventanilla.

—Buenas noches señor. ¿Me permite su documentación y la del vehículo? El hombre pareció dudar.

—Perdone, ¿Quiénes son ustedes y por qué me han obligado a detenerme?

—Como puede ver en mi placa—Angus la señaló con el dedo—soy policía igual que mi compañero y el motivo de pararle es, como le he indicado, cotejar su documentación y la del vehículo que conduce. Su coche corresponde al modelo y color de una investigación en curso. Ahora, si es tan amable, en cuanto comprobemos sus datos podrá circular sin ningún problema.

El hombre accedió sin rechistar. La chica era amable y aunque jamás había visto una placa de policía, pensó que era mejor colaborar. Los dos cubatas que se había tomado en el puticlub Riviera no eran razón para que le detuvieran. La prostituta parecía mayor de edad.

Angus se acercó a su compañero con la documentación en la mano.

—¿Qué coño estamos haciendo Angus? ¿Se ha ido la cabeza o qué?— Jaime miraba receloso en todas direcciones.

—Estamos esperando a que la radio vuelva a hablar. Mientras, nos entretenemos dando el cante, ya que, a mi parecer, nos han localizado hace rato.—miraba con aparente interés los papeles del vehículo.—Algo huele mal Jaime, y no pienso quedarme como una imbécil sentada en el coche a la espera de una llamada.

—No veo que ventaja ves en exponernos así.—replicó Jaime.

El tráfico empezaba a incrementarse poco a poco.

—Exacto, ¿Quién se va a fijar en la luna rota de nuestro coche?

Durante quince minutos, los dos Alfas permanecieron a la espera de una comunicación que llegaría a las seis en punto.



Pilar hizo caso omiso de la invitación a un café de puchero. Qué a gusto saldría a tomar un verdadero expreso.

—Acabemos con esto. ¡Ya! —la comisaria rompió el silencio y levantó algunas cabezas somnolientas.—Lluís, diles que vengan al Búnker.

Todos los Alfas se mantenían atentos a cualquier cambio. Las cámaras no habían dejado en ningún momento de enfocar a sus compañeros. Tenían un día por delante para analizar y corregir cada uno de sus movimientos. Ser conejillos de indias era una putada. Pilar se dirigió a la sala. Ya tenía nueva líder en las calles de Barcelona.

## ANITA Y DIOS

12 de octubre, 2002

Barcelona

Anita estrenaba peinado y ropa interior. Escogió un conjunto de Carine Gilson confeccionado a mano con seda de Lyon y encaje de Calais, que Pietro le había comprado en Marini, una exclusiva boutique de Roma.

Se veían en secreto, a escondidas, sin presencia de extraños o conocidos. El hotel Ars era su nido de sexo. Desde su primer encuentro en el bufete de Grañé & Asociados, no habían dejado de verse cada vez que Pietro volvía de Nápoles.

Al final Pietro se instaló en Barcelona y Anita disfrutó del lujo y el sexo. Eran amantes. Pietro le vendó los ojos con un pañuelo rojo.

—Estás espectacular Ana. Hoy quiero jugar a médicos.

—Como quieras, me encantan tus juegos.—respondió Anita complaciente.

—Primero, bébete esto—Pietro le acercó un recipiente del tamaño de un dedal con tres pastillas minúsculas flotando en una base de aceite.

Tumbada sobre la cama, rozaba con suavidad sus piernas entre sí mientras tragaba obediente el contenido, con un fingido deleite. Pietro colocó con delicadeza dos electrodos en la cabeza de Ana, a la altura de las sienes. Los cubrió con un gel transparente y una gasa. Los electrodos estaban conectados a una batería de diseño profesional. Único contenido de un maletín, que Pietro manipulaba con precisión.

La aguja estaba situada en el cero, tenía que llegar a 130 durante un máximo de medio segundo.

Si se pasaba, Anita podía caer al suelo vomitando y sangrar por los ojos, o mearse y cagarse encima. Pietro había practicado con algunas putas durante semanas. Quería disfrutar con Anita sin sorpresas. Ajustó a 120 y soltó. Ana estiró su cuerpo hasta la recta perfecta. En treinta segundos sus manos y pies temblaban sin control, en un baile frenético de espasmos. Poco a poco, el cuerpo de Anita tensado hasta el infinito, se relajó. Dejó de respirar. La boca y los ojos abiertos le daban un aspecto penoso.

De pronto, en un espasmo catatónico, aspiró con fuerza todo el aire de la habitación. Pietro retiró los electrodos de la cabeza de Ana. A continuación le introdujo una pastilla debajo de la lengua, que al contacto con la saliva se disolvió al instante.

Durante los siguientes cuarenta minutos, Anita fue Dios.

## PRIMER ACTO

1 de noviembre 2002

Barcelona

La calle Balmes desciende desde las faldas del Tibidabo hasta los alrededores del barrio del Raval. Una arteria que comunica los ricos con los pobres. Arriba, en lo alto, se sitúan los colegios dónde acuden los niños de la burguesía catalana. Brillantes autobuses escolares, coches de las marcas Mercedes, Lexus y escúteres conducidos por mujeres y hombres estupendos, abarrotan, hasta el colapso, el Paseo Bonanova, Ganduxer, y cualquier calle o avenida que confluya en la zona pija de Barcelona.

Abajo, cerca del centro, los visitantes se unen con los trabajadores en un curioso ir y venir de razas diferentes y diferenciadas. El Raval palpita, tiene vida porque sus habitantes necesitan el movimiento para sobrevivir. Sus calles estrechas y sus casas pequeñas, con poca luz natural y falta de ventilación, invitan a la vida en la calle. Es una entrada gratis a la charla distendida, al café de pared o si el tiempo lo permite a la silla plegable al lado del portal.

La familia Stutz salía del restaurante con el estómago lleno en dirección a su hotel. La recepcionista, les había recomendado el lugar por sus sabrosos almuerzos y la exquisita atención del personal. La pequeña, de siete años, relamía con la lengua el caramelo que se le había pegado en los dientes. Le gustaba Barcelona y la crema catalana. Caminaba con sus padres por la calle

Tallers.

Primero sintió el crujido, luego un dolor casi inexistente por su intensidad, seguido por una explosión y el silencio. La pequeña cabeza de Íngrid Stutz estalló en rojo viscoso.

*Ya no comerás más caramelos.*

Desde un Audi A3 blanco, dos hombres disparaban sus rifles automáticos en una ráfaga constante. Detrás de la familia Stutz, Pietro y Anita se arrastraban por el suelo. Pietro se cubrió con el cuerpo inerte de la niña, en un intento de protegerse de las balas. Anita gemía con los ojos cerrados. Una bala rebotada le había atravesado el carrillo y destrozado la dentadura. El proyectil estaba en su lengua y ardía como el chocolate hirviendo. No podía escupirla.

Tres de los hombres de Pietro estaban muertos, Telmo era el único guardaespaldas que había sobrevivido al ataque perpetrado por los hombres de Mariano. Descargaba la munición de sus armas sin ocultarse. De pie y con los dos brazos adelantados disparaba sin pestañear con un Colt Anaconda en cada mano. Su objetivo, el conductor. Muerto.

Con suavidad colocó dos nuevos cargadores. Un testigo relató que el coche blanco, sin control, se estrelló contra el escaparate de la peluquería. El hombre que ocupaba el asiento de atrás no pudo abandonar el vehículo. Muerto.

Desde el asiento del copiloto salieron ráfagas sin dirección, una mujer y un vecino del primer piso cayeron al suelo. El hombre de los Anaconda, se acercó y apretó los gatillos hasta el clic. Muerto.

Telmo retrocedió, ayudó a Anita y a Pietro a levantarse. Un BMW entró con velocidad y los recogió. Giraron por Valldonzella, una calle estrecha atestada de turistas. Los que no se apartaban caían. El coche subió por Casanova hasta perderse por las calles del ensanche. Minutos más tarde, el vehículo se detuvo en la calle Sepúlveda, Anita y Telmo descendieron del coche. Pietro ni tan siquiera se despidió. El BMW se alejó despacio sin llamar la atención. No les sobraba el tiempo.

## SEGUNDO ACTO

1 de noviembre 2002  
Barcelona

Las piernas de tres hombres se doblaron. Sus cuerpos cayeron inertes al suelo, a plomo, sin un grito. Siempre acudían a la misma cafetería, entre los tres llevaba las finanzas de las empresas de Pietro. Jóvenes de buenas familias, recién salidos de ESADE, hijos y nietos de fortunas ganadas con el estraperlo, el contrabando y la corrupción. Criados en la opulencia y el desprecio. Educados en colegios privados y casados con estupendas mujeres adoradoras de Cartier. El abogado Ferrán Grañé se ocupó personalmente de colocarlos en las empresas de Pietro. Eran buenos chicos y tenían una gran oportunidad de aprender el oficio.

*Ups*

Desde el mostrador de la panadería, dos camareras observaban con estupefacción el vuelo de cristales y sangre por el aire. Oyeron el traqueteo seco de las armas automáticas. Una de ellas miró hacia la puerta. Tres impactos acabaron con su curiosidad. Uno le atravesó el hígado, otro le reventó el pómulo derecho para alojarse en el cerebro y el tercero le destrozó el esternón y la columna.

Su compañera tuvo menos suerte. Doce balas impactaron en su cuerpo. Ninguna mortal. Mientras se desangraba vio como uno de los asaltantes

apoyó el cañón de la pistola en su frente y disparó.

De nada les sirvieron las doce horas de trabajo diario. Ni el sueño español de pensar en un futuro alejado de la miseria. Sus parientes al otro lado del charco, echarían de menos los euros que enviaban una vez al mes y con el que vivían varias personas.

Dos chicas nuevas las reemplazarían en pocos días. Los clientes preferían la comodidad y el buen precio al miedo. En unas semanas todo volvería a la normalidad.

Sin embargo, Pietro se había quedado sin contables.

Los cinco asaltantes, a cara descubierta, y armados con pistolas ametralladoras Mac10, subieron a un Seat Toledo. Bajaron por la calle Numancia hasta Plaza España. Los soldados italianos, bajo el mando de Adela, abandonaron el vehículo en la carretera de Sants.

## TERCER ACTO

1 de noviembre 2002

Barcelona

La Atalaya es un edificio situado en la intersección de Avenida Diagonal con Avenida de Sarriá. Zona de ambulancias. Con un gesto del conductor, activan sus sirenas y atraviesan los doce carriles de la gran arteria, que da entrada y salida a la Barcelona del sur. Luis, el conserje del edificio repasaba en silencio las propinas de la mañana. Miserias.

Los años, en los que en la última planta estaba el restaurante, el teléfono interno no paraba de sonar. Platos calientes y fríos, iban de los fogones a la puerta de doña Irene o de los Vendrell. Ron añejo para don Jaume, el médico del quinto. Tabaco y bandejas de jamón de jabugo, para el futurólogo del piso dieciséis. Todo era propinas y comisión. Tiempos felices que ya no volverían.

Observaba con curiosidad las nuevas monedas de euro. Le recordaban a los francos franceses. Tras un murmullo casi imperceptible, se deslizaron entre sus dedos para caer sin ruido en la moqueta del suelo. Un corte profundo en la garganta le había cercenado la yugular. El operario que había entrado, minutos antes, para arreglar el ascensor, era un maestro de las armas blancas. Marco, el mercenario a las órdenes de Mariano, ocultó el cuerpo bajo el mostrador. Accionó el bloqueo de las puertas y se dirigió a las escaleras.

Los tres primeros pisos del edificio correspondían a oficinas. Situado en la



primera planta, debajo del letrero Herba, una cámara y un interfono eran, en apariencia, las únicas medidas de seguridad la empresa. Los guardaespaldas de Carlo, sabían que no. Todos los días, pasados unos minutos de las tres de la tarde, el personal administrativo salía por esa puerta para ir a comer.

La secretaria de Carlo fue la primera en caer. Marco, apartó de un empujón a sus dos acompañantes, necesitaba el hueco para eliminar a uno de los guardaespaldas. Sorprendido y sin tiempo para reaccionar, el sicario de Carlo no pudo alcanzar su arma, un puñal le atravesó el corazón.

Marco retrocedió para eliminar los dos testigos que ya habían alcanzado las escaleras. Para entonces, Carlo y Dana aún no eran conscientes de lo que estaba sucediendo. Un segundo guardaespaldas sí. Desenfundó su arma e indicó a la pareja, la necesidad de escapar por la salida de urgencia. Los dos huyeron sin preguntar. El escolta esperó tras la puerta del despacho para cubrirles la huida. Un cuchillo le perforó la tráquea. Carlo iba delante sin mirar atrás, corría desesperado por el pasillo interior. Dana corría detrás con un arma cargada y el brazo extendido. Una bala atravesó la nuca de Carlo.

Dana pisó con rabia el cuerpo de su amante. Sin detenerse limpió de huellas de la pistola y la arrojó al suelo.

—...šupak!—exclamó con asco.—mientras bajaba las escaleras con rapidez.

Guillermo aguardaba con el coche en marcha. Dana le había pedido que la recogiera puntual en la sede de Herba.

Interpretó la traición de Dana con excitación, sus razones tendría. Deseaba estar con su amante más que nada en el mundo. Estaba cansado de esconderse de todos y de nadie. Anhelaba disfrutar de su boca y su sexo, en exclusiva. La muerte de Carlo le abriría el camino.

Dana le gustaba, Barcelona le gustaba. Su vida necesitaba un cambio. Hoy, hablaría con ella de un posible futuro juntos.

Los dos se alejaron del edificio por la calle Déu i Mata en un Nissan Micra de color rojo.

## UNA CIUDAD PARA VIVIR Y MORIR

1 de noviembre 2002  
Barcelona

La alarma sonó por todos los rincones del búnker. Los cuarenta Alfas se reunieron en el punto de acción en menos de un minuto. La comisaria celebró que se batiera el récord fuera de un simulacro.

La situación era crítica, tres actos violentos se acababan de producir en diferentes barrios de Barcelona, al menos doce muertos y un número indeterminado de heridos. Pilar empezó a dirigir su unidad. Lanzó a su líder a la calle. Angus descartó como compañero a Jaime. Más que un compañero, necesitaba un buen conductor. Eligió a una caporal de los Mossos que poseía una agilidad sorprendente y unos reflejos envidiables. Había participado en las olimpiadas de Barcelona con el equipo de atletismo. Tras retirarse, con treinta años ingresó en la academia de los Mossos d'Esquadra. Durante ocho años patrulló por las calles de Barcelona. Conocía la ciudad como nadie.

Desde su coche, Angus ordenó enviar una unidad al barrio de Les Corts y otra a la calle Tallers.

—Nosotras vamos a La Atalaya.—le indicó a su conductora.—A toda leche.

Luces, sirena y acción.

La comisaria les había dejado claro que eran una unidad de intervención,

con licencia para controlar, con cualquier método, diferentes actos criminales que el ministerio de Interior identificara como de alto riesgo para la ciudad.

Barcelona con diez distritos y más de un millón y medio de habitantes era la prueba piloto. Un territorio alargado, entre dos ríos, dos pequeñas montañas y el mar. Una población heterogénea en la que más de un tercio no habían nacido en Cataluña y un seis por ciento provenía de Europa, América, Asia y África. Una ciudad ordenada, turística, pegajosa en verano. Una urbe ruidosa y por esencia, latina y mediterránea. Una ciudad para vivir y morir.

Mientras su compañera esperaba en el coche, Angus observó el cadáver del conserje. Hubiese preferido que no hubiera sangre, el olor a óxido le hacía vomitar. El edificio estaba rodeado de cuerpos de seguridad. Tras identificarse habló con un teniente que estaba al mando de la investigación. En un minuto regresaba con el modelo, color y matrícula de un coche y la descripción de una mujer.

Angus comunicó por radio los datos a Adrián.

—Necesito que me indiques dónde se encuentra.

—Treinta segundos.—Adrián agrupaba las imágenes de las cámaras de tráfico de toda la ciudad con las de bancos, cajas de ahorros y entidades privadas. El algoritmo funcionaba a la perfección.—En estos momentos está en Provença con Villaroel.

—Unidades cinco y siete dirigíos a la dirección indicada y seguid la posición a través de Adrián.

—No tan rápido, Alfa uno. ¿Ningún testigo te ha informado de nadie más que saliera del edificio?—preguntó Adrián.

—Negativo. Una mujer, un coche rojo, ningún dato a añadir.—cortó la comunicación.

—¿Estás completamente segura?—insistió Adrián.

—¡No me jodas!—gritó Angus.—Averígualo tu mismo.

—Vale, vale. Ya me ocupo yo.

Adrián cortó, molesto y preocupado, la comunicación.

Angus mantenía el equilibrio. Al volante, su compañera evitaba los semáforos, subiendo por las aceras y golpeando algunos coches. Los frenazos y acelerones eran constantes. Le pareció que un motorista caía al suelo. No lo pudo comprobar. El coche giró derrapando por la calle Provença y se detuvo en el chaflán con Pau Claris. Supéralo Fangio.

Bajó del coche con un Colt CAR 15 en la mano derecha, un arma difícil de

clasificar, ya que pese a su pequeño tamaño, en realidad se trata de un fusil de asalto. Cada Alfa, poseía un equipamiento único. Angus eligió, además del fusil, una pistola semiautomática Sig-Sauer P 226 y un mini revólver 22 Magnum.

El Nissan Micra de color rojo se encontraba aparcado en la zona reservada a carga y descarga. Su compañera también había bajado del coche, situada a tres metros por delante de Angus exploraba el perímetro mientras ella la cubría. Movía la cintura en todas las direcciones con el arma preparada para disparar. Angus se acercó prudente hasta situarse en la trasera del Micra. Apoyaba la mejilla en su fusil mientras avanzaba despacio e intentaba comprobar el número de ocupantes del vehículo. En su interior, se distinguía la cabeza y los hombros de un hombre sentado al volante. El parabrisas delantero estaba cubierto por un parasol con la imagen de un refresco, con más color que vitaminas.

Gritó con fuerza, para sorpresa de los pocos transeúntes que todavía no se habían percatado del operativo. Angus continuó con las advertencias. Su compañera estaba situada a la altura de la ventanilla trasera. El hombre permanecía con las manos al volante. Angus no dejaba de apuntar a su cabeza desde la ventanilla trasera contraria. Comprobó que nada ni nadie ocupaba los asientos traseros ni el del copiloto.

Su compañera levantó el puño en alto. Nadie más. Angus continuaba avisando al conductor que sacara las manos por la ventanilla, sin obtener respuesta. No podía verle la cara.

Las unidades cinco y siete, llegaron al lugar. Cuatro Alfas bajaron de sus coches y apuntaron con sus armas a tejados, ventanas, curiosos.

—¡Policía! ¡Todo el mundo al suelo!

Varios vecinos se mantenían en sus ventanas sin cerrar y alguno con medio cuerpo fuera.

A través del espejo interior, Angus vislumbró un revólver en la mano del hombre. Angus pensó y vació el cargador de su arma en la cabeza del conductor. Era una excelente tiradora. Guillermo presentaba seis impactos de bala en la nuca y un corte en el cuello de veinte centímetros. Introducido en la boca, su pene cercenado y sangriento, indicaba venganza. Su mano derecha, unida al volante con cinta aislante, apretaba las cachas de un revólver. Dana hacía tiempo que no se encontraba en el coche.

# BUM

1 de noviembre 2002  
Barcelona

Una llamada del ministro de Interior, puso el orden preferencial de la UA. Primero, detener el reguero muertos y heridos que yacían en las principales calles de Barcelona. Segundo, anular, con cualquier método, acciones que pudieran causar actos criminales de la misma índole. Tercero, restablecer el objetivo primario de la UA, es decir, dismantelar La Maternidad.

Para cumplir con eficiencia las órdenes, Pilar había dividido a la UA en dos grupos. El primero, al mando de Angus, se encargaba de localizar, arrestar o eliminar a los miembros de las diferentes bandas criminales que estaban aterrorizando la ciudad. El segundo, comandado por Manuela tenía como objetivo la anulación simultánea de las cunas de La Maternidad.

Lluís desde el búnker debía coordinar todas las acciones de los dos equipos. Adrián por su parte, analizaba todos los datos e informaba sin descanso. Pilar fue concisa y clara.

—Ante la duda, antes de preguntar, disparad.

Manuela se adentró en la vivienda al grito de:

—¡Policía! ¡Al suelo!

Un Alfa, detrás de ella, comprobaba las habitaciones que iba dejando a su

paso. Al fondo, acurrucada en un rincón del pasillo, una mujer mayor, esperaba sin resistencia la detención. Coordinados por Lluís, todas las cunas habían sido asaltadas en el mismo minuto. En las veinte se vivió la misma escena. Las matronas se entregaban sin ninguna oposición. Un total de novecientos kilos de coca y alrededor de medio millón de euros, eran las cifras de lo incautado. Ni rastro de los mercenarios.

Pilar contactó con el mando de los Mossos d'Escuadra. Sus chicos podían entrar y hacerse cargo de todo. Los hombres Mariano, menos los que sus Alfas hubieran anulado, volverían tarde o temprano a las cunas, eran su refugio y ahí confiarían en estar a salvo. Un ejército de unidades especiales de la Policía Nacional, Guardia Civil, Policía Urbana y Mossos d'Escuadra les recibirían con todos los honores.

Lluís comunicó a Manuela que una vez la policía catalana hubiera llegado a las cunas, se largara de allí y se pusiera a las órdenes de Angus. El ministro tendría sus preferencias, Pilar tenía la razón.

Adrián le había adelantado dos escenarios. El primero, mostraba la presencia en Barcelona de un nuevo grupo criminal, que comenzaba a introducir una droga diferente y barata que en poco tiempo les haría ricos y poderosos. Repartirían territorio con otras bandas mediante sólidos pactos y sobornarían con eficacia, jueces, policías y políticos. La paz estaría asegurada.

El segundo escenario señalaba la negación del nuevo grupo criminal a repartir territorio y fortuna. En consecuencia, las demás organizaciones criminales que operaban en Barcelona intentarían aniquilarles. La ciudad y sus habitantes no estarían a salvo de la consiguiente violencia en las calles.

—Todas las mafias están interesadas en el pastel, excepto la rusa, la china y la rumana. El resto, unas cien organizaciones más, estarían ansiosos por venderla. La mayoría son pequeños grupos que distribuirán la nueva droga sometidos al liderazgo del productor. Franquicias rentables para todos. Sin embargo, comisaria, no hay que olvidar que la entrada de un nuevo producto genera la bajada paulatina en la venta de otro similar que además es más caro y menos lúdico que el nuevo.—concluyó Adrián.

—¿Y eso a dónde nos conduce?

—A la cocaína. Si descartamos a los adictos. El nuevo consumidor, se dirigirá antes a lo bueno, bonito y barato. Y le aseguro comisaria, que esta nueva droga cumple los tres requisitos.

—Y los cárteles mexicanos no se quedarán con los brazos cruzados ante la

bajada de las ventas.

—No se olvide de La Maternidad. Mariano cambió la heroína por la cocaína. Tiene un pequeño ejército y no creo que se conforme con una franquicia. El ya no está con Hugo. El cartel mexicano le ha abandonado, ha proporcionado siete hombres a Pietro Maceralli.

—¿Entonces?—Pilar quería más predicciones.

—Entonces, ¡Bum!—Adrián abrió los brazos con fuerza. Dos latas de Red Bull y un montón de papeles salieron volando por los aires.

## BUM BUM

1 de noviembre 2002  
Barcelona

Cinco vehículos se dirigían a gran velocidad por el camino de tierra. Coches potentes y de gran presencia, de los que a cualquier matón, aspirante a gánster, le gustaría tener.

Un vecino de Palardell los describió así.

—Fue espectacular, como una película. Yo estaba en la entrada al desvío, desde la C-37. Ya sabe, una entrada jodida. Pues mire, ni siquiera redujeron la velocidad, tiraron de freno y giraron derrapando. Uno y otro, así hasta cinco. Luego, el polvo que levantaron al entrar en el camino que lleva a las naves, me impidió ver nada más que una nube de arena.

Las instalaciones de la empresa Hebra ocupaban varios acres a las afueras de Palardell. El cuartel general de Pietro estaba formado por una nave pequeña, que servía de almacén y la nave principal, en cuyo interior y camuflado en el subsuelo, se encontraba el laboratorio. Un espacio, donde Maks y su equipo de químicos elaboraban la base de lo que luego sería cristales de Divina. Una docena de ilegales de origen africano se encargaban de la cadena de producción.

Las cámaras de vigilancia cubrían todas de las entradas a los dos edificios. Puertas, ventanas, trampillas, cualquier estructura que pudiera ser abierta, tenía una cabra apuntando. El centro de control estaba alejado unos



doscientos metros de la base, en una pequeña casa. En su interior dos hombres controlaban todos los accesos, incluido la única vía de entrada, un ancho y cómodo camino de tierra que terminaba en cuartel general. El resto de los soldados de Pietro estaban repartidos entre el exterior y el interior de las dos naves.

Una de las cámaras captó el momento en que los cinco coches entraban en el camino. La polvareda que habían levantado al entrar, impedía a los hombres de la casita, atinar a ver la realidad de la amenaza. La alarma sonó por todo el recinto. Las medidas de protección se activaron de inmediato. Dos Nissan Patrol, conducidos por los hombres de Pietro, se dirigieron hacia los intrusos. Se detuvieron a la entrada del recinto, uno a la derecha y otro a la izquierda enfrentados en uve. En medio, un miguelito en el suelo, avisaba con sus pinchos que un coche sin neumáticos era poco operativo. Con las puertas blindadas y abiertas, siete hombres esperaban la llegada de los cinco vehículos asaltantes.

El Chevrolet Suburban es un todoterreno americano, lo que supone presencia, fuerza y derroche de consumo. Con más de trescientos caballos de potencia, los cinco Suburban entraron sin detenerse. El primero embistió, sin frenar, al Patrol situado a la izquierda de la entrada. El segundo, atravesó el miguelito. Los neumáticos reventaron y el coche sin control se empotró contra la nave pequeña. Desde el exterior, dos hombres de Pietro disparaban sus fusiles con precisión a las ventanillas y hacia los parabrisas trasero y delantero. Sangre y muerte.

Los tres Suburban restantes arrasaron con el Patrol ubicado a la derecha de la entrada. Nada pudieron hacer los hombres de Pietro para evitar el desastre. Del interior de los vehículos salieron más de una docena de chicos pertenecientes a una de las numerosas baby gangs existentes en el barrio napolitano de Forcella. Un grupo homogéneo, armados con fusiles de asalto AK-47, que compensaban su falta de experiencia con juventud y un salvajismo extremo. Eran los hombres enviados por Félix. Ahora, pertenecían a Adela.

En el laboratorio, Maks escogió la mejor de las estrategias, huir sin mirar atrás. Activó los dispositivos de destrucción; Un temporizador conectado a varias cargas de Goma 2. Subió solo las escalerillas que daban acceso a la nave principal.

Pietro lo había dejado muy claro.

—Si hay problemas serios de seguridad, el laboratorio tiene que volar en

mil pedazos Maks. No quiero pruebas, fórmulas ni testigos.

Cerró con dos barras de hierro el acceso al sótano. El destino de los trabajadores del laboratorio estaba escrito. En el exterior, los hombres de Adela se habían hecho con el control. El pequeño ejército de Pietro menguaba. Una docena de pistoleros yacían esparcidos por el suelo en posturas extrañas. Un tiro certero en la sien aseguraba su muerte. Maks salió corriendo sin ser visto hacia la casita. En un largo sprint se encontró con los dos únicos supervivientes del ataque; con valor e indecisos.

—¡Vámonos de aquí! Voy a hacer volar todas las instalaciones.—avisaba Maks.

—¿Y dónde iremos? Esos cabrones están por todas partes.

—No sé. Ahora seguidme, hay que abandonar las instalaciones.

—Tenemos dos pistolas, esta gente lleva AK- 47. Nos van a achicharrar.

—Corred y no os detengáis. ¡Esto va a explotar!

Los dos hombres de la casita se mantenían inmóviles sin saber qué decisión tomar.

—Tengo un as en la manga.—Maks señaló hacia la arboleda.

Entre rastrojos y ramas se vislumbraba una furgoneta blindada. Llevaba en su interior una torre automatizada, y una ametralladora MG. con un cañón de 30 mm El techo se abría en cinco segundos con un giro de elevación de 180 grados. La torreta a la altura deseada, estaba preparada para destrozarse cualquier cosa que se cruzara en su camino.

Se introdujeron en el vehículo. Maks conducía despacio en dirección al camino de entrada. Una vez comprobó la distancia que les separaba de los edificios, miró su reloj. Todas las estructuras se expandieron por el aire, las dos naves, la casita y sobre todo el laboratorio. La potencia de la dinamita llevada a su máximo esplendor fue el legado de Pietro a sus enemigos. Doscientos kilos de explosivos redujeron a la nada el laboratorio y todo lo que contenía.

Mientras el ruido y el humo distraían, Maks y sus dos acompañantes dispararon a discreción sobre un grupo de baby gangs . No tuvieron oportunidad de defenderse. La ametralladora MG les destrozó sin compasión a los chicos de Adela. Sin más obstáculos abandonaron la zona.

## LA MANIOBRA DEL LOCO IVÁN

1 de noviembre 2002  
Barcelona

Adrián accedió a la grabación de las cámaras situadas al otro lado de la avenida, frente al edificio La Atalaya. Observó a un operario entrar por la puerta principal. Acercó el zum e identificó al instante a uno de los hombres de La Maternidad, Marco. Verificó todas las cámaras, incluidas las de una entidad bancaria y las propias del edificio. Definitivamente Marco continuaba dentro. Accedió a las grabaciones del día anterior. La figura de Iván, otro mercenario de Mariano, atravesaba la entrada principal. Tampoco lo vio salir. Descolgó el teléfono y marco la extensión de Lluís.

—Ordena desalojar inmediatamente La Atalaya. Es una trampa, Iván está en el edificio y no está solo.

—Mejor mando algunos hombres a detenerlos. No hace falta una evacuación precipitada. ¿No crees?

—Lluís, si en diez minutos el edificio no está vacío va a morir mucha gente.

—Adrián, no es bueno crear más alarma social. Los medios de comunicación ya han creado suficiente paranoia con la imagen de una niña con el cráneo reventado. Tenemos en el lugar gente suficiente para controlar a Iván y sus amigos.

—No me has entendido imbécil. Iván es un experto en demolición. Un edificio de veintidós pisos de altura va a estallar en mil pedazos. Lluís, te aseguro que sin no te mueves, enviaré a todas las televisiones del mundo una grabación de la conversación que estamos teniendo. Ordena desalojar el edificio. ¡Ya!

Iván había forzado el día anterior uno de los trasteros situados en la planta menos dos. La noche era larga y Marco, el otro hombre de la Maternidad, tardaría en llegar. Tenía mucho tiempo para colocar los explosivos. Mariano quería aniquilar a Pietro. Dana le había proporcionado una excelente información.

Entrada la noche, Iván sorteó sin problemas las medidas de seguridad de las oficinas Herba. Dos plantas completas. Unos cinco mil metros cuadrados. Llevaba una cantidad de dinamita, clase goma, suficiente para reventar un estadio de fútbol. La repartió entre las dos plantas con exquisita precisión. El reloj del temporizador indicaba la hora de la detonación; Setenta minutos después de que Marco eliminara al conserje y a los empleados de las oficinas.

Si la información de Dana era cierta, Carlo, primo y lugarteniente de Pietro, también sería eliminado.

A la hora fijada, Marco se reunió con Iván y juntos abandonaron el edificio por una puerta lateral.

El escenario podría haber sido dantesco.

Médicos, enfermeros, policías, cadáveres, heridos, muebles, vecinos, oficinistas, secretarias, directivos, limpiadoras, fontaneros, niños, coches, ambulancias, ventanas, juguetes, ordenadores y un millón de sus restos, esparcidos sin pudor. La potencia explosiva de las cargas, destrozaría cualquier atisbo de orden, en un radio de doscientos metros.

Lluís pidió autorización a Pilar Brausse y siguió las instrucciones de Adrián. En nueve minutos el edificio y sus alrededores estaban desiertos.

La tierra tembló, los juguetes de los niños bailaron a un kilómetro de distancia, la copa balón del abuelo, en una vivienda en el barrio de Sants se estremeció sin romperse. La Atalaya se desnudó en un suspiro.

Adrián, pese al humo que rodeaba la base del edificio, confirmó la

identidad de los dos soldados de La Maternidad. Las cámaras le mostraban a dos hombres caminando en dirección a la plaza Francesc Macià. Golpeó su rodilla contra la mesa de su escritorio con rabia. Intentaba romperse la rótula. El dolor físico amortiguaba la frustración por no haber previsto, días antes, la explosión.

Comunicó a Lluís la posición de los dos mercenarios. Se dirigían a una cuna de la calle Urgell, un refugio que tras la intervención de la UA, era la boca del lobo.

Después de ver las imágenes de la explosión, Pilar decidió no arriesgarse. La justicia es lenta.

—Esos hijos de puta se van a enterar.—a través de la radio contactó con dos unidades.

Angus recibió la orden de la comisaria. Tenía el apoyo de la unidad doce.

—Lo demás es cosa tuya, María de las Angustias.

Marco caminaba despacio junto a Iván. Los dos asesinos, mantenía una conversación en un inglés fluido. Una multitud gritaba alborotada, la explosión había hecho temblar el suelo en un kilómetro a la redonda.

Desde cualquier sitio de la ciudad se podía observar como una columna de humo y fuego empezaba a devorar el edificio. Un distante ulular de sirenas crecía en potencia y proximidad.

Otra pareja destacaba entre toda la gente. Venían de frente hacia los mercenarios, a la misma velocidad, con aplomo y seguridad. Imposible no fijarse. Ella extrajo de su chaqueta un fusil G36E de cañón corto. El Alfa que le acompañaba, llevaba una Glock en la mano derecha.

Marco avisó con un codazo a Iván, mientras extraía un machete de su espalda y lo arrojaba con soberbia puntería en dirección a la chica del fusil. Iván, no dudó en sacar una nueve milímetros y apuntar al chico a un clic de distancia. Los dos Alfas se tiraron al suelo en un movimiento rápido y sincronizado. El enorme machete voló sobre sus cabezas. El dedo índice de Iván, no llegó a apretar el gatillo de su pistola.

A vista de pájaro, se hubiera apreciado las trayectorias ascendentes de los dos proyectiles que atravesaban los cráneos de Iván y Marco.

Más de cerca, desde un primer piso, se verían los restos de masa encefálica y huesos revolotear indecentes, para incrustarse en las paredes o caer en el suelo como parte de una tostada con mermelada.

Una perspectiva diferente, mostraría el origen de los disparos que por la retaguardia, efectuaba una implacable Alfa. Desde los ojos del tirador,

situado detrás de sus cabezas, se verían los cañones de dos automáticas, apoyados en la nuca de los mercenarios, Y como sus cráneos eran atravesados por dos balas con denominación de origen.

*Made in Angus.*

## UN WISKY EN COMPAÑÍA

Diciembre 2002  
Barcelona

—En cierta ocasión estuve a punto de traicionarte. —dijo Lucas.

—Todos cambiamos —Pilar sonreía.

—Durante muchos años trabajé para Galván.

—Todos trabajamos para él.

—No de la misma manera. —le respondió Lucas. ¿Ya te has olvidado de tu primer coche? Un Seat Ibiza azul. Recuerdo que lo estrenaste en unas vacaciones en Francia.

—Tienes una memoria excepcional.—aseguró Pilar, algo molesta.

—Para el trabajo sucio. Nunca pensé que Galván llegaría tan lejos.

—Yo sí, por eso me salí de sus operaciones.—aclaró Pilar.

—¿Devolviste el coche?—preguntó Lucas.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? Callé y oculté información en el caso de la pensión Mallorca. Recibí mi premio. Coche nuevo y dos semanas de vacaciones pagadas. No volví a participar de sus chanchullos, nunca. Me

esforcé en hacer bien mi trabajo y mirar para otro lado. Desde más arriba supieron valorar mi profesionalidad. Galván, aún creía que pasados los años, podría manipularme otra vez. No pudo, aunque lo intentó por otros medios.

—La corrupción no se borra con los años. Galván cantará algún día, si no lo ha hecho ya.—Lucas había recuperado cierta fuerza en sus argumentos.

—Es posible, pero después de todo ¿Quién le iba a creer? ¿Quiénes son sus testigos? ¿Aguilar, que ya tiene mi puesto de comisario en la brigada? ¿Miravete? al que he salvado el culo en mil ocasiones o ¿Pacheco, un pobre desgraciado, que teme más el que dirán, que las amenazas de Galván desde una prisión? No, Lucas, nadie va a chivarse de un desliz que cometí en el pasado.—Pilar bebió un sorbo de *whisky*.—Además, tengo a Freddy. El testigo de cargo, el chivato, el arrepentido. Ha delatado a todo dios. Y para que nada quedara al azar, lo que no sabía se lo conté yo. Mis palabras las hice tuyas.

—Quedo yo. ¿No dudas de mí, Pilar?

—¿De ti? ¡Jamás!—contestó con rotundidad.

—El hecho de que seamos amigos desde la infancia, no te garantiza fidelidad.

—Ni el que fueras mi hombro en momentos de dolor.

—Tampoco el que jugáramos a médicos con nueve años.

—No, Lucas, jamás dudaría de ti. Porque, desde hace una década, no has parado de informar sobre la brigada y sus miembros. Me fío de ti porque sin tus informes no hubiera llegado a comisaria. Porque, gracias a ti, he demostrado que no cedo ante cualquier intento de coacción, como el que aborté en el balcón de tu casa. Cinco disparos, que mandaron la mierda a un equipo, enviado para comprobar si mi silencio podría ser comprado, otra vez, por Galván.—Pilar acariciaba las palabras.—Lucas, me fío de ti porque sé trabajas para el Centro Nacional de Inteligencia.

—¿Desde cuándo lo sabes?—Lucas preguntó con aparente indiferencia.

—La pregunta correcta es por qué lo sé.

—Por el chaval. ¿Cierto?

—Por supuesto. Adrián siempre me hablaba de un tipo interesante de sus días en el CNI, decían que era el cerebro de una nueva unidad. Un nuevo grupo dirigido a investigar el crimen organizado. Hablaban de un genio, que se quedó atrapado en su mundo. Una disfunción que desde jefatura no quisieron o no pudieron entender. El hombre se conformó con ser informante, antes que aceptar cualquier otro reto que exigiera mayor responsabilidad. Fue



ese hombre el que me recomendó para dirigir algo que él había creado, la Unidad Alfa. Ese hombre eras tú.—Lucas, se sentía agradecido.—Bueno, al final sobreviví. Y fuiste tú el que me salvó de morir quemada.—Pilar se sirvió un poco más de *whisky*.— Tenía que haber sospechado algo. ¡Ese hijo de puta! Sin tu intervención estaría muerta.—añadió con agradecimiento.

—Siempre me pregunté. ¿Por qué Aguilar?

—Lucas, eso ya es historia.

—Podíais haberlo eliminado.—le recriminó Lucas.

—Nos facilitó todos los contactos de Galván, uno por uno, hasta llegar a la cúspide. Políticos, empresarios, policías, toda una trama. Sabes que sin su colaboración, la Maternidad no hubiera sido desmantelada. Mariano y sus hombres no eran más que la punta del iceberg. Hicimos un buen trato.

—¿Un buen trato es mirar para otro lado?—Lucas no pudo evitar la pregunta.

—La venganza es para los cobardes. Por eso prefiero mirar hacia adelante. La UA ha sido reforzada tras su primera actuación. El ministro me comunicó, ayer mismo, que aumenta nuestro presupuesto. Eso significa más recursos.

—Y más responsabilidad.—añadió Lucas.

—No me asusta. Tengo bajo mi mando un equipo de mujeres y hombres de una excelente profesionalidad e ingenio. Capaces de arrasarlo con todo lo que se les ponga por delante. Lucas, tengo el beneplácito del poder político para hacer lo que crea conveniente con tal de cumplir con los objetivos asignados.

—Cualquier persona acusaría ese subidón de responsabilidad. Genera más incertidumbre, más dudas, más noches sin dormir. En definitiva, más estrés.

—Para mí, significa libertad. Algo de lo que tú careces.

—¿Y ese golpe bajo?—preguntó Lucas.

—Necesito un asesor.—dijo Pilar.

—Tienes al chaval...

—Adrián, ese es su nombre. Y no asesora, analiza.—matizó Pilar.

—¿Qué quieres en realidad?—Lucas sopesaba la propuesta de la comisaria. Deseaba una petición distinta.

—Te quiero a mi lado, necesito un guía en esos momentos de tensión que tú mismo me has vaticinado. Quiero un comodín para poder utilizarte cuando las cosas se pongan realmente mal.

—Dame unos días Pilar, lo pienso y te digo algo. No me atrae demasiado estar encerrado ocho horas al día en un sótano.—Lucas se sentía

decepcionado.

Pilar se levantó de la silla. Se acercó al mueble bar, que Lucas mantenía como memoria viviente del mal gusto. Por suerte, encontró una botella de Vat 69. Sans dieu rien.

Lucas la observaba con una admiración enfermiza. Se conocían desde pequeños. Habían crecido juntos. Compartieron colegio, instituto, universidad, academia y destino. Pilar era un poco más alta que él, un metro ochenta sin zapatos de tacón. Solo en una ocasión la vio vestida con algo que no fuera unos vaqueros y una camiseta.

Lucas, esperaba en la puerta de la iglesia la llegada de la novia. El novio esperaba en el altar. Con retraso, como mandan los cánones, la novia llegó en un mercedes de los años cincuenta de color negro. Lucas corrió a ofrecerle la mano y juntos subieron las escaleras.

Pilar llevaba un vestido blanco de una sola pieza, con un ligero aspecto asimétrico que caía a lo largo de la falda. Estaba deslumbrante. Juntos llegaron al pie del altar. Con tristeza, Lucas se la dio al novio. Nunca se lo perdonó.

Trascurrieron los años.

Era la primera vez que quedaban los cuatro para pasar un fin de semana. Cádiz es tan buen sitio como Córdoba o Granada, y a la mujer de Lucas le gustaba la playa. No solían discutir. Preferían solucionar sus discrepancias en soledad.

Una mala curva, un quita miedos sin ajustar. Un árbol, solo había un árbol. Mala suerte Lucas. Su esposa y el marido de Pilar murieron. Lucas seguía esperando. Pilar saltaba de los brazos de uno al cuerpo de otro. Él la deseaba, Pilar olvidaba.

La comisaria volvió a la mesa con dos *whiskys* sin hielo.

—¿Ya te has decidido?—le preguntó mientras le acercaba uno de los vasos.

—Tu sentido del tiempo es único.—contestó Lucas sonriente.

—Me alegro de que estés a mi lado.

—Pilar, todavía no he tomado ninguna decisión.

—¿Y si te digo que te necesito? ¿Qué no podría hacer mi trabajo sin ti? ¿Todavía no te has dado cuenta? Para mí, eres indispensable. Siempre hemos estado juntos, desde pequeños. ¿Te acuerdas?

—Por supuesto que me acuerdo, todos los días. Añoro mi infancia, Pilar.

Lo que éramos, lo que hacíamos. Las pocas veces que voy a Madrid, paseo por la antigua Casa de las Fieras del Retiro. ¿Recuerdas a Perico, el elefante? Agarraba con su trompa mendrugos de pan; restos de meriendas sin chocolate, que los niños compartíamos con él. Recuerdo las escapadas al Templete, y los gritos para escuchar el eco que producían.

Pilar escuchaba absorta. Se había borrado de su memoria todo lo que Lucas decía. Vagos recuerdos, poco más. Lucas siempre había sido muy sensible.

—No seas llorica. Si quieres te monto el puto mini zoo ese, con sus osos, leones y dromedarios, o la mierda de animales que estuvieran encerrados en ese antro. ¿De eso se trata? ¿De nostalgia? ¡Despierta Lucas! El tiempo pasa y el pasado es un lastre que te ahoga y te impide avanzar. ¿Te ofrezco un trabajo y tú me hablas de elefantes? Por favor.

—No emplees conmigo esa pose de tía dura, Pilar. Te he visto reír, llorar, gritar, gemir, suplicar, gruñir. Conozco todos y cada uno de los tonos que empleas para convencer o para humillar.—Lucas hablaba con rencor. Pilar apuró su *whisky*.

—¿Cuándo me has oído suplicar? Refresca mi memoria, de verdad, no lo recuerdo.—Pilar, ahora, hablaba despacio.

—¿Cómo?—Lucas se atragantó.

—Acabas de decirme que me has visto suplicar. Dime, cuándo cojones me has visto suplicar.—Pilar se había incorporado.

—Es una forma de hablar. Tranquilízate.—Lucas miraba intranquilo a su alrededor. Se mantuvo sentado en su sillón.

—¿Por qué tardaste tanto?

—...

—Estabas ahí. ¿Verdad? Durante todo el tiempo, mientras ese hijo de puta me estuvo torturando, tú estabas en la cripta. ¡Cabrón!—Pilar respiraba rápido.

—Pilar, todavía estás en tratamiento por shock postraumático. Relájate y piensa bien lo que estás diciendo. Siéntate Pilar, por favor.—Lucas intentaba mantener la calma.

—¿Por qué dejaste que me torturara? ¿Qué información pensabas que le iba a proporcionar?

—Pilar, por favor. Serénate.—Lucas buscaba con la mirada su pistola. Siempre la dejaba en el mueble bar.

—¿Buscas esto?—Pilar le mostraba una Glock que sujetaba con firmeza.

—Pilar, suelta el arma, esto se te está yendo de las manos.

—Puede que tengas una oportunidad de salvarte, Lucas.—Pilar apuntó al techo.

—Pilar, por última vez, te lo suplico, deja el arma y hablemos.

—Una oportunidad no son dos.—bajó el cañón hasta la altura de la cabeza de Lucas.

—Está bien, está bien. Deja de apuntarme, por favor.—Lucas se cubría la cara con los brazos y las manos.

—¿Eso es un sí?

—Me dieron órdenes estrictas.

—Me estás diciendo que te obligaron a no intervenir mientras torturaban a tu amiga de la infancia. ¿Me estás contando que abandonaste a la máxima responsable de la UA? ¿Dejaste que fuera mutilada, humillada, torturada por un psicópata, porque alguien te había dado una orden? ¡Estás admitiendo que me torturaron durante horas por una decisión tuya! —Pilar acercó su cuerpo a Lucas. Se puso de rodillas frente a él. Con una mano le presionaba la pierna, con la otra le apuntaba desde abajo a la cabeza.—Dime por qué y te libras.

—Querían saber si estabas en La Maternidad.—A Lucas le temblaba la voz.

—¡Y una mierda! Fue Galván el que ordenó a Ismael que me matara, lo de torturarme fue una licencia del psicópata.

Pilar apoyó el cañón de la pistola debajo de la barbilla de Lucas.

—Tú y solo tú, sabías lo que iba a pasar. Tú tenías que salvar a la princesa del fuego del dragón. ¿Tú eras el príncipe, verdad Lucas? Un príncipe no correspondido por su amada. Un príncipe que ve como su princesa se convierte en reina. Que cuando muere el rey sigue sin hacerle ni puto caso. ¿Cierto Lucas? ¿Cómo pensabas que te iba a agradecer el que me salvaras del puto sádico? ¿Comiéndote la polla, follando contigo una semana seguida? No, el príncipe pensaba que me rendiría a sus pies y le mostraría amor eterno y para siempre. Y en vez de una preciosa historia de amor, le ofrece un puesto de trabajo. Qué desconsideración por mi parte.—Pilar estaba llena de ira.

Lucas permanecía inmóvil, incapaz ni tan siquiera de asentir o negar. Un leve movimiento de cabeza hubiera proporcionado un segundo de ventaja. Sin embargo, pensaba, no actuaba. Pánico, siempre el terror a perderse entre sí mismo, a no reconocer la realidad.

Cuando entró en la cripta, Ismael iniciaba un rito de tortura y humillación.

Si Lucas hubiera intervenido de inmediato, el sufrimiento de Pilar se habría reducido a un mal recuerdo de lo que pudo ser. No sucedió así. Lucas retrocedió hasta ocultarse en un claro oscuro, cercano a la entrada a la cripta. Esperó y observó. Un escalofrío de placer parpadeó en su piel. Recordaba la escena con absoluta admiración. Deseaba a Pilar como a nadie, y un demente lo estaba consiguiendo. Hizo suyo el cuerpo de Ismael, se trasfiguró en un asesino sádico. Disfrutó sin descanso de la brutalidad. Paladeo la escena como un niño devorando un dulce.

¿Salvajismo? Lucas lo consideraba amor.

—Siempre te he querido.—Lucas sollozaba.

—Has sido un buen amigo.—Pilar hablaba con el cuerpo. Sus manos acariciaban el arma— ¿Sabes lo que pienso? Que eres un psicópata igual de peligroso que Ismael. Qué fuiste tú el que mató a la vieja de la pensión Mallorca. Pienso que eres un asesino de mierda, Lucas.

—Ya te has olvidado de todo lo que he hecho por ti durante estos años. Tienes que comprender por qué lo hice. ¡Escúchame Pilar!—gritó Lucas.

Pilar deslizó el cañón de la pistola hasta la sien de su amigo.

—Claro que te entiendo. No quiero que sufras más por mi culpa. Aunque no lo creas, yo también te quería.

*Pero no tanto.*

Pilar apretó el gatillo. Actuó con precisión, no tuvo que modificar nada, tan solo limpiar la pistola y colocarla en la mano derecha de Lucas. Al fin y al cabo era un tipo con problemas de personalidad.

La sangre ocultaba parte del rostro deformado por el disparo. Pilar suprimió cualquier resto de sus huellas y abandonó el piso como había entrado, en silencio.

Llegó tarde a su casa. Se estiró en su chaise longue y con una mano en la nuca y otra en su botella de *whisky*, pensó que era un buen día para descansar.

## EPÍLOGO

Un año más tarde.

Pamplona

Durante toda la comida había mantenido una actitud distante. La crema de manos le molestaba para sujetar los cubiertos. Intentaba que no se notara, sin embargo el metal pringado y escurridizo se le escapaba de las manos. El cuchillo cayó con estruendo sobre el plato de loza. Un ruido característico que le provocaba una irritación desmesurada.

—¡Joder con la puta crema!—exclamó Fernanda encolerizada.

Su madre, sentada enfrente, miró para otro lado molesta. Desde que Guillermo había muerto, el silencio era habitual entre madre e hija. Los recuerdos, se perdían en las esquinas de la nueva casa que su yerno no la llegó a conocer.

El bebé lloriqueaba en el capazo. Adela se levantó rápido para impedir otro ataque de ira de su hija. Tres meses tenía la criatura y un nombre escogido de entre los muertos. Fernanda miraba a su madre con odio, nunca se habían llevado bien y menos ahora que su marido no estaba.

—¡Quieres dejar al niño en paz!—gritó.

—Tiene hambre.—Adela lo sujetaba con cuidado mientras lo acunaba en sus brazos.

—Tiene hambre, tiene hambre.—Fernanda mascullaba sarcasmo con un tono burlón.—No hace ni dos horas que le he dado el biberón. ¡Déjalo en la

cuna! Si tiene tanta hambre que se coma las sábanas. ¡Joder con el puto bicho!

Del suave lloriqueo, el bebé pasó al lloró desconsolado. Abrió la boca y sus encías rojas vibraban ante la intensidad de su desespero. Adela decidió no hacer caso a su hija y trasladarse a la cocina. Ahí con tranquilidad le prepararía un biberón. Creyó que las necesidades que pasó en su infancia no debía padecerlas Fernanda. El resultado fue una hija mimada e insoportable. Qué idiota fue.

Ahora, sobre todo ahora, tenía la obligación de cerrar la boca y esperar. Esperar a que el duelo, por la pérdida de Guillermo, se quedara alejado de la luz. Por su parte, ella misma también necesitaba un tiempo para asumir que su yerno había muerto con la garganta abierta y sus genitales dentro de su boca.

Los mexicanos eran expertos en asesinatos efectistas, por eso y por la guerra en la que estaban inmersos, las sospechas sobre los autores recayeron sobre el entorno de Hugo. Adela tenía la seguridad que, pese haber perdido una batalla, la guerra estaba aún por acabar.

Lo ocurrido en Barcelona, no despejó el camino del éxito para ninguno de los grupos que anhelaban el control de La Divina. Mariano y ella misma, con el apoyo de Nápoles, eliminaron cualquier intento de producción de la nueva droga. Pietro perdió a la mayoría de sus hombres y no pudo evitar que su químico, el verdadero artífice del negocio, se encontrara en paradero desconocido.

El resultado fue devastador especialmente para una de las organizaciones implicadas. La policía había desmantelado La Maternidad, los que no estaban en la cárcel, se encontraban bajo tierra, excepto Mariano, jefe de una organización en quiebra. Adela veía una ventaja en todo esto; La de entrar en el negocio de la droga sin el permiso de Nápoles. Sin embargo, ahora mismo debía ocuparse de sus propios negocios. Mierda de vida.

Tras darle un rato el biberón a su nieto, se dirigió al comedor. Deseaba que su hija se hubiera ido a dormir la siesta. Desde el piso de arriba escuchó su voz estridente.

—¡Me voy a dormir! No me despiertes. ¿Me oyes? ¡Ocúpate tú del bicho!

Adela no se molestó en contestar, estaba a un paso de pegarle un tiro y acabar de una vez con la ociosa vida de su hija. Se sentía capaz de cuidar de su nieto, darle el cariño que su madre evitaba mostrar.

Adela tenía un motivo para vivir. Guillermo había sido como un hijo para

ella. O como un amante, si la diferencia de edad y su hija no hubieran sido algo insalvable.

Acostó al pequeño Guille. Sin dejar de mirar como respiraba, cogió el teléfono y marcó el número de Dana.



(CONTINUARÁ)

## **NOTA IMPORTANTE**

**Frío en Velesta es una novela policíaca de ficción. Todos y cada uno de los personajes que la integran, así como la figura del narrador, son fruto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.**

SI DESEAS COMUNICARTE CON EL AUTOR:

[www.lecturaprevia.com](http://www.lecturaprevia.com)

[www.bar310na.com](http://www.bar310na.com)

Bar310na Caníbal en Facebook